K. M. ASHMAN

ÁGUILA OSCURA • LIBRO V



# EL ESPECTRO

# Águila Oscura

Libro V

**El Espectro**

de

**K. M. Ashman**

Copyright K. M. Ashman, enero de 2025

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna o por ningún medio sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. Todos los personajes que aparecen en esta publicación son ficticios, y cualquier parecido con una persona real, viva o muerta, es pura coincidencia.

---

Haz clic aquí para suscribirte
**KMAshman.com**

# Nombres de los Personajes

## El Occultum

- **Seneca** — Tribuno romano y líder
- **Marcus** — Antiguo centurión
- **Falco** — Antiguo gladiador
- **Sica** — Asesino sirio
- **Decimus** — Veterano de los Occultum
- **Cassius** — Miembro de los Occultum
- **Lepidus** — Senador romano y patrón/supervisor de los Occultum

## Milicia y Liderazgo Romanos

- **Aulus Plautius** — General al mando de la expedición romana en Britania
- **Vespasiano** — Comandante de la Segunda Legión (Legio II Augusta)
- **Emperador Claudio** — Emperador de Roma
- **Lucius Gabinius** — Intendente de la legión
- **Cassius Longinus** — Oficial de inteligencia de la legión
- **Quintus** — Capitán del puerto de Rutupiae (contacto encubierto de los Occultum)

## Antiguo Occultum

- **Veteranus** — Antiguo miembro de los Occultum, ahora aliado con Mordred
- **Raven** — Antiguo explorador de los Occultum y traidor que colabora con los druidas

## Otros Romanos

- **Tribuno Atticus** — Oficial romano que desapareció con su patrulla
- **Lucius Faber** — Decurión de los auxiliares bátavos rescatado por Lepidus

Personajes Británicos y Celtas

- **Mordred** — Poderoso líder druida en la isla de Mona
- **Talorcan** — Explorador belga al servicio de Roma
- **Kendra** — Sacerdotisa guerrera de la isla de Mona, muestra interés por Veteranus

Personajes históricos

- **Togodumnus** — Rey britano que cayó en batalla contra Roma
- **Caratacus** — Hermano de Togodumnus, que escapó y continúa la resistencia

# Mapa

## Britannia



# Prólogo

El hedor de la muerte se alzaba del fondo del valle como incienso en un templo, denso y empalagoso. Aulo Plaucio permanecía inmóvil en la cima de la colina, con sus curtidas manos entrelazadas a la espalda mientras contemplaba las secuelas de la batalla. A sus pies se extendían las fangosas orillas del Tamesis, ahora cubiertas por una alfombra de caídos. El sol de la tarde refulgía con un brillo mortecino tanto en las armaduras romanas como en los torques celtas, sin distinguir en la muerte entre vencedores y vencidos.

—Una victoria —dijo Plaucio—, ¿pero a qué precio?

Su voz llegó hasta el pequeño grupo de oficiales que aguardaba respetuosamente a sus espaldas. Ninguno respondió de inmediato. La pregunta no requería respuesta cuando la evidencia se extendía desparramada por el terreno pantanoso ante ellos: miles de cuerpos, romanos y britanos, cuya sangre empapaba la tierra extraña.

El viento cambió, trayendo consigo el inconfundible olor metálico de la sangre mezclado con el agua salobre del río. Los cuervos ya habían comenzado su festín, motas oscuras que se movían entre el mar de cadáveres. Aquí y allá, los pelotones de sepultura se movían metódicamente, separando a los muertos romanos de los celtas. Los legionarios recibirían los ritos apropiados; los bárbaros permanecerían donde cayeron.

Vespasiano dio un paso al frente para situarse junto a su comandante, con el rostro marcado por el agotamiento. Dos días de lucha brutal habían dejado exhaustos incluso a los oficiales más curtidos, y su habitual precisión militar había dado paso a un sombrío reconocimiento de la supervivencia.

—El cruce ha sido costoso —dijo Vespasiano, señalando hacia el río, donde los cuerpos con armadura aún flotaban, atrapados entre los juncos—. Nos han disputado cada palmo de agua.

—Como habríamos hecho nosotros —replicó Plaucio en voz baja.

Debajo de ellos, la ancha y reluciente serpiente del Tamesis serpenteaba a través del paisaje, con sus aguas teñidas de un leve tono rosado allí donde los combates habían sido más encarnizados. Los celtas habían transformado el río en una trampa mortal, y las legiones se habían visto obligadas a demostrar, una vez más, que el poderío de Roma podía superar cualquier obstáculo, aunque no sin sacrificio.

—Togodumno cayó en combate —dijo Geta, el legado que había guiado a sus hombres a través de lo más reñido de la batalla —. Aún tenía sangre seca en la sien, donde la espada de un Trinovante casi había puesto fin a su carrera militar. Su cuerpo fue identificado entre sus muertos.

Plaucio asintió.

—¿Y Carataco?

—Escapó —dijo Geta—. Nuestros exploradores informan de que se retiró hacia el oeste con una fuerza considerable. La derrota no lo ha doblegado.

El silencio se prolongó entre los hombres mientras contemplaban lo que esto significaba. Un rey britano muerto, pero su hermano, quizá el más peligroso de los dos, todavía en libertad, todavía capaz de organizar la resistencia.

—Camulodunum nos aguarda —dijo Plaucio al cabo, volviendo su mirada hacia el norte, donde esperaba la capital tribal —. Su asentamiento más fuerte y sede de su poder. Debemos tomarlo rápidamente, antes de que Carataco pueda reorganizar sus fuerzas.

—Los hombres necesitan descanso, domine —dijo Sabino, el más joven de los oficiales. Su armadura mostraba las abolladuras y arañazos del combate reciente, y unas ojeras oscurecían sus ojos —. Hemos luchado sin pausa durante días.

—¿Descanso? —intervino Vespasiano, soltando una risa breve y carente de humor—. En la guerra, el único descanso llega con la victoria o la muerte. Carataco no estará descansando.

—Ni nosotros tampoco —dijo Plaucio con firmeza—. Avanzaremos sobre Camulodunum al alba. El emperador espera resultados, no excusas.

La mención del emperador Claudio provocó un sutil cambio en la postura de los oficiales. Su comandante había sido explícito desde el principio: esta campaña tenía tanto que ver con la política de Roma como con la conquista de Britania. Claudio necesitaba un triunfo militar para asegurar su precaria posición, y ellos se lo proporcionarían, sin importar el coste.

—¿Cuántos hemos perdido? —preguntó finalmente Plaucio, la cuestión que pesaba sobre todos ellos.

—Casi un millar —dijo Geta solemnemente—, pero las bajas de los celtas son al menos diez veces superiores.

—Y aun así, siguen luchando —reflexionó Vespasiano—. Sus hogares invadidos, sus guerreros diezmados, y todavía resisten.

Desde la distancia llegaban los sonidos del establecimiento del campamento avanzado romano: el martilleo rítmico de las piquetas de las tiendas, el fragor de las armaduras que se reparaban, el bajo murmullo de los hombres que compartían recuerdos de camaradas caídos. La maquinaria de la guerra continuaba su implacable avance, incluso mientras se recogían los muertos del día.

Plaucio apartó por fin la vista del campo de batalla y sus ojos grises se encontraron con los de sus oficiales. En su mirada no había ni triunfo ni desesperación, solo la evaluación calculadora de un hombre que había visto suficientes campañas como para saber que las victorias iniciales a menudo presagiaban los combates más sangrientos que estaban por llegar.

—Caballeros —dijo—, lo que hemos ganado aquí no es Britania, sino simplemente un punto de apoyo. La verdadera conquista está aún por llegar. Caratacus probablemente esté reagrupando sus fuerzas en este mismo momento y los druidas avivarán las llamas de la resistencia en cada aldea y asentamiento de la isla.

Los hombres asintieron con gravedad. Comprendían el peso de lo que les esperaba: meses, quizá años de campaña en

territorio hostil, contra un enemigo que conocía la tierra a la perfección y no tenía nada que perder.

—Puede que lo peor esté aún por llegar —continuó Plaucio —, pero Roma nunca ha flaqueado ante la resistencia bárbara. Aseguraremos esta isla, tribu a tribu, río a río, hasta que el nombre de Roma se pronuncie con temor y reverencia de costa a costa.

Mientras el sol iniciaba su descenso hacia el horizonte occidental, hacia los territorios sin conquistar donde Caratacus reunía a sus fuerzas, Plaucio lanzó una última mirada al campo de batalla a sus pies. El mañana traería nuevos desafíos, nuevas batallas, nuevas muertes. Pero ese era el precio del imperio, medido en sangre y hierro en tierra extranjera.

A su espalda, un águila solitaria trazaba círculos en lo alto, sobre la matanza, y su grito agudo rasgaba el aire pesado. Al igual que la propia Roma, oteaba la tierra bajo ella, paciente y depredadora, sabiendo que, con el tiempo, todo se sometería a su dominio.

---

# Capítulo Uno

## El Mare Nostrum

El Mare Nostrum refulgía como bronce bruñido bajo el sol poniente y su superficie se rizaba con suavidad contra el casco del trirreme romano. La bruma salina besaba el aire, mezclándose con el aroma del alquitrán de pino y el hedor omnipresente de demasiados hombres confinados en un espacio harto reducido. La embarcación surcaba las olas con experta precisión, con rumbo a las turbulentas costas de Britania.

Séneca se apoyó en la barandilla del barco, con sus ojos oscuros fijos en el horizonte. El suave vaivén de la cubierta bajo sus pies se le había hecho familiar durante los últimos días, casi reconfortante en su cadencia. A su espalda, las estruendosas carcajadas de sus hombres se propagaban con la brisa marina, un sonido que dibujó una leve curva en su boca, por lo demás seria.

—¡Juro por la verga de Júpiter! —bramó Falco, cuya voz se oía sin dificultad por encima del chapoteo constante de los remos—. ¡Era tan alta como una lanza germana y el doble de letal!

—Y, aun así, de algún modo sobreviviste —dijo Sica—. Su acento sirio confería al latín una cualidad melódica a pesar de su tono inexpresivo. El hombrecillo calvo estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un cajón, afilando metódicamente un cuchillo que parecía haber salido de la nada—. En verdad, los dioses favorecen a los necios.

Un coro de risas estalló entre los hombres allí reunidos. Marcus, que mantenía la espalda recta incluso relajado, negó con la cabeza con diversión mal disimulada.

—¿Favorecerme a mí? —Falco abrió sus enormes brazos de par en par, casi golpeando a un marinero que pasaba y que se agachó con pericia—. ¡Fue ella la que perdió su oportunidad de alcanzar la perfección! Le ofrecí matrimonio, camaradas. ¡Matrimonio!

—Pobre mujer —murmuró Cassius, levantando la vista de la tablilla de cera que había estado estudiando—. Imaginaos

despertar con esa cara todas las mañanas.

Nuevas carcajadas resonaron, atrayendo las miradas curiosas de la tripulación habitual del barco, que había aprendido a mantenerse a una distancia prudencial de aquella extraña unidad. A los Occultum solo se los conocía por su reputación y la mayoría de los hombres preferían que así siguiera siendo.

—Le has ofrecido matrimonio a toda bailarina desde Roma hasta Alejandría, ida y vuelta —dijo Marcus—. Cualquiera pondría en duda tu sinceridad.

Falco se llevó la mano al pecho, fingiendo sentirse ofendido.

—¡Fui sincero todas las veces! Pero esta... —Su voz se suavizó de forma inesperada y algo genuino afloró en sus rasgos marcados por las cicatrices—. Por esta habría renunciado a los Occultum. Lo habría dejado todo en un abrir y cerrar de ojos.

Un breve silencio se apoderó del grupo, pues aquella confesión tocó una fibra demasiado sensible como para burlarse de ella. Todos los presentes habían contemplado, en momentos de quietud entre batallas, cómo sería dejar atrás la sangre y la muerte para construir algo que perdurase más que la siguiente misión.

Desde su posición en la barandilla, Séneca intercambió una mirada cómplice con Decimus. El hombre mayor estaba sentado apartado de los demás, con sus rasgos curtidos impasibles mientras observaba a los más jóvenes con la paciencia de un veterano que ya lo había oído todo.

—¿Y qué habrías hecho? —preguntó Decimus finalmente, su voz ajada rompiendo el repentino silencio—. ¿Asentar la cabeza? ¿Cultivar olivos? ¿Criar hijos rollizos?

La energía bulliciosa de Falco se atenuó ligeramente.

—Quizá. ¿Es tan extraño?

—¿Para ti? —dijo Sica, probando el filo de su hoja contra el pulgar—. Sí. El día que tú sientes la cabeza, yo me convierto en emperador.

La tensión se rompió de nuevo y las risas se reanudaron mientras Falco se embarcaba en un relato aún más estrafalario de sus hazañas en unos baños públicos de Roma. Séneca los

observaba, a esos hombres que, a través de la sangre y el peligro compartido, se habían convertido en más que camaradas. Tenían los rostros relajados, bronceados por semanas bajo el sol del Mediterráneo, liberados temporalmente del peso de su deber. Sabía que no duraría.

Decimus se acercó para unirse a él en la barandilla, con movimientos ahora más lentos por la rigidez que conllevaban las viejas heridas y el paso de los años.

—Necesitan esto —dijo el hombre mayor en voz baja, asintiendo hacia el grupo—. Las historias, las risas. Les ayuda a olvidar lo que les espera en Britania.

A sus espaldas, Cassius estaba contando su propio permiso, una historia considerablemente más sosegada que los relatos descabellados de Falco. Historias de días apacibles junto al Tíber, pescando y nadando, como si acumulara tranquilidad para contrarrestar la violencia venidera.

—He pasado tres días enseñándole a montar a mi sobrino —dijo, con una insólita ternura en su semblante, por lo general estoico—. El chico tiene un asiento natural. Algún día será un buen jinete de caballería.

—Si los dioses quieren, nunca tendrá que serlo —dijo Marcus en voz baja y se volvió hacia el sirio—. ¿Y tú, Sica? ¿Cómo has pasado el permiso? No recuerdo haberte visto mucho por Roma.

El rostro del sirio permaneció impasible.

—Tenía asuntos que atender.

—¿Asuntos? —Falco rio a carcajadas—. ¿Así lo llamas? ¿A qué pobre alma enviaste al inframundo durante nuestro descanso?

Los ojos oscuros de Sica se alzaron fugazmente para encontrarse con la mirada de Falco, sin emoción alguna.

—A nadie a quien se vaya a echar de menos.

La afirmación quedó suspendida en el aire, sin ser ni una broma ni una confesión, sino algo intermedio. Era un recordatorio de lo que eran: hombres elegidos no solo por su destreza en la lucha, sino por su capacidad para hacer lo necesario, sin importar su naturaleza.

Decimus se volvió hacia Séneca, y su conversación se tornó privada bajo las renovadas bromas.

—Y bien, ¿qué piensas de nuestras órdenes?

Séneca suspiró profundamente.

—Vagas, como siempre —dijo—. Sé que hay un hombre al que matar, pero Lepidus se mostró reacio a compartir el nombre. Por lo visto, Plautius nos informará de todo cuando lleguemos.

Decimus asintió, pensando en su patrón en Roma. El senador Lepidus había sido el escudo de los Occultum en la arena política durante años, protegiéndolos de aquellos que querían usarlos como peones en los juegos del Senado. Si los había enviado a Britania con tanta urgencia, la situación debía de ser realmente grave.

—Deberíamos llegar en menos de una semana, si el tiempo lo permite —dijo Séneca—. Y entonces veremos qué nos espera.

—Frío, humedad y hostilidad, si nos atenemos a la experiencia —dijo Decimus con humor sombrío.

El sol casi había desaparecido, proyectando largas sombras sobre la cubierta. Las risas de los hombres habían adquirido un cariz diferente, ligeramente forzado, como si ellos también presintieran el inminente fin de su tregua. Cada día los acercaba más a las costas de Britania, más cerca de cualquier misión sangrienta que les aguardara. Por ahora, sin embargo, tenían el barco, el mar y la compañía de los demás. Séneca se permitió un momento para apreciarlo, sabiendo que tales instantes eran raros en tiempos de guerra.

—Creo que voy a unirme a ellos —dijo Decimus de repente, irguiéndose con un gruñido de esfuerzo—. Las historias de Falco se vuelven más extravagantes si las riegas con vino. Y pienso darle exactamente eso.

Séneca asintió, con una leve sonrisa en los labios.

—Ve. Iré en un momento.

Mientras Decimus se alejaba, Seneca permaneció junto a la barandilla, observando cómo la oscuridad se cernía sobre las aguas. A sus espaldas, Falco se había lanzado a contar otra historia, esta

vez sobre tres bailarinas nubias y un camello muy enfadado. Lo absurdo de la situación provocó una carcajada genuina entre los hombres, un sonido que se extendió sobre el agua como una ofrenda a los dioses que pudieran estar escuchando.

Seneca se concedió un último momento de paz, una profunda bocanada de aire salado, antes de volverse para reunirse con sus hombres. Los Occultum se enfrentarían a lo que les esperara en Britannia como se habían enfrentado a todo lo demás: juntos, con el acero en las manos y la determinación en el corazón.

Pero esa era una preocupación para el día de mañana.

---

# Capítulo Dos

## Britania

La tienda de mando se alzaba en el corazón del campamento de la Legio Augusta, y su lona desgastada aún mostraba las cicatrices de campañas anteriores. Dentro, varias lámparas de aceite proyectaban sombras parpadeantes sobre el consejo militar reunido en torno a una mesa improvisada hecha con tablones sobre barriles de suministros vacíos. Sobre ella se extendía un gran mapa de los territorios circundantes, con los bordes sujetos por dagas y copas de bronce.

Vespasiano estaba de pie con las manos firmemente apoyadas en la mesa y su mirada recorría los rostros de sus oficiales superiores. A sus cuarenta años, se desenvolvía con la seguridad de un hombre que había ascendido en el escalafón por méritos propios y no solo por sus contactos familiares. Aunque no era alto, su complexión robusta irradiaba autoridad, y los veteranos curtidos que lo rodeaban le prestaban toda su atención.

—La situación, señores —dijo Vespasiano, y su voz rasgó el leve murmullo de la conversación—. Seamos claros.

Antonius Macro, el primus pilus de la legión, dio un paso al frente, con el rostro curtido y grave a la luz de la lámpara. Veinticinco años de servicio habían dejado su huella en el veterano centurión, cuyo cuerpo era un mapa de cicatrices de una docena de campañas.

—La Segunda ha actuado admirablemente, comandante. Nuestras bajas en el cruce del Támesis fueron menores que las de las otras legiones.

—Hechos, Macro —dijo Vespasiano—. No halagos.

Macro se enderezó, amonestado, pero no ofendido. —Trescientos cuarenta y dos muertos. Seiscientos diecisiete heridos, aunque casi la mitad de ellos deberían estar en condiciones de volver al servicio en un mes. La moral de los hombres sigue alta tras la victoria.

—¿Y los suministros? —preguntó Vespasiano, volviéndose hacia Lucius Gabinius, el intendente de la legión.

—Tenemos grano suficiente para tres semanas a ración completa —dijo Gabinius, consultando sus tablillas de cera—. Más tiempo si lo complementamos con recursos locales, pero esperamos una columna de suministros en cuestión de días. Los suministros médicos escasean, en particular el lino para vendajes y la miel para curar heridas.

—Los britanos usan un musgo que crece en los robles de aquí —intervino Macro—. Nuestro medicus dice que funciona casi tan bien como la miel para prevenir la podredumbre en las heridas.

Vespasiano asintió.

—Bien. Asegúrese de que se recoja y se distribuya.

—Los ingenieros ya han establecido dos puentes de pontones sobre el Támesis —continuó Gabinius—. Las lluvias recientes han dificultado los accesos, pero hemos colocado pasarelas de madera para evitar que los carros se atasquen en el fango.

Vespasiano trazó el curso del río en el mapa con el dedo, y su mirada se desvió hacia el cuadrante nororiental, donde aguardaba Camulodunum.

—Informes de inteligencia —dijo secamente, volviéndose hacia Cassius Longinus, un liberto griego de mirada astuta que servía como su jefe de reconocimiento.

—Nuestros exploradores informan de que las fuerzas britanas se están reagrupando al oeste y al norte —dijo Longinus, dando un paso al frente—. Bandas más pequeñas hostigan nuestras líneas de suministro desde el sur, pero nada que nuestra caballería auxiliar no pueda controlar.

—¿Y Caratacus?

—Es escurridizo. Hemos tenido tres avistamientos suyos en los últimos dos días, cada uno en un lugar distinto. Se mueve constantemente, reuniendo partidarios de las tribus periféricas. Nuestros mejores informes sugieren que pretende evitar la confrontación directa por ahora y que prefiere desangrarnos con escaramuzas y emboscadas mientras aumenta sus fuerzas.

—Una estrategia sólida —masculló Vespasiano—, para un bárbaro.

—Puede que carezcan de nuestra disciplina —dijo Macro—, pero no son tontos. Han visto lo que pasó en el Medway y en el Támesis. No volverán a enfrentarse a nosotros en campo abierto a menos que se vean obligados.

Vespasiano entornó los ojos mientras estudiaba el mapa.

—El terreno los favorece. Bosques, marismas, colinas..., perfecto para emboscadas y retiradas rápidas. En cambio, nosotros destacamos en campo abierto con espacio para maniobrar, donde podemos hacer valer nuestra disciplina. —Su mirada recorrió metódicamente el círculo, repasando mentalmente a su personal clave.

—¿Dónde está el tribuno Atticus? —preguntó de repente, frunciendo el ceño.

Los oficiales intercambiaron miradas; la ausencia se hizo de pronto notoria.

—Sé que dirigió una patrulla ayer por la mañana, comandante —dijo Longinus con cautela—. Hacia el noroeste.

—¿Y?

—Creo que todavía no han regresado.

El semblante de Vespasiano se ensombreció.

—¿Una patrulla dirigida por un tribuno de Roma lleva un día entero desaparecida y yo me entero ahora?

—La patrulla debía regresar al anochecer —dijo Longinus, manteniendo la compostura ante la creciente ira de Vespasiano—. Envié jinetes a lo largo de su ruta prevista cuando no regresaron, pero no encontraron nada: ni señales de batalla, ni cuerpos, ni rastros más allá de la mitad del camino.

—¿Cuántos hombres iban con él?

—Dos contubernios de auxiliares. Dieciséis hombres, todos a caballo. Bátavos del Ala Primae.

Vespasiano maldijo entre dientes. Que llevaran veinticuatro horas desaparecidos sin señales de combate significaba que, o bien se habían perdido, o habían sido capturados, o los habían matado.

—¿Cuál era la ruta que se les asignó? —exigió.

Longinus señaló un camino hacia el noroeste en el mapa, que seguía una senda que terminaba abruptamente en el límite del territorio recién conquistado. —Debían explorar hasta este cruce del río y luego regresar. Una misión sencilla, doce millas de ida y vuelta.

Macro se aclaró la garganta.

—Comandante, puede que haya algo más. Uno de mis hombres estaba de guardia en la puerta este ayer por la mañana. Informó de que el tribuno Atticus parecía... ansioso.

—¿Ansioso? —repitió Vespasiano—. ¿Qué se supone que significa eso?

—El tribuno interrogó a mi hombre sobre un informe de unos jinetes celtas avistados más allá de nuestro perímetro. Guerreros fuertemente armados, posiblemente la guardia personal de un caudillo. Cuando le dijeron que se habían alejado de la ruta de su patrulla, pareció demasiado interesado y exigió más información sobre el terreno.

—¿Cree usted que decidió perseguirlos? —preguntó Vespasiano.

—No lo sé, domine, pero es una posibilidad.

El rostro de Vespasiano se endureció.

—Ese necio. Persiguiendo la gloria cuando necesitamos información. Si está vivo, haré que lo azoten ante toda la legión. —Contempló el mapa, sopesando las opciones—. Si han sido capturados, la información que puedan divulgar bajo tortura podría causarnos problemas.

—Atticus moriría antes de traicionar a Roma —dijo Longinus con firmeza.

—Todo hombre cree eso hasta que aparecen los hierros candentes —replicó Macro con gravedad—. Y los druidas tienen métodos que hacen que nuestros torturadores parezcan tan delicados como niñeras.

—Necesitamos saber qué ha ocurrido —dijo Vespasiano, volviéndose de nuevo hacia el mapa—. Longinus, muéstreme dónde encontraron sus patrullas de búsqueda el último rastro de la patrulla.

El oficial de inteligencia indicó un punto en el mapa, mucho antes de llegar al río que debían explorar.

—Aquí, domine. Los rastros se desviaban más hacia el noroeste desde este punto, hacia una zona densamente boscosa más allá de nuestro actual alcance de reconocimiento.

—¿Opciones? —dijo Vespasiano, mirando a su alrededor.

—Podríamos enviar una cohorte completa —sugirió Longinus—. Peinar la zona por completo.

—No, demasiado lentos, demasiado ruidosos —dijo Macro.

—¿Una centuria de hombres escogidos entonces? —sugirió Longinus—. ¿En orden de marcha ligero, con el equipo mínimo?

—Siguen siendo demasiados —dijo Macro—. En ese terreno, el sigilo es primordial. Necesitamos rastreadores, exploradores, hombres que puedan moverse sin ser vistos.

—Estoy de acuerdo —dijo Vespasiano con firmeza—. Esto requiere habilidades especiales. —Su mirada se posó en Longinus—. ¿Sigue en la legión el explorador belga? ¿El que sirvió con los Occultum en Germania?

Longinus asintió con lentitud.

—¿Talorcan? Sí, ha estado sirviendo con nuestros elementos de reconocimiento desde lo de Medway.

Vespasiano se volvió hacia un ordenanza que aguardaba.

—Tráeme al explorador belga. De inmediato.

El ordenanza saludó y se marchó con presteza, dejando al grupo de mando sumido en un silencio pensativo.

---

Menos de media hora después, la lona de la tienda se abrió y dejó entrar una ráfaga del aire húmedo de la noche.

—Domine, el explorador belga está aquí —dijo el ordenanza.

—Bien, hazlo pasar.

Talorcan entró, alto y enjuto, con el pelo largo y negro y una barba puntiaguda al estilo de su gente. Su atuendo de cuero y lana era una mezcla de pertrechos militares romanos y artesanía nativa, más práctico que reglamentario.

Sus ojos, de una palidez sorprendente en contraste con su piel curtida por la intemperie, recorrieron la reunión de oficiales

antes de posarse en Vespasiano. Hizo un gesto con la cabeza que reconocía el rango sin llegar a ser una muestra de deferencia.

—Me mandó llamar, domine —dijo, con un latín fluido aunque con acento.

—Uno de mis tribunos ha desaparecido —dijo Vespasiano sin preámbulos—. Junto con dieciséis jinetes auxiliares. Se les vio por última vez dirigiéndose al noroeste, más allá de nuestro territorio asegurado. Necesito que los encuentren.

La expresión de Talorcan permaneció impasible.

—¿Cuándo partieron?

—Ayer por la mañana. Deberían haber regresado al anochecer.

Talorcan asintió, asimilando la información. Había llovido desde entonces, así que el terreno aún conservaría las huellas.

—Nuestras patrullas de búsqueda encontraron su rastro hasta aquí —dijo Vespasiano, señalando la posición en el mapa—. Continuaba hacia el noroeste, en dirección a esta zona boscosa.

Talorcan estudió el mapa, sus ojos trazando los contornos del terreno.

—El Bosque de los Nervios —dijo en voz baja, casi para sí —. Es un mal terreno, de bosques densos, salpicado de ciénagas y barrancos. Bueno para cazar, y mejor aún si se quiere tender una emboscada.

—¿Lo conoce? —preguntó Longinus con sorpresa.

—Tengo familia allí —dijo—. O al menos la tenía antes de todo esto… —Dejó la frase inacabada.

—¿He oído que ese terreno era sagrado para los trinovantes? —dijo Vespasiano—. Háble me de ello.

—Para los celtas todos los terrenos son sagrados —replicó Talorcan—. Pero esas colinas en particular contienen cementerios, santuarios, lugares donde el velo entre los mundos es fino. Los druidas lo usan para sus ceremonias de sangre, especialmente en la luna nueva.

Vespasiano entornó los ojos.

—Que es dentro de siete días.

Un silencio gélido se apoderó de la reunión. El odio de los druidas por Roma era legendario, como también lo era su influencia sobre las tribus britanas. Si Atticus y sus hombres habían sido capturados y conducidos al bosque en vísperas de una ceremonia druídica…

—¿Puede encontrarlos? —preguntó Vespasiano, rompiendo el silencio.

Talorcan le sostuvo la mirada.

—Si aún viven, probablemente. Si están muertos… —Se encogió de hombros, sin necesidad de explicar la alternativa.

—Entonces partirá con las primeras luces —dijo Vespasiano —. Quiero que los encuentren, o al menos tener confirmación de sus muertes antes de destinar más fuerzas.

—No —replicó Talorcan, provocando miradas de asombro entre los oficiales romanos. Antes de que nadie pudiera reprenderlo por insubordinación, continuó—: Partiré esta noche. Ha dejado de llover y hay media luna. Luz suficiente para rastrear, no tanta como para que me vean con facilidad. Para el amanecer, puedo estar donde sus patrullas perdieron el rastro.

Vespasiano estudió el rostro del explorador, buscando cualquier señal de engaño o exceso de confianza. Al no encontrar ninguna, asintió.

—Muy bien. Esta noche. ¿Cuántos hombres necesitará?

—Ninguno —dijo Talorcan.

—Inaceptable —intervino Macro—. No enviamos a nuestros hombres solos a territorio hostil.

—Un solo hombre puede moverse más rápido y con mayor silencio que muchos —le interrumpió Talorcan, dirigiéndose a Vespasiano en lugar de al centurión que protestaba—. No voy a luchar, solo a encontrar. Si localizo a su tribuno, regresaré con la información. Entonces podrá enviar a sus cohortes.

Vespasiano sopesó la opción, contraponiendo la doctrina militar a la realidad práctica.

—Y si lo capturan o lo matan, habremos perdido a nuestro mejor explorador a cambio de nada.

El fantasma de una sonrisa asomó a los labios de Talorcan.

—No me capturarán.

—Su confianza es admirable, pero no voy a arriesgar otro activo romano en una misión en solitario —dijo Vespasiano con firmeza—. Se llevará al menos a un hombre con usted.

La expresión de Talorcan se ensombreció.

—Ninguno de sus legionarios. Se mueven como vacas preñadas en el bosque.

Macro se enfureció ante el insulto, pero Vespasiano alzó una mano para frenar su objeción. —¿Longinus, quién de su sección de reconocimiento sería adecuado?

—Rufus Cato —respondió finalmente el oficial de inteligencia—. Un antiguo cazador de las provincias alpinas. Ya ha acompañado a Talorcan en otras ocasiones.

Talorcan asintió a regañadientes.

—El montañés servirá. Es bastante silencioso y su vista es aguda en la oscuridad.

—Entonces, está decidido —dijo Vespasiano—. Usted y Cato partirán esta noche. Su misión es localizar al tribuno Atticus y su patrulla, evaluar su situación e informar. No entablen combate con el enemigo a no ser que sea absolutamente necesario para su supervivencia. Es mejor que traigan información que pueda salvar a la próxima patrulla a que mueran en un gesto fútil. ¡Que la Fortuna favorezca su caza!

Talorcan asintió una sola vez, un gesto de aceptación más que de deferencia, y se dio la vuelta para salir de la tienda, con el peso de la misión asentándose sobre sus hombros como una capa familiar.

Cuando la lona de la tienda se cerró tras el explorador belga, Vespasiano se volvió hacia sus oficiales.

—El resto de nosotros tenemos una campaña que planificar, señores. La situación del tribuno Atticus, aunque preocupante, no puede retrasar nuestro avance sobre Camulodunum. El emperador espera resultados, no excusas.

---

# Capítulo Tres

## Rutupiae

El casco de madera del trirreme crujió al rozar el muelle de Rutupiae, mientras los marineros se afanaban por amarrar las estachas a unos bolardos recién instalados. Las gaviotas planeaban sobre sus cabezas y sus graznidos estridentes se mezclaban con los gritos de soldados, marineros y estibadores que llenaban el ambiente. El puerto natural estaba abarrotado de embarcaciones de todos los tamaños, desde transportes militares hasta buques mercantes y pesqueros, que creaban un bosque flotante de mástiles y jarcias que delataba la determinación de Roma por afianzar su más reciente conquista.

Séneca, de pie junto a la barandilla del barco, observaba cómo una nueva centuria de legionarios desembarcaba de una nave más grande y cercana, con las armaduras relucientes bajo la débil luz del sol de Britania. A pesar de que acababan de llegar tras una larga travesía, los soldados formaron en disciplinadas filas sobre el muelle mientras los centuriones ladraban órdenes y se preparaban para marchar a los puestos que se les habían asignado.

—Muchachos entusiastas —dijo Decimus, poniéndose a su lado—. Todavía no conocen los encantos particulares de Britania.

—No tardarán en aprender —replicó Séneca, abarcando con la mirada el caos organizado del puerto—. El barro y la lluvia apagarán ese brillo en menos de una semana.

A sus espaldas, el resto de los Occultum recogía su equipo, y la atmósfera relajada del viaje se evaporaba mientras se preparaban para poner un pie en suelo britano. Cada hombre se movía con una eficiencia consumada, revisando sus armas y asegurando el equipo con la concentración silenciosa que otorgan los años de misiones peligrosas.

—Míralos —dijo Falco, señalando con la cabeza a las tropas de refresco—. Qué guapos y qué limpios. Parecen muchachas engalanadas para un festival. —Irguió su enorme cuerpo desde la

cubierta, donde había estado tumbado, y se estiró hasta que le crujieron las articulaciones—. No recuerdo haber sido tan joven.

—Tú nunca fuiste joven —dijo Sica, asegurándose una daga extra en la bota—. Naciste viejo y feo.

—Y tú naciste víbora —replicó Falco con una sonrisa. La broma era familiar, cómoda, pero ahora teñida por la conciencia de lo que les esperaba.

—Me preocupa más saber dónde nos metemos —dijo Marcus, uniéndose a ellos—. Plautius no nos convoca para un desfile de la victoria.

—Precisamente por eso deberíamos haber disfrutado un poco más en Roma —se quejó Falco—. Esa bailarina...

—Basta ya de la bailarina —lo interrumpió Marcus—. A juzgar por cómo hablas de ella, diríase que era la misma Venus encarnada.

—Lo era —masculló Falco, aunque su queja carecía de la fuerza habitual.

—Hora de moverse —dijo Séneca, al ver que su barco ya estaba bien amarrado—. Recoged el equipo.

Los hombres se echaron los macutos al hombro y siguieron a Séneca por la pasarela. Los tablones de madera del muelle crujieron bajo sus pies al pisar Britania, donde el olor a agua salada se mezclaba con el aroma terroso de las marismas cercanas y los olores menos agradables de un puerto militar.

—Agradable —comentó Cassius, arrugando la nariz—. Me recuerda a los barrios menos respetables de Alejandría.

—Tú sabrás —dijo Falco con un bufido.

Pasaron a un lado mientras una hilera de mulas cargadas de provisiones pasaba con estrépito, con los arrieros maldiciendo mientras instaban a los tercos animales a adentrarse en tierra. Cerca de allí, un centurión reprendía a un grupo de legionarios que luchaban con una pesada balista, y su creativa retahíla de insultos provocó gestos de aprobación en Falco.

—Ese hombre tiene un don —observó el exgladiador—. Nunca antes había oído llamar a alguien «retoño mal concebido de una cabra de tres patas y un parto sifilítico».

—Amplía tus lecturas —sugirió Cassius con sequedad.

Séneca apenas les prestó atención, centrado como estaba en abrirse paso por el abarrotado muelle.

—La oficina del capitán del puerto —dijo por fin, señalando un achaparrado edificio de piedra que se alzaba alejado de los almacenes de madera que bordeaban el muelle—. Allí debemos recibir nuevas instrucciones.

Avanzaron por el muelle, evitando el caos organizado que los rodeaba.

—Este lugar ha crecido deprisa —observó Séneca—. Cuando nos marchamos, era poco más que una playa embarrada con unos cuantos muelles construidos a toda prisa.

—Roma construye rápido —dijo Cassius, mirando a su alrededor con la mirada experta de un antiguo mercader—. El campamento de hoy se convierte en la fortaleza de mañana y en la ciudad del año que viene.

A medida que se acercaban a la oficina del capitán del puerto, la puerta se abrió de golpe y un oficial de rostro curtido por la intemperie salió empuñando una tablilla de cera y gritando órdenes a un subordinado. Se quedó paralizado un instante al ver a los Occultum; algo en el porte de ellos hizo que se replanteara lo que fuera que estuviese a punto de hacer. Sus ojos los recorrieron con cautela, juzgando su forma de andar, su compostura y su aspecto.

—Me llamo... —empezó Séneca, pero el capitán del puerto lo interrumpió.

—Sé quién es usted, lo esperábamos. Entre.

Séneca hizo un gesto de asentimiento a sus hombres y cruzó el umbral para entrar en el edificio. El capitán del puerto lo siguió al interior y cerró la puerta con firmeza a sus espaldas, ahogando el clamor del ajetreado puerto. El interior estaba inesperadamente ordenado, con estantes de legajos pulcramente dispuestos que cubrían las paredes y una gran mesa que dominaba el centro de la estancia, cubierta de mapas y manifiestos.

El capitán del puerto se volvió y clavó en Séneca una mirada inquisitiva, con sus ojos afilados bajo unas pobladas cejas

grises.

Séneca le sostuvo la mirada sin inmutarse y luego llevó una mano bajo su capa.

—¿Supongo que necesita alguna forma de identificación?

—No —dijo el hombre, con una voz sorprendentemente culta para alguien que dirigía los rudos asuntos de un puerto militar —. Sé perfectamente quién es y por qué está aquí. Lépido le envía sus saludos.

—Lépido —dijo Séneca—. Debería haberlo sabido. La influencia del senador llega más lejos de lo que pensaba.

—En efecto —dijo el capitán del puerto y se dirigió a una mesa auxiliar para servir dos copas de vino de una jarra de barro.

—En ese caso —dijo Séneca, aceptando la copa que le ofrecía—, quizás pueda indicarnos dónde encontrar al general Plautius. Necesitamos recoger nuestras órdenes y ponernos en marcha rápidamente.

La expresión del capitán del puerto se endureció de repente. Dejó su propia copa sin probar y se inclinó hacia delante, con ambas manos plantadas en la mesa que los separaba.

—No va a ir a ninguna parte, tribuno. Siéntese, tenemos que hablar.

---

Séneca permaneció de pie, estudiando al hombre con renovada atención. El rostro curtido por la intemperie hablaba de años en el mar, pero aquellos no eran los ojos de un capitán de puerto. Contenían la mirada calculadora de un hombre acostumbrado a medir amenazas, a sopesar vidas en la balanza de asuntos mayores.

—¿Quién es usted? —preguntó Séneca.

El capitán del puerto sonrió levemente.

—Alguien que en otro tiempo sirvió junto a Lépido, antes de que me dedicara a gestionar manifiestos en lugar de agentes. —Volvió a señalar la silla—. Por favor, Séneca. Lo que tengo que decirle es solo para sus oídos y preferiría no tener que gritarlo.

Séneca vaciló, luego tomó asiento, colocándose de modo que tuviera fácil acceso a su espada.

—¿Tiene usted un nombre?

—Muchos —replicó el hombre con una leve sonrisa—. Pero Quintus será suficiente por ahora. —Se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Lépido temía que sus comunicaciones escritas pudieran ser interceptadas. Por eso sus órdenes eran imprecisas.

—¿Y ahora usted las aclarará?

Quintus asintió, con expresión grave.

—Creo que le dijeron que hay un hombre al que matar.

—Así es —dijo Séneca—, pero no su identidad ni su paradero. Solo tiene que decirme quién es y dónde está, y mis hombres se encargarán del resto.

Quintus posó la copa con parsimonia, con la mirada fija en el rostro de Séneca.

—El hombre al que busca es un traidor a Roma —dijo Quintus—. Ya nos ha causado muchos problemas y hay que silenciarlo antes de que cause más daño. También creo que usted lo conoce. Se llama Raven.

Séneca se quedó inmóvil, mirando atónito mientras asimilaba la información.

—Imposible —dijo al fin—. Raven está muerto. Yo mismo vi cómo Mordred lo degollaba. Vi su cuerpo desplomarse en el suelo, vi su cabeza flotar río abajo mientras la sangre seguía manando del cuello cercenado. No me equivoco.

—Un sustituto —dijo Quintus con rotundidad—. Un condenado de complexión similar, drogado hasta dejarlo inconsciente. La cabeza que vio era la suya, no la de Raven. Los druidas han perfeccionado esos engaños durante siglos, cambiando un hombre por otro en la penumbra, controlando lo que usted presenció.

Metió la mano bajo la mesa y sacó una pequeña bolsa de cuero. De ella extrajo un medallón de bronce y lo colocó sobre la mesa, entre ambos. Séneca lo reconoció de inmediato.

—Esto se encontró cerca del cadáver de un correo romano hace tres semanas —dijo Quintus—. El hombre había sido degollado, pero parece que opuso resistencia.

—Cualquiera podría haberle quitado esto al cadáver de Raven —replicó Séneca, levantando la vista—. No significa nada.

—Quizá —concedió Quintus—. Pero hay más. —Sacó un documento y se lo entregó—. Este mensaje fue interceptado a un corredor celta que intentaba cruzar nuestras líneas antes de nuestro avance sobre el Támesis.

Séneca cogió el pergamino y estudió el texto en latín inscrito en él. La caligrafía era inconfundible, la grafía precisa y distintiva de un hombre que había aprendido a escribir más tarde que la mayoría de los romanos, que formaba cada carácter con el mismo cuidado metódico que aplicaba a sus mapas de exploración. La letra de Raven.

—«La ruta norte sigue débilmente defendida» —leyó Séneca en voz alta; la caligrafía familiar hacía las palabras aún más condenatorias—. «Las patrullas de caballería siguen patrones predecibles al amanecer y al atardecer. Plautius espera refuerzos para las calendas, pero es vulnerable hasta entonces». —Dejó la tablilla, y una furia gélida creció en su interior.

—Insisto, esto no demuestra nada. La letra se puede falsificar.

—¿Y esto? —Quintus metió la mano en su túnica y extrajo un objeto pequeño, colocándolo con cuidado sobre la mesa.

Era una talla, no más grande que el pulgar de un hombre, una pequeña águila de madera meticulosamente detallada. Séneca había visto a Raven trabajar en docenas de tallas como esa durante largas campañas, sus ágiles dedos siempre ocupados en las horas de quietud del campamento, transformando trozos de madera en diminutos pájaros con una habilidad notable.

—Encontrada entre las pertenencias del mismo correo —dijo Quintus en voz baja—. Una tarjeta de visita, quizá. O un mensaje para alguien en concreto.

Séneca cogió la talla, haciéndola girar entre sus dedos. La artesanía era inconfundible, hasta la forma característica en que las alas se plegaban contra el cuerpo. Tenía una casi idéntica en su propio morral, un regalo de años atrás.

—Todo este tiempo —dijo Séneca, con voz apenas audible —, y estaba conspirando contra nosotros.

—Quizá no siempre —dijo Quintus con un suspiro—, pero sin importar el cuándo o el porqué, ahora sirve como consejero de Mordred. Hemos identificado tres convoyes de suministros que ha ayudado a emboscar y al menos dos partidas de exploradores encontradas con el cuello cortado, al modo romano, no celta.

El puño de Séneca se cerró en torno al cuervo de madera, con los nudillos blancos por la tensión.

—¿Dónde está ahora?

—Ese es el problema. Creemos que se mueve entre los asentamientos tribales, recopilando información, pero regresa con frecuencia al santuario de Mordred en la isla de Mona.

—Mona —repitió Séneca; el nombre le resultaba familiar por los informes de inteligencia—. El bastión de los druidas.

Quintus asintió con gravedad.

—Su lugar más sagrado, protegido por peligrosas mareas y cientos de guerreros fanáticos. Que yo sepa, ningún romano ha puesto jamás un pie allí y ha vivido para contarlo.

—Y Lépido quiere que vayamos allí a matarlo —dijo Séneca.

—Así es, pero la decisión final es suya. No es un simple asesinato, tribuno. Es una misión en pleno territorio enemigo, en un lugar considerado impenetrable, para matar a un hombre que conoce íntimamente todos sus métodos y tácticas.

—Fue mi hermano de armas —dijo Séneca, con la voz endurecida por la resolución—. Mi responsabilidad. Su traición acabará por mi mano.

—Su lealtad es encomiable —dijo Quinto—, pero su juramento es a Roma, no a una venganza personal.

—En este caso, son lo mismo —dijo Séneca, levantándose de la silla—. ¿Qué ayuda puede ofrecerme?

Quinto lo estudió durante un largo instante y luego asintió.

—Muy bien. Tengo mapas, informes sobre las mareas y los accesos costeros a Mona. También dispongo de cierta información sobre el campamento de Mordred, aunque gran parte de ella tiene

años. Haré que le envíen los documentos. Huelga decir que si necesita dinero, no tiene más que pedírmelo. Lépido ha autorizado ayuda ilimitada.

—Proporcióneme todo lo que tenga —dijo Séneca, habiendo desaparecido toda vacilación, reemplazada por una fría determinación—. Encontraremos nuestra propia forma de entrar.

—¿Y si Raven le ve venir? —preguntó Quinto—. Sabe cómo piensa, cómo se mueve.

La expresión de Séneca se ensombreció.

—Deje eso en nuestras manos —dijo—. Ya me pondré en contacto. —Dicho esto, se dio la vuelta y salió del edificio. Fuera, sus hombres esperaban, con rostros que mostraban diversos grados de curiosidad y preocupación.

—¿Séneca? —dijo Marco—. ¿Qué ha pasado?

Séneca los miró, a aquellos hombres que habían luchado a su lado a través de innumerables peligros, que habían sangrado con él, matado con él, sufrido con él. Hombres en los que confiaba su vida. Hombres como Raven.

—Tenemos nuestra misión —dijo, con la voz controlada a pesar de la rabia que ardía en su interior—, y nuestro objetivo.

—¿Quién? —preguntó Falco, irguiéndose en toda su imponente estatura.

Séneca se encontró con la mirada de cada uno de ellos, asegurándose de que comprendían la gravedad de lo que estaba a punto de decir.

—Raven.

El nombre cayó como una piedra en aguas tranquilas y provocó ondas de conmoción en el grupo.

—Imposible —dijo Marco, haciéndose eco de la primera reacción del propio Séneca—. Raven está muerto.

—No —dijo Séneca—. Está vivo. Y ha traicionado todo lo que representamos, todo por lo que hemos luchado.

Los hombres intercambiaron miradas, la incredulidad luchando con la creciente comprensión de que su tribuno hablaba completamente en serio.

—¿Dónde? —preguntó Sica, práctico como siempre, preparándose ya mentalmente para la caza.

—En la isla de Mona —dijo Séneca—, en la costa oeste. Quieren que vayamos allí, encontremos a Raven y lo eliminemos.

Siguió un denso silencio, cada hombre calculando el inmenso peligro que una misión así entrañaría. Penetrar en el santuario más sagrado de los druidas equivalía a un suicidio.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Décimo, su rostro curtido sin mostrar miedo ni vacilación.

—Primero nos tomaremos un tiempo para planificarlo todo como es debido —dijo Séneca—. Esto no se puede hacer con prisas.

—Todavía no puedo creerlo —dijo Falco—. Todos teníamos nuestras sospechas, pero esto es... increíble.

—No hay error —dijo Séneca—. He visto las pruebas yo mismo. Sigue vivo y, por lo visto, mata a romanos. Y por ello, morirá por mi mano. —Empezó a alejarse, y sus hombres se pusieron en formación tras él de manera automática. Mientras avanzaban por el bullicioso puerto en busca de los aposentos que les habían asignado, la mente de Séneca bullía de recuerdos del hombre al que había llamado amigo. La serena competencia de Raven, su pericia sin igual como explorador, las vidas que había salvado al advertir de emboscadas y peligros ocultos..., todo ello quedaba ahora ensombrecido por la revelación de su traición.

Para cuando encontraron la tienda que les habían asignado, su camino estaba claro. Cualquier vínculo que hubiera existido entre ellos se había roto para siempre. Raven ya no era un hermano, ya no era un camarada; era, simplemente, un objetivo. Y los Occultum nunca fallaban al eliminar a sus objetivos.

---

# Capítulo Cuatro

## Isla de Mona

Veteranus estaba sentado en un tronco desgastado por el tiempo; sus dedos encallecidos recorrían distraídamente las acanaladuras de la madera antigua mientras observaba cómo el sol iniciaba su descenso sobre el valle occidental. El orbe de fuego colgaba suspendido entre la tierra y el cielo y bañaba el paisaje con tonos ámbar y carmesí que parecían incendiar el mundo. Desde su posición elevada en la cresta, podía ver el mosaico de las arboledas sagradas y los claros de Mona extendiéndose hacia el mar lejano, con las sombras entre ellos haciéndose más profundas a cada momento que pasaba.

Había olvidado cuánto tiempo llevaba en aquella isla sagrada; cada día se fundía con el siguiente como la sangre derramada en un arroyo. Las cadenas que una vez lo habían apresado físicamente ya no estaban, se las habían quitado semanas antes, después de que Mordred lo considerara lo suficientemente «preparado» para un mayor entendimiento. Sin embargo, Veteranus sabía que los lazos invisibles que lo retenían allí seguían siendo más fuertes que cualquier grillete de hierro.

Su mano se desvió hacia el tatuaje del escarabajo que tenía en el hombro, la marca que supuestamente lo unía al linaje de Mordred. Aún se negaba a aceptarlo como verdad, pero la duda lo carcomía con cada día que pasaba.

—Mentiras —masculló para sí—. Mentiras rebuscadas. La palabra se la llevó la brisa del atardecer.

Pero los recuerdos de lo que había presenciado unas semanas antes regresaron sin ser llamados, lo que le provocó un escalofrío involuntario.

Veteranus cerró los ojos, pero las imágenes permanecieron, grabadas a fuego en su mente con una claridad espantosa. Los gritos del niño todavía resonaban en sus sueños, elevándose a un tono imposible antes de ser silenciados

abruptamente cuando la criatura, pues no había otra forma de describirla, se abalanzó sobre él.

Más tarde, Mordred se le había acercado con expresión serena, impasible ante los horrores que Veteranus había presenciado.

—Usted solo ve la muerte —había dicho el druida—, pero nosotros vemos el renacimiento. El niño ha sido bendecido, elegido para llevar nuestro mensaje a los propios dioses.

—Asesinato —escupió Veteranus—. Salvajismo disfrazado de piedad.

Mordred se había limitado a sonreír; la expresión nunca alcanzó sus fríos ojos.

—Todavía ve el mundo con ojos romanos, pariente. Con el tiempo, lo comprenderá.

Pariente. La palabra ardía como un veneno en los pensamientos de Veteranus. Se negaba a aceptarlo, se negaba a creer que compartía sangre con aquella gente. Y, sin embargo, la duda persistía, una sombra que acechaba en los confines de su mente.

Mordred le había recordado que era libre de marcharse cuando quisiera, pero Veteranus no estaba convencido y sospechaba que se trataba de una treta. Al día siguiente, había caminado directamente hasta el límite del asentamiento, pasando ante las miradas vigilantes de los druidas y los guerreros, esperando el momento en que le bloquearan el paso. Ninguno lo había hecho. Había seguido hasta la orilla, donde las barcas reposaban en la arena sin vigilancia. Nadie lo había seguido. Nadie lo había llamado para que regresara.

Y, sin embargo, no se había marchado.

Día tras día, se decía a sí mismo que se iría a la mañana siguiente. Que cogería una barca y regresaría al continente, que encontraría el camino de vuelta al territorio romano e informaría de todo lo que había visto. Pero cada día permanecía allí, impulsado por la necesidad de comprender qué estaba ocurriendo en esa isla, qué papel se esperaba que desempeñara en el gran plan de Mordred.

—Un cambio para el mundo —así lo había llamado Mordred en las raras ocasiones en que hablaba del futuro—. La restauración del verdadero orden en un imperio corrupto.

El borde inferior del sol tocaba ahora las colinas lejanas, proyectando largas sombras sobre el valle. En algún lugar a sus espaldas, en la arboleda, estarían comenzando los rituales vespertinos. Los druidas con sus túnicas blancas y hoces de oro, los guerreros con sus cuerpos pintados de azul y sus cánticos ancestrales. Él los había observado desde la distancia, manteniéndose al margen de sus ceremonias. Pero cada noche, la atracción se hacía más fuerte.

No era ningún tonto. Reconocía la manipulación en cuanto la veía. Las revelaciones cuidadosamente calculadas, la lenta aclimatación a sus costumbres, los sutiles recordatorios de su supuesta conexión con su linaje... —todo ello diseñado para atraerlo, para hacerlo receptivo a su causa—. Y, sin embargo, no podía negar que algo en su interior respondía a sus palabras, a sus rituales, a su certeza. Aquello lo asustaba más que cualquier campo de batalla al que se hubiera enfrentado jamás.

Unos pasos sigilosos a su espalda lo sacaron de su ensimismamiento. No se giró, pues sabía sin necesidad de mirar quién se acercaba. Su paso era característico, deliberado pero ligero, como el de un depredador acostumbrado a moverse en silencio por los bosques.

—Me envía Mordred a buscarle —dijo ella con dulzura, con esa cadencia melodiosa propia de la gente de la isla en su voz.

Veteranus exhaló lentamente, con la mirada aún fija en el sol poniente.

—¿Acaso espera que acuda corriendo a su llamada como un perro fiel?

—No espera nada —respondió ella—. Ofrece.

Se giró y contempló a la mujer que se encontraba a unos pasos de él. Kendra, la llamaban. Guerrera y sacerdotisa a la vez, si tal cosa era posible. Llevaba el pelo oscuro trenzado y pegado al cuero cabelludo, formando dibujos intrincados que denotaban su rango y su linaje. Unas espirales azules le adornaban el rostro y los

brazos; no se trataba de la burda pintura de guerra de los guerreros comunes, sino de las marcas permanentes de alguien iniciado en misterios más profundos.

—¿Y qué ofrece esta vez? —preguntó Veteranus, incapaz de ocultar la amargura de su voz—. ¿Otra muestra de barbarie? ¿Otra «revelación» para convencerme de mi linaje?

La expresión de Kendra no cambió, pero algo brilló fugazmente en sus ojos: desaprobación, quizá, o decepción.

—Ofrece una explicación —dijo ella—, y calidez, y hermandad.

Veteranus bufó.

—¿Hermandad? ¿Con el hombre que orquestó aquella carnicería hace tres noches?

—Hay más en Mordred de lo que usted ha visto —replicó Kendra—. Venga. Acompáñelo junto a su hogar esta noche. Si de verdad busca comprensión, no encontrará mejor lugar para empezar.

Veteranus vaciló. Todos sus instintos le advertían que se negara, que mantuviera la distancia que había guardado celosamente estas últimas semanas. Sin embargo, la necesidad de comprender a esa gente, de encontrarle sentido a la locura que había presenciado, lo impulsaba a seguir adelante. Si quería escapar de aquel lugar, escapar de verdad, no solo en cuerpo sino también en espíritu, necesitaba entender.

—Muy bien —concedió al fin—. Guíeme.

Kendra se giró sin mediar más palabra y marcó un paso rápido colina abajo. El asentamiento los recibió de nuevo con el cálido resplandor de las hogueras y el intenso aroma a carne asada. Los niños correteaban entre las casas circulares y sus risas flotaban en el aire del atardecer, mientras las mujeres atendían las ollas y los hombres se reunían en pequeños grupos, compartiendo historias de la caza o la pesca del día.

Resultaba inquietantemente normal. Aquellas gentes, a las que Veteranus había visto participar en un sacrificio ritual, ahora se dedicaban a sus quehaceres vespertinos con la misma naturalidad mundana de cualquier aldea del imperio. El contraste le ponía la piel de gallina.

Kendra lo condujo hasta la estructura más grande del asentamiento, la casa comunal de Mordred. Se erigía en el centro de la aldea, con su tejado de paja alzándose muy por encima de los edificios circundantes y sus vigas de madera talladas con intrincados símbolos que parecían moverse con la luz mortecina. Dos guerreros flanqueaban la entrada con las lanzas cruzadas ante ellos. Se apartaron sin decir palabra cuando Kendra se acercó y les franquearon el paso.

El interior era cálido y sorprendentemente luminoso. Unas lámparas de junco ardían en soportes de hierro a lo largo de las paredes y un gran hogar dominaba el centro del espacio, con unas llamas que arrojaban una luz dorada por toda la estancia. De las vigas colgaban tapices tejidos que representaban escenas de batalla, rituales y lo que parecían ser genealogías, intrincadas redes de símbolos que conectaban generaciones.

Al fondo de la sala se sentaba Mordred; no en un trono, como Veteranus podría haber esperado, sino en un simple banco de madera. A su alrededor se reunía un pequeño grupo: una mujer de cabellos veteados de plata cuyo porte la delataba como su esposa; dos mujeres más jóvenes que compartían los rasgos afilados de Mordred; un hombre de hombros anchos cuyo brazo rodeaba protectoramente a una de las mujeres, y tres niños que jugaban tranquilamente a sus pies.

Era una reunión familiar que contrastaba por completo con la imagen del druida frío y calculador que Veteranus se había forjado en su mente.

Mordred alzó la vista cuando entraron, y sus severos rasgos se suavizaron hasta formar algo que casi podría llamarse una sonrisa.

—Veteranus —dijo, poniéndose en pie—. Nos honra usted con su presencia.

Veteranus no respondió de inmediato; su mirada recorrió al grupo congregado. Aquellos no eran los fanáticos de ojos desorbitados de la arboleda sagrada. Eran una familia, reunida en un ambiente de comodidad y aparente afecto.

—Me han dicho que deseaba hablar conmigo —dijo al fin, con un tono cuidadosamente neutral.

—Así es —replicó Mordred—. Pero primero, comparta nuestra comida. Siéntese, coma, beba. Ya habrá tiempo de sobra para parlamentar cuando tengamos el estómago lleno.

Señaló un hueco libre en un banco junto a la mesa. Veteranus vaciló, pero luego avanzó y ocupó el asiento que le ofrecían. Le pusieron en la mano una copa de cuerno llena de dulce hidromiel, a la vez que le colocaban delante una fuente de madera con carne asada, pan y bayas de principios de verano.

—Come —le instó la mujer del cabello de plata—. Has adelgazado bajo nuestros cuidados, romano.

Veteranus le lanzó una mirada penetrante, buscando la burla en sus palabras, pero solo encontró sincera preocupación. Dio un sorbo cauto a la hidromiel y sintió cómo su cálido dulzor se extendía por su cuerpo. Siguió con la comida y, a pesar de su recelo, se sorprendió comiendo con apetito.

La cena transcurrió con sorprendente naturalidad y Kendra se les unió, sentándose junto a una de las mujeres más jóvenes. La conversación fluyó a su alrededor: asuntos domésticos, relatos de caza y pesca, deliberaciones sobre la próxima cosecha, bromas inocentes entre familiares.

Veteranus comió en silencio, observando. Era un Mordred que nunca había visto: un padre, un marido, un abuelo. Sus severos rasgos se relajaban en compañía de los suyos; su mirada, normalmente penetrante, se suavizaba con la luz del fuego y la familia. Era como estar viendo a un hombre completamente diferente.

Cuando la cena llegaba a su fin y la hidromiel seguía fluyendo, Mordred dirigió su atención a Veteranus.

—Veo que tiene preguntas —dijo sin más—. Hágaselas.

Veteranus dejó su copa de cuerno, y sus ojos se encontraron con los de Mordred por encima del fuego del hogar.

—Lo he visto a usted bajo dos apariencias ya —dijo—. El druida de mirada fría que habla de linajes y destinos y, ahora, esto:

un hombre junto a su hogar, rodeado de su familia. ¿Cuál es la verdad?

Mordred lo sopesó con la mirada un largo momento antes de responder.

—Ambas son verdad —dijo—. Igual que dentro de usted existen a la vez un guerrero y un hombre. Todos somos muchas cosas a la vez, Veteranus; el rostro que mostramos al mundo depende de las circunstancias.

—¿Y qué rostro ordenó el sacrificio de un niño? —preguntó Veteranus, endureciendo la voz.

La estancia quedó en silencio. Las mujeres intercambiaron miradas, y una de las más jóvenes acompañó discretamente a los niños fuera de la sala. La expresión de Mordred no cambió, pero algo se alteró en sus ojos, como una sombra que pasara tras ellos.

—Por eso está usted aquí esta noche —dijo—. Para entender lo que presenció.

---

# Capítulo Quinto

## Isla de Mona

Talorcan y Cato cabalgaban en silencio en sus monturas por el estrecho sendero del bosque, bajo la tenue luz de la luna que se filtraba a través del dosel de hojas.

—Alto —susurró Talorcan, alzando la mano, y Cato detuvo su montura. El animal resopló suavemente en el aire fresco de la noche. Ante ellos, el sendero se estrechaba entre dos robles centenarios, cuyos troncos nudosos creaban una entrada natural a un bosque más denso. Talorcan desmontó con un movimiento fluido; sus botas no hicieron ruido al tocar el suelo.

—Las huellas continúan por ahí —dijo Talorcan, agachándose para examinar el suelo. Rozó con la punta de los dedos la marca de una herradura—. Pasaron por aquí hace unos dos días.

Cato asintió; su rostro curtido no reveló nada mientras oteaba el bosque que se extendía ante ellos.

—No se esforzaron en ocultar su paso —observó Cato—. O iban demasiado confiados o tenían prisa.

—O ambas cosas —replicó Talorcan, poniéndose en pie—. Algunos oficiales jóvenes son demasiado ambiciosos y no ven el peligro ni teniéndolo delante de las narices.

El rostro del veterano explorador se endureció ante estas palabras, y la luz de la luna acentuó los severos planos de sus facciones. La búsqueda de la gloria individual a expensas de los objetivos de la misión era un fallo romano habitual, uno que había costado muchas vidas a lo largo de los años.

Siguieron adelante llevando a los caballos de las bridas, y el bosque se fue haciendo más denso con cada hora que pasaba. A veces cabalgaban, pero donde la maleza se volvía demasiado espesa, desmontaban y guiaban a sus animales por los pasajes más estrechos, sin apartarse del rastro que habían dejado Atticus y sus auxiliares.

La noche se hizo más profunda a su alrededor, y el aire del bosque se tornó frío y húmedo, transportando el aroma terrenal de

la descomposición y del nuevo crecimiento a partes iguales.

—Estas son tierras antiguas —murmuró Talorcan, deteniéndose para orientarse mientras el sendero comenzaba a ascender por un terreno más empinado—, y han sido sagradas para los trinovantes durante generaciones.

Cato gruñó, un sonido que podría haber sido de reconocimiento o de desdén. El cazador alpino sentía poca reverencia por las supersticiones locales, pero tenía la suficiente sensatez como para respetar los peligros que representaban. Terreno sagrado significaba druidas, y los druidas significaban una muerte particularmente desagradable para los romanos capturados.

El terreno se volvió cada vez más difícil a medida que seguían el rastro cuesta arriba. El bosque se clareaba en algunos lugares solo para volverse casi impenetrable en otros. Talorcan los guiaba sin vacilar, interpretando señales imperceptibles para ojos menos experimentados: una ramita rota, musgo revuelto, el sutil desplazamiento de piedras en un sendero de ciervos.

—Seguían a alguien —dijo Talorcan de repente, agachándose junto a un pequeño claro donde las pruebas eran más evidentes—. Mira, su formación cambió. Ya no es una columna estándar. Se dispersaron, moviéndose más rápido.

Cato se arrodilló a su lado, entrecerrando los ojos para ver el suelo.—¿A cuántos rastreaban?

—A un grupo pequeño. Quizá cinco o seis jinetes, a juzgar por las huellas de los cascos. Sus caballos no están herrados.

Las implicaciones quedaron suspendidas entre ellos, tácitas pero comprendidas. Como sospechaban, el tribuno Atticus había abandonado su misión de reconocimiento para perseguir a una partida de guerreros celtas en un territorio cada vez más hostil.

—Se acerca el amanecer —dijo Talorcan, mirando hacia el este, donde el cielo había comenzado a clarear—. Deberíamos buscar refugio antes de que haya plena luz.

Cato asintió. La luz del día los expondría en un territorio donde cada árbol podría ocultar a un explorador enemigo, y cada cresta, una posible emboscada.

Continuaron subiendo la ladera hasta que Talorcan identificó un lugar adecuado: un matorral de denso acebo y zarzas junto a un afloramiento de granito erosionado. La formación natural proporcionaba cobijo por tres lados, mientras que ofrecía una vista despejada de las aproximaciones desde el cuarto.

Aseguraron los caballos y se dirigieron a la ladera delantera de la colina. La posición les ofrecía una vista dominante del valle que se extendía a sus pies, a la vez que los mantenía ocultos entre las rocas y la maleza. Las primeras luces grisáceas del alba revelaron la inmensidad del paisaje que se desplegaba ante ellos: colinas onduladas cubiertas por bosques ancestrales, surcadas por cintas plateadas de arroyos que afluían al lejano Tamesis.

—Más allá de este punto, todo es desconocido para mí —dijo Talorcan, mientras sus pálidos ojos escrutaban el horizonte—. El corazón indómito de Britannia.

Cato se acomodó a su lado y revisó sus armas.

—Descansa mientras puedas —dijo Talorcan, acomodándose en una posición que le ofrecía una clara línea de visión sobre el valle—. Yo haré la primera guardia. Volveremos a ponernos en marcha al anochecer.

Cato asintió y se retiró a un lugar resguardado entre las rocas, arreglándose el manto para protegerse del frío matutino. En pocos instantes, su respiración adoptó el ritmo mesurado de un soldado acostumbrado a arañar horas de sueño siempre que las circunstancias lo permitían.

Talorcan permaneció inmóvil, con la mirada barriendo metódicamente el paisaje a sus pies. En algún lugar entre aquellas colinas lejanas se hallaban las respuestas que buscaban, el destino del tribuno Atticus y sus auxiliares. Lo que descubrieran cuando la oscuridad volviera a caer determinaría si se enviaba una fuerza de rescate o si se celebrarían los ritos funerarios en ausencia.

---

El día transcurrió en medidos intervalos de vigilancia. Se turnaron para hacer guardia: uno oteaba el paisaje mientras el otro descansaba al abrigo de las rocas o atendía a los caballos. Desde su

elevada posición, la extensión del corazón de Britannia se desplegaba ante ellos como un mapa viviente.

Por el valle de abajo serpenteaba hacia el oeste un camino; no se trataba de las calzadas meticulosamente diseñadas por los romanos, con sus piedras colocadas con precisión y su esmerado drenaje, sino de una senda muy transitada, forjada a lo largo de generaciones de comercio y conflictos britanos. A pesar de la reciente batalla en el vado del Tamesis, la gente fluía de manera constante por ella. Talorcan los observaba con el desapego de un cazador, fijándose en su número, su ritmo y los patrones de su movimiento.

—Los civiles huyen —observó Cato cuando tomó el relevo en la guardia, con la voz baja, como si los refugiados pudieran oírlo a través de la enorme distancia—. Saben lo que sigue a una victoria romana.

—Buscarán refugio en las tribus del interior —dijo Talorcan —. Lugares a los que el águila aún no ha llegado.

A media distancia, varios asentamientos salpicaban el paisaje: grupos de casas circulares con techos de paja, rodeadas por terraplenes de tierra y empalizadas de madera. De los hogares centrales ascendían columnas de humo pálido, lo que sugería una ocupación normal a pesar de la proximidad de las fuerzas romanas. Muchos britanos no abandonaban sus hogares sin motivo... todavía no.

De mayor importancia eran las partidas de guerra que recorrían el camino en ambas direcciones. Su número era preocupante: treinta, cuarenta, a veces cincuenta guerreros, con las puntas de sus lanzas reflejando la luz como estrellas caídas a la tierra.

—Vespasiano querrá saber de esto —murmuró Cato—. Esos no son los movimientos de unos hombres derrotados.

Talorcan asintió.

—Su derrota en el Tamesis fue costosa, pero estas tribus llevan generaciones luchando entre sí. Saben cómo asimilar las pérdidas y continuar.

Se fijaron en los patrones de movimiento, memorizando detalles que resultarían valiosos para el mando romano: las direcciones de los desplazamientos, la aparente disciplina de las partidas de guerra, el equipo visible incluso desde esa distancia. Dicha información sería tan valiosa como encontrar al tribuno desaparecido.

Al acercarse la noche, consumieron una escasa comida de carne seca y buccellatum, pero, justo antes de que el sol se pusiera, Talorcan se tensó de repente, con la atención fija en un punto lejano.

—Ahí —dijo, señalando hacia un pico estrecho que se alzaba entre las colinas boscosas—. Humo donde antes no lo había.

Cato siguió su gesto, entrecerrando los ojos ante la luz mortecina.

—¿Una hoguera de señales?

—Quizá. —Talorcan estudió la fina columna de humo con los ojos entornados—. Está demasiado alto para ser un asentamiento. Esa cresta no sustentaría ninguna aldea, ni cultivos, ni pastos.

La implicación quedó suspendida entre ellos, tácita pero comprendida. Las hogueras de señales significaban coordinación; la coordinación, una resistencia organizada.

—¿Merece la pena investigarlo? —preguntó Cato, sabiendo ya la respuesta.

—Creo que sí —dijo Talorcan—. El rastro del tribuno conduce en esa dirección, de modo que un solo viaje servirá a dos propósitos.

Se prepararon metódicamente, revisando las armas y asegurando el equipo que pudiera hacer algún ruido indeseado. Cuando la noche por fin se adueñó de la tierra, revisaron a sus caballos y, dejándolos atrás con lo que quedaba de forraje, descendieron por la ladera delantera.

---

# Capítulo Seis

## Roma

La Curia se erigía como un monumento al poder imperecedero de Roma, sus columnas de mármol se alzaban hacia el cielo moteado de nubes como las lanzas de una antigua formación. En el interior, la luz del sol se filtraba a través de los altos ventanales y proyectaba alargados rectángulos de claridad sobre el suelo de mosaico donde los hombres que ayudaban a gobernar un imperio debatían asuntos de Estado con diversos grados de pasión y competencia.

El senador Lepidus se removió en su banco acolchado, consciente de la sutil molestia que se le estaba formando en la parte baja de la espalda. La sesión se había prolongado interminablemente, y el orador de turno, un corpulento senador de Sicilia, se explayaba con prolijidad sobre los ajustes fiscales propuestos para los envíos de grano del norte de África. Su voz monótona había empezado a fundirse con los sonidos ambientales de pies que se arrastraban, toses discretas y el murmullo ocasional de conversaciones secundarias.

—Además —dijo, consultando sus notas con un gesto pomposo—, es preciso entender que los ingresos fiscales procedentes de los suministros de grano egipcio han disminuido casi un doce por ciento desde la aplicación del último ajuste.

Lepidus reprimió un suspiro. El suministro de pan para Roma era, sin duda, fundamental, pero los pormenores de los tipos impositivos apenas justificaban tan prolongada oratoria. Sus pensamientos derivaron hacia asuntos más acuciantes; en concreto, la unidad Occultum que había enviado a Britania. A estas alturas, Séneca y sus hombres ya deberían de haber llegado hasta la fuerza de invasión, y se preguntó si el jefe del muelle le habría entregado su mensaje sobre Raven.

La pesada puerta de cedro de un lateral de la cámara se abrió, lo que sacó a Lepidus de su ensimismamiento. Un joven

ataviado con la toga formal de cuestor entró y recorrió con la mirada a los senadores reunidos hasta que sus ojos se posaron en Lepidus.

El orador vaciló un instante ante la interrupción antes de recuperar su ímpetu retórico.

—Como iba diciendo, el rendimiento previsto de los campos de Alejandría sugiere que...

El cuestor se acercó con pasos disciplinados, consciente de la dignidad de la cámara del Senado, pero sin amilanarse por el procedimiento en curso. Se inclinó ligeramente ante Lepidus y le tendió una tablilla sellada.

—Senador —dijo en voz baja para perturbar lo menos posible—. Esto requiere su atención inmediata.

Lepidus aceptó la tablilla con un gesto de asentimiento y reparó en el sello imperial estampado en la cera: no el sello grande de los asuntos de Estado formales, sino el más pequeño y discreto que se usaba para la correspondencia personal del emperador. Un aleteo de inquietud se agitó en su pecho mientras rompía el sello con el pulgar.

El mensaje era breve, escrito con la letra precisa del secretario principal de Claudio:

Se requiere su presencia sin demora en el palacio imperial. El emperador lo espera en su estudio privado.

Lepidus leyó las palabras dos veces, y sus implicaciones se expandieron como ondas en un estanque. La voz del orador se desvaneció hasta convertirse en un zumbido lejano mientras su mente repasaba a toda prisa las posibilidades. Que Claudio lo convocara personalmente, fuera de los protocolos establecidos para los asuntos senatoriales, era desde luego extraordinario.

Se dio cuenta de que la cámara había enmudecido. El senador siciliano había dejado de hablar y lo miraba con mal disimulada irritación, al igual que muchos otros en la asamblea.

—Perdonad la interrupción, colegas —dijo Lepidus, levantándose de su asiento con deliberada dignidad—. Me veo en la obligación de acudir ante el emperador por un asunto de cierta urgencia. Ruego vuestra indulgencia.

El cónsul que presidía los procedimientos del día asintió con resignación. Estaba acostumbrado a las altas prioridades de las exigencias imperiales.

—El Senado reconoce la precedencia de la llamada del emperador. Quedáis excusado, senador Lepidus.

Un murmullo recorrió la cámara: especulaciones, irritación, quizá incluso alivio por la momentánea interrupción del tedio. Lépido recogió sus útiles de escritura y sus papeles y los guardó en su zurrón antes de dirigirse a la salida, consciente de las miradas que seguían su marcha.

El cuestor se puso a su paso mientras cruzaban las puertas de cedro hacia el frescor relativo del pórtico exterior.

—Le espera una litera, senador —dijo el joven—. El emperador ha recalcado la urgencia del asunto.

Los portadores de la litera, cuatro hombres robustos con librea imperial, se irguieron a la llegada de Lépido. El transporte en sí ostentaba las sutiles insignias de la casa imperial, suficientes para despejarles el paso por las congestionadas calles de Roma sin pregonar los asuntos del pasajero a todo curioso.

Lépido se acomodó en el asiento acolchado, corrió la ligera cortinilla, cerrándola a medias para protegerse del sol de la tarde y de las miradas indiscretas y, mientras los portadores alzaban su carga con pericia, adoptando el paso suave que distinguía a los litereros diestros de los esclavos comunes, centró su atención en lo que podría aguardarle.

Desde luego, era insólito que el emperador lo convocara directamente, y las implicaciones eran inquietantes. ¿Acaso Plautius había enviado noticia de algún desastre en Britania? ¿Había quedado al descubierto la tapadera del Occultum? ¿O se trataba de alguna maniobra política, de alguna intriga cortesana que pretendía sacar a la luz las sombras en las que Lépido se movía?

La litera inició la aproximación final al palacio imperial, pasando por los controles de seguridad exteriores con una demora mínima, otra señal de la gravedad de la convocatoria. Los guardias, ataviados con los uniformes distintivos de la cohorte pretoriana,

permanecían en posición de firmes, siguiendo con la mirada el paso de la litera con gesto profesional.

El Foro quedó atrás, el gran mercado de Roma, tanto de mercancías como de ideas, y dio paso a la atmósfera más enrarecida del monte Palatino. Allí, entre las residencias de las familias más poderosas de Roma y el creciente complejo de residencias imperiales, el aire parecía diferente. Más ligero, quizá, o simplemente cargado con la inconfundible corriente del poder.

---

A su llegada fue recibido por un funcionario de palacio, un liberto griego llamado Ionys, que lo guio entre los numerosos guardias de servicio en las puertas. El palacio imperial era un laberinto de diferentes espacios: grandes salones de recepción para actos de Estado, jardines íntimos para la contemplación y aposentos administrativos donde la maquinaria del imperio bullía sin cesar. Lépido conocía bien aquellos lugares, pues los había recorrido en innumerables ocasiones tanto durante el breve reinado de Claudio como durante el del emperador anterior, aunque en aquel entonces no era más que un legado.

Ionys lo condujo por una serie de pasillos cada vez más silenciosos, donde los suelos de mármol daban paso a mosaicos de una sofisticación creciente. La decoración del lugar no hablaba de ostentación, sino de un gusto refinado: frescos que representaban escenas del pasado mítico de Roma se alternaban con paisajes plasmados con una habilidad notable. Aquellos eran los aposentos privados de la residencia imperial, adonde Claudio se retiraba de la escenificación del poder para entregarse a la labor, a menudo solitaria, del gobierno imperial.

Se detuvieron ante una sencilla puerta de cedro, custodiada por dos germanos, hombres enormes de más allá del Rin cuya lealtad personal al emperador, más que a Roma, los convertía en protectores ideales contra la siempre presente amenaza de la conspiración.

—El emperador aguarda dentro —dijo Ionys—. Está solo, a excepción de Pallas.

La mención del secretario principal de Claudio, Marcus Antonius Pallas, era significativa. Si Pallas estaba presente, la reunión concernía a asuntos de Estado y no a un capricho imperial.

El guardia abrió la puerta sin anunciarlo y Lépido entró en el estudio privado de Claudio. La estancia desafiaba de inmediato las ideas preconcebidas del lujo imperial; sus paredes no lucían adornos dorados ni mármoles exóticos, solo estanterías bien surtidas de rollos y códices, prueba de las inquietudes eruditas que el emperador había cultivado toda su vida. Varias lámparas de aceite arrojaban un cálido resplandor sobre la escena, complementando la luz natural que entraba por unas estrechas ventanas en lo alto de la pared oriental.

Claudio estaba sentado detrás de una mesa, con una postura que delataba las dolencias físicas que lo habían marcado desde su nacimiento. Sin embargo, sus ojos, agudos y alerta, se clavaron en Lépido con una intensidad desconcertante, pues, aunque su cuerpo flaqueara, su mente seguía siendo formidable. A su lado se hallaba Pallas, un hombre delgado cuya apariencia modesta ocultaba su condición de ser una de las personas más poderosas de Roma.

—Senador Lépido —dijo Claudio, con una voz más firme en privado que la dicción vacilante que a menudo afectaba en público —. Agradezco vuestra prontitud.

Lépido se inclinó con precisa deferencia.

—Imperator, me honra usted con su llamada.

Claudio le indicó una silla situada ante la mesa.

—Siéntese. El asunto que nos ocupa no requiere ni ceremonias ni pérdidas de tiempo.

Mientras Lépido se acomodaba en el asiento que le había ofrecido, observó que las manos del emperador reposaban sobre un rollo que llevaba el sello de la campaña de Britania; correspondencia de Plaucio, casi con toda seguridad. La observación agudizó su recelo.

—He recibido los últimos despachos de Britania —comenzó Claudio, golpeando el rollo con un dedo en el que lucía el sello imperial—, y Plaucio informa de un éxito considerable. El cruce del

Támesis resultó costoso, pero decisivo. Plaucio también informa de que Togodumno cayó en batalla y, aunque Carataco escapó, sus fuerzas están dispersas.

—Noticias favorables, sin duda, Imperator —replicó Lépido.

—Más que favorables —prosiguió Claudio, con una nota de genuino entusiasmo en la voz—. Plaucio cree que la capital tribal de Camulodunum caerá en cuestión de semanas. Dice que la resistencia organizada ha sido doblegada y que los líderes tribales restantes han comenzado a acercarse a nuestras líneas bajo banderas de tregua, en busca de un acuerdo.

—Un logro extraordinario en una campaña tan corta —dijo Lépido—. Aunque el sometimiento de toda la isla requerirá años de esfuerzo sostenido.

Claudio se inclinó ligeramente hacia delante, y su mirada se agudizó.

—Parece menos convencido que mi general, senador. ¿Acaso sus propias fuentes le pintan un panorama distinto?

—Mis fuentes coinciden en gran medida con la evaluación del general —respondió Lépido con cautela—. La fase inicial de la conquista avanza según lo previsto. Las tribus están divididas, su coordinación es limitada, y es probable que Camulodunum caiga tal y como se ha predicho —hizo una pausa, sopesando sus siguientes palabras—. Sin embargo, la conquista y la pacificación son desafíos diferentes. El interior permanece en gran parte inexplorado, sus tribus son numerosas y ferozmente independientes. Lo que hoy parece sumisión, mañana puede convertirse en resistencia organizada.

Claudio asimiló esta evaluación asintiendo lentamente e intercambió una breve mirada con Palas antes de volver a centrar su atención en Lépido.

—Tomo nota de su cautela, senador. No obstante, es precisamente el impulso actual lo que nos presenta una oportunidad única —se levantó de su asiento, moviéndose con el paso fatigoso que le había valido burlas durante su juventud, y se acercó a un gran mapa de Britania que colgaba de la pared, una representación especulativa basada en relatos de mercaderes y reconocimientos

militares, con vastas secciones marcadas solo con indicaciones vagas o dejadas completamente en blanco.

—Durante cuatro generaciones —dijo Claudio, trazando la línea de la costa con el dedo—, Roma ha contemplado esta isla con ambición, pero también con vacilación. El mismo Julio César desembarcó, reclamó la victoria y se marchó. Augusto consideró la conquista y luego la pospuso, y tanto Tiberio como Calígula hicieron proclamaciones, pero no tomaron ninguna medida.

Se volvió para mirar a Lépido, y su expresión se endureció con determinación.

—No seré recordado como el quinto emperador que vacila. Esta victoria será sellada como es debido, con la ceremonia y la autoridad apropiadas.

Una fría comprensión comenzó a formarse en la mente de Lépido, aunque no se atrevió a expresarla en voz alta.

—Tengo la intención de viajar a Britania —declaró Claudio, confirmando la sospecha de Lépido—. Aceptaré personalmente la rendición de los reyes britanos, consagraré la fundación de nuestra nueva provincia y regresaré a Roma para celebrar un triunfo que ni los senadores más cínicos podrán negarme.

El silencio se apoderó del estudio durante varios latidos.

—Una decisión audaz, Imperator —dijo finalmente Lépido —. Sin precedentes que se recuerden.

—Precisamente por eso debe hacerse —replicó Claudio—. El pueblo no ha visto a un emperador conquistador desde Augusto en su juventud. Ha soportado la reclusión de Tiberio, los excesos de Calígula y ahora tiene un emperador que no eligió. Necesita una prueba visible del favor divino, la conquista de una isla que derrotó incluso al divino Julio.

El beneficio político era evidente. Claudio, que había ascendido al poder gracias a los pretorianos en lugar de por aclamación senatorial, necesitaba prestigio militar para afianzar su gobierno. Una aparición personal en Britania durante su subyugación le proporcionaría precisamente eso.

—Los desafíos logísticos serán considerables —observó Lépido, mientras su mente ya catalogaba los riesgos de seguridad

que semejante expedición entrañaría.

—Ya se están abordando —intervino Palas, que hablaba por primera vez—. La flota imperial ha iniciado los preparativos y cohortes selectas de la Guardia Pretoriana proporcionarán la seguridad. El viaje puede completarse en cuestión de semanas si las condiciones nos favorecen. Lépido asintió con lentitud, sin que su expresión revelara su agitación interna. Un emperador en zona de guerra, en un territorio apenas pacificado, rodeado de tribus hostiles con generaciones de agravios contra Roma... Era una pesadilla de seguridad inconmensurable.

—Se preguntará por qué le he convocado a usted en concreto —dijo Claudio, regresando a su asiento con la ayuda de Palas.

—He servido a Roma en diversos cargos, Imperator —replicó Lépido con cautela—. Unos más visibles que otros. Supongo que tengo algo que ofrecer.

La boca de Claudio se torció en el fantasma de una sonrisa.

—Dejémonos de pretextos, senador. El Occultum opera bajo su dirección, y lo ha hecho desde antes de mi ascensión.

Metió la mano en un cajón y sacó una fina cartera de cuero. De ella extrajo varios documentos que llevaban el sello imperial: autorizaciones de gastos, crípticas solicitudes de logística, vales para equipo especializado... el rastro documental de las operaciones del Occultum, al descubierto. Desplegó los documentos sobre la mesa, entre ambos.

—Le cuestan al tesoro una pequeña fortuna —prosiguió el emperador—, y, sin embargo, no he hecho ademán de disolverlo. De hecho, sus recientes hazañas en Egipto bajo el gobernador Póstumo contribuyeron en gran medida a remediar nuestro pequeño problema allí, y he aprobado personalmente cada requisito, cada misión, cada desembolso relacionado con su unidad. No obstante, más recientemente, he adoptado un enfoque más detallado para determinar si el Occultum sirve a Roma o simplemente a las ambiciones de senadores individuales, y si sus resultados justificaban su coste y su inusual autonomía.

El emperador recogió los documentos y los devolvió a la cartera con metódico cuidado mientras Lépido observaba, preocupado de que Claudio estuviera a punto de retirar el apoyo a su unidad.

—Para serle franco —continuó—, estoy bastante impresionado con lo que he encontrado. Parece que sus proyectos personales a menudo han arrojado resultados que han promovido los intereses de Roma sin las engorrosas complicaciones de la acción militar oficial. Particularmente en el manejo de asuntos demasiado..., digamos..., delicados para las cadenas de mando tradicionales.

El alivio invadió a Lépido, seguido inmediatamente de una renovada cautela. La aprobación imperial era un arma de doble filo: ofrecía protección, pero exigía reciprocidad.—Lo que nos lleva a la circunstancia actual —prosiguió Claudio—. Puesto que he invertido considerables recursos estatales en mantener su unidad especializada, creo que ha llegado el momento de que esa inversión rinda un beneficio directo al trono imperial.

Se inclinó hacia delante, con la mirada firme.

—Quiero que el Occultum se infiltre en los territorios tribales antes de mi llegada. Quiero que identifique y elimine de inmediato cualquier amenaza que pueda perturbar la ceremonia de sumisión propuesta. Cualquier jefe tribal que albergue ideas de resistencia, cualquier druida que planee alguna acción fanática, cualquier antiguo activo romano que preste ayuda al enemigo... todos deben ser eliminados de inmediato. La celebración de mi victoria debe transcurrir sin incidentes.

—La unidad a la que se refiere está actualmente ocupada en hacer frente a una amenaza específica en Britania —dijo Lépido con cuidado—. Un asunto que tiene una relación directa con la seguridad de Roma.

—Entonces, asígneles una nueva misión —dijo Claudio—. La narrativa del triunfo romano debe permanecer impoluta. El simbolismo es demasiado importante para arriesgarlo.

—La coordinación podría resultar difícil —se aventuró a decir Lépido, buscando un terreno diplomático entre la negativa y el

consentimiento—. La unidad opera con un personal mínimo y su misión actual requiere toda su atención.

—Entonces la completarán antes de mi llegada —replicó Claudio con la sencilla certeza de un hombre acostumbrado a que la realidad se amoldase a sus órdenes—. Envíe un mensaje a sus agentes, senador. Cuando ponga un pie en las costas de Britania, espero que sean seguras para los pies imperiales y que se haya eliminado toda amenaza o riesgo. El coste no es un problema.

La implicación era clara: no se trataba de una negociación, sino de una directiva de la máxima autoridad de Roma, y Lépido reconoció la futilidad de oponer más resistencia.

—Como ordene el emperador —dijo, inclinando la cabeza en señal de aceptación—. Comunicaré sus instrucciones sin dilación.

—Bien —dijo Claudio, dando el asunto por zanjado—. Pallas le proporcionará los detalles de nuestro programa. Asegúrese de que sus hombres reciban todo lo que necesiten para cumplir con su deber.

Mientras Pallas le presentaba un documento sellado que contenía los detalles de la expedición, los pensamientos de Lépido se dirigieron a Séneca y sus hombres. Habían sido enviados a eliminar a un agente renegado; ahora se les encomendaría la tarea de proteger a un emperador en el mismo territorio hostil. La complicación era inmensa; el plazo, implacable.

—¿Requiere algo más de mí, Imperator? —preguntó Lépido al aceptar el documento.

Claudio lo estudió por un momento.

—Solo su discreción, senador, que entiendo es considerable. Esta expedición debe parecer espontánea, un emperador seguro de sí mismo que aprovecha el momento de la victoria. La realidad de su detallada planificación debe quedar entre nosotros.

—Por supuesto, Imperator —dijo Lépido, pero cuando se levantó y se dispuso a marcharse, Claudio añadió una última observación que lo dejó helado.

—Su Occultum ha servido bien a Roma en la sombra, senador. Pronto servirá de otra manera, quizás todavía oculto a la

vista, pero protegiendo la encarnación visible de la propia Roma. Espero con interés los resultados de sus esfuerzos, tanto actuales como futuros.

La declaración conllevaba el peso inconfundible de la atención imperial, algo que el Occultum había evitado cuidadosamente desde su creación. Mientras Lépido hacía una reverencia y se retiraba del estudio, comprendió que, independientemente de cómo se desarrollaran los acontecimientos en Britania, nada volvería a ser igual para Séneca y sus hombres. La mirada del emperador había recaído sobre ellos y dicha atención, una vez concedida, rara vez se retiraba sin un coste.

---

# Capítulo Siete

## Rutupiae

El puerto de Rutupiae se había transformado en los meses que habían pasado desde la última vez que lo vieron. Donde antes solo había habido fortificaciones apresuradas y estructuras temporales, ahora se erigían los cimientos de una ocupación romana permanente. Los cimientos de piedra sustituían ahora a la madera, y de lo que habían sido caminos de barro surgían calles organizadas, con el familiar trazado en cuadrícula impuesto sobre suelo britano con la inexorable certeza de la planificación romana.

Séneca estaba de pie en la entrada de la tienda para diez hombres que servía de cuartel general provisional para el Occultum, observando el caos metódico del puerto militar. Pasaban pesadamente carros de suministros, cargados de grano, madera y hierro. Los legionarios se desplazaban en formaciones disciplinadas hacia los campos de entrenamiento más allá de los límites del asentamiento, mientras los mercaderes discutían con los intendentes sobre precios y cantidades, pues el comercio de la conquista avanzaba en paralelo a sus aspectos militares.

Detrás de él, Marcus se cernía sobre los mapas extendidos en una mesa de caballetes, con el ceño fruncido por la concentración. Los mapas contaban historias diferentes, según quién los hubiera creado y con qué propósito. Algunos mostraban con detalle la topografía y los asentamientos a lo largo de la marcha romana hacia el interior. Otros representaban territorios tribales con cuidadosas anotaciones sobre alianzas y hostilidades. Unos pocos, los que habían captado el interés particular de Séneca, estaban en gran parte en blanco más allá de las regiones costeras y sus espacios vacíos solo aparecían señalados con anotaciones especulativas: Terra Incognita o, simplemente, Territorio Hostil.

—Las aproximaciones orientales a Mona están mejor documentadas de lo que esperaba —dijo Marcus, siguiendo con el dedo el trazado de un río en uno de los mapas más detallados—.

Esta parece una ruta viable, suponiendo que los informes de los exploradores sean precisos.

Séneca se apartó de su observación de las actividades del puerto.

—¿Y cuántos exploradores han vuelto de esas regiones para confirmar su exactitud? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

La expresión de Marcus se endureció.

—¿Pocos?

—Ninguno —corrigió Séneca—. Estas marcas se basan en interrogatorios de miembros de tribus capturados, cada uno con sus propias razones para engañar a sus captores. —Se acercó a la mesa y apoyó las palmas de las manos en la áspera superficie, estudiando los mapas con la atención de un hombre cuya vida pronto dependería de su exactitud.

—Estas zonas en blanco —dijo, golpeando una de las regiones sin rasgos con la yema del dedo—, son las que más me preocupan. Reconocen el hecho de que no sabemos qué hay ahí fuera.

Un alboroto en el exterior atrajo su atención y, a través de la lona abierta de la entrada, vio cómo Falco y Sica regresaban de su expedición de aprovisionamiento al creciente barrio comercial del puerto. El enorme exgladiador llevaba un saco abultado sobre un hombro, mientras que el sirio, más pequeño, sostenía dos paquetes cuidadosamente envueltos en los brazos. Sus contrastadas figuras, Falco, imponente y ancho; Sica, compacto y enjuto, provocaban miradas divertidas de los soldados que pasaban.

—Nuestros cazadores regresan —observó Marcus con sequedad—. Esperemos que su éxito esté a la altura de su confianza.

Falco se agachó para entrar por la abertura y su corpulencia bloqueó la luz por un instante.

—Las provisiones en este miserable puesto de avanzada son peores que las de un campamento sitiado en Partia —anunció a modo de saludo, dejando caer su carga sobre un banco con un

golpe sordo—. Los mercaderes de aquí le venderían carne de rata a sus propias madres y la harían pasar por venado.

Sica le siguió y depositó sus paquetes con mucho más cuidado.

—Exageras —dijo con la cadencia musical propia de su Siria natal—. La carne seca está pasable.

—¿Pasable? —se mofó Falco—. ¿Así llamas a ese cuero salado que hacen pasar por buey?

Sica no respondió, sino que desenvolvió un paño para dejar al descubierto varias hojas de distintas longitudes, cuyas superficies brillaban con un lustre apagado a la luz de la tarde. Con metódica precisión, las dispuso para su inspección.

—Hierro celta —dijo—. Mejor que el nuestro en ciertos aspectos. Los herreros locales tienen ciertas técnicas que merece la pena estudiar.

Séneca cogió uno de los cuchillos y comprobó su equilibrio.

—¿Y los demás suministros? —preguntó.

—Todo adquirido según lo ordenado —dijo Falco—. Buccellatum, frutos secos, avena, sal. Suficiente para tres semanas si vamos con cuidado.

—¿Material médico? —preguntó Séneca.

—Limitado —admitió Falco—. Algo de miel para las heridas, corteza de sauce para la fiebre. El medicus de la legión se mostró reacio a desprenderse de más sin una petición oficial.

Séneca asintió, sin sorprenderse. Los recursos siempre escaseaban en los puestos fronterizos y su condición extraoficial complicaba el acceso a los suministros militares.

—Las hierbas locales son eficaces —dijo Sica inesperadamente—. He hablado con una seguidora del campamento que conoce bien el tema. Me ha proporcionado esto.

Desenrolló su segundo paquete y reveló varios hatillos de plantas secas, cuyos colores desvaídos y aromas distintivos llenaron la habitación.

—Esta detiene las hemorragias —continuó, señalando una flor amarilla y marchita—. Esta retrasa la infección. Esta, preparada en infusión, induce el sueño.

Marcus enarcó una ceja.

—¿Desde cuándo se interesa usted por la curación, Sica?

—Desde que me di cuenta de que la muerte no siempre es la solución más eficiente —replicó el sirio sin emoción alguna.

Falco se rió, y el sonido retumbó en el reducido espacio.

—¡Aún hay esperanza para ti, amigo mío!

Más movimiento tras el umbral anunció la llegada de Decimus y Cassius, que regresaban de sus propias tareas. El hombre mayor entró primero, con el rostro curtido y demacrado por la fatiga, pero con los ojos tan alerta como siempre.

—Hemos conseguido localizar algunos caballos —dijo—. No son los mejores ejemplares, pero servirán para nuestros propósitos.

Un silencio se apoderó del grupo mientras la realidad de su misión empezaba a calar en ellos.

Falco rompió el silencio, con una voz inusualmente apagada.

—Esta misión —dijo, mirando a Séneca—. Perseguir a Raven hasta Mona... no es como cazar a un espía parto o a un caudillo germano. Los druidas tienen poderes que van más allá de...

—Tienen conocimientos, no poderes —le interrumpió Marcus con firmeza—. Trucos, venenos y la manipulación del miedo. Nada más.

—Tú cree en lo que te reconforte, viejo amigo —replicó Falco—. Yo creo en lo que he visto.

La tensión en la habitación se hizo más densa. Séneca observó la inquietud que se extendía entre sus hombres, curtidos agentes que se habían enfrentado a la muerte en una docena de provincias y que, sin embargo, ahora se removían incómodos ante la perspectiva de regresar al sombrío interior de Britania.

—La última vez que nos aventuramos tierra adentro —dijo Cassius con cautela—, perdimos a buenos hombres, y eso fue simplemente para sonsacar información, no para penetrar en la fortaleza de los druidas.

—Esta misión es diferente —afirmó Séneca—. Entonces, nos enfrentamos a amenazas desconocidas. Ahora, cazamos a un

objetivo específico, un hombre cuyos métodos conocemos a la perfección.

—Un hombre que también conoce los nuestros —replicó Decimus—. Raven se entrenó con nosotros, luchó a nuestro lado. Sabe cómo pensamos, cómo nos movemos.

Séneca asintió, reconociendo la veracidad de esta apreciación.

—Por eso haremos lo que él no espera —dijo—. Pero primero necesitamos mejores informes. Nuestros mapas están incompletos y nuestro conocimiento sobre los movimientos de las tribus está desfasado.

Se paseó a lo largo de la sala mientras su mente analizaba los problemas tácticos a los que se enfrentaban.

—Necesitamos un explorador —dijo finalmente—. Alguien que conozca los territorios del oeste, que pueda moverse entre las tribus sin llamar la atención. Alguien que entienda tanto los métodos romanos como las costumbres locales.

—Talorcan sería la elección natural —sugirió Marcus—. Creía que debía de estar aquí esperando nuestro regreso.

Seneca negó con la cabeza.

—Talorcan no está disponible. Se encuentra en una misión para Vespasiano.

—¿Qué clase de misión? —preguntó Marcus.

—No lo sé —admitió Seneca—. Los detalles se guardan celosamente. Algo relacionado con un tribuno desaparecido y su patrulla. Sea cual sea el propósito, Vespasiano ha reclamado la prioridad.

La revelación trajo consigo una nueva oleada de inquietud. Los recursos militares siempre escaseaban en las provincias fronterizas, pero perder el acceso a su explorador más fiable representaba una desventaja considerable.

—Entonces necesitamos una alternativa —dijo Decimus, práctico como siempre—. ¿Quizá entre las fuerzas auxiliares? La caballería bátava incluye hombres familiarizados con este país; la Germania ha comerciado con Britania durante siglos.

—Demasiado llamativo —replicó Seneca—. Un bátavo podría pasar desapercibido entre las tribus del norte, pero ¿más al oeste, entre los Dobunos o los Ordovices? Imposible.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Marcus—. Sin un reconocimiento fiable, nos arriesgamos a caer en una emboscada tras otra.

Seneca regresó a la mesa y sus ojos recorrieron la costa en el mapa hasta el extremo occidental, donde Mona yacía separada del continente por un estrecho angosto. El contorno de la isla estaba marcado con una única anotación en tinta roja: Druidarum Refugium, refugio de los druidas.

—Tengo un plan —dijo tras un momento de silencio contemplativo—. Uno que Raven nunca anticiparía, precisamente porque desafía la sabiduría convencional.

Los hombres se acercaron más, con el escepticismo momentáneamente suspendido por la convicción en la voz de Seneca, y mientras el ocaso se cernía sobre Rutupiae, proyectando largas sombras a través de la puerta abierta, el tribuno comenzó a esbozar una estrategia que los llevaría más allá de los confines de la conquista romana, a territorios donde los antiguos poderes aún imperaban y donde un antiguo compañero de armas aguardaba con intenciones desconocidas.

---

# Capítulo Ocho

## Isla de Mona

El fuego del hogar proyectaba sombras danzantes sobre las paredes de madera de la casa comunal; las llamas creaban una ilusión de movimiento entre las figuras talladas que adornaban las vigas. Bajo esa luz parpadeante, tres hombres permanecían sentados en un silencio contemplativo, cada uno con un cuerno de hidromiel en la mano, midiéndose mutuamente con cautela experta.

Veteranus estudió a Mordred a través de las llamas menguantes. A la luz del fuego, el semblante del druida se transformaba: en un instante era el patriarca benévolo que había presidido la cena, rodeado de familia y seguidores; al siguiente, era algo más antiguo y duro, un rostro que había presenciado sacrificios de sangre y mandado hombres a la guerra. A pesar del entorno doméstico y la ausencia de túnicas ceremoniales, los ojos de Mordred revelaban su verdadera naturaleza: calculadora, fría, y lo evaluaban todo con el desapego de un hombre que veía a los individuos como piezas de un plan mayor.

A su lado se sentaba Raven, de postura más relajada, pero no por ello menos alerta. El antiguo explorador romano vestía ahora prendas britanas: pantalones de lana, una túnica ceñida con un cinturón y una capa de tejido local. Sus dedos, antaño diestros con los instrumentos de cartografía y escritura romanos, ahora trazaban distraídamente los intrincados nudos celtas tallados en su cuerno.

Las mujeres de la casa se habían retirado hacía ya un rato, llevándose a los niños a los dormitorios situados más allá del salón principal. Kendra había sido la última en marcharse, y su mirada se había demorado en Veteranus con una intensidad que comunicaba más que un simple interés. Él había sentido sus ojos sobre sí durante toda la cena, observando sus reacciones, calibrando sus respuestas a la cuidada puesta en escena familiar de Mordred.

—Le resultas intrigante —dijo Raven después de que ella se marchara—. Y Kendra no es fácil de impresionar.

Veteranus bebió un sorbo medido de hidromiel antes de responder, renuente a dejarse arrastrar a una conversación trivial sobre cuestiones de atracción cuando preguntas más importantes ardían en su interior.

—Una reacción natural ante la novedad —replicó—. Al fin y al cabo, soy algo desconocido en su mundo.

—Quizá —dijo Mordred—. Aunque Kendra ya se ha encontrado antes con muchos romanos. Si bien a punta de lanza.

La amenaza implícita quedó flotando en el aire, lanzada con una precisión tan despreocupada que por un momento enmascaró su intención letal. Veteranus se había acostumbrado a estas fintas dialécticas durante su estancia en la isla, afirmaciones que parecían inofensivas hasta que se examinaban de cerca.

El fuego crepitó cuando un leño se movió y lanzó una lluvia de chispas hacia el hueco para el humo en el techo. Veteranus observó, en una distracción momentánea de la tensión que se había ido acumulando en su interior desde su llegada. Aquella noche, con la casa ya dormida y solo aquellos dos hombres como testigos, preguntaría aquello que había venido a preguntar.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí en realidad? —dijo finalmente, dejando su cuerno sobre el borde de piedra del hogar—. Y no me hablen ustedes de linajes, herencia y destino. ¿Por qué me han traído de verdad a esta isla?

Mordred se inclinó hacia delante con un suspiro, y la luz del fuego acentuó las profundas arrugas de su rostro.

—Hace muchos años que sabemos de usted, Veteranus —dijo—. Su infancia en la Subura de Roma, su catastrófico intento de carrera militar en las legiones, incluso su posterior reclutamiento en los Exploratores, donde por fin se reconocieron sus talentos para la observación y la supervivencia en territorio hostil.

Veteranus mantuvo una expresión impasible a pesar de la inquietante precisión de los conocimientos del druida. No eran datos fáciles de reunir, en particular sus tempranos fracasos militares, que habían sido deliberadamente ocultados en los registros oficiales gracias a la intervención de un tribuno compasivo.

—Admito que su tiempo con los Occultum sigue siendo un tanto oscuro —continuó Mordred—, lo cual es comprensible dadas las circunstancias. Pero hemos reconstruido lo suficiente para entender que se marchó cubierto de deshonra y que ha estado viviendo oculto desde que escapó de la ejecución.

La mención casual de los Occultum, un nombre conocido por tan pocos que incluso algunos oficiales militares de alto rango ignoraban su existencia, se le asentó a Veteranus en el estómago como un trozo de hierro frío. Desvió la mirada hacia Raven, con clara implicación.

—Sí —confirmó Mordred, percatándose de hacia dónde dirigía la atención—. Raven ha sido de lo más informativo sobre ciertos aspectos de la organización militar romana. Aunque su conocimiento sobre usted en concreto se limitaba a su reputación, más que a un trato directo.

—Nunca servimos juntos —dijo Raven, hablando por primera vez desde que la conversación había tomado un cariz serio —. Pero quienes operan en las sombras acaban por conocer a otros que transitan sendas similares. Tu nombre se mencionaba con respeto.

—Entonces, ¿por qué justifica mi vida pasada mi cautiverio aquí? —dijo Veteranus—. No alcanzo a ver qué ventaja obtiene usted con esto. Nadie sabe siquiera que estoy aquí y, aunque lo supieran, nadie pagaría un solo denario por mi vida.

—Nunca ha sido usted un prisionero —dijo Mordred—. Simplemente..., un invitado cuya marcha habría resultado inoportuna antes de que se pudieran presentar ciertas verdades.

—¿Y esas «verdades» incluyen la afirmación de que compartimos linaje? —Veteranus no pudo reprimir el escepticismo en su tono—. Una mitología conveniente para justificar mi presencia aquí.

—No es mitología —replicó Mordred—. Pero no es necesario que volvamos a tratar esa discusión en particular esta noche. —El druida bebió un sorbo lento de su cuerno, sin apartar la mirada del rostro de Veteranus.

—Cuando supimos que lo habían destinado a Britannia —continuó—, reconocimos una oportunidad que podría no repetirse. Un recurso con sus habilidades, operando tan cerca de nuestras costas... habría sido una negligencia ignorar el potencial.

—¿Potencial para qué? —exigió Veteranus—. ¿Para cambiar mi perspectiva como cambiaron la suya? —dijo, señalando con la cabeza a Raven—. ¿Para convencerme de que mi lealtad a Roma estaba equivocada y de que mi lugar estaba aquí, utilizando la coincidencia de un tatuaje mal dibujado como prueba? Estoy decepcionado, Mordred. Pensaba que habría un plan más grandioso.

Mordred sonrió, una expresión sutil que no le llegó a los ojos.

—Pretendíamos presentarle la información y permitir que usted llegara a sus propias conclusiones —dijo—. Los hombres de su inteligencia y experiencia no suelen responder bien a la persuasión directa. Requieren pruebas, demostraciones, tiempo para la reflexión.

—De ahí las semanas de libertad limitada —dijo Veteranus —. La exposición gradual a su comunidad. La cuidadosa exhibición de tranquilidad doméstica intercalada con atisbos de sus prácticas más... primitivas.

—Hace que suene manipulador —dijo Mordred, casi divertido por la descripción.

—Porque lo es —replicó Veteranus rotundamente—. Con habilidad, lo reconozco. Pero manipulación al fin y al cabo.

El druida inclinó la cabeza, admitiendo el argumento sin disculparse.

—Las estrategias eficaces a menudo parecen manipuladoras para quienes reconocen su mecánica. Eso no cambia nada de su validez o propósito.

El fuego se había reducido a brasas incandescentes, sumiendo la casa comunal en una sombra cada vez más profunda. Se podría haber llamado a un sirviente para que lo reavivara, pero Mordred parecía satisfecho de dejar que la oscuridad creciera, como si esta pudiera alentar una mayor franqueza.

—Todavía no ha respondido a mi pregunta original —dijo Veteranus—. ¿Por qué yo específicamente? Hay otros oficiales romanos, otros exploratores a los que podría haber tomado como objetivo. ¿Por qué malgastar tanto esfuerzo en un solo hombre?

Mordred lo estudió a la luz mortecina del fuego, con expresión grave.

—Porque usted es único, Veteranus. Sus habilidades, sus antecedentes, su posición dentro de la inteligencia militar romana, todo ello, por sí solo, lo haría valioso. Pero hay más.

Veteranus se reclinó, con el escepticismo patente en sus rasgos curtidos.

—Habla como si su conocimiento se extendiera más allá de lo que cualquier red de inteligencia podría reunir razonablemente —dijo—. Ni siquiera la vasta red de espías e informadores de Roma llega tan lejos ni ve con tanta claridad.

Un sonido se escapó de Mordred que podría haberse confundido con una risa, aunque contenía demasiado desprecio para merecer tal nombre. Los ojos del druida reflejaban las brasas moribundas con una intensidad inquietante.

—Y ahí reside la debilidad fundamental de Roma —dijo—. Se creen el centro alrededor del cual gira el mundo. Imaginan que sus calzadas, sus legiones, sus monumentos de mármol representan el pináculo de los logros humanos. —Se inclinó hacia delante y las sombras, al acentuar las líneas de su rostro, transformaron sus facciones en algo más antiguo, más elemental—. Mientras Roma no era más que siete colinas pobladas por cabreros y proscritos, grandes civilizaciones ya se erigían en el este —continuó—. Ciudades que empequeñecían su Roma en tamaño y esplendor. Naciones con sus propias redes de inteligencia, sus propios sistemas de gobierno, su propia comprensión del mundo que se remonta a miles de años.

Raven asintió en silencio, con una expresión que sugería que ya había oído esos argumentos y los encontraba persuasivos.

—No tiene más que mirar a Grecia —insistió Mordred, entusiasmándose con el tema—. La misma cultura que Roma saquea con tanto afán por su arte, su filosofía, su comprensión del mundo. Incluso sus hombres más instruidos estudian griego, hablan griego y

aspiran a los ideales griegos, mientras, simultáneamente, reclaman su superioridad.

Veteranus mantuvo la compostura a pesar del inesperado rumbo del argumento de Mordred. Había previsto apelaciones al orgullo celta, a la lealtad tribal o a la injusticia de la conquista, pero esta perspectiva más amplia, este posicionamiento de Roma como un poder más entre muchos, representaba un desafío a la supremacía romana más sofisticado de lo que había esperado.

—¿Y qué me dice de Alejandro? —prosiguió Mordred—. Un solo hombre que conquistó territorios que Roma, con todas sus legiones y generales, aún no ha sometido. Que unió a pueblos desde Macedonia hasta la India bajo un único gobierno. Que fundó ciudades que aún prosperan, manteniendo el respeto por las tradiciones y creencias locales. Roma presume de emular su ejemplo sin entender nada de sus métodos.

—Alejandro murió joven —observó Veteranus con calma—. Su imperio se fragmentó a los pocos años de su muerte. Difícilmente un modelo de gobierno sostenible.

—Porque su visión se adelantó a su tiempo —replicó Mordred—. Pero el principio se mantiene. Existen otros paradigmas de poder más allá de las interminables legiones de Roma y la destrucción sistemática de las culturas nativas.

La calculada precisión del argumento de Mordred reveló una profundidad de conocimiento que inquietó a Veteranus más que cualquier exhibición de un ritual druídico. No era el razonamiento de un sacerdote provinciano preocupado únicamente por las tradiciones locales. Era un pensamiento estratégico a escala mundial, sustentado en un conocimiento histórico y una evaluación lúcida de las vulnerabilidades imperiales.

Veteranus se encontró reevaluando al hombre que tenía ante sí. En su mente, los druidas habían existido como criaturas de sombra y sangre, místicos que gobernaban mediante el miedo y la superstición, con un poder que derivaba de la ignorancia más que de la sabiduría. Sin embargo, ahí estaba sentado un hombre cuya comprensión de la política imperial y los precedentes históricos no

habría desentonado en la cámara del consejo de un gobernador romano.

—Una perspectiva impresionante para un hombre cuyo pueblo no tiene lengua escrita —dijo Veteranus finalmente—, ni un sistema de calzadas que conecte sus asentamientos, ni acueductos que lleven agua a sus comunidades, ni un sistema legal más allá de la costumbre tribal y el decreto druídico.

La expresión de Mordred no cambió, pero Raven se movió ligeramente y una tensión mínima se instaló en su postura.

—Subestímenos bajo su propio riesgo —dijo Mordred, con un sutil filo en la voz a pesar de su tono comedido—. Roma comete este error constantemente. Confunde la ausencia de métodos romanos con la ausencia de civilización. Confunde lo diferente con lo inferior. Su imperio construye calzadas para mover ejércitos; nosotros mantenemos sendas sagradas que han guiado a los viajeros durante milenios. Ustedes escriben en pergaminos y tablillas; nosotros preservamos nuestro conocimiento mediante una memoria disciplinada, incorruptible por el fuego o la inundación, e imponen leyes por la fuerza, mientras nosotros mantenemos el orden a través de la tradición y el entendimiento mutuo.

El argumento fue expuesto con tal convicción que Veteranus se encontró considerando sus premisas antes de descartarlas. El sello de un hábil retórico: presentar la perspectiva como verdad, enmarcar las diferencias culturales como equivalencias en lugar de deficiencias.

—Si su civilización está a la altura de la de Roma —dijo—, si sus costumbres representan sabiduría en lugar de salvajismo, entonces explíqueme por qué presencié el asesinato de un niño. Explíqueme a qué propósito sirve el sacrificio ritual más allá del terror y el control.

La expresión de Raven se había cerrado por completo; sus ojos estaban fijos en el fuego moribundo en lugar de encontrarse con la mirada de Veteranus. Si aquello representaba vergüenza, incomodidad o algo completamente distinto, era imposible de discernir.

Mordred volvió a inclinarse hacia delante y las sombras danzaron sobre sus facciones como si fueran seres vivos. Cuando habló, su voz no contenía defensa ni disculpa, sino la calma certeza de un hombre que se había reconciliado con las verdades difíciles hacía mucho tiempo.

—Usted habla de asesinato —dijo en voz baja—, pero sirve a un imperio construido sobre la masacre sistemática. Dígame, Veteranus, ¿cómo castiga Roma a quienes desafían su voluntad? ¿Acaso no clava a los hombres en cruces de madera y los deja morir durante días? ¿Acaso no arroja a los prisioneros a las fieras para el entretenimiento de las multitudes? ¿Acaso no quema vivos a quienes cometen ciertas ofensas?

Las preguntas quedaron suspendidas entre ellos, incómodas por su precisión. Veteranus conocía sobradamente la historia del sistema judicial romano en toda su calculada brutalidad: las cruces que flanqueaban la Vía Apia tras la rebelión de Espartaco, las arenas donde los condenados morían para el espectáculo público, las piras donde ardían los traidores y, aun así, se veía obligado a defender sus tradiciones, por brutales que fuesen.

—Roma ejecuta a criminales —replicó él, aunque a su voz le faltaba la convicción que había pretendido—. A aquellos que han violado la ley establecida. No a inocentes elegidos para un sacrificio.

—¿Y quién establece esas leyes? —insistió Mordred—. ¿Quién determina qué dioses pueden ser adorados, qué tradiciones honradas, qué vidas valoradas? Cuando Roma declara ilegal una tradición nativa, ¿no legitima eso simplemente la destrucción cultural?

Veteranus buscó el contraargumento aplastante, el punto decisivo que derrumbaría la equivalencia moral de Mordred. Sin embargo, las palabras lo eludían. No porque Mordred tuviera toda la razón —Veteranus aún reconocía la diferencia fundamental entre el castigo judicial y el sacrificio ritual—, sino porque la comparación exponía incómodas similitudes en el resultado, si no en la intención.

—Ustedes matan para apaciguar a sus dioses —dijo finalmente—. Roma mata para mantener el orden.

—Ambos matan por una necesidad percibida —replicó Mordred—. Ambos creen que su propósito justifica sus métodos. La distinción parece menos significativa bajo el filo de la espada.

La verdad de esta observación se asentó pesadamente sobre Veteranus. Había pasado su vida sirviendo a los intereses de Roma sin cuestionar profundamente los cimientos sobre los que se construían dichos intereses. Su lealtad había sido táctica en lugar de filosófica, centrada en la eficacia más que en la justificación subyacente.

—Aún no ha respondido a mi pregunta —dijo Veteranus, apartándose deliberadamente del atolladero moral—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué quiere de mí?

Mordred lo estudió durante un largo momento, como si sopesara alguna decisión final. Cuando volvió a hablar, el desapego académico había desaparecido de su voz, reemplazado por algo más directo, más personal.

—Como le he dicho desde el principio, puede marcharse cuando lo desee —dijo—. Hay barcos disponibles y nadie impedirá su partida. —Hizo una pausa, sin apartar la mirada del rostro de Veteranus—. Pero he visto algo en usted, Veteranus. Algo más allá de sus habilidades, más allá de su experiencia. Una búsqueda más profunda de sentido, de la certeza de que su vida ha servido a un propósito más allá del mero avance de las fronteras de Roma. Un ansia por construir en lugar de destruir, por crear un cambio duradero en lugar de una ventaja temporal.

Las palabras golpearon con una precisión incómoda, identificando dudas que Veteranus solo había reconocido en sus pensamientos más íntimos. La cuestión del propósito lo había atormentado en los últimos años, la creciente sospecha de que su servicio, por muy diestro que fuera, no hacía más que perpetuar un ciclo de conquista sin un significado más profundo.

—Le ofrezco esto —continuó Mordred, bajando aún más la voz, que se volvió casi íntima a pesar de la gravedad de sus palabras —. Una oportunidad para cambiar el curso de la historia. Para alterar el equilibrio de poder no solo entre Roma y Britania, sino en todo el

mundo conocido. Su vida, quizá su muerte, al servicio de algo que resonará a través de las generaciones venideras.

—Grandes promesas —dijo Veteranus, aunque algo en el tono de Mordred había captado su atención a pesar de su escepticismo—. Pero aún sin sustancia.

—Permítame entonces que le dé esa sustancia —replicó Mordred.

Durante la hora siguiente, mientras el fuego se extinguía por completo, Mordred le expuso su plan. Habló metódicamente, detallando una estrategia tan audaz en su alcance, tan meticulosamente concebida, que Veteranus sintió que su acostumbrada compostura lo abandonaba gradualmente y, a medida que la magnitud del plan se hacía evidente, sintió que se le cortaba la respiración. Las implicaciones eran asombrosas, una reorganización fundamental del poder que sacudiría a Roma hasta sus cimientos sin requerir su completa destrucción. Una transformación en lugar de una mera resistencia.

—Esto es imposible —dijo finalmente, negando con la cabeza en un acto reflejo—. La coordinación por sí sola requeriría años de preparación, y el plan necesitaría a alguien con un conocimiento profundo del despliegue militar romano, alguien con acceso a las estructuras de mando, alguien...

Se detuvo bruscamente al comprenderlo.

—Alguien como usted —confirmó Mordred—. Usted administraría el componente crítico de nuestra estrategia. Su posición, sus conocimientos, sus contactos, sus habilidades lo hacen excepcionalmente adecuado para la tarea. El futuro del mundo conocido podría estar en sus manos, Veteranus, solo tiene que decir que sí.

---

# Capítulo Nueve

## Las Tierras de los Trinovantes

El bosque exhalaba niebla con cada paso que Talorcan y Catón daban por el fondo del valle, y su avance se medía en latidos más que en distancia. La vasta extensión boscosa que los separaba de su objetivo parecía viva, poblada de observadores ocultos, aunque no estaba claro si esta sensación surgía de la conciencia táctica o del pavor primitivo que inspiraban los bosques ancestrales. Habría sido más rápido a caballo, pero el riesgo de que los descubrieran era demasiado grande.

Talorcan iba en cabeza, y sus pisadas no alteraban ni una hoja ni una rama a su paso, con cada sentido en sintonía con el sutil lenguaje de la naturaleza. Tras él, Catón lo seguía con una habilidad encomiable, su adiestramiento romano complementado con la sabiduría adquirida en los duros terrenos de caza de los Alpes.

Habían avistado no menos de tres campamentos desde que dejaron su puesto de observación: uno lo bastante grande como para sugerir la presencia de una partida de guerra; los otros, reuniones más pequeñas que podían ser partidas de caza o grupos familiares desplazados por el avance romano. Cada uno requirió un cuidadoso rodeo, lo que añadió horas a su viaje, pero preservó el secreto del que dependía su supervivencia.

—La colina se encuentra tras esa cresta —susurró Talorcan durante una breve pausa, señalando una masa oscura que se recortaba contra el cielo antes del amanecer—. Donde vimos el humo.

Catón asintió, conteniendo el aliento. El rostro del romano permanecía impasible, pero la tensión en torno a sus ojos delataba la fatiga de moverse por un territorio donde ser descubierto significaba una muerte segura. A diferencia de los legionarios rasos, que se enfrentaban a los soldados enemigos en campos de batalla ordenados, los exploradores comprendían el horror particular de la captura, el prolongado sufrimiento que aguardaba a quienes operaban más allá de la protección de las formaciones romanas.

Llegaron a la base de la colina cuando el horizonte oriental comenzaba a clarear, el primer indicio vacilante del amanecer inminente.

—Deberíamos esperar hasta el anochecer —sugirió Catón —. Ocultarnos mientras aún podamos.

—Deberíamos —dijo Talorcan—, pero no tenemos tiempo. Sea cual sea el propósito de esa humareda, quienes la hicieron podrían regresar. Tenemos que investigarlo y largarnos de aquí lo antes posible.

Catón asintió en señal de conformidad e inspeccionó sus armas por última vez de forma metódica. El primer instinto de un explorador era observar y retirarse con la información, pero las circunstancias a veces exigían una intervención más directa.

Comenzaron el ascenso; la colina era más empinada de lo que había parecido desde la distancia. Robles ancestrales y tejos retorcidos cubrían sus laderas, y sus raíces creaban escaleras naturales en la tierra húmeda. Ninguno de los dos habló mientras subían; la comunicación se reducía a señales con las manos y alguna que otra mirada elocuente.

A mitad de la pendiente, el aspecto del bosque cambió drásticamente. Los árboles clareaban y daban paso a un amplio claro que dejó a ambos hombres inmóviles por un instante. En el espacio abierto se alzaban menhires cuidadosamente erigidos, docenas, quizá cientos de ellos. Algunos eran más altos que un hombre, otros apenas llegaban a la altura de la rodilla, y sus superficies estaban desgastadas por siglos de lluvia y viento británicos.

—Un lugar sagrado —susurró Talorcan, con palabras apenas audibles incluso en el silencio del preamanecer.

Catón hizo la señal contra el mal, un gesto reflejo que pareció avergonzarlo incluso mientras lo completaba.

—¿Druídico?

—Más antiguo —replicó Talorcan—. Los druidas llegaron más tarde, pero reconocieron el poder de estos lugares. Añadieron sus propias piedras, sus propios rituales, pero no crearon esto.

Las piedras lucían inscripciones extrañas, aunque el tiempo había borrado gran parte de su claridad. Lo que quedaba era

fragmentario: espirales, círculos interconectados, símbolos angulares que podían haber sido un lenguaje o algo completamente distinto. Enredaderas abrazaban muchos de los monumentos, con zarcillos espinosos que envolvían las antiguas tallas como si la naturaleza intentara reclamar lo que las manos humanas habían modelado.

Talorcan avanzó hacia el lugar antiguo, su concentración limitada por una súbita reticencia. Catón lo siguió tras unos instantes de vacilación, con su pragmatismo romano en pugna con una cautela instintiva. El aire a su alrededor era denso, cargado de una presencia invisible. Allí, la frontera entre el mundo mundano y algo menos definible parecía afinarse, como un velo desgastado casi hasta la transparencia.

—Aquí honran a sus muertos —dijo Talorcan, señalando las marcas de un pilar de piedra erosionado—. Pero también se comunican con ellos. Estas son puertas.

—¿Puertas a qué? —preguntó Catón, con la voz tensa por una inquietud reprimida.

Talorcan no respondió de inmediato. Sus ojos recorrieron la disposición de las piedras, leyendo en su colocación un propósito que permanecía invisible para su compañero.

—A lo que sea que yace más allá de la muerte —dijo al fin —. Los britanos creen que los muertos no se marchan del todo. Permanecen... accesibles para quienes poseen el conocimiento adecuado.

—Supersticiones —masculló Catón, pero a su réplica le faltaba convicción.

Cruzaron el campo de piedras con creciente inquietud, pues ambos sentían que atravesaban un terreno no destinado al paso de cualquiera. Las piedras los rodeaban, centinelas silenciosos de rituales que escapaban a la comprensión romana. En la penumbra, ciertos ángulos y sombras creaban la inquietante impresión de movimiento por el rabillo del ojo, aunque, al mirarlas directamente, todo permanecía inmóvil.

La ladera superior continuaba más allá del antiguo enterramiento y el bosque volvió a cernirse sobre ellos. Aceleraron el

paso, impulsados por un alivio no confesado al dejar atrás el vetusto lugar.

La creciente luz permitió una mejor evaluación de su entorno, y alcanzaron la cima de la colina con una brusquedad inesperada; la densa maleza dio paso a un repentino claro. Ambos hombres se detuvieron en el límite donde la vegetación había sido deliberadamente retirada, creando un círculo perfecto de tierra desnuda rodeado por el linde del bosque. La ausencia de una transición natural entre la arboleda y el claro les resultó antinatural a ambos exploradores.

Talorcan examinó el espacio abierto con los ojos entornados, leyendo el terreno con la precisión de un rastreador.

—Múltiples huellas —susurró—. Quizá veinte individuos. Formaron un círculo aquí. Fíjate en cómo se alinean las pisadas, mirando hacia dentro. Rodeaban algo, o a alguien.

Avanzó con extrema cautela y entró en el círculo, procurando perturbarlo lo menos posible. Catón permaneció en el perímetro, manteniendo la vigilancia mientras su compañero investigaba. El claro no ofrecía ninguna prueba inmediata de su propósito; ningún altar empapado en sangre, ninguna fosa de sacrificios, ningún artefacto ceremonial. Solo la tierra pisoteada y la perfección antinatural del propio claro lo señalaban como un lugar importante.

Talorcan completó su recorrido, con la frustración evidente en la tensión de sus hombros. Lo que fuera que hubiese ocurrido allí había sido cuidadosamente despojado de pruebas evidentes. Se volvió hacia Catón, preparándose para indicar la retirada, cuando por el rabillo del ojo captó algo que su búsqueda concentrada había pasado por alto. Entre dos enormes robles en el borde del claro, apenas visible a la creciente luz del alba, se erguía un poste de madera del que colgaba algo.

Talorcan se acercó con creciente cautela, cada paso medido a medida que la escena se revelaba con mayor claridad, y de repente se detuvo, paralizado por el horror que tenía ante sí.

Lo que quedaba apenas podía identificarse como humano. El cuerpo, de un hombre a juzgar por el tamaño y las proporciones,

había sido despedazado con una violencia salvaje. Grandes desgarros habían abierto la cavidad torácica, dejando al descubierto las costillas fracturadas hacia fuera, como si algo hubiera metido la mano con una fuerza terrible para llegar al corazón. La carne colgaba en jirones; faltaban grandes porciones por completo, consumidas por lo que fuera que lo hubiese atacado. Un brazo seguía unido al torso por meros tendones, mientras que el otro simplemente había desaparecido. Las extremidades inferiores estaban al descubierto, con los genitales arrancados y trozos de carne que faltaban en los muslos; la carne desgarrada era prueba de mordiscos dados directamente sobre el cuerpo.

El rostro estaba parcialmente intacto, aunque la garganta había sido abierta hasta la columna vertebral, y la cabeza, que colgaba hacia atrás en un ángulo imposible, no tenía ojos. Lo que quedaba de sus facciones estaba contraído en un rictus de terror que capturaba los últimos momentos de un hombre que había sido testigo de cómo algo incomprensible se abalanzaba sobre él.

Lo más inquietante era la pura ferocidad evidente en el ataque; no la violencia calculada de enemigos humanos, sino la brutalidad abrumadora de un depredador de escala sobrenatural. El suelo que rodeaba el poste mostraba fragmentos esparcidos de hueso y cartílago, prueba de que la criatura se había alimentado copiosamente, pero aun así había dejado porciones significativas sin comer, como si hubiera sido interrumpida o la impulsase algo más que la mera hambre.

—¿Talorcan? —La voz de Catón, aunque baja, sacó al explorador belga de su horrorizada evaluación.

—No te acerques —replicó él, aunque la advertencia llegó demasiado tarde, pues Catón se unió a él ante la espeluznante escena.

El rostro del romano perdió todo su color—. Por todos los dioses...

—Esto no ha sido una ejecución corriente —dijo Talorcan, forzando un tono clínico en su voz para dominar su propia repulsión —. Ha sido obra de druidas.

Algo en el suelo llamó su atención y se agachó para recoger un trozo de tela que sobresalía de debajo de unas hojas caídas.

La tela había sido de una lana de un rojo carmesí intenso, un material de calidad teñido con un pigmento caro. Ahora estaba acartonada por la sangre seca y el color original apenas se distinguía bajo la mancha oscura. Talorcan le dio la vuelta entre las manos y encontró el característico borde púrpura que lo identificaba como parte de una capa militar; no la reglamentaria de los legionarios rasos, sino la prenda distintiva de un oficial romano. La capa de un tribuno.

Desvió la mirada de la tela al cadáver mutilado y la comprensión se abrió paso con una claridad terrible.

—Atticus —dijo, y el nombre fue apenas un susurro.

La implicación flotaba entre ellos, tácita pero innegable. Si de verdad se trataba del tribuno Atticus, toda su patrulla, dieciséis jinetes auxiliares, probablemente había corrido la misma suerte. Diecisiete romanos sometidos a rituales druídicos cuyo propósito iba más allá de la mera ejecución para adentrarse en dominios de significado sacrificial que ninguno de los dos exploradores deseaba contemplar.

—Tenemos que volver junto a Vespasiano —dijo Catón—. Informarle de lo que hemos encontrado.

Talorcan asintió, pero su atención seguía fija en el cuerpo. Había algo en aquella disposición que le reconcomía: el cuerpo desnudo, la terrible mutilación. Era demasiado brutal, demasiado salvaje.

—Los druidas creen que ciertas muertes abren portales —dijo en voz baja—. Creen que determinados tipos de sufrimiento crean aberturas entre los mundos. Pero esto... nunca he visto nada igual.

—Hemos confirmado el destino de Atticus —dijo Catón—. Esa era nuestra misión. Ahora, larguémonos de aquí.

Talorcan asintió y los dos exploradores se retiraron del claro, cada uno procesando las implicaciones según su propio entendimiento. Para Catón, representaba una atrocidad de la que

había que informar y que debía ser vengada mediante el poderío militar romano. Para Talorcan, significaba algo más ominoso, algo que aún no comprendía, pero, fuera lo que fuese, no era un buen augurio para la ocupación planeada.

---

# Capítulo Diez

## Rutupiae

El silencio se apoderó de la tienda cuando Séneca concluyó el esbozo de su plan. Los hombres del Occultum permanecían inmóviles, sus rostros atrapados entre la incredulidad y el cálculo bajo la vacilante luz del candil. Los toscos mapas extendidos sobre la tapa de un barril volcado acaparaban su atención; eran recreaciones a mano de las cartas originales de Julio César, con sus costas especulativas y sus tentativas anotaciones sobre territorios tribales. Falco fue el primero en romper la quietud, su corpulenta figura se enderezó como si rechazara físicamente lo que acababa de oír.

—Un viaje por mar —dijo, y sus palabras resonaron huecas en el espacio cerrado—. ¿Propones llegar a Mona circunnavegando toda la isla?

La pregunta quedó flotando entre ellos, con su desafío inherente inconfundible. Séneca le sostuvo la mirada sin ponerse a la defensiva; la decisión había cristalizado en su mente tras días de deliberación.

—Así es —confirmó—. Ofrece ventajas que ninguna ruta terrestre puede proporcionar.

—¿Ventajas? —la incredulidad de Falco se sobrepuso a su habitual deferencia hacia la autoridad de Séneca—. Que yo sepa, ninguna nave romana ha completado semejante travesía. Las aguas occidentales no están cartografiadas, las corrientes son desconocidas y las tribus costeras, universalmente hostiles.

Marcus se acercó a los mapas, su mente militar ya evaluaba las implicaciones estratégicas en lugar de detenerse en el riesgo. Sus dedos trazaron la especulativa línea de la costa occidental, deteniéndose en los espacios en blanco donde la certeza dejaba paso a la suposición.

—La distancia por sí sola ya presenta desafíos importantes —observó—, las provisiones, las contingencias meteorológicas, la fiabilidad de la navegación... cada una representa una incógnita considerable. Y las cartas de César tienen décadas de antigüedad —

señaló, indicando zonas donde el pergamino mostraba intentos de corrección por manos posteriores—. Se hicieron durante breves navegaciones exploratorias en lugar de exhaustivos reconocimientos costeros.

—Todo eso es cierto —dijo Séneca—. Y es precisamente por eso que Raven y Mordred nunca anticiparán esta ruta de ataque. Considerad nuestras alternativas. Una aproximación por tierra a través de los territorios occidentales requiere atravesar cientos de millas de terreno hostil. Cada aldea es una trampa potencial y cada bosque, un escenario perfecto para una emboscada. La influencia de Mordred se extiende por todas estas regiones y su red de informadores podría seguir nuestro progreso desde el momento en que abandonáramos el territorio controlado por los romanos. Mordred no es tonto. Se habrá rodeado de guerreros fanáticos leales a los druidas y ni un perro podría acercarse lo más mínimo sin ser detectado.

—¿Y crees que una aproximación por mar resuelve esos obstáculos? —preguntó Marcus.

—La isla de Mona es pequeña —replicó Séneca, señalando las dimensiones de la isla en el mapa—. Una vez en tierra, en su costa oriental, estaremos a pocas millas de cualquier asentamiento que contenga. Llegaremos descansados y a pleno rendimiento, en lugar de agotados por semanas de viaje por tierra. Completaremos nuestra misión y nos iremos en cuestión de horas.

Sica se movió ligeramente en el rincón donde se había situado.

—Es un buen plan —dijo, y la serena afirmación atrajo todas las miradas hacia su modesta figura.

Falco se volvió hacia él con una incredulidad exagerada.

—¿Un buen plan? Estamos hablando de navegar por aguas completamente desconocidas, guiados por mapas hechos antes de que cualquiera de nosotros naciera, para desembarcar en costas que nunca han pisado las botas romanas y enfrentarnos probablemente a cientos de los guerreros más feroces que jamás hayamos encontrado. ¿Y tú a eso lo llamas bueno?

—Lo llamo inesperado —replicó Sica, impasible ante la vehemencia del hombretón—. La mejor táctica es aquella que los enemigos no pueden concebir. Puede que vigilen los caminos y los bosques, pero dudo que vigilen el mar occidental.

La simple lógica de esta observación cambió el ambiente en la tienda. Los hombres intercambiaron miradas, reevaluando la propuesta no como una apuesta desesperada, sino como un riesgo calculado; el tipo de misión en la que se desenvolvían a la perfección.

Marcus volvió a fijar su atención en los mapas, su mente táctica ahora ocupada en resolver problemas en lugar de catalogar obstáculos.

—El enfoque tiene su mérito —admitió—. Pero los desafíos prácticos siguen siendo considerables. Ya de por sí será bastante difícil conseguir una embarcación adecuada con una tripulación dispuesta a emprender semejante viaje, sobre todo una con los conocimientos suficientes para acercarse a una costa hostil sin un conocimiento preciso de los arrecifes o las condiciones de las mareas.

—Son todas preocupaciones importantes —reconoció Séneca—. Sin embargo, cada una puede abordarse con la preparación adecuada. César navegó estas aguas con navíos mucho menos aptos para la mar que los que tenemos a nuestra disposición ahora, y los pescadores locales poseen un conocimiento de las corrientes y los accidentes costeros que no está registrado en ninguna carta de navegación romana.

Se hizo el silencio mientras los hombres sopesaban las implicaciones. A pesar de que Séneca era el líder, la naturaleza especial del grupo significaba que todos tenían voz y voto, y que todos los puntos de vista se tenían en cuenta.

Mientras el sol iniciaba su descenso hacia el horizonte occidental, Séneca examinó a sus hombres, leyendo en sus posturas y expresiones la transformación del escepticismo a un cauto compromiso. Incluso Falco había pasado del rechazo frontal a una

aceptación a regañadientes, con su mente táctica ya ocupada en el cómo y no en el si. Finalmente, Séneca rompió el silencio.

—Nuestra ventana de oportunidad se estrecha con cada día que pasa —dijo—, así que, de un modo u otro, tenemos que tomar una decisión. ¿Alguno de vosotros prefiere la ruta terrestre?

Silencio.

—Entonces, seguimos adelante —dijo Séneca al cabo—, pero la operación permanece clasificada al más alto nivel. Nadie fuera de este círculo se enterará de nuestro destino ni de nuestro modo de proceder.

Los hombres asintieron en señal de conformidad, con la disciplina del secretismo arraigada tras años de operaciones encubiertas. Lo que había comenzado como una propuesta aparentemente imposible se había transformado, gracias a la pericia colectiva, en un plan de misión viable, aunque todavía plagado de importantes incógnitas.

—Ahora solo necesitamos un barco —dijo Falco.

—Y el favor de Neptuno —añadió Cassius, invocando al dios del mar solo en parte en broma.

Mientras la oscuridad se cernía sobre el asentamiento portuario de Rutupiae, los hombres del Occultum continuaron puliendo su estrategia para la tarea aparentemente imposible que tenían por delante: un viaje que pondría a prueba no solo sus habilidades personales, sino también su ingenio frente a las fuerzas elementales del mar y la tormenta.

---

# Capítulo Once

## Al norte del Támesis

El fuerte romano se erigía imponente sobre el suelo conquistado, en nada menos que una declaración de intenciones letales. Era una afirmación de madera y tierra que proclamaba su autoridad sobre unas tierras en posesión de otros pueblos desde tiempos inmemoriales. Donde antaño los antiguos robles britanos habían poblado la ladera, ahora se extendía un vacío ordenado hasta la distancia precisa que podía recorrer el virote de un escorpión. Ningún abrigo para los enemigos que se acercaran, ningún escondite para las fuerzas que se congregaran, ninguna sombra en la que pudiera acechar la sorpresa.

La construcción proseguía sin pausa. Centurias de legionarios trabajaban en turnos rotatorios con un ritmo tan preciso como sus formaciones en la batalla. El foso se hacía más profundo, las murallas se alzaban, la empalizada de madera extendía su circuito protector.

Dentro del perímetro, los barracones, el cuartel general y los graneros tomaban forma según el modelo que Roma imponía en cada territorio que reclamaba, una arquitectura militar que hacía que los soldados, desde Hispania hasta Siria, se sintieran como en casa, igualmente seguros de su posición dentro de la gran maquinaria del imperio.

Fuera de esta colmena de actividad disciplinada, la Legio II Augusta formaba en solemne disposición. Cinco mil hombres dispuestos en un semicírculo preciso, con sus armaduras reluciendo bajo el sol de otoño y los estandartes alzados sobre cada cohorte. El águila pulida de la legión ocupaba el lugar de honor en el centro, con las alas extendidas como si estuviera lista para alzar el vuelo desde su percha de rayos de plata, y bajo su mirada de ave rapaz, los hombres permanecían inmóviles con su uniforme de gala, mientras los cascos reflejaban la luz del día con un brillo metálico.

El despliegue representaba una inversión significativa de recursos en un momento crítico de la campaña; miles de

combatientes apartados temporalmente de sus tareas de construcción o de patrulla para formar en ceremonia, un compromiso de activos que indicaba la gravedad con la que el mando romano consideraba la ocasión.

En el corazón de la formación, el aquilifer permanecía inmóvil, con el águila dorada de su estandarte elevándose una cabeza por encima de los oficiales reunidos, un reluciente símbolo de dominio que acaparaba la atención de todos los presentes.

Flanqueando al portaestandarte, Plaucio y Vespasiano mantenían la distancia precisa que dictaba el ceremonial militar, y sus posiciones creaban una trinidad visual de poder: la autoridad imperial manifestada a través del águila, el general y el legado de la legión.

Aulo Plaucio contemplaba el terreno despejado en dirección a los lejanos árboles. A sus sesenta años, soportaba el peso de su responsabilidad con una desenvoltura curtida; su carrera militar había abarcado cuatro décadas de la expansión de Roma. Las hebras de plata que salpicaban su pelo corto y su barba daban fe de campañas libradas desde Germania hasta Iliria, una experiencia forjada a base de heridas y victorias por igual.

A su lado se encontraba Flavio Vespasiano, una década más joven que su superior y legado de la Segunda Augusta. Su mirada recorrió la legión formada: aquellos eran sus hombres, entrenados bajo su disciplina, cuyos logros eran un reflejo de su mando.

No medió conversación innecesaria entre los hombres, ninguna agitación turbó su compostura, solo un silencio sepulcral, roto únicamente por el sutil crujido del cuero y la llamada ocasional de los pájaros que regresaban al distante linde del bosque.

La quietud se rompió con calculada ceremonia cuando un cuerno sonó desde la primera fila, y su nota clara se extendió por el terreno despejado hasta los árboles lejanos. Todas las miradas se volvieron hacia el linde del bosque, donde el camino del norte desaparecía entre las sombras.

Pasaron unos instantes sin respuesta visible, hasta que dos jinetes emergieron del bosque.

El primero cabalgaba ligeramente adelantado y se comportaba con la rígida dignidad de los catuvelonos; su torque de hierro, símbolo de rango entre su pueblo, relucía sobre los dibujos de glasto azul que le marcaban la garganta y la mandíbula. Su compañero, un curtido guerrero de los trinovantes, lucía cuentas de ámbar trenzadas en la barba, la marca de un portavoz del consejo tribal en quien se confiaba para pronunciar palabras con el peso de un juramento vinculante.

Cuando llegaron al punto medio entre el bosque y la formación, dos centuriones se adelantaron para interceptarlos. Los jinetes desmontaron y entregaron sus armas sin protestar: dagas rituales y espadas cortas ceremoniales que ahora servían más como símbolos de autoridad que como útiles instrumentos de guerra.

Tras ser cacheados en busca de armas ocultas, los dos representantes avanzaron a pie y se detuvieron justo delante de los comandantes que aguardaban.

Durante varios instantes, los cuatro hombres se miraron fijamente sin pestañear, sabiendo cada uno de ellos que apartar la mirada implicaba debilidad. Nadie habló, pero cuando el momento se había tensado hasta el punto de ruptura, Plaucio dio un paso al frente y pronunció una sola orden.

—Arrodíllense.

---

# Capítulo Doce

## Frente a la Costa de Britania

La liburna imperial surcaba el estrecho mar con experimentada facilidad, sus dos hileras de remos subiendo y bajando con disciplinada sincronía. A diferencia de los días anteriores de tiempo turbulento, aquella mañana había traído una calma inesperada. La superficie yacía lisa, reflejando el pálido cielo, rota únicamente por la estela del navío mientras trazaba una línea recta desde la Galia hasta Britania.

En la proa, el senador Quinto Lépido permanecía solo, con las curtidas manos aferradas a la pulida barandilla y la mirada fija en el horizonte, donde su destino emergería pronto de entre la neblina matutina.

Había enviado a su escolta pretoriana a popa, prefiriendo la soledad de sus pensamientos. La tranquila travesía ofrecía una rara oportunidad para la reflexión ininterrumpida, un lujo que Lépido se había permitido con muy poca frecuencia en los últimos años.

El Senado, con sus perpetuas intrigas y alianzas cambiantes, dejaba poco tiempo para la contemplación solitaria. Sin embargo, ahora, suspendido entre las provincias consolidadas de Roma y su más reciente conquista, Lépido se encontró examinando el camino que lo había llevado a este momento y el instrumento que había creado al servicio de Roma.

Cuatro décadas antes, un Lépido más joven se había unido a las legiones con la arrogante confianza propia de la juventud aristocrática. Sus conexiones familiares le habían asegurado un puesto de oficial desde el principio, eludiendo los años de dura disciplina que soportaban los legionarios rasos. No obstante, a diferencia de muchos de sus privilegiados compañeros, que consideraban el servicio militar un mero preludio necesario para el ascenso político, Lépido había descubierto una fascinación genuina por el arte de la guerra. Durante años aprendió de soldados veteranos que habían combatido en muchas campañas, asimilando tanto sus éxitos como sus fracasos, y, gradualmente, a medida que

se le otorgaba más mando, comenzó a aplicar las lecciones en el campo de batalla.

La misión crucial había llegado durante su servicio en la frontera germana. Asignado a dirigir un destacamento de exploratores más allá de las líneas romanas, a Lépido se le había encomendado la tarea de recabar información sobre los movimientos de las tribus antes del avance de la legión. La misión conllevaba un riesgo considerable y un reconocimiento mínimo: el éxito se reconocería en privado; el fracaso se recordaría públicamente.

Durante tres semanas, su pequeña unidad se había adentrado en territorio germano. Identificaron concentraciones enemigas, eliminaron centinelas tribales clave, sembraron la desinformación entre los líderes hostiles y cartografiaron accidentes geográficos hasta entonces desconocidos que alteraron la aproximación planeada por la legión. Cuando la fuerza principal finalmente avanzó, se encontró con enemigos divididos y desorientados, con sus preparativos defensivos comprometidos antes de que volara la primera jabalina.

Lépido reconoció poco a poco el potencial que una unidad especializada podría alcanzar si se la liberaba de las limitaciones militares convencionales y presentó su análisis a su legado, abogando por el establecimiento de una unidad especial permanente centrada en estos enfoques poco convencionales. La respuesta resultó tibia y, aunque se aprobaron misiones ocasionales, la implementación sistemática nunca llegó a materializarse.

Una brisa cargada de sal sacó a Lépido de su ensimismamiento. Cambió de postura aliviando el dolor persistente de su rodilla izquierda, legado de una emboscada en Iliria quince años antes. El horizonte permanecía vacío, la costa de Britania todavía fuera del alcance de la vista, aunque el capitán le había asegurado que avistarían tierra antes del mediodía.

Sus pensamientos regresaron al pasado, a la coyuntura crítica en la que su ascenso a legado le proporcionó la oportunidad de poner en práctica su visión, y reunió a un selecto grupo de agentes cuyas habilidades trascendían los límites tradicionales del servicio militar.

Cada miembro fue elegido con precisión quirúrgica: hombres no solo procedentes de los exploratores, sino también de los márgenes de la sociedad romana, unidos por unas capacidades demasiado oscuras para recibir la aprobación oficial. No estaban sujetos a las jerarquías militares convencionales, sino a un propósito singular que exigía una lealtad absoluta y la ejecución incuestionable de su misión.

Sus despliegues iniciales validaron el concepto de Lépido más allá incluso de sus expectativas. Misiones consideradas imposibles mediante los enfoques convencionales tuvieron éxito con una asignación mínima de recursos. Amenazas a los intereses de Roma desaparecieron sin dejar rastro y la información fuera del alcance de las fuentes tradicionales influyó en las decisiones de mando, transformando la planificación estratégica de una aproximación a una ciencia exacta.

La naturaleza encubierta de sus operaciones proporcionaba la coartada perfecta para los líderes de Roma, y la unidad existía en un limbo burocrático, sin autorización pero tolerada.

El eventual ascenso de Lépido al Senado completó el acuerdo, creando un canal directo entre la voluntad imperial y la ejecución operativa. Su experiencia militar, su posición política y su conocimiento íntimo de las metodologías encubiertas lo convertían en el intermediario ideal, capaz de traducir los objetivos estratégicos de Claudio en misiones específicas mientras aislaba al emperador de los detalles operativos que pudieran resultar políticamente problemáticos si salían a la luz.

Pero ahora, los Occultum se habían convertido en víctimas de su propio éxito, y la expedición de Claudio a Britania era mucho más grande que cualquier cosa que hubieran emprendido hasta entonces. El emperador llegaría esperando un entorno seguro, con su triunfo sobre las tribus de Britania cuidadosamente orquestado para realzar su posición política en Roma. Cualquier alteración, en particular una organizada por un antiguo agente romano renegado, transformaría el triunfo en una vergüenza, o algo peor.

La abrumadora tarea que tenía ante sí había impulsado a Lépido a abandonar la comodidad y seguridad de Roma y a

emprender este viaje personalmente en lugar de confiar en intermediarios o en la comunicación por escrito. A los Occultum se les había encomendado el asesinato de Raven, y él esperaba desesperadamente llegar antes de que comenzara su misión.

—¡Tierra a la vista! —gritó el vigía desde su puesto, y sus palabras sacaron a Lépido de sus reflexiones.

La embarcación mantuvo su avance constante, con el ritmo de los remeros inalterado a pesar de la proximidad del destino, y menos de una hora después, el barco topó contra el muelle recién construido.

---

La pasarela de madera crujió bajo el peso de los pasajeros que desembarcaban, con su húmeda superficie resbaladiza por el salitre. Al poner el senador Lépido un pie en suelo britano, contempló el bullicioso puerto de Rutupiae. Había crecido espectacularmente desde su última visita, pero no tenía tiempo para contemplaciones; estaba allí con un único propósito.

Se caló aún más la capucha de la capa sobre la cabeza y avanzó a grandes zancadas. Su tosco atuendo de viaje le daba el aspecto de un hombre corriente, y no el de uno de los hombres más poderosos de Roma. Su destino era claro: la oficina del capitán del puerto, una estructura de madera cerca del corazón del mismo. Al entrar, vio de inmediato a un hombre robusto de barba cana inclinado sobre una tablilla de cera, mascullando para sí mientras garabateaba algo con un estilete.

Lépido se aclaró la garganta.

El capitán del puerto levantó la vista, con los ojos primero entornados por la irritación y luego desorbitados por la incredulidad.

—Por las piedras de Júpiter… —exhaló Quintus, enderezándose como si lo hubieran golpeado. Su rostro curtido se arrugó con una mezcla de sorpresa e inquietud—. ¿Lépido? Por los dioses, jamás esperé verte aquí.

—La necesidad nos abre a todos caminos extraños, Quintus —dijo con una sonrisa cautelosa—. Me alegro de volver a verte. —Se acercó y le tendió el brazo en un gesto de amistad.

Quintus le cogió el brazo e hizo un gesto hacia una mesa.

—¿Vino?

—Por el momento no —dijo Lépido—. Estoy aquí para encontrar a los Occultum. ¿Siguen en Rutupiae?

—No —dijo Quintus—. Acabas de perderlos. Partieron ayer.

Lépido maldijo en voz alta.

—Si partieron ayer —dijo—, quizá aún pueda alcanzarlos. Necesito un caballo y un guía, alguien que conozca los caminos. ¿Dónde puedo encontrar uno?

—No te servirá de nada —dijo Quintus—. Se fueron en barco.

A Lépido se le cortó el aliento por un instante mientras la revelación se le hundía en el estómago como una piedra. Los Occultum no eran hombres que se hicieran a la mar a menos que fuera absolutamente necesario. Sus misiones eran de sigilo y subterfugio terrestre, no en mar abierto y, lo que era peor, no había forma fácil de seguirlos.

Quintus exhaló lentamente.

—Lépido —dijo—, sea cual sea el asunto que te traes con ellos, quizá deberías reconsiderarlo. Ningún romano ha desembarcado jamás en Mona y ha vivido para contarlo.

—No tengo otra opción, Quintus —dijo—. De un modo u otro, necesito encontrar a mis hombres. Y necesito encontrarlos rápido.

---

# Capítulo Trece

## Castra Victrix

Talorcan y Cato se acercaron a la puerta oriental del fuerte mientras el sol de la tarde proyectaba largas sombras sobre el terreno surcado de roderas. Tres días de duro viaje habían dejado a ambos hombres exhaustos, con la ropa salpicada de barro y los rostros demacrados por la fatiga. Los caballos que habían tomado prestados avanzaban con el paso lánguido de animales llevados al límite, con las cabezas gachas mientras se aproximaban a la empalizada.

Los centinelas se irguieron cuando los exploradores se acercaron; uno levantó una mano en señal de alto mientras el otro los escrutaba con recelo.

—Alto. Identifíquense —ordenó el guardia, con la mano apoyada en el pomo de su gladius.

—Ya sabe quién soy —suspiró Talorcan—. Déjenos entrar. Traemos información urgente para el legado Vespasian. —Hubo una pausa mientras el guardia sopesaba su respuesta, antes de que Talorcan comenzara a hacer girar su caballo.

—¡Alto! —le gritó el centinela—. ¿Adónde va?

—Estoy demasiado cansado para esto —dijo Talorcan—. Si no va a dejarnos entrar, me voy a dormir un poco. Limítese a decirle que estuvimos aquí.

El miedo y la comprensión se dibujaron en el rostro del guardia, y les hizo un gesto de asentimiento para que avanzaran.

—Pasen.

---

El interior del fuerte bullía de actividad disciplinada a pesar de lo avanzado de la hora. Continuaba la construcción de varias estructuras interiores, y el sonido rítmico de los martillos acentuaba el ruido ambiental de un campamento militar en transición de puesto avanzado temporal a guarnición permanente. Desmontaron con rigidez en las caballerizas y entregaron sus caballos a un mozo que los esperaba.

—Estos necesitan un buen cuidado —le indicó Talorcan, pasando una mano por el cuello surcado de sudor de su montura—. Han servido bien.

El mozo asintió, evaluando a los animales con ojo experto.

—Me encargaré de ello.

Cato se estiró, haciendo una mueca de dolor cuando sus músculos entumecidos protestaron por el movimiento.

—Presentemos el informe y busquemos algo de comida caliente. Estoy famélico.

Talorcan gruñó en señal de asentimiento, aunque la comida era la menor de sus preocupaciones. La imagen del cadáver mutilado que habían descubierto seguía grabada en su mente, y sus terribles implicaciones exigían atención sin importar su malestar físico.

Atravesaron el patio de armas central en dirección a la Principia, el corazón administrativo de cualquier fuerte romano. A diferencia de muchas de las estructuras aún inacabadas, al edificio del cuartel general se le había dado prioridad: su armazón de madera ya estaba cerrado y su entrada, flanqueada por guardias con armadura completa, a pesar de la relativa seguridad del interior del fuerte.

—Tenemos que ver al legado —informó Cato a los guardias —. Traemos un informe del reconocimiento del norte.

Uno de los guardias asintió en señal de reconocimiento.

—Esperen aquí —dijo, y desapareció dentro, dejándolos bajo la mirada de su compañero.

Aguardaron en silencio, cada uno perdido en sus propias reflexiones sobre lo que habían presenciado y lo que podría significar para la ocupación romana. Minutos después, el guardia reapareció.

—El legado los recibirá ahora. Síganme.

El interior de la Principia era espartano pero funcional, con sus paredes de madera recién cortada que todavía desprendían olor a resina. Había mapas cubriendo todas las superficies disponibles, que cartografiaban los territorios conquistados con precisión romana

y marcaban las vastas regiones desconocidas más allá con líneas y anotaciones provisionales.

Vespasiano estaba de pie junto a la mesa central, con el rostro curtido iluminado por las lámparas de aceite, que proyectaban sombras parpadeantes por la estancia. A su lado, su jefe de inteligencia estudiaba un documento con los ojos entornados. Ambos hombres alzaron la vista cuando entraron los exploradores y sus semblantes cambiaron al instante al percatarse de la gravedad de su porte.

—Dejadnos —ordenó Vespasiano al guardia, que lo saludó y se retiró, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio se adueñó de la sala por un momento mientras Vespasiano estudiaba a los dos hombres, leyendo en su postura y en sus rostros que las noticias que traían no eran buenas. Se dejó caer en una silla, un gesto de preparación para cualquier funesta nueva que le aguardara.

—Informad —dijo.

Talorcan dio un paso al frente y le sostuvo la mirada a Vespasiano.

—Hemos localizado al tribuno Atticus, domine —dijo—, o lo que quedaba de él.

—Empezad por el principio —dijo Vespasiano con un profundo suspiro—. No omitáis nada.

Talorcan resumió su viaje en términos precisos y escuetos: el seguimiento del rastro de la patrulla, el descubrimiento de la hoguera de señales y, finalmente, el claro donde se exhibía el cuerpo mutilado de Atticus.

Durante todo el informe, Vespasiano permaneció impasible, aunque se tensó visiblemente cuando Talorcan describió el estado del cadáver. Longinus tomaba notas ocasionales en una tablilla de cera; el rasguido de su estilete se oía suavemente como telón de fondo del clínico informe de Talorcan.

—¿Y el resto de la patrulla? —preguntó Vespasiano cuando Talorcan hubo terminado—. ¿Alguna señal de ellos?

—Ningún cuerpo, domine —replicó Talorcan—. Pero sí muchas huellas que se alejaban del lugar en dirección oeste. A mi

juicio... —dudó, buscando una forma diplomática de decirlo.

—Habla sin rodeos —ordenó Vespasiano.

—A mi juicio, ya son hombres muertos. Si no físicamente, sí en todos los sentidos importantes. Los druidas no los habrán mantenido con vida sin un propósito, y sus propósitos no conocen la piedad.

Vespasiano golpeó la mesa con el puño cerrado; la súbita violencia del gesto resultó sobrecogedora en la tranquila sala.

—¡Maldito necio! Se le dieron órdenes explícitas, solo reconocimiento. Ni persecución ni enfrentamiento. Dieciséis buenos hombres perdidos porque un tribuno no supo contener su ambición.

—La capa desgarrada que encontramos confirma que era él —añadió Cato—. No hay duda.

Vespasiano no dijo nada durante unos instantes, asimilando la información en silencio.

—Habéis actuado admirablemente en circunstancias difíciles —dijo al fin—. Id a por algo de comida caliente y descansad como es debido. Mañana discutiremos las implicaciones de vuestros hallazgos, una vez os hayáis recuperado.

Cato saludó y se dispuso a marcharse, pero Talorcan permaneció donde estaba, con la mirada fija en Vespasiano con inalterada intensidad. Vespasiano alzó la vista, reconociendo que algo quedaba por decir.

—¿Tienes algo más que informar, Talorcan?

Talorcan esperó a que la puerta se cerrara tras Cato para hablar. Se mantuvo rígido, claramente incómodo con lo que tenía que decir.

—Domine, hay algo más sobre la muerte del tribuno que... me inquieta.

—Habla con libertad —dijo Vespasiano—. ¿Qué te preocupa?

—La forma de su muerte —dijo Talorcan—. He visto hombres asesinados por animales, por otros hombres, por la intemperie. —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Esto fue diferente.

—¿Diferente en qué sentido? —dijo Vespasiano.

—Al cuerpo no solo lo mataron, domine. Estaba... despedazado. —La expresión, normalmente impasible, de Talorcan flaqueó—. Nunca he visto heridas como esas. Tenía el pecho abierto de un tajo, la carne arrancada a grandes trozos; no cortada, sino... desgarrada. Era casi como si lo que fuera que hizo eso estuviera desesperado por llegarle al corazón.

Vespasiano frunció el ceño, reclinándose en su silla.

—¿Un oso, quizá? ¿O lobos? Los bosques de aquí están plagados de depredadores.

Talorcan negó firmemente con la cabeza.

—No, domine. Conozco los ataques de los osos. Conozco las matanzas de los lobos. Esto no se pareció en nada. —Bajó la voz —. La ferocidad superaba la de cualquier depredador natural con el que me haya topado. Y hay algo más: los osos y los lobos matan para alimentarse o para defenderse. Esto... —volvió a dudar—. Esto tuvo un propósito. Un salvajismo deliberado.

Longinus, que había estado escuchando en silencio, dio un paso al frente.

—Se sabe que los druidas utilizan animales en sus rituales. ¿Quizá le azuzaron bestias adiestradas?

—Ningún animal hizo esto —insistió Talorcan—. Al menos, no uno que yo conozca.

Los ojos de Vespasiano se entrecerraron con irritación.

—¿Qué sugiere, Talorcan? ¿Algún agente sobrenatural? Esperaba más de un hombre con su experiencia.

—No sugiero nada, domine. Solo informo de lo que he observado. —Talorcan se mantuvo firme, aunque su incomodidad era evidente—. El cuerpo estaba colocado deliberadamente, atado a un poste. A lo que fuera que mató al tribuno se le permitió, quizá se le alentó, que se alimentara de él, probablemente mientras aún estaba vivo.

Vespasiano exhaló bruscamente, con la frustración patente en sus facciones.

—Así que me trae preguntas sin respuestas, temores sin fundamento. —Se levantó de golpe y empezó a dar vueltas por el pequeño recinto—. Necesito hechos, Talorcan. Información que

pueda usar para asegurar esta provincia, no vagos presentimientos sobre depredadores desconocidos.

—Lo entiendo, domine. —El rostro de Talorcan recuperó su máscara estoica—. Solo pensé que debía saber todo lo que observé.

El legado dejó de pasearse y estudió a Talorcan durante un largo momento. Finalmente, su expresión se suavizó ligeramente.

—Su minuciosidad es encomiable, aunque sus conclusiones sean... inciertas. —Suspiró profundamente—. Somos soldados, no filósofos, Talorcan. Tratamos con lo que se puede ver, medir y combatir. Vaya a comer algo y a descansar, hablaremos de nuevo mañana. Quizá con la cabeza más despejada podamos encontrarle más sentido a lo que ha hallado.

Talorcan asintió y se dispuso a marcharse, pero Vespasiano lo llamó.

—Talorcan, una cosa más.

Talorcan se detuvo en el umbral, volviéndose para mirarlo.

—Mantenga estas... observaciones... entre nosotros por ahora. Los hombres ya tienen bastante que temer sin cuentos de bestias imaginarias e imparables en el bosque.

—Como ordene, domine —dijo Talorcan antes de salir de la estancia, dejando a Vespasiano y a Longinus a solas con las preocupantes implicaciones de su informe.

---

# Capítulo Catorce

## La Costa sur de Britania

El pesquero cabeceaba y se escoraba por las aguas meridionales de Britania, con su casco de madera crujiendo con cada embate del mar embravecido. A diferencia del trirreme imperial que los había llevado a la provincia, esta humilde embarcación no ofrecía refugio alguno contra los elementos ni camarotes cómodos en los que escapar de la constante rociada de agua salada y del persistente frío del viento oceánico.

Cuatro pescadores locales tripulaban la embarcación, hombres curtidos con la piel como el cuero por años de exposición a la intemperie, sus manos encallecidas de recoger redes y trabajar los cabos. Se movían por la barca con la naturalidad de quienes han nacido en el mar, ajustando las velas e interpretando las corrientes con una pericia instintiva. Habían aceptado la plata de los romanos con la cautela de hombres que comprendían el valor del silencio y hacían pocas preguntas más allá de las necesarias para la peligrosa travesía que les esperaba.

La fortuna prometida, un pequeño cofre de plata imperial, descansaba bajo la atenta mirada de Falco. El pago se había garantizado con uno de los pagarés de Lepidus antes de partir de Rutupiae, una requisición que haría arquear más de una ceja cuando finalmente fuera tramitada por los contables imperiales, pero para entonces su misión ya habría concluido, de un modo u otro.

Los miembros del Occultum estaban sentados por los bordes de la barca, manteniendo el equilibrio con mayor o menor acierto. Marcus se aferraba a la borda, con los nudillos blancos por la tensión, mientras fijaba la mirada en el lejano horizonte, un truco de marinero para combatir las náuseas que parecía servirle de poco. A su lado, Sica permanecía con las piernas cruzadas e inmóvil, con su rostro inexpresivo que no delataba malestar físico alguno, mientras que Cassius hacía tiempo que se había rendido a la rebelión de su cuerpo e, inclinándose periódicamente por el costado, vertía lo poco que le quedaba en el estómago al mar indiferente.

Solo Séneca y Décimo parecían estar realmente cómodos, sentados cerca de la popa de la embarcación, donde podían hablar con cierta privacidad, con las cabezas juntas y las voces bajas, ahogadas por el persistente sonido del viento y del agua.

—La costa occidental ofrece pocos puertos naturales —observó Décimo, trazando una línea sobre el tosco mapa extendido entre ellos, un boceto a carboncillo basado en los conocimientos de su capitán en lugar de en las cartas de navegación romanas oficiales —. Las mareas de allí son traicioneras, según nuestros pescadores. Tendremos que calcular con esmero el momento de la aproximación.

Séneca asintió, con el rostro curtido surcado por la concentración.

—Desembarcaremos de noche, al amparo de la oscuridad. Una pequeña cala o playa, cualquier cosa que nos permita acceder rápidamente al interior sin que nos vean desde las atalayas o los asentamientos.

—¿Y una vez en tierra? —preguntó Décimo.

—Te quedarás en la barca —replicó Séneca—. Mantén a la tripulación lista para zarpar de inmediato.

Décimo asintió, aceptando la tarea sin protestar, aunque su expresión sugería que habría preferido unirse a la misión en el interior. A su edad, sin embargo, su mayor valor residía en garantizar que la ruta de huida permaneciera segura.

—El resto de nosotros avanzaremos tierra adentro —prosiguió Séneca—, usando la protección de los bosques siempre que sea posible. Nuestro objetivo principal es localizar el asentamiento de los druidas. Los informes de inteligencia sugieren que está cerca del centro de la isla, posiblemente construido en torno a uno de sus bosques sagrados.

—¿Y Raven? —preguntó Décimo en voz baja.

—Una vez que identifiquemos su paradero, lo eliminaremos. Rápida y silenciosamente, sin testigos a ser posible. Luego nos retiraremos antes de que los druidas se den cuenta de lo que ha ocurrido.

Ambos hombres reconocieron el optimismo inherente a un plan tan simple. La realidad resultaría, casi con toda seguridad, más

complicada, sobre todo en un territorio controlado por completo por un enemigo tan fanático.

—Más allá de la infiltración inicial, una planificación detallada se vuelve problemática —admitió Séneca.

—La especialidad del Occultum —observó Décimo con humor sombrío—. La improvisación en territorio hostil.

Séneca se permitió una leve sonrisa. A pesar de la incertidumbre que los aguardaba en Mona, mantenía una confianza absoluta en las capacidades de su unidad. Habían infiltrado bastiones enemigos desde Partia hasta Germania y habían extraído información y objetivos de situaciones consideradas imposibles por la evaluación militar convencional. Esta misión, aunque singularmente desafiante, requeriría las mismas habilidades que los habían convertido en el instrumento encubierto más eficaz del imperio.

---

El día se alargaba y cada hora solo quedaba marcada por el lento avance del sol a través del cielo salpicado de nubes. La costa de Britania permanecía visible al norte, una lejana mancha de tonos verdes y marrones que representaba tierras aún no reclamadas por Roma. De vez en cuando, atisbaban pequeñas aldeas de pescadores o alquerías en lo alto de las colinas, donde el humo de las hogueras para cocinar ascendía en finas columnas antes de que el viento persistente lo dispersara.

Finalmente, Séneca se levantó de su sitio, estiró los músculos entumecidos por horas de inactividad y avanzó hacia la proa de la embarcación, donde se encontraba el capitán.

—Esa tierra —dijo Séneca, señalando la lejana costa que se divisaba a su derecha—, ¿qué puede decirme de ella?

El capitán, un hombre curtido y canoso llamado Brennos, con los ojos perpetuamente entornados para protegerse del reflejo del sol en el agua, siguió su mirada.

—Terra Silurum —contestó, y las palabras en latín sonaron extrañas en su marcado acento—. La tierra de los siluros. Aunque también hay otras tribus, los Ordovices al norte y los demetas en las penínsulas occidentales.

—¿Qué clase de gente son? —preguntó Séneca, estudiando el escarpado perfil de la lejana costa.

El capitán escupió por la borda antes de responder.

—Feroces. Territoriales. La clase de hombres que formulan sus preguntas con la punta de la lanza en lugar de con palabras. —Ajustó ligeramente la vela mientras el viento rolaba—. Los Ordovices suelen mantenerse apartados; son cazadores y pastores en los valles altos. Los demetas comercian de vez en cuando con los mercaderes lo bastante valientes como para visitar sus costas.

—¿Y los siluros? —le instó Séneca cuando el capitán guardó silencio.

El semblante del capitán se ensombreció.

—Los peores de todos. Son britanos, sí, pero diferentes en cierto modo. Dicen algunos que corre sangre íbera por sus venas; se les nota en el pelo oscuro, en su piel morena. Son reservados, recelosos con los forasteros. Pocos mercaderes se arriesgan a entrar en sus puertos, y menos aún regresan para intentarlo una segunda vez.

—¿Y qué hay de la tierra en sí? —preguntó.

—Tan inhóspita como su gente —replicó Brennos con un gesto hacia la costa—. Montañas que se alzan desde el mar como murallas de una fortaleza, valles tan profundos y angostos que la luz del sol solo baña su suelo unas pocas horas al día y bosques densos donde ha habido hombres que se han desvanecido sin dejar rastro.

—Parece que la conoce bien —observó Séneca.

—He navegado junto a ella muchas veces. Aunque nunca he desembarcado allí. —Una sombra cruzó las facciones curtidas del capitán—. Hace veinte años, una tormenta arrastró el barco de mi padre hasta sus costas. Los siluros los encontraron antes de que pudieran hacer las reparaciones.

Guardó silencio, y Séneca no insistió en los detalles. El tono del capitán había dejado el desenlace bastante claro.

—Puede que su emperador conquiste a las tribus orientales —continuó Brennos al cabo de un momento—, pero ¿los siluros? Se retirarán a sus montañas y bosques, y harán que sus legiones paguen con sangre cada paso que den.

La expresión de Séneca permaneció neutra, aunque reparó en que el capitán había dicho «su emperador» en lugar de «nuestro emperador», un sutil pero significativo indicio de dónde residían las verdaderas lealtades de aquel hombre, a pesar de su disposición a transportar romanos a cambio de suficiente plata.

—¿Y más allá de la Terra Silurum? —preguntó Séneca, señalando más hacia el oeste—. ¿Qué hay entre ese lugar y Mona?

Brennos entornó aún más los ojos. —Más de lo mismo. Costas más agrestes, corrientes más fuertes. Y luego, la propia Mona. —Se giró para mirar a Séneca directamente—. He mantenido mis preguntas al mínimo, romano, como exige nuestro acuerdo. Pero debo saber, ¿está seguro de esto? Mona no es una simple isla más. Es el corazón del poder de los druidas, su refugio más sagrado. Ningún romano ha puesto un pie allí y ha vivido para contarlo.

—No necesita preocuparse por nuestros asuntos allí —replicó Séneca—, solo de llevarnos a salvo y esperar nuestro regreso.

El capitán le sostuvo la mirada un instante, luego negó con la cabeza y volvió a dirigir su atención al mar que se abría ante ellos.

—Como desee. Pero yo no pondré un pie en las costas de Mona. Los desembarcaré en un bote pequeño y luego anclaré mar adentro hasta su regreso.

—Ese era nuestro acuerdo —convino Séneca, antes de añadir—: ¿Cuánto falta para que doblemos los cabos del sur?

—Si el viento se mantiene, mañana por la tarde —respondió Brennos—. Luego, tres días más para llegar a Mona, suponiendo que el tiempo siga siendo favorable.

Séneca asintió y se apartó, contemplando pensativamente la lejana costa de Terra Silurum. En algún lugar más allá de aquellas imponentes montañas y bosques se encontraba su destino, y su objetivo. Aunque Raven sospechara que irían a por él, esperaría que llegaran por tierra, a través de los territorios que Brennos acababa de describir. La ruta marítima, aunque peligrosa a su manera, aún podría proporcionarles el factor sorpresa que necesitaban.

---

# Capítulo Quince

## Rutupiae

Lépido cabalgaba hacia el oeste por la calzada romana, provisional pero en rápida expansión,

que atravesaba los territorios conquistados del este de Britania. Cuatro

guardias pretorianos lo flanqueaban; sus armaduras bruñidas y capas carmesíes los distinguían como soldados de élite de la casa imperial. Aunque vestían los atuendos de guardias ceremoniales, cada hombre era un veterano de múltiples campañas, escogido tanto por su experiencia en combate como por su lealtad al trono imperial.

Su pequeño destacamento había sido adscrito a una unidad de caballería destinada a la legión de Vespasiano en el frente, una disposición que ofrecía tanto seguridad como conveniencia administrativa y, aunque una parte de él aún ardía de frustración por haberse perdido a los Occultum, Lépido había modificado sus planes. Quedaban asuntos cruciales que tratar con Plaucio, entre los que destacaba la inminente visita del emperador Claudio, un acontecimiento que transformaría la campaña militar en un espectáculo político de profundas implicaciones.

El paisaje britano desfilaba ante ellos mientras cabalgaban. El proceso de transformar Britania de un territorio extranjero y hostil en una tierra provincial integrada ya había comenzado, aunque el interior de la isla permanecía indómito y desafiante.

Pasaron la primera noche en un campamento de paso, establecido a lo largo de la ruta de suministros para apoyar el avance de las legiones hacia el oeste. El Praefectus Castrorum, al ver la insignia senatorial de Lépido y su documentación imperial, le había cedido de inmediato sus propios aposentos al distinguido visitante. Lépido aceptó la cortesía con estudiada elegancia, aunque durmió mal. Tenía la mente ocupada en cálculos de distancia y tiempo: qué trecho faltaba hasta el cuartel general de Plaucio,

cuántos días hasta la llegada de Claudio y cuánto faltaba para que la misión de los Occultum triunfara o fracasara.

Dos días después de partir de Rutupiae, cerca del mediodía, coronaron una cresta y vieron su destino extenderse ante ellos. La fortaleza dominaba el paisaje y, cuando se acercaban a la puerta oriental, sonó el cuerno de un centinela que anunciaba la llegada de personas de importancia. Para cuando alcanzaron la entrada, se había formado un pequeño comité de recepción, con oficiales subalternos reunidos a toda prisa para saludar a cualquier dignatario que viajase con escolta pretoriana.

—Domine —le dijo el joven tribuno con una profunda reverencia—, no teníamos noticia de su llegada. Por favor, sígame.

Lépido desmontó y entregó las riendas de su caballo a un mozo de cuadra que aguardaba. Sus guardias pretorianos permanecieron alerta, escrutando el bullicioso interior del fuerte con ojo profesional.

—A sus hombres se los alojará en las dependencias de los oficiales —prosiguió el tribuno, señalando una hilera de pulcras estructuras de madera—. Le traerán sus efectos personales en breve.

El interior del fuerte bullía de disciplinada actividad. Los ingenieros supervisaban la construcción de edificios permanentes para reemplazar las tiendas y estructuras temporales que aún quedaban. Los legionarios se ejercitaban en formación en el campo de maniobras y el choque rítmico de sus espadas de entrenamiento creaba un telón de fondo familiar en la vida militar. Los mensajeros se movían con celeridad entre los edificios de mando, el latido administrativo de la más reciente conquista de Roma.

Lépido siguió al tribuno a través del caos organizado, observando con aprobación la disposición ordenada y el funcionamiento eficiente. Vespasiano mantenía un mando riguroso, y la prueba era visible en cada rincón del fuerte.

Llegaron a un modesto edificio cerca del centro del campamento. Dentro, el tribuno le mostró una habitación pequeña pero funcional que contenía una cama estrecha, una mesa para escribir y un único taburete.

—No es gran cosa —se disculpó el tribuno—, pero está limpio. Enviaré aviso de su llegada al legado de inmediato.

Lépido asintió y despidió al joven oficial con un gesto. En cuanto la puerta se cerró tras él, se dejó caer en la cama, permitiéndose un momento de agotamiento privado. El viaje le había costado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Antes de una hora, regresó el mismo tribuno, con una postura aún más deferente que antes.—Senador, le pido disculpas por las disposiciones iniciales —dijo apresuradamente—. El legado le envía sus respetos y ha asignado unos aposentos más adecuados para un hombre de su posición. Se le proporcionarán ropas limpias, así como un baño caliente. Además, está invitado a cenar con él y con el general Plaucio esta noche, cuando caiga el sol.

Lépido reprimió una sonrisa. La noticia de su rango senatorial y, tal vez, de su conexión imperial, había llegado claramente a los oídos adecuados.

—Adelante, tribuno —dijo, mientras recogía su parca bolsa de viaje.

El nuevo alojamiento resultó ser considerablemente más apropiado para su estatus. Situada en el corazón del fuerte, la estancia era casi tres veces más grande que la primera, con una cama en condiciones, un escritorio con su silla e incluso un pequeño brasero para protegerse del perpetuo frío britano.

Apenas había terminado Lépido de inspeccionar sus aposentos cuando llegaron dos sirvientes cargados con cubos de agua humeante. Llenaron una tina de cobre situada cerca del brasero y depositaron paños de lino doblados a un lado, junto con un frasco de aceite perfumado. Una vez hecho esto, se retiraron en silencio y cerraron la puerta tras de sí.

---

Lépido se despojó de sus ropas manchadas por el viaje y se sumergió en el agua caliente con un suspiro de alivio; a medida que el calor parecía penetrarle hasta los huesos, los familiares achaques de la edad y el duro viaje comenzaron a disolverse, y sus músculos se relajaron por primera vez en semanas.

Cerró los ojos, permitiéndose aquel breve lujo antes de las tareas más arduas que le aguardaban. La visita planeada de Claudio representaba tanto una oportunidad como un peligro, una ocasión para asegurar firmemente la nueva provincia bajo el control romano, pero también un millar de posibilidades de desastre si la situación de la seguridad se deterioraba.

Y más allá de estas preocupaciones inmediatas, se encontraba la misión de los Occultum en la isla de Mona. Aunque ya no podía influir en su estrategia, el éxito o el fracaso de esta podría tener profundas implicaciones para el dominio de Roma sobre Britania. Los largos años de servicio de Raven en los Occultum significaban que sabía demasiado sobre los secretos de Roma y debía ser eliminado antes de que causara demasiados estragos.

Finalmente, cuando el agua comenzó a enfriarse, Lépido salió del baño y se secó a conciencia con el lino que le habían proporcionado, apreciando el simple lujo de la limpieza tras días a lomos de un caballo. Las ropas limpias que habían dispuesto para él eran sencillas pero de buena factura, una simple túnica y una toga adecuadas para un digno funcionario romano, en lugar del elaborado atuendo senatorial que solía vestir en Roma.

Vestido y aseado, se acomodó en la cama para esperar, mientras su mente repasaba la compleja red de consideraciones militares y políticas que enmarcarían la conversación que iban a mantener.

---

Unas horas más tarde, un golpe seco en la puerta lo sacó de un sueño imprevisto, anunciando la llegada de su escolta.

—Senador Lépido —dijo el mismo tribuno que lo había recibido antes—, el general Plaucio le envía sus saludos y me pide que lo conduzca al comedor de oficiales.

Lépido asintió y siguió al tribuno a través de la vía principal del fuerte. Las actividades del día tocaban a su fin mientras el crepúsculo se cernía sobre el campamento. Los soldados se dirigían a los comedores, los portadores de antorchas hacían sus rondas para encender los postes que iluminarían el campamento durante la

noche y el cambio de guardia se realizaba con experimentada eficiencia en los puntos de control clave.

El comedor de oficiales ocupaba una robusta estructura de madera cerca de la Principia.

Dentro, unas lámparas de aceite arrojaban un cálido resplandor sobre una estancia dominada por una única mesa larga, y tres hombres se levantaron para recibir a Lépido cuando este entró.

Reconoció a Aulo Plaucio de inmediato. El comandante en jefe de la campaña se mantenía erguido con esa postura que años de servicio militar le habían grabado en el porte. Aunque sexagenario, Plaucio conservaba la presencia física de un hombre mucho más joven, y su rostro curtido transmitía tanto autoridad como la fatigada sabiduría de un general que había visto demasiadas campañas como para hacerse ilusiones sobre la gloria de la guerra.

A su lado se encontraba Flavio Vespasiano, comandante de la Segunda Augusta y casi dos décadas más joven que Plaucio. Donde el general de más edad se comportaba con la serena gravedad de una autoridad consolidada, Vespasiano proyectaba una intensidad contenida, la de un comandante que aún estaba forjando su reputación, todavía ávido de logros. Su mirada calculadora evaluó a Lépido con indisimulada curiosidad.

El tercer hombre, ligeramente apartado de los generales, era el Praefectus Castrorum, el prefecto del campamento responsable de las operaciones logísticas del fuerte. Soldado de carrera con el talante práctico de un hombre que entendía que los ejércitos marchaban tanto gracias a los suministros como al valor, asintió respetuosamente al senador visitante.

—Senador Lépido —dijo Plaucio adelantándose con la mano extendida—. Vuestra llegada es inesperada, pero muy bienvenida.

Lépido le aferró el antebrazo ofrecido en el tradicional saludo guerrero.

—General Plaucio. Disculpad la falta de un anuncio formal. Los acontecimientos en Roma requerían un viaje rápido.

—No hay nada que disculpar —replicó Plautius, señalando la mesa—. Valoro más la comunicación directa que el protocolo.

¿Conoce a Vespasianus, creo?

Lépido asintió al comandante más joven.

—Nos encontramos brevemente durante unos actos oficiales en Roma. Su reputación ha crecido considerablemente desde entonces, comandante.

La boca de Vespasianus se torció en lo que podría haber sido una sonrisa contenida.

—El éxito en el campo de batalla suele tener ese efecto, senador.

—Y este es Quinto Albino —continuó Plautius, señalando al prefecto del campamento—, la columna vertebral de nuestra operación aquí.

Una vez finalizadas las presentaciones, tomaron asiento a la mesa. Aparecieron sirvientes en silencio, portando bandejas de comida: venado asado, pan recién horneado y verduras al vapor; una comida sustanciosa más que elaborada.

Mientras servían el vino, la conversación comenzó con temas seguros y neutros: el progreso de la construcción en el fuerte, el estado de los caminos entre Rutupiae y su posición actual y el tiempo inusualmente templado que habían tenido desde el cruce del Támesis.

Pero gradualmente, a medida que terminaban el plato principal y pasaban a las frutas dulces y los frutos secos, la conversación derivó hacia la campaña misma.

—La campaña nos ha costado casi mil hombres —dijo Plautius, sin que su voz delatara emoción alguna al relatar las pérdidas—, pero ha quebrantado la resistencia organizada en torno a los dos ríos. La confederación tribal que Togodumno y su hermano habían reunido ya no existe y varios jefes se han acercado a nosotros con ofrendas de paz.

—Los trinovantes y los catuvelonos han sido neutralizados en la práctica —añadió Vespasianus—, aunque pequeñas partidas continúan con tácticas de hostigamiento contra nuestras líneas de suministro. Nada de lo que nuestros auxiliares no puedan encargarse.

—¿Y el propio Caratacus? —preguntó Lépido, sorbiendo su vino.

—Huyó hacia el oeste —replicó Plautius—. Es probable que busque apoyo entre las tribus occidentales: los siluros, los Ordovices, quizá incluso tan lejos como los Deceangli.

—Entonces, ¿cuál es su valoración de la situación general? —Lépido dirigió la pregunta a ambos comandantes por igual.

—Desde una perspectiva militar —dijo Vespasianus—, la situación es favorable. Hemos asegurado el territorio desde la costa hasta el Támesis y hemos establecido posiciones avanzadas más al norte. La Segunda Augusta está ahora lista para avanzar sobre Camulodunum una vez se completen los preparativos finales.

—La campaña procede según lo previsto —añadió Plautius, con un tono más comedido que el de su subordinado—. Aunque advertiría en contra del exceso de confianza. Britania sigue siendo una incógnita y debe ser abordada como tal.

La conversación giró hacia la política en Roma, las reacciones del Senado a los informes iniciales de victoria, el posicionamiento de diversas facciones que buscaban sacar provecho del éxito de la campaña y la asignación de recursos para la ocupación continuada. Lépido ofreció un análisis sucinto del panorama político, señalando qué senadores apoyaban la campaña britana y cuáles cuestionaban su coste y valor estratégico. Finalmente, a medida que la hora avanzaba y los sirvientes retiraban los restos de la comida, Plautius se inclinó ligeramente hacia delante.

—Y ahora, senador, ¿quizá podría compartir con nosotros el verdadero propósito de su viaje? Dudo que haya viajado hasta aquí simplemente para ponernos al día de los cotilleos del Senado.

Lépido sostuvo la mirada directa del general con igual franqueza.

—Supongo que ha recibido noticias de las intenciones del emperador, ¿no es así? —preguntó.

Plautius asintió, sin que su expresión revelara nada de sus pensamientos personales sobre el asunto.

—Hace diez días. Un mensajero rápido llegó de Roma con órdenes selladas —hizo una pausa, seleccionando sus palabras con

cuidado—. El emperador planea unirse a nosotros para la ceremonia de subyugación final en Camulodunum. Un honor significativo para la campaña.

La diplomática subestimación quedó flotando entre ellos. Ambos hombres comprendían el cálculo político detrás de la decisión de Claudius: un emperador con una tenue aspiración a la legitimidad que buscaba prestigio militar para consolidar su posición en Roma.

—¿Y qué preparativos han hecho hasta ahora? —preguntó Lépido.

—Los habituales —replicó Plaucio—. También estamos añadiendo fortificaciones adicionales a lo largo de las rutas de aproximación. Habrá un enorme aumento de las patrullas y, obviamente, se construirán alojamientos apropiados para el séquito imperial —tomó otro sorbo de vino—. Está, por supuesto, el pequeño asunto de tomar Camulodunum primero, pero sospecho que no ha viajado hasta aquí simplemente para supervisar unos preparativos que soy perfectamente capaz de hacer yo mismo.

Un matiz de orgullo, quizá incluso de leve ofensa, teñía sus palabras. Al fin y al cabo, Plautius era el comandante militar de más alto rango de Roma en Britania, no un oficial subalterno que necesitase supervisión.

Lepidus dejó la copa y miró directamente a los ojos de su viejo camarada.

—Tiene usted razón, por supuesto. No he venido a supervisar sus preparativos, que no dudo que son exhaustivos y adecuados. —Se inclinó ligeramente hacia delante—. Estoy aquí porque el emperador tiene ciertas inquietudes sobre posibles amenazas a su persona, inquietudes que van más allá de la seguridad militar convencional.

—¿Intentos de asesinato? —dijo Plautius.

—Exacto —dijo Lepidus—. Como usted sabe, Claudio sobrevivió a tres atentados de ese tipo tan solo en su primer año y solo quiere asegurarse de que todo vaya lo mejor posible.

—¿Y qué propone el emperador como solución a esas inquietudes?

—Me ha ordenado que emplee a los Occultum para garantizar su seguridad personal.

Plautius hizo una pausa y se quedó mirando a Lepidus. El nombre rara vez se pronunciaba en voz alta, ni siquiera entre quienes conocían la existencia de la unidad.

—Ya veo —dijo finalmente—. Una precaución razonable, teniendo en cuenta lo que hay en juego. Supongo que ya han sido enviados.

—Ahí reside el problema —dijo Lepidus—. Ya estaban en una misión cuando recibí la directriz del emperador. Una misión que concierne a un antiguo agente que se ha convertido en un renegado.

—¿Raven? —dijo Plautius.

Lepidus enarcó una ceja, sorprendido.

—Está usted bien informado.

—Cierta información llega a mi mesa por sistema —replicó Plautius—. Un antiguo explorador romano que proporciona información a los druidas representa una amenaza militar importante, no un mero asunto de disciplina interna.

—En efecto. Y la amenaza ha aumentado. Los informes de inteligencia sugieren que Raven ha estado colaborando estrechamente con Mordred durante mucho tiempo, coordinando la resistencia entre las distintas tribus. —Lepidus bebió otro sorbo antes de continuar—. A los Occultum se les encomendó que lo eliminaran antes de que pudiera comprometer más nuestras operaciones, pero ahora, con la posible llegada del emperador a lo que todavía es un territorio peligroso, el riesgo es aún mayor. Partieron hace unos días, así que solo podemos esperar que su misión tenga éxito.

—¿De cuánto tiempo disponemos antes de que llegue Claudio? —preguntó Plautius.

—Quién sabe —dijo Lepidus—. Supongo que todo depende del tiempo que tarde usted en someter Camulodunum. ¿Es probable que haya mucha resistencia?

—No lo creo —intervino Vespasiano—. Ya hemos aceptado la rendición de los trinovantes y los catuvelonos, aunque de manos de los ancianos de la tribu y no del propio Caratacus.

—Bueno, sea cuando sea —dijo Lepidus—, Claudio pretende llegar con el dramatismo apropiado: el emperador conquistador pisando suelo extranjero en el momento perfecto para aceptar la rendición de los reyes bárbaros.

—Hay otro asunto —dijo Vespasiano, rellenando las copas —. Uno que puede estar directamente relacionado con sus inquietudes.

Lepidus enarcó una ceja en señal de interrogación.

—Una de mis unidades de reconocimiento desapareció hace poco. El tribuno Atticus y dieciséis auxiliares. Envié a nuestro mejor explorador, un hombre llamado Talorcan, a descubrir su suerte. Regresó ayer con noticias inquietantes. El tribuno fue encontrado sacrificado en un ritual en un yacimiento druídico al norte del Támesis.

La expresión de Lepidus se ensombreció.

—¿Obra de Mordred?

—Casi con toda seguridad —confirmó Vespasiano—. Pero Talorcan informó de aspectos inusuales en las muertes, algo que nunca había visto antes. Los cuerpos no fueron simplemente ejecutados, sino descuartizados con un salvajismo que superaba incluso las normas druídicas. Algo en la disposición sugería un ritual que iba más allá del simple sacrificio.

—¿Una advertencia para otros romanos que se aventuren demasiado lejos? —sugirió Lépido.

Vespasiano se encogió de hombros.

—Es posible, pero Talorcan cree que fue algo más específico, una especie de preparativo. Cree que quizá los druidas estén planeando algo importante, algo que requirió un sacrificio de sangre a una escala inusual. Al principio pensé que podría ser el preámbulo de otra batalla, pero esta conversación sugiere que podría tratarse de otra cosa.

—Si los druidas están preparando algún gran acto contra Roma —dijo Lépido tras una pausa reflexiva—, el emperador representa un objetivo irresistible.

—Esa es precisamente mi preocupación —convino Vespasiano—. Por eso he ordenado aumentar la vigilancia de los

enclaves druídicos conocidos dentro de nuestro territorio y patrullas de reconocimiento en profundidad por las vías de acceso del oeste.

Lépido asintió, mientras su mente ya calculaba los siguientes pasos.

—Bien, la hora es avanzada —dijo Vespasiano—, deberíamos reunirnos de nuevo mañana y haré que mis oficiales de inteligencia preparen sus últimos informes sobre las actividades druídicas. Quizá juntos podamos identificar las amenazas específicas antes de que se materialicen.

—De acuerdo —dijo Lépido, levantándose de su asiento. Se despidió de Plaucio y tanto él como Vespasiano caminaron hacia la entrada.

—Ese explorador suyo —dijo Lépido—, Talorcan, ¿sigue aquí en el fuerte?

Vespasiano asintió.

—Ahora mismo está de patrulla, pero su regreso es inminente.

—Me gustaría hablar con él —dijo Lépido—. Su perspectiva sobre los rituales druídicos podría resultar valiosa.

—Por supuesto —respondió Vespasiano.

Mientras regresaba a las estancias que le habían asignado a través del campamento iluminado por antorchas, Lépido sintió el primer atisbo de optimismo desde su llegada. La presencia de Talorcan era una ventaja inesperada: al menos un hombre en quien podía confiar y de quien podía depender en esta situación cada vez más compleja.

---

# Capítulo Dieciséis

## Terra Silurum

La pequeña embarcación cabeceaba suavemente mientras surcaba las aguas de la costa occidental de Britania. Tres días en el mar habían acostumbrado al Occultum al ritmo de la vida a bordo: el movimiento constante, los camarotes angostos, la humedad perpetua que parecía impregnarlo todo. Y, a pesar de la relativa calma de la travesía hasta el momento, la tensión entre los hombres seguía siendo palpable. Navegaban hacia aguas hostiles en una misión que no admitía errores.

Séneca estaba de pie en la popa, observando cómo se deslizaba la ondulante silueta de la costa. El tiempo había sido inesperadamente favorable, con mares en calma y vientos constantes que los empujaban hacia el norte a un ritmo que superaba incluso las optimistas predicciones del capitán. Si las condiciones se mantenían, llegarían a Mona antes de lo previsto, lo que les concedería un valioso tiempo extra para el reconocimiento antes de ejecutar su misión.

Marcus se acercó, con su paso firme adaptándose inconscientemente al movimiento de la embarcación. Se unió a Séneca en la barandilla, con la mirada posada en la lejana orilla.

—El tiempo acompaña, al menos —observó en voz baja.

Séneca asintió.

—Por ahora. Pero Brennos me ha dicho que estas aguas son conocidas por sus cambios repentinos.

En la proa, en cubierta, Falco estaba sentado con las piernas cruzadas junto a Cassius; ambos estaban enfrascados en un juego de tabas y pequeñas fichas de madera. Cerca de allí, Sica afilaba metódicamente una de sus muchas dagas con practicada precisión, y el rítmico raspar de la piedra de afilar contra el metal se mezclaba con el constante sonido del agua contra el casco.

Su contemplación se vio interrumpida por la figura del capitán, que se acercaba. Su expresión tenía el aire inconfundible de

un hombre que trae malas noticias, con el ceño curtido fruncido bajo el pelo incrustado de sal.

—Tribuno —dijo sin preámbulos—. Tenemos un problema. Nuestro barril de agua está vacío, hemos encontrado una grieta en la junta del fondo. Debió de dañarse durante la carga.

La expresión de Séneca se endureció; la noticia representaba una complicación importante. El agua dulce era el recurso más crucial para cualquier viaje por mar, incluso uno relativamente cercano a la costa.

—¿Cómo de grave es el daño? —preguntó—. ¿Se puede reparar?

—Mis hombres ya se están ocupando de ello —replicó Brennos—, pero eso no resuelve nuestra necesidad inmediata. No nos queda más agua potable y, si no llueve, es poco probable que aguantemos hasta llegar a Mona.

Falco abandonó su juego y se acercó, al haber oído la conversación.

—¿A qué distancia está Mona de nuestra posición actual? —preguntó.

—A un día y una noche con este viento —respondió Brennos—. Quizá menos, si los dioses nos favorecen.

—Entonces, ¿por qué parar? —preguntó Falco, con una lógica aparentemente directa—. Tenemos suficiente agua en los odres. Es mejor seguir adelante que retrasarnos por las reparaciones.

Brennos negó con la cabeza; era un hombre que había sobrevivido décadas en el mar precisamente por evitar tales riesgos.

—Imposible —dijo con firmeza—. El viaje de vuelta llevará más tiempo, lucharemos contra las corrientes y, probablemente, contra vientos de proa. Sin agua, nunca lo lograríamos. Y es poco probable que encontremos agua dulce en Mona, no sin aventurarnos más hacia el interior.

—¿Qué propone usted? —preguntó Séneca.

Brennos se dirigió a babor, señalando hacia la costa.

—Si mis cartas de navegación son precisas, más adelante hay una bahía natural considerable —su dedo curtido trazó la forma

en el aire—. A lo largo de su curva norte, un río se vierte sobre el borde del acantilado, creando una cascada que cae directamente sobre las rocas. Es bien conocida por cualquiera que comercie en estas aguas. Está bien resguardada de los vientos dominantes y tiene calado suficiente para acercar la embarcación a la orilla. Podemos anclar sin peligro y bajar a tierra para reabastecernos de agua.

—¿Y las tribus locales? —insistió Séneca—. ¿Qué recibimiento podríamos esperar?

La expresión de Brennos se volvió más cauta.

—Las tierras pertenecen a los Ordovices, pero hay un tratado en vigor que permite a todas las tribus usar el suministro de agua en tiempos de paz. Sin embargo, es obvio que ustedes no son celtas, por lo que, aun así, sería prudente tener cautela.

Séneca intercambió una mirada con Marcus y luego miró al resto de sus hombres, que se habían congregado a su alrededor durante la conversación. La frustración se dibujaba en sus rostros; el inesperado retraso amenazaba el itinerario que tan cuidadosamente habían planeado.

—¿Cuánto tiempo llevará? —preguntó.

—Medio día para llegar y llenar el barril —dijo Brennos—. Y otro medio día para retomar el rumbo.

—Muy bien —dijo Séneca finalmente—. Que reparen el barril cuanto antes. Nos acercaremos cuando anochezca. Quiero que estemos de vuelta en el mar antes del alba.

—Como desee —dijo Brennos, volviéndose para dar órdenes a su pequeña tripulación.

Mientras el rumbo de la embarcación viraba ligeramente hacia el este, en dirección a la costa, Séneca regresó a la barandilla de popa. El desvío imprevisto representaba algo más que un mero inconveniente: introducía un elemento de incertidumbre en una operación donde cada detalle había sido meticulosamente calculado. Decimus se unió a él; la expresión del veterano revelaba que compartía sus inquietudes.

—Un contratiempo desafortunado —dijo el hombre de más edad en voz baja.

—Desde luego —replicó Séneca—. Tendremos que establecer un perímetro de seguridad mientras los hombres de Brennos llevan el barril a la cascada.

—Déjamelo a mí —dijo Decimus—. Cuanto menos tiempo pasemos en esa orilla, mejor.

Mientras la oscuridad empezaba a cernerse sobre el agua, el contorno de la bahía emergía con mayor claridad en el horizonte. Séneca observó a sus hombres prepararse para la tarea de la noche: revisaban las armas, aseguraban cualquier equipo que pudiera hacer un ruido indeseado y repasaban sus funciones en susurros. La camaradería distendida de antes se había desvanecido, reemplazada por la tensión concentrada que precedía a las operaciones peligrosas. Si la fortuna les sonreía, estarían de vuelta en el mar al amanecer, reanudando su viaje a Mona sin que nadie se hubiese percatado de su presencia. Si no…, Séneca apartó ese pensamiento. En su oficio, regodearse en el posible fracaso no servía de nada. Era mejor centrarse en asegurar el éxito mediante una ejecución meticulosa.

---

La noche finalmente cayó, envolviendo el mar y la costa en una oscuridad rota tan solo por el tenue brillo de las estrellas. La luna menguante permanecía oculta tras las nubes, una afortunada circunstancia que los hombres del Occultum agradecieron en silencio mientras se preparaban para su imprevista excursión a tierra.

El capitán Brennos guio el pesquero con experta precisión, manteniendo la voz baja mientras daba instrucciones a su pequeña tripulación. El sonido de las olas rompiendo contra la costa se hizo cada vez más fuerte a medida que se acercaban a la bahía resguardada, navegando gracias a la silueta negra del litoral que se recortaba contra el cielo marginalmente más claro.

—Ahí —susurró Brennos, señalando hacia una luminiscencia que salpicaba una orilla rocosa en la oscuridad—. La cascada. La playa está justo al sur.

Séneca estaba de pie junto a la barandilla, forzando la vista para atravesar la penumbra. La ausencia de fuegos u hogueras visibles a lo largo de la costa era prometedora, pues sugería que no

había presencia humana inmediata. Aun así, la experiencia le había enseñado que la ausencia de pruebas no era prueba de ausencia, especialmente en territorio hostil.

La tripulación guio la embarcación hacia la playa de arena, lo suficientemente lejos de la orilla para no encallar, pero lo bastante cerca para su propósito. Dos marineros bajaron un pequeño bote de remos por la borda con un chapoteo mínimo antes de volver a por el barril reparado. Séneca se volvió hacia sus hombres, que se habían reunido en silencio a su lado.

—Marcus, Décimo, Sica, conmigo —dijo con una voz apenas audible por encima del chapoteo del agua—. Iremos a tierra para establecer un perímetro seguro. Que nadie se acerque a la fuente de agua hasta que confirmemos que está despejado.

—¿Y si encontráis resistencia? —preguntó Casio, ajustándose la daga del cinturón.

—No entraremos en combate a no ser que sea absolutamente necesario —replicó Séneca—. Si no hemos vuelto o no hacemos una señal en media hora, poneos en lo peor y tomad vuestras propias decisiones.

Falco asintió con gravedad.

—Estaremos vigilando.

Sin más dilación, Séneca se deslizó por la borda de la embarcación y descendió al pequeño bote. Los demás lo siguieron, con cada movimiento controlado para minimizar el ruido. Dos de los marineros de Brennos se unieron a ellos y tomaron sus puestos en los remos.

Momentos después, la pequeña barca se alejó del pesquero y los marineros a los remos bogaban con un esfuerzo mínimo para guiarlos en silencio hacia la oscura línea de la playa. A medida que se acercaban a las aguas poco profundas, el suave sonido de las olas al romper se hizo más nítido, acompañado ahora por el lejano estruendo de la cascada, un rugido constante que ayudaría a enmascarar sus movimientos, pero que también podría ocultar la aproximación de enemigos. Cuando la barca no pudo avanzar más, Séneca se volvió hacia los marineros.

—Esperad aquí —susurró—. Volveremos cuando la zona sea segura. —Dicho esto, se deslizó por la borda y se metió en el agua, que le llegaba a la cintura; el frío repentino le provocó una descarga por todo el cuerpo. Los demás lo siguieron, moviéndose despacio para evitar salpicaduras innecesarias.

Los cuatro miembros de la Occultum avanzaron hacia la orilla. La resistencia del agua dio paso al arrastre de la arena húmeda bajo sus pies. Se detuvieron en la misma orilla y se agacharon mientras escudriñaban la oscuridad que tenían delante. La playa formaba una estrecha media luna, bordeada por salientes rocosos al norte y al sur. Más allá de la arena, unas sombras más profundas sugerían la presencia de vegetación, un posible escondite para vigilantes.

Séneca hizo una seña con la mano y los hombres se separaron. Sica se movió como un fantasma hacia las rocas del sur, y su menuda figura se fundió en la oscuridad con una facilidad desconcertante. Marcus se encargó del flanco norte; Decimus permaneció en el centro, listo para prestar apoyo donde fuera necesario, mientras que Séneca avanzó directamente tierra adentro, explorando el límite donde la playa se encontraba con un terreno más agreste.

El sonido de la cascada se hizo más fuerte a medida que avanzaban; su rugido constante quedaba a su izquierda, allí donde el pequeño río se precipitaba por la pared del acantilado hasta las rocas de abajo.

Los minutos se hicieron eternos mientras cada hombre ampliaba con cuidado su zona segura, moviéndose con la cautela de cazadores en territorio desconocido. Los ojos de Séneca ya se habían acostumbrado por completo a la oscuridad, lo que le permitía discernir sutiles variaciones en el paisaje: el perfil de las rocas diseminadas, el movimiento de la vegetación de la orilla con la suave brisa, las manchas más oscuras donde el terreno descendía o se elevaba.

No brillaba ninguna hoguera en la distancia, no se oían voces en el aire nocturno y ninguna huella, salvo las suyas, marcaba la arena húmeda. La quietud era absoluta, rota solo por los sonidos

de la naturaleza: el agua contra la roca, el reclamo ocasional de un ave nocturna y el susurro del viento entre la hierba.

Tras completar su barrido, Séneca regresó a su posición inicial, donde Decimus esperaba. Instantes después, Sica y Marcus se reunieron con ellos, moviéndose con la misma precisión silenciosa que había marcado su partida.

—Despejado por el sur —informó Sica en un susurro apenas audible—. No hay señales de paso reciente.

—El flanco norte está asegurado —añadió Marcus—. Hay rastros antiguos más arriba, quizá de una partida de caza de hace días, pero nada reciente.

Séneca asintió mientras sopesaba la información.

—¿La cascada?

—El sendero es visible, pero lleva tiempo sin usarse —dijo Marcus—. Está cubierto de maleza en algunos tramos, pero es transitable.

La ausencia de una amenaza inmediata era prometedora, pero Séneca sabía que no debía dar por sentada una seguridad total. Los cazadores tribales se movían con una habilidad que rivalizaba con la suya, y era sabido que los exploradores druidas se ocultaban durante días si era necesario.

—Estableceremos un perímetro —decidió—. Sica, toma el terreno elevado del sur. Decimus, sitúate donde puedas vigilar tanto el acceso por tierra adentro como el sendero de la cascada, pero a la primera señal de compañía, nos retiramos de inmediato. La misión tiene prioridad sobre el agua; podemos racionarla si es necesario. Marcus, dile a los marineros que traigan el barril.

Una vez establecido el plan de seguridad, Marcus regresó a la orilla y levantó el brazo en una señal deliberada hacia la barca que esperaba, aguardando ver un movimiento inmediato hacia la costa, pero en su lugar, lo que presenció le heló la sangre.

La pequeña barca ya se estaba moviendo, pero alejándose de la orilla, no acercándose, abandonando su posición sin explicación. Marcus frunció el ceño, confuso, repasando mentalmente las posibilidades. ¿Habían malinterpretado la señal? ¿Habían avistado un peligro que ellos no habían visto desde la orilla?

—Séneca —lo llamó en un áspero susurro, señalando hacia la barca que se retiraba—. Algo va mal.

Las implicaciones sacudieron a ambos hombres simultáneamente. No se trataba de un malentendido. Algo deliberado estaba ocurriendo en el pesquero, y ahora se encontraban aislados, sin su medio de transporte y sin sus compañeros.

—Avisa a los otros —ordenó Séneca, que ya se estaba moviendo—. Algo va mal.

---

# Capítulo Diecisiete

## La Costa Occidental

En el pesquero, Falco estaba apoyado en la barandilla, con la vista fija en la lejana orilla. La oscuridad reducía el paisaje a distintos tonos de negro, pero su adiestrada visión había captado la señal de Marcus: el brazo en alto que indicaba que la playa era segura.

—Han despejado la orilla —le dijo por encima del hombro a Cassius, que estaba a su lado—. Ya pueden llevar el barril. —Dirigió la mirada hacia el bote de remos, pero frunció el ceño al ver que se acercaba a ellos en lugar de a la costa.

—¿Qué está pasando? —masculló, inclinándose más sobre la barandilla para llamarles la atención. Hizo un gesto brusco y apremiante para que regresaran a la orilla, pero el bote siguió avanzando.

—Algo va mal —dijo en voz baja, mientras una fría sospecha se formaba en su mente. Se apartó de la barandilla con la intención de encontrar al capitán Brennos y exigirle una explicación, pero se quedó helado ante la escena que tenía delante.

Brennos estaba de pie justo detrás de Cassius; con una mano aferraba el pelo del romano mientras con la otra le apretaba un cuchillo curvo contra la garganta. El rostro curtido del capitán, antes franco y sincero, mostraba ahora una expresión de fría determinación.

—No se mueva —dijo Brennos en un latín con marcado acento—. Su sangre correrá antes de que dé un solo paso.

Las manos de Falco buscaron instintivamente sus armas, pero se detuvo cuando la hoja presionó con más fuerza la garganta de Cassius, trazando un fino hilo de sangre que relució con un brillo negruzco a la luz de las estrellas.

El cuarto marinero había salido de las sombras de la barandilla opuesta, empuñando una larga púa con púas, un bichero

de pesca diseñado para enganchar y arrastrar grandes capturas a bordo. Su punta letal apuntaba directamente al pecho de Falco, y la distancia entre ellos era tan corta que el marinero podría clavársela antes de que Falco pudiese desenvainar por completo la espada.

La rabia recorrió al exgladiador, una furia en combate que le era familiar y que tan bien le había servido en la arena. Pero la parte calculadora de su mente, la que lo había mantenido con vida en innumerables situaciones mortales, reconoció la futilidad de una acción inmediata. Cualquier movimiento significaría la muerte de Cassius, segura y rápida.

—¿Qué es esto? —exigió, con un gruñido ahogado que apenas contenía su furia.

Brennos esbozó una leve sonrisa.

—Un simple ajuste en nuestro acuerdo —respondió—. El cofre de plata. Deslícelo por la cubierta. Ahora.

La revelación golpeó a Falco con la fuerza de un puñetazo. El daño del barril de agua no había sido un accidente, sino un sabotaje deliberado para forzar aquella parada imprevista, para separar a los Occultum y dejar vulnerables a los que quedaban a bordo.

Sus ojos se encontraron con los de Cassius. La expresión del otro hombre permanecía controlada, pero un silencio elocuente fluyó entre ellos, un reconocimiento mutuo de su aprieto y de las limitadas opciones de que disponían.

—El cofre —repitió Brennos, apretando más la hoja—. Mi paciencia es limitada.

Los dos marineros del bote de remos habían empezado a subir a bordo, eliminando cualquier posibilidad que tuviera Falco de intentar defenderse. Su mente repasó a toda prisa sus opciones, buscando cualquier ventaja. El grupo de la orilla estaba demasiado lejos para ver lo que ocurría, y mucho menos para intervenir. Para cuando se dieran cuenta de que algo iba mal, sería demasiado tarde.

Con deliberada lentitud, Falco se dirigió hacia el pequeño cofre marino asegurado cerca del mástil.

—No sobrevivirá a esto —dijo Falco, con la voz engañosamente tranquila al llegar al cofre—. Cuando Seneca

descubra su traición...

—No lo hará —lo interrumpió Brennos—. Para cuando sus amigos se den cuenta de lo que ha pasado, nosotros estaremos muy lejos.

Las manos de Falco se cerraron en torno al cofre de madera. No era pesado, tal vez unas quince libras de plata en total, pero representaba el salvavidas que habría sostenido su misión. Con una furia apenas contenida, lo deslizó por la cubierta hacia Brennos. Uno de los marineros del bote de remos lo interceptó y, tras comprobar el contenido con una rápida ojeada, aseguró la tapa.

—¿Eso es todo lo que quería? —preguntó Cassius, con la voz firme a pesar del cuchillo que tenía en la garganta—. ¿Plata?

—Es un precio justo —replicó Brennos—. Vuestras vidas a cambio de este cofre. Más generoso de lo que la mayoría ofrecería.

Falco entornó los ojos.

—Y bien, ¿qué pasa ahora?

La expresión del capitán se endureció.

—¿Ahora? —dijo, señalando el agua con la cabeza—. Ahora, saltáis.

—¿Saltar? —repitió Falco.

—Al mar —aclaró Brennos—. Los dos. Que lleguéis vivos a la orilla ya no es asunto mío.

Falco se quedó mirando mientras comprendía todo el alcance de la traición. No un simple robo, sino el abandono en territorio hostil, dejando a seis hombres desamparados en costas enemigas, a cientos de millas del puesto avanzado romano más cercano.

—¿Cree que esto acaba aquí? —dijo Falco con un susurro amenazador—. ¿Que vamos a desaparecer sin más? Roma tiene un largo alcance, Brennos, y una memoria aún más larga.

—Correré ese riesgo —dijo Brennos—. Basta de charla. ¡Al agua o el próximo sonido que oiréis será el de la sangre de vuestro amigo salpicando la cubierta!

Falco lo miró fijamente un instante más, grabándose a fuego el rostro del capitán en la memoria, pero, sabiendo que los habían superado, finalmente se dio la vuelta y saltó al mar.

---

En la orilla, Marcus y los demás contemplaban la silueta apenas visible del pesquero, casi indistinguible contra el cielo nocturno.

—Están izando la vela —dijo Seneca, con incredulidad evidente en la voz mientras distinguían el movimiento sombrío de unas figuras en la cubierta.

—Nos han traicionado —dijo Marcus—. Nunca deberíamos haber confiado en ellos.

—¿Y qué hay de los otros? —preguntó Decimus a su lado —. ¿Se los han llevado?

Marcus no respondió, con la atención repentinamente fija en un nuevo movimiento en el agua. Dos formas oscuras habían aparecido en el espacio entre el barco y la orilla, avanzando firmemente hacia la playa con penosas brazadas.

Observaron cómo las figuras se acercaban, desapareciendo de vez en cuando bajo las pequeñas olas antes de volver a salir a la superficie. El sonido inconfundible de unas maldiciones, creativas, fluidas y de vocabulario netamente militar, les llegó cuando los nadadores se aproximaban a las aguas someras.

—Falco —dijo Seneca al reconocer tanto la voz como su florido contenido.

Sin más dilación, los hombres se adentraron en las olas para sacar a sus camaradas del agua helada.

—¡Por todos los dioses de los templos de Roma! —gruñó Falco mientras se ponía en pie tambaleándose con el agua hasta la cintura, su enorme complexión temblando de frío y furia—. ¡Cazaré a ese celta traicionero hasta los confines de la tierra y le daré de comer sus propias entrañas!

Cassius emergió a su lado, con movimientos más controlados, pero con una expresión igualmente sombría. Una fina línea de sangre era visible en su garganta, que relucía negra bajo la luz de las estrellas.

—¿Qué ha pasado? —exigió Seneca en cuanto llegaron a la playa.

—El cabrón nos ha traicionado —dijo Falco, con la voz temblorosa de rabia—. La distracción, el barril de agua agrietado, todo ha sido un engaño para separarnos.

—Me puso un cuchillo en la garganta antes de que nos diéramos cuenta de lo que pasaba —añadió Cassius, tocándose con una mano el corte superficial del cuello—. Se llevaron el cofre de plata.

Los cuatro hombres se giraron para observar cómo la silueta del pesquero menguaba en el horizonte, con un rumbo que ya lo alejaba de la bahía para devolverlo a mar abierto.

Los seis hombres permanecieron en silencio mientras asimilaban todas las implicaciones. Abandonados en lo más profundo de un territorio hostil, a cientos de millas del puesto de avanzada romano más cercano, con provisiones limitadas y sin medios para completar su misión en Mona. La traición no era un simple robo; era, en potencia, una sentencia de muerte.

—Debió de planearlo desde el principio —dijo Cassius, escurriendo el agua de su capa—. Observándonos, sopesando el valor de lo que llevábamos, buscando el momento perfecto para atacar.

—Y el lugar perfecto para abandonarnos —añadió Marcus, señalando con un gesto el oscuro paisaje que los rodeaba—. Territorio de los Ordovices. A millas de cualquier patrulla romana.

Seneca dejó de mirar la embarcación que desaparecía, con la mente ya pasando de la conmoción a la evaluación estratégica.

—Revisad el equipo —ordenó—. ¿Qué tenemos?

Los hombres empezaron a revisar metódicamente su equipo. Cada uno llevaba armas, herramientas básicas de supervivencia y raciones limitadas en sus sarcinae, el procedimiento habitual para los agentes del Occultum, que nunca sabían cuándo podrían verse separados de sus suministros principales, pero las sarcinae de Falco y Cassius seguían en el barco.

—Seis gladii, ocho dagas, dos arcos de caza con veinte flechas —dijo Marcus a medida que avanzaba el inventario—. Pedernal y acero, suministros médicos suficientes para heridas

menores, cuatro odres, todos vacíos. —Hizo una pausa—. Comida para quizá tres días si la racionamos estrictamente.

—¿Mapas? —preguntó Seneca.

—Yo tengo la carta de navegación —respondió Decimus, sacando un estuche de cuero encerado de su mochila—. Detalles mínimos del interior, pero suficientes para establecer nuestra posición relativa al territorio romano.

Seneca procesó la información.

—Tenemos que movernos —decidió finalmente—. Encontrar un terreno elevado antes del amanecer. Evaluaremos nuestra posición con la luz del día y entonces decidiremos qué hacer, pero, antes que nada, necesitamos agua. Llenemos los odres y luego busquemos un lugar para descansar y planificar. Sica, tú en la vanguardia; Decimus, en la retaguardia.

Mientras los hombres recogían su equipo y se preparaban para partir, Seneca echó un último vistazo al horizonte ahora vacío, allí donde había desaparecido su barco. La traición les había costado muy cara, pero, en su opinión, no hacía más que reforzar la necesidad de su misión. Si Brennos se había vuelto tan fácilmente contra ellos, ¿cuánto mayor era la amenaza que suponía Raven, que conocía no solo sus recursos, sino también sus métodos, sus tácticas, su propia manera de pensar?

Con sombría determinación, se apartó del mar y siguió a sus hombres hacia el oscuro y desconocido interior de territorio enemigo. Pasara lo que pasara, estaba seguro de que sabrían afrontarlo. Al fin y al cabo, eran el Occultum... y a esto se dedicaban.

---

# Capítulo Dieciocho

## Castra Victrix

El fuerte de Castra Victrix bullía de actividad mientras Lépido se abría paso por el caos organizado en dirección a los establos. Una patrulla acababa de regresar; sus monturas, cubiertas de espuma de sudor, y el equipo, apelmazado con el característico barro rojizo de los accesos del norte. Los hombres desmontaban con los movimientos cansados de soldados que se habían exigido al máximo a sí mismos y a sus monturas, y los mozos de cuadra corrían a coger las riendas, mientras los oficiales se reunían para recibir los informes preliminares de los exploradores que regresaban.

Lépido se movió entre ellos, buscando con la mirada a un hombre en particular. Nunca había conocido a Talorcan en persona, pero le había oído hablar tanto del explorador belga a Séneca que se había formado una imagen mental de él: alto, delgado, con el característico pelo trenzado de su gente y unos ojos a los que no se les escapaba nada.

Varios de los exploradores auxiliares se congregaban cerca de los abrevaderos, y su ascendencia mixta era evidente en su aspecto y en su equipo, una mezcla de pertrechos militares romanos reglamentarios e influencias tribales. Lépido estudió cada rostro, buscando el que encajara con la descripción de Talorcan.

En el extremo del patio de los establos, algo apartado del grupo principal, una figura solitaria atendía a un caballo tordo rodado. El hombre trabajaba metódicamente, revisando los cascos del animal con movimientos diestros y pronunciando de vez en cuando palabras en una lengua que no era ni latín ni britano. Su complexión delgada y la manera reservada con la que se desenvolvía lo delataban como alguien que prefería su propia compañía a la de los bulliciosos legionarios.

Lépido se acercó, fijándose en los detalles que sugerían que podría tratarse de su objetivo: la intrincada vaina de cuchillo de diseño belga que llevaba al cinto, la mezcla de ropajes romanos y tribales y, lo que era más revelador, la evaluación calculadora de su

mirada al percatarse de la aproximación de Lépido sin aparentar levantar la vista de su tarea.

—¿Talorcan? —preguntó Lépido, deteniéndose a una distancia prudencial.

El hombre se irguió. Era ligeramente más alto que Lépido, y su rostro curtido mostraba los tenues rastros azulados de unas marcas rituales desvaídas por el tiempo, pero que nunca habían desaparecido del todo.

—Lo soy —respondió con un latín acentuado pero fluido.

Lépido le tendió el brazo en el tradicional saludo romano, observando cómo el explorador dudaba una fracción de segundo antes de aceptarlo. Era un hombre que se movía entre dos mundos pero no pertenecía por completo a ninguno.

—Soy Lépido —se presentó—. Creo que en el pasado ha trabajado usted para algunos conocidos míos.

Un destello de comprensión apareció en los ojos de Talorcan.

—Está usted muy lejos de Roma, senador.

—En efecto —convino Lépido—. Y por un buen motivo. Me gustaría tratar ciertos asuntos con usted, pero quizá en un lugar menos... público.

Talorcan recorrió con la mirada el ajetreado patio de los establos, donde las miradas curiosas ya se habían percatado de la insólita estampa de un oficial de alto rango conversando con un explorador auxiliar.

—Necesito atender a mi caballo y presentar mi informe al tribuno —dijo—, pero después estaré en mi tienda preparando la comida. Detrás del bloque de establos del este.

Lépido asintió.

—Hasta entonces.

Se dio la vuelta y se alejó, consciente de la mirada calculadora que lo seguía. Los hombres como Talorcan no confiaban con facilidad, especialmente en aquellos que se movían en los círculos políticos de Roma. La confianza habría que ganársela con honestidad y un propósito común.

---

El anochecer cayó sobre el fuerte, trayendo consigo la relativa calma que seguía a las fatigas del día. Las antorchas parpadeaban a lo largo de las murallas, donde los centinelas mantenían su vigilante guardia, y desde la plaza central llegaban los sonidos lejanos de los legionarios fuera de servicio jugando a los dados o compartiendo historias de su tierra con vino aguado.

Lépido pasó junto al bloque de los establos del este, con una pequeña ánfora de vino decente bajo el brazo. Más allá de las estructuras principales, en un pequeño claro al abrigo de la muralla oriental del fuerte, ardía una hoguera solitaria. Talorcan estaba sentado a su lado, girando metódicamente un pequeño espetón en el que se asaba un pato desplumado, con la piel amoratándose en las llamas.

El explorador levantó la vista cuando Lépido se acercó y le indicó con un gesto un sencillo taburete de madera al otro lado de la hoguera. No había nadie más. Lépido se había enterado de que Talorcan no compartía tienda con nadie, pues prefería el aislamiento a la compañía; una elección que hacía arquear las cejas a los romanos, que valoraban la vida en común, pero que tenía todo el sentido para un hombre que vivía a caballo entre dos mundos.

—Senador —reconoció mientras Lépido se sentaba.

—Sus indicaciones fueron adecuadas —replicó Lépido, ofreciéndole el vino—. Procede de la reserva privada del comandante. Mejor que la añada peleona que soportan los legionarios.

Talorcan aceptó el ánfora con un asentimiento de gratitud y la dejó junto al fuego antes de volver a prestar atención al pato. El ave había sido preparada con pericia y el aroma de la carne asada llenaba el pequeño claro.

—¿Un pato? —preguntó Lépido, señalando el espetón.

Talorcan asintió.

—Cazado al amanecer —dijo—. Mi flecha lo atravesó limpiamente en el cuello cuando se alzaba de la marisma. Una muerte limpia hace que la comida sea mejor.

—Sabiduría de cazador —observó Lépido.

Se sentaron en un silencio cómplice mientras el pato terminaba de cocinarse. Finalmente, Talorcan lo retiró del espetón, lo dividió con una destreza consumada y le ofreció la mitad a Lépido en una sencilla fuente de madera. La carne estaba tierna y sabrosa, sazonada con hierbas que Lépido no reconoció, pero que, no obstante, apreció.

—Tengo entendido que encontró usted hace poco a un tribuno desaparecido —dijo Lépido al cabo de un rato.

—Lo que quedaba de él —corrigió Talorcan—. No es una muerte que desearía a mis enemigos, y mucho menos a mis aliados.

—Plautius mencionó la naturaleza insólita del asesinato.

—Insólita —repitió Talorcan con una risa sin alegría—. Es una palabra suave para semejante salvajismo. No fue simplemente asesinado, senador. Fue despedazado por algo que no puedo explicar.

Lépido se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Algo? ¿No alguien?

Los pálidos ojos de Talorcan reflejaron la luz del fuego mientras sopesaba su respuesta.

—He rastreado depredadores por medio mundo conocido, senador. Sé qué aspecto tienen las presas de un oso, lo que dejan tras de sí los lobos. Esto era... diferente. Las heridas sugerían algo distinto a cualquier bestia con la que me haya topado. —Hizo una pausa—. Y, sin embargo, la disposición era deliberada. Ningún animal descuartiza a sus presas de esa manera.

—¿Obra de druidas, entonces?

—Posiblemente, pero es un ritual que va más allá de lo que he presenciado. Y he visto muchas de sus prácticas más oscuras. —Talorcan tomó un sorbo de vino con cuidado—. ¿Por qué interesa esto a un senador romano lo suficiente como para traerle a esta frontera olvidada de los dioses?

Lépido reconoció la pregunta directa como una prueba. Una evasiva cerraría en banda a aquel hombre por completo; solo la honestidad tenía alguna posibilidad de establecer la confianza que necesitaba.

—Han desplegado a los Occultum para encontrar a Raven —dijo sin preámbulos.

Talorcan se quedó helado, con la copa a medio camino de los labios.

—¿Están los Occultum aquí? ¿En Britannia? Creía que estaban en Egipto. —Su sorpresa parecía genuina—. No tenía noticia de su regreso.

—Pocos la tenían —replicó Lépido—. Y supongo que no tuvieron tiempo. Tengo entendido que partieron en un barco de pesca que los llevaría a la isla de Mona.

—¿Por mar? —El ceño de Talorcan se frunció, pensativo—. ¿Cuándo zarparon?

—Hace unos días, desde Rutupiae —respondió Lépido—, en un pesquero de la zona.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí? —preguntó Talorcan.

—Tengo un problema —dijo Lépido, yendo directo al grano —. El propio emperador llegará a Britannia, posiblemente en cuestión de semanas. Planea aceptar personalmente la rendición de los reyes tribales en Camulodunum, un espectáculo público para afianzar su posición política en Roma. Me ha encomendado la tarea de asegurar que la situación sea lo más segura posible utilizando a los Occultum para reunir información sobre algunas de las tribus locales. Por desgracia, para cuando llegué aquí, ya se habían desplegado.

—¿Y no se los puede hacer regresar? —preguntó Talorcan.

—No —confirmó Lépido—. Y ahí reside mi dilema. No puedo quedarme de brazos cruzados esperando que regresen pronto. Tengo que hacer algo.

—Entonces, busque alternativas.

—Necesito información —dijo Lépido directamente—. Información sobre movimientos druídicos, sobre reuniones tribales, sobre cualquier actividad inusual que pueda indicar preparativos para un ataque o una alteración durante la visita del emperador.

—Si me pregunta si puedo salir ahí fuera a buscar esa información —dijo Talorcan—, la respuesta es sí. Pero un solo

hombre con tan poco tiempo está limitado en lo que puede hacer. Para cuando me haya ganado algo de confianza, el emperador ya estará aquí.

—Lo comprendo —dijo Lépido—, pero estoy más interesado en lo que hablamos antes, los restos del tribuno que encontró en esa colina. Incluso para un hombre tan experimentado como usted, aquello pareció especialmente brutal y muy distinto a todo lo que hemos visto hasta ahora. Y, al estar tan cerca de aquí, plantea dudas..., dudas para las que necesito respuestas.

—No tengo respuestas —dijo Talorcan—. Le conté a Vespasiano todo lo que sé.

—Puede que aún no tenga ninguna respuesta —dijo Lépido —. ¿Pero existe la posibilidad de que quienquiera o lo quequiera que lo matase dejara un rastro?

—Vi algunos indicios —dijo Talorcan, rememorando—, pero conducían hacia el oeste, tierra adentro. Cualquier grupo de hombres que los siguiera probablemente no regresaría con vida.

—Hombres corrientes —dijo Lépido—, pero quizás hombres como usted y como yo tendrían más posibilidades.

—¿Usted? —preguntó Talorcan, alzando la vista.

—Puede que no sea exactamente lo que parezco —dijo Lépido con una leve sonrisa—. Pero, suponiendo que volviéramos allí, ¿cree que podríamos averiguar adónde fueron?

Talorcan dejó su taza, con una expresión que se tornó más severa.

—Lo que vi en aquel claro —dijo— perturba el orden natural. Los druidas siempre han caminado en la cuerda floja entre la sabiduría y la oscuridad. Bajo el liderazgo de Mordred, parece que finalmente han cruzado esa línea. —Hizo una pausa, escogiendo con cuidado sus siguientes palabras—. No siento ningún aprecio por la expansión de Roma, senador, pero tampoco puedo quedarme de brazos cruzados mientras se invocan tales poderes. —Volvió a callar, observando fijamente al poderoso hombre que había viajado desde la otra punta del mundo conocido solo para garantizar la seguridad del emperador—. Así que —prosiguió al fin—, para responder a su pregunta, sí, creo que todavía puedo rastrearlos.

Lépido asintió, su mente ya sopesando las posibilidades que esto presentaba. Un solo hombre no podía reemplazar a los Occultum, pero un explorador del calibre de Talorcan podría proporcionar la información crítica que necesitaban para proteger a Claudio.

—Necesito hablar con Vespasiano —dijo finalmente, tras tomar una decisión.

—Vespasiano es un comandante de soldados —reconoció Talorcan con algo parecido al respeto—. Comprende el valor de la buena información, incluso cuando proviene de... canales poco convencionales.

Lépido se levantó de su asiento, preparándose mentalmente para la conversación que le esperaba.

—Hablaré con él al alba —prometió—. Entretanto, considere qué podría necesitar para semejante empresa.

Talorcan asintió y permaneció sentado junto al fuego mientras Lépido se disponía a marcharse.

—Senador —lo llamó en voz baja cuando Lépido llegó al límite de la luz de la hoguera—. Una cosa más.

Lépido se detuvo y se volvió.

—Si el Occultum ha zarpado en efecto hacia Mona y si la alcanzan, es probable que no solo se encuentren con Raven esperándolos. Mordred lleva meses reuniendo a sus fuerzas, así que, sea lo que sea que planee, no tardará en llegar.

—Razón de más para actuar con presteza —replicó Lépido —. Descanse, Talorcan. El mañana nos trae un nuevo propósito.

Mientras regresaba a sus aposentos a través del fuerte a oscuras, Lépido sintió los primeros atisbos de esperanza desde su llegada a Britania. La situación seguía siendo desesperada y las probabilidades en su contra, considerables; pero en Talorcan había encontrado un posible aliado cuyas habilidades únicas aún podrían salvar su posición cada vez más precaria.

---

# Capítulo Diecinueve

## La Costa Oeste

Enclavados en lo más profundo del bosque, los hombres del Occultum formaban un círculo cerrado, con los cuerpos pegados a la tierra húmeda. Cada uno yacía boca abajo, con la cabeza hacia el centro y los hombros tocándose en el reducido espacio. Sobre ellos, la única tienda que llevaban en su viaje había sido desplegada con cuidado, no para guarecerse de los elementos, sino como un escudo para impedir que las miradas indiscretas vieran la luz de la vela que había debajo. La lona desgastada cubría sus figuras encorvadas como una piel protectora, creando un santuario angosto donde seis curtidos agentes conferenciaban en susurros.

En el centro, la llama de una única vela danzaba precariamente y proyectaba sombras temblorosas sobre sus rostros curtidos. La luz apenas era suficiente, pero no se atrevían a arriesgarse con algo más brillante. Seneca recorrió con el dedo el burdo mapa extendido entre ellos; el pergamino amarillento crujió suavemente bajo su tacto.

—Parece que hay una cresta montañosa al este —dijo—. Eso sugiere tierras sin cultivar, lo que a su vez significa bosques más densos. Nos moveremos hacia allí antes del amanecer, nos ocultaremos y evaluaremos nuestras opciones más a fondo al caer la noche.

—¿Y la misión? —preguntó Decimus, expresando la pregunta que flotaba tácita entre ellos.

Un pesado silencio se cernió sobre el grupo. La traición no solo los había dejado tirados, sino que podría haber frustrado su objetivo principal: la eliminación de Raven. La isla Mona se encontraba muchas millas al norte, al otro lado de la bahía, e incluso si pudieran llegar a la costa, cruzar el estrecho sin una embarcación supondría un problema. Seneca bajó la vista hacia el mapa.

—Estamos aquí —dijo, con la voz apenas audible por encima del suave susurro de las hojas en la brisa nocturna—.

Basándonos en la línea de la costa y la configuración del río, hemos desembarcado en territorio controlado por los Ordovices occidentales.

Los hombres estudiaron el mapa con atención, grabando sus detalles en la memoria. En su oficio, la supervivencia de un hombre a menudo dependía de su capacidad para orientarse sin una guía escrita, que podía perderse o dañarse en momentos críticos.

—La isla Mona yace aquí —prosiguió Seneca, moviendo el dedo hacia el norte para señalar la isla que representaba su objetivo original—. Entre ella y nosotros se interponen esta bahía y luego una cordillera. —Trazó la línea escarpada que dividía la península occidental—. Terreno difícil en circunstancias ideales. Potencialmente mortal dados nuestros recursos actuales.

—¿Y más allá de las montañas? —preguntó Marcus.

—Un estrecho separa el continente de Mona —respondió Seneca—. No es una gran distancia, aunque se dice que las corrientes son traicioneras.

Decimus se inclinó, con el rostro curtido surcado por la concentración.

—¿Y nuestras propias fuerzas? ¿Dónde estarían ahora?

El dedo de Seneca se movió hacia el este a través del mapa, recorriendo una distancia considerable antes de detenerse en la marca de un río.

—El cruce del Tamesis fue por aquí. A estas alturas, probablemente habrán avanzado hacia Camulodunum. —Su mano se desplazó ligeramente hacia el norte—. Si han mantenido el ritmo, la Segunda y la Vigésima estarían en algún lugar de esta región, estableciendo campamentos de vanguardia sobre la marcha.

El mapa contaba una cruda historia: la enorme distancia hasta su posición actual eliminaba cualquier esperanza de recibir apoyo romano.

—Así pues —dijo Seneca—, ahora nos enfrentamos a una elección. Podemos mantener nuestra misión original, proceder por tierra hasta Mona e intentar eliminar a Raven como se nos ordenó. —Hizo una pausa, dejando que asimilaran las implicaciones—. O podemos cancelar la misión, dirigirnos hacia el este de vuelta a

territorio amigo, reorganizarnos adecuadamente y desarrollar una nueva estrategia.

—No tenemos provisiones para ninguna de las dos opciones —dijo Cassius.

—No las tenemos —admitió Seneca—. Pero podemos buscar comida y robar lo que necesitemos, aunque eso sería más fácil si vamos hacia el este. Nos moveríamos por zonas más densamente pobladas, pero también por zonas a las que podrían extenderse las patrullas romanas, al menos en sus límites exteriores. Es, con mucho, la opción más segura. Nadie sabe que estamos aquí y, con cuidado, podríamos alcanzar las líneas romanas sin entrar en combate.

—¿Y la ruta del norte hacia Mona? —preguntó Falco.

—Más corta en distancia, pero considerablemente más difícil —replicó Séneca—. Las montañas son formidables, las tribus que las habitan son especialmente hostiles a Roma. E incluso si llegamos al estrecho, aún tendremos que encontrar la manera de cruzar a la isla. Aunque lleguemos a ella sin ser descubiertos, aunque de algún modo localicemos a Raven y lo eliminemos, en el momento en que los druidas sepan que ha muerto, sabrán que estamos aquí y nos darían caza desde Mona hasta el Támesis sin un plan de extracción.

La gravedad de esta evaluación se cernió sobre el grupo. Los Occultum no eran ajenos a las misiones peligrosas, pero solían operar con una planificación meticulosa, con planes de contingencia para la extracción, con la seguridad de un posible apoyo si las cosas salían catastróficamente mal. Su situación actual no ofrecía ninguna de estas garantías.

—¿Preguntas? —inquirió Séneca, mirando a su alrededor.

Décimo se movió ligeramente; su instinto de veterano lo impulsó a expresar lo que los hombres más jóvenes podrían dudar en decir.

—Los parámetros de la misión han cambiado drásticamente —observó—. Ningún comandante sensato esperaría que mantuviéramos el objetivo original en estas circunstancias.

—Cierto —reconoció Séneca—. Sin embargo, la amenaza de Raven para las operaciones romanas sigue siendo la misma. Cada día que continúa con vida, proporciona información a Mordred, información que cuesta vidas romanas.

—¿Y si llegamos a un acuerdo? —sugirió Casio—. Nos dirigimos hacia las líneas romanas, pero por una ruta que nos permita reunir información sobre los movimientos de los druidas. Puede que no eliminemos a Raven directamente, pero podríamos minar su eficacia al descubrir las intenciones de los druidas.

—Hay otro factor —añadió Marco en voz baja—. El tiempo. Si elegimos la ruta del este, podríamos llegar a las fuerzas romanas en dos semanas, suponiendo que no haya grandes obstáculos. La ruta del norte hacia Mona, incluyendo el cruce de las montañas y la búsqueda de un paso a través del estrecho..., eso podría llevar bastante más tiempo.

—Con los suministros correspondientemente mermados —apuntó Falco.

Se hizo el silencio mientras cada hombre contemplaba las opciones que se les presentaban. La decisión no se tomaría a la ligera; de ella dependían vidas, posiblemente incluidas las de los romanos que podrían morir por la información que Raven proporcionara mientras ellos se abrían paso de vuelta a la seguridad.

—No voy a ordenarlo —dijo Séneca finalmente—. Debemos decidir cada uno por sí mismo. Llevamos demasiado tiempo sirviendo juntos como para que simplemente ordene a mis hombres que vayan a una muerte casi segura sin permitirles opinar al respecto.

Esta desviación de la estricta jerarquía militar era característica de la singular estructura operativa de los Occultum, una unidad que funcionaba a base de respeto mutuo y compromiso compartido en lugar de obediencia ciega. En circunstancias extremas, Séneca siempre había buscado el consenso en lugar de imponer su voluntad, reconociendo que los hombres que elegían su propio camino luchaban con más eficacia que los que se limitaban a seguir órdenes.

—Yo digo que mantengamos la misión —dijo Falco de forma inesperada. El enorme exgladiador parecía el más afectado por la traición, pero ahora su voz denotaba una firme resolución—. Nos enviaron a matar a un traidor. No ha cambiado nada, excepto el modo de aproximación.

—El riesgo es considerable —advirtió Marco, siempre el pensador táctico—, pero la necesidad sigue siendo urgente. Apoyo continuar hacia Mona.

—Y yo —dijo Casio.

—¿Y tú qué, Sica? —dijo Falco—. Has permanecido en silencio todo este tiempo. ¿Qué piensas?

—El norte es la opción más difícil —dijo en voz baja—. Por ese camino nos esperan el peligro y una muerte probable. El este es más fácil y mucho más seguro. —Hizo una pausa—. Ya he tomado mi decisión.

—¿Cuál es? —dijo Falco.

—¿Desde cuándo hemos elegido el camino fácil? —dijo Sica finalmente—. Yo digo que vayamos al norte.

Todas las miradas se volvieron hacia Décimo, el mayor de ellos, cuya experiencia solía aportar la perspectiva final y decisiva. El veterano reflexionó un largo momento antes de hablar.

—En mi tiempo en esta unidad —dijo con cautela—, y en otras como esta, he visto abandonar misiones por razones menos convincentes que nuestra situación actual. Sin embargo, también he visto a este grupo cumplir objetivos que parecían absolutamente imposibles. —Hizo una pausa, mirando directamente a Séneca—. Seguiré el rumbo que marques, Séneca. Mi espada sigue siendo tuya, como lo ha sido desde el principio.

Séneca asimiló sus opiniones, con el peso de la decisión recayendo sobre sus hombros. Seis hombres, en lo más profundo de territorio hostil, que elegían un camino que podría llevarlos a todos a la muerte, pero unidos en su determinación de completar la misión encomendada a pesar de unas circunstancias que habrían quebrado a unidades inferiores.

—Entonces, proseguimos hacia Mona —dijo finalmente—. Cruzaremos las montañas, encontraremos un paso para cruzar el

estrecho, localizaremos a Raven y lo eliminaremos tal como se nos ha ordenado. —Su voz adquirió un filo de acero—. Y después, por los medios que sean necesarios, regresaremos a territorio romano.

Una vez tomada la decisión, la atención de los hombres se centró en las consideraciones prácticas: la ruta que tomarían, los recursos que necesitarían conseguir y los métodos que emplearían para moverse sin ser vistos por tierras donde todo romano era un enemigo al que matar nada más verlo.

Mientras se inclinaban de nuevo sobre el mapa y trazaban posibles rutas a través del terreno inhóspito que se extendía ante ellos, cada hombre reconoció en silencio la gravedad de su elección. Habían elegido el camino más duro, la misión más peligrosa, el objetivo que servía más directamente a los intereses de Roma que a su propia supervivencia, pero, al hacerlo, habían demostrado una vez más por qué se habían unido al Occultum. Para alcanzar los objetivos inaccesibles a los que otros no se atrevían a ir, para lograr lo que la mayoría no osaba intentar y para servir con una dedicación que trascendía los lazos normales de lealtad o deber. Estaba por ver si esa dedicación los conduciría al éxito o a la muerte, pero, por ahora, se centraban únicamente en el siguiente paso de un viaje que pondría a prueba cada una de sus habilidades, cada uno de sus recursos y hasta la última gota de la determinación que poseían.

---

# Capítulo Veinte

## Isla Mona

La pequeña morada asignada a Veteranus en la isla Mona lo resguardaba del persistente viento costero, mas no hacía nada por acallar la agitación que se desataba en su mente. Estaba sentado al borde del sencillo jergón que le servía de cama, con la mirada fija en los rescoldos del fuego agonizante, sin verlos en realidad. El sueño le había sido esquivo durante días, con los pensamientos consumidos por la extraordinaria revelación que Mordred le había hecho.

La respuesta obvia había sido una negativa inmediata e inequívoca. Traicionar a Roma, aliarse con sus enemigos... Antaño, tales actos habrían sido impensables. Durante años había sido un arma del imperio, afilada y desplegada contra quienes amenazaban los intereses romanos. Sin embargo, con el paso de los días, la duda había empezado a infiltrarse, sutil al principio y luego con creciente insistencia. ¿Qué lealtad le debía realmente a Roma? La había servido sin vacilar, había perpetrado la violencia secreta del imperio con una eficacia despiadada. Había vadeado ríos de sangre en nombre de Roma, silenciado las voces que debían ser acalladas y eliminado amenazas tanto reales como meramente supuestas.

¿Y cómo le había pagado Roma tales servicios? Con el rechazo y el abandono. Sus propios hermanos del Occultum le habían dado la espalda cuando más los necesitaba, y quienes en otro tiempo habían contado con él para asesinar a los enemigos de Roma lo habían acabado descartando, sentenciándolo a muerte como si sus años de sacrificio no significaran nada.

Ahora Mordred, un hombre de cuya existencia no había tenido la menor noticia hasta su captura, le ofrecía algo sin precedentes: no solo una oportunidad de venganza, sino la ocasión de cambiar el propio curso de la historia. El plan que el druida le había esbozado era audaz hasta la demencia, pero poseía una lógica terrible que Veteranus, con su vasto conocimiento de las vulnerabilidades romanas, reconocía como potencialmente viable.

Se levantó del jergón y se puso a caminar de un lado a otro por los reducidos confines de su morada. A través de la única ventana, podía ver la aldea que se extendía hacia el mar, los fuegos que brillaban en los hogares, la gente yendo y viniendo en sus quehaceres vespertinos. No eran los bárbaros que describía la propaganda de Roma: salvajes irracionales entregados a la violencia y la destrucción. Eran familias, artesanos, cazadores, agricultores. Gente que defendía su modo de vida contra un imperio que no toleraba alternativas a su visión de la civilización.

Durante semanas, Veteranus se había sumergido en su vida cotidiana, observando sus consejos, sus rituales, sus métodos para resolver disputas. Había sido testigo de la ternura entre padres e hijos, de debates encarnizados donde la razón prevalecía sobre la fuerza y de bondades extendidas a los débiles o ancianos que habrían sorprendido a muchos romanos, convencidos de que aquellos «bárbaros» simplemente abandonaban a sus enfermos a la muerte.

Y sí, también había visto sus aspectos más oscuros, sacrificios de sangre que Roma condenaría mientras ignoraba los ríos de sangre que corrían en sus propias arenas. Violencia en defensa del honor que Roma tildaría de bárbara, mientras olvidaba convenientemente la brutal represión de quienes osaban resistirse a su propia expansión. Toda aquella complejidad había ido minando certezas que en otro tiempo había considerado inmutables.

—Roma trae el orden —se murmuró a sí mismo, repitiendo la justificación que lo había sostenido durante décadas de servicio—. Civilización. Ley.

Pero ¿a qué precio? Esa pregunta lo atormentaba ahora. La paz de Roma se cimentaba sobre cuerpos destrozados, su civilización se erigía sobre las ruinas de culturas más antiguas, sus leyes se imponían sin consulta ni consentimiento.

Sus pensamientos se dirigieron al tatuaje de su hombro: el escarabajo, símbolo de renacimiento, de transformación, de la emergencia a una nueva vida. La misma marca que, según Mordred, lo vinculaba a linajes druídicos.

Al principio lo había descartado como una manipulación, una ficción conveniente para justificar su captura y su intento de conversión. Sin embargo, las pruebas que Mordred le había presentado —genealogías preservadas mediante la tradición oral, la forma distintiva del propio escarabajo con marcas específicas de un grupo familiar concreto— habían comenzado a erosionar su escepticismo.

¿Y si fuera verdad? ¿Y si su conexión con esta tierra y esta gente fuera más profunda de lo que jamás había sospechado? ¿Y si toda su vida al servicio de Roma hubiera sido la verdadera traición, una traición a su propia herencia? La cuestión era enloquecedora por sus implicaciones, y había pasado muchas noches en vela dándole vueltas al camino que debía tomar, sopesando opciones, calculando consecuencias, buscando una certeza en una situación en la que no existía ninguna.

Al final, la decisión cristalizó no en torno a lealtades abstractas o rencores históricos, sino a una simple verdad: Roma lo había descartado. Lo que eligiera a partir de ahora, lo haría solo por sí mismo.

Con súbita resolución, Veteranus cogió su capa, con la decisión ya tomada. Salió de la cabaña y atravesó la aldea, pasando junto al roble sagrado donde los druidas se reunían en consejo, más allá de la herrería donde se forjaban armas para el conflicto venidero y en dirección a la casa comunal, cuyo alto techo de paja era visible por encima de las demás estructuras. La luz de las antorchas parpadeaba en el interior y proyectaba sombras alargadas a través de la entrada, donde dos guerreros montaban guardia. Se irguieron a su llegada, con expresión neutra pero los ojos alerta.

—Quisiera hablar con Mordred —dijo Veteranus.

Los guardias intercambiaron una mirada y luego se hicieron a un lado para dejarlo pasar. Era evidente que su llegada era esperada, tal vez incluso anticipada.

El interior de la casa comunal resultaba cavernoso tras los confines de su morada, y su alto techo se perdía en la penumbra por encima del hogar central. Al fondo de la sala, Mordred conversaba con Raven, con las cabezas inclinadas sobre lo que parecían ser

mapas extendidos sobre una gran mesa de roble. Ambos hombres alzaron la vista cuando Veteranus entró, y su conversación se extinguió. Por un instante, el único sonido fue el crepitar del fuego y el lejano lamento de un búho.

En ese momento de transición, suspendido entre el rechazo y la aceptación de la oferta de Mordred, Veteranus se sentía extrañamente tranquilo. La agitación que lo había atormentado durante semanas se había disuelto en una clara certeza. Pasara lo que pasara, había elegido su camino.

Cuando Veteranus llegó a la mesa, Mordred rompió al fin el silencio.

—Bien —dijo—. ¿Ha tomado ya su decisión?

Veteranus le sostuvo la mirada con firmeza, sin buscar ya engaño ni manipulación en aquellos ojos ancestrales. Asintió una vez, con decisión, y pronunció solo dos palabras que alterarían irrevocablemente su camino en adelante:

—Enséñeme.

---

A la noche siguiente, Veteranus siguió a Mordred y a Raven por un estrecho sendero que serpenteaba entre robles milenarios. A intervalos, parpadeaban unas antorchas que proyectaban sombras grotescas que parecían querer alcanzarlo con dedos alargados. Tenía la mente concentrada, los sentidos agudizados por el conocimiento de que aquella noche Mordred le revelaría el secreto que se hallaba en el corazón de sus planes para Britania.

Caminaron en silencio, y los únicos sonidos eran los de sus pisadas en el suelo del bosque y el ocasional reclamo de un ave nocturna en la oscuridad de lo alto. Veteranus reconoció el sendero: se dirigían de nuevo al claro donde había presenciado el sacrificio del niño, un recuerdo que aún lo visitaba en sueños y lo llenaba de horror y dudas sobre el camino que había elegido.

Al coronar una pequeña loma, el claro quedó a la vista. Parecía transformado desde su última visita. El foso donde el niño había muerto de forma tan terrible estaba ahora rodeado por cuatro cajas de madera situadas a intervalos regulares en su circunferencia.

Una losa de piedra circular, de quizás un metro de diámetro, se erguía en el centro, donde antes solo había habido tierra desnuda.

Unas antorchas rodeaban el claro, con sus llamas anormalmente inmóviles contra el terraplén que circundaba el foso.

Mordred se detuvo en el borde y se volvió para encarar a Veteranus.

—Esta noche, se unirá a nosotros de verdad —dijo el druida, con su rostro surcado de arrugas y solemne a la luz parpadeante—. Pero primero, debe demostrar tanto su confianza como su valor.

Veteranus asintió, aunque la incertidumbre vaciló en su interior. Había tomado la decisión de aliarse con Mordred, pero algo en el tono del druida le provocó un escalofrío que nada tenía que ver con el aire nocturno.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

Mordred señaló la losa de piedra en el centro del foso. —Se subirá a la piedra —dijo—. Y pase lo que pase, vea lo que vea, oiga lo que oiga o sienta lo que sienta, no debe moverse de ella. Ni un solo paso. Hacerlo significa la muerte inmediata. —Sus ojos sostuvieron los de Veteranus con una intensidad inflexible—. ¿Lo ha entendido?

—Lo he entendido —respondió Veteranus, aunque entender y aceptar eran asuntos completamente distintos.

—Entonces, proceda —dijo Mordred, retrocediendo para dejarle paso.

Veteranus se acercó al borde del foso, escudriñando la oscuridad de abajo. Una tosca escalera de peldaños de madera se apoyaba contra la pared de tierra. Descendió con cuidado, y el olor a tierra húmeda y a algo más primitivo, un aroma animal y almizclado, se fue intensificando con cada paso.

Cuando sus pies tocaron el suelo, se volvió hacia la losa de piedra. Ahora que se encontraba ante ella, parecía más pequeña; su superficie, toscamente tallada, estaba manchada con sustancias que prefirió no identificar. Con deliberado control, se subió a ella, sintiendo la fría piedra a través de las delgadas suelas de sus botas.

Desde esa posición ventajosa, podía ver los cuatro cajones con mayor claridad. Cada uno medía aproximadamente un metro veinte de altura y estaba construido con pesados maderos reforzados con hierro. Entre los listones toscamente cortados, atisbó un movimiento, sombras cambiantes que sugerían que algo vivo aguardaba en su interior.

Arriba, Mordred y Raven se habían alejado del borde del foso. Su lugar lo ocupó una multitud que se iba congregando, guerreros y druidas que formaban un círculo humano alrededor de la excavación, con los rostros inexpresivos mientras lo miraban desde arriba. Su número creció sin cesar hasta que pareció que todo el asentamiento se había reunido para presenciar lo que fuera a suceder.

En la distancia comenzó el suave redoble de unos tambores, una pulsación rítmica que parecía acompasarse con el latir acelerado de su corazón. Unos cánticos graves se unieron a la percusión: palabras en una lengua más antigua que ninguna que Veteranus pudiera reconocer, que subían y bajaban como la marea contra las rocosas costas de Mona.

De pie sobre la piedra, de pronto muy consciente de sus limitadas dimensiones, Veteranus sintió que la duda se infiltraba en su mente. Se había enfrentado a la muerte muchas veces al servicio de Roma: en campos de batalla, en callejones oscuros, durante misiones secretas tras las líneas enemigas. Había matado sin dudar cuando el deber lo exigía. Sin embargo, esto era diferente: un ritual cuyo propósito permanecía oculto, cuyo resultado no podía predecir ni controlar.

Los sonidos de los cajones se hicieron más insistentes: arañazos, movimientos y algún que otro golpe sordo, como si algo corpulento se moviera dentro de los confines de madera. Los cánticos de arriba aumentaron de volumen y ritmo, los tambores redoblaban más deprisa y los participantes se balanceaban ligeramente mientras lo contemplaban desde arriba. La luz de las antorchas captó el brillo de sus ojos, devolviendo el reflejo de una expectación que no era ni amable ni piadosa.

De repente, el ruido cesó, y el silencio absoluto que siguió fue más aterrador que los sonidos anteriores; un vacío de expectación que presionaba sus oídos como una fuerza física. En ese silencio, la voz de Mordred resonó, una sola palabra que rasgó el aire nocturno con una terrible irrevocabilidad.

—Comenzad.

Apenas se había desvanecido la palabra cuando el frente del primer cajón se abrió con estrépito.

---

# Capítulo Veintiuno

## Castra Victrix

La estancia se sumió en el silencio cuando Lépido terminó de esbozar su plan. Los candiles de aceite proyectaban sombras parpadeantes sobre los detallados mapas extendidos en la mesa central, donde tres de los hombres de más alto rango de Roma en Britania formaban un tenso triángulo. El general Plaucio mantenía su característica compostura y sus curtidos rasgos apenas revelaban nada. Vespasiano, sin embargo, no hizo ningún esfuerzo por ocultar su conmoción y desaprobación.

—De ninguna manera —dijo Vespasiano con firmeza, rompiendo el silencio—. No puedo, y no pienso, autorizar un plan que ponga a un senador de Roma directamente en peligro. Como mínimo, no sin una escolta fuertemente armada.

Lépido negó con la cabeza, pues había previsto esa reacción.

—Una escolta fuertemente armada frustraría todo el propósito. Esto requiere sigilo, no fuerza.

—Entonces, envíen a Talorcan solo —replicó Vespasiano—. Es nuestro explorador más experimentado, perfectamente capaz de reunir la información que buscan sin arriesgar la vida de un patricio.

—Talorcan es hábil, pero esta misión requiere algo más que un simple reconocimiento —replicó Lépido—. Exige a alguien que pueda interpretar lo que encuentre en el contexto de la seguridad de Roma, alguien que comprenda las implicaciones políticas, alguien que pueda tomar decisiones inmediatas sin tener que consultar al mando.

Vespasiano se apartó de la mesa, frustrado.

—Permítame que entienda exactamente lo que propone —dijo con un tono que dejaba claro que el plan le parecía absurdo—. Usted, un senador romano, acompañado únicamente por Talorcan, pretende volver al lugar donde se descubrió aquel horrible sacrificio y luego seguir cualquier rastro que encuentre hasta un territorio

ignoto, controlado por tribus que considerarían su cabeza el mayor trofeo imaginable.

—Exacto —confirmó Lépido con calma.—Todo esto con la mera esperanza de que pueda descubrir algo útil sobre las intenciones druídicas antes de que llegue el emperador —continuó Vespasiano—. Mientras tanto, se supone que debemos quedarnos aquí sentados y esperar a que los Occultum reaparezcan por arte de magia, tras haber completado de algún modo su misión en Mona y regresado a través de cientos de millas de territorio hostil.

—No podemos permitirnos esperar sin más —dijo Lépido—. La flota del emperador se está preparando en este mismo momento. Si se está gestando una amenaza, debemos identificarla ahora, mientras aún haya tiempo para contrarrestarla.

Vespasiano se volvió hacia Plaucio, apelando a la autoridad del comandante en jefe.

—General, por supuesto que ve la locura de esta propuesta. Aun admitiendo que un senador se aventurase más allá de nuestras líneas, a lo que me opongo firmemente, no duraría ni un día en esos territorios, ni siquiera con su experiencia como legado.

Plaucio permaneció en silencio, con la mirada moviéndose entre los dos hombres con la mesurada evaluación de un comandante que sopesa opciones difíciles.

Lépido suspiró profundamente.

—Un centenar de auxiliares a caballo solo llamaría la atención. Necesitamos movernos en silencio, observar sin ser observados. —Miró directamente a Plaucio—. Creo que deberíamos decírselo.

Los ojos de Vespasiano se entrecerraron.

—¿Decirme el qué?

Plaucio asintió de forma casi imperceptible, dando un permiso que claramente habían discutido de antemano.

—Antes de entrar en el Senado —comenzó Lépido, y su voz adquirió un matiz diferente—, fui en efecto un legado, como bien sabe. Pero antes de eso, serví durante casi quince años como oficial en los Exploratores en Germania.

—¿Los exploradores de la frontera? —La sorpresa de Vespasiano era evidente.

—No unos exploradores cualesquiera —continuó Lépido—. Me especialicé en misiones de infiltración profunda tras las líneas enemigas. Mi unidad operaba de forma independiente, a veces durante meses sin contacto, reuniendo información sobre los movimientos de las tribus, eliminando amenazas específicas e interrumpiendo los preparativos del enemigo.

Vespasiano lo miró con otros ojos, reevaluando al hombre que tenía ante sí. La imagen del refinado senador se había transformado de repente en su percepción, revelando dimensiones inesperadas bajo su fachada de político.

—Fue mi experiencia en esas operaciones —continuó Lépido— la que finalmente condujo a la formación de los Occultum. Reconocí la necesidad de una unidad permanente capaz de emprender misiones que superaran las capacidades de las fuerzas convencionales, más allá incluso de lo que los exploratores habituales podían lograr.

—¿Usted creó los Occultum? —preguntó Vespasiano, con la voz teñida de incredulidad.

—Yo la concebí, abogué por su creación y, en un principio, entrené a sus primeros miembros —confirmó Lépido—. Y, aunque con el tiempo pasé a desempeñar funciones más... convencionales al servicio de Roma, permanecieron bajo mi control.

Vespasiano se apartó y se puso a pasear por la estancia mientras procesaba esta revelación. —Así que no es usted simplemente un senador que juega a ser soldado. Realmente tiene experiencia en este tipo de operación.

—Una amplia experiencia —dijo Lépido—. Sé dónde me meto. Ya he operado en circunstancias similares antes, aunque, he de admitir, han pasado algunos años desde la última vez que estuve sobre el terreno.

—¿Por qué no me ha dicho esto desde el principio? —exigió Vespasiano.

—Los orígenes de los Occultum permanecen clasificados al más alto nivel —replicó Lépido—. Pocos conocen mi conexión

personal con la unidad. Es un detalle que revelo solo cuando es absolutamente necesario y únicamente a aquellos con necesidad directa de saberlo.

Vespasiano continuó paseándose, con su mente táctica ahora ocupada en los aspectos prácticos más que en la conveniencia de la propuesta del senador.

—Incluso con su experiencia, el riesgo sigue siendo considerable. Si lo capturaran...

—No me cogerían vivo —lo interrumpió Lépido con serena certeza—. Ese fue siempre nuestro principio operativo, y sigue siendo sólido.

Los tres hombres guardaron silencio, con el peso de la decisión flotando en el aire entre ellos. La misión que Lépido proponía conllevaba un riesgo extraordinario, incluso para un hombre con su historial. Sin embargo, la alternativa, esperar pasivamente mientras se desarrollaban amenazas desconocidas, entrañaba sus propios peligros. Finalmente, Plaucio habló, su voz portadora de la autoridad decisiva que lo había convertido en el general de mayor confianza de Roma en Britania.

—Si esto es lo que cree que debe hacerse, senador, que así sea —dijo—. Se volvió hacia Vespasiano—. La decisión está tomada. Nuestro papel ahora es proporcionar cualquier apoyo que Lépido requiera para maximizar sus posibilidades de éxito.

—¿Qué necesita de nosotros? —preguntó Vespasiano finalmente, volviéndose hacia Lépido.

—Suministros para dos hombres —replicó Lépido—. Ropa local, armas típicas de los mercaderes fronterizos, provisiones secas que puedan consumirse sin cocinar. Y lo más importante, mapas detallados de los territorios más allá de nuestras líneas actuales, cualquier información de inteligencia que hayan reunido sobre caminos, vías fluviales, asentamientos.

Plaucio asintió.

—¿Cuándo tiene pensado partir?

—Mañana, antes del amanecer —dijo Lépido—. Talorcan conoce la ruta hasta el lugar del sacrificio. Desde allí, seguiremos cualquier rastro que se presente.

—¿Y si no encuentran nada? —preguntó Vespasiano.

—Entonces continuaremos hacia el norte y el oeste, hacia zonas de conocida actividad druídica —respondió Lépido—. En algún lugar de esos territorios se están haciendo preparativos, pero para qué exactamente, aún no lo sabemos. Debemos descubrirlo antes de que llegue el emperador.

—¿Cómo informará de sus avances? —preguntó Plaucio, siempre centrado en las consideraciones prácticas.

—No lo haremos, a menos que descubramos algo de importancia inmediata —dijo Lépido—. Cualquier intento de mantener la comunicación aumenta nuestro riesgo de ser descubiertos. Regresaremos cuando tengamos información de inteligencia procesable o cuando las limitaciones de tiempo lo exijan.

—Un senador romano operando como explorador encubierto en territorio enemigo —dijo Vespasiano—. Al Senado le daría un síncope si lo supiera.

—Entonces debemos asegurarnos de que nunca lo sepan —replicó Plaucio con firmeza—. Haré que el intendente prepare sus suministros inmediatamente. Se los entregarán en sus aposentos esta noche. ¿Necesita algo más?

—Nada —dijo Lépido.

—Que la Fortuna favorezca su empeño, senador —respondió Plautius—. Roma cuenta con pocos hombres de sus... diversas capacidades.

Una vez concluida la reunión, y mientras Lepidus partía para efectuar sus últimos preparativos, Vespasiano se quedó a solas con Plautius. Los dos comandantes permanecieron en silencio un instante, contemplando el extraordinario giro de los acontecimientos.

—¿Lo sabía? —preguntó finalmente Vespasiano—. ¿Lo de su historial con los exploratores?

—Solo rumores, hasta hace poco —admitió Plautius—. Su reputación como legado ya era bastante impresionante; sus campañas en Ilírico fueron operaciones de manual. Pero este historial más profundo... explica muchas cosas sobre su forma de abordar ciertos asuntos.

—¿Y si no regresa? —dijo Vespasiano.

—Entonces nos enfrentaremos a ese problema cuando surja —replicó Plautius—. Por ahora, nos centraremos en los preparativos para la llegada del emperador mientras Lepidus sigue su propio camino. Cada uno de nosotros sirve a Roma de la manera que mejor se adapta a nuestras habilidades.

Fuera, la oscuridad se había cernido sobre el fuerte. Más allá de sus murallas de madera se extendían territorios donde la autoridad de Roma terminaba y antiguos poderes imperaban; territorios que pronto verían a un senador romano moverse a través de ellos con el sigilo experto de un hombre que regresa a las sombras que una vez llamó hogar.

---

# Capítulo Veintidós

## Castra Victrix

El alba aún no había roto sobre el fuerte cuando la puerta oriental chirrió al abrirse lo justo para permitir el paso a una reducida partida. En la gris penumbra, dos docenas de auxiliares a caballo aguardaban en formación, con rostros sombríos bajo sus yelmos de cuero y las lanzas enhiestas, formando un bosque de puntas mortíferas. Los hombres se mantenían erguidos sobre sus monturas, cada jinete producto de años de disciplinado entrenamiento; cada caballo, cuidadosamente seleccionado por su fuerza y firmeza en terrenos difíciles.

Apartado del grupo principal se encontraba Talorcan, sujetando las riendas de otros dos caballos. El aspecto del explorador se había transformado de la noche a la mañana; había desaparecido todo rastro de influencia romana en su atuendo. Ahora vestía el práctico atavío de un miembro de las tribus fronterizas: calzones de cuero, una túnica de tejido basto en tonos pardos apagados y una capa de lana sin teñir sujeta con una sencilla fíbula de bronce. Solo la calidad de sus armas insinuaba su conexión con Roma: la espada a la cadera y el cuchillo en la bota eran de acero legionario, aunque sus vainas habían sido cuidadosamente disimuladas con diseños locales.

Los caballos que sostenía estaban preparados de forma similar: sus sillas militares habían sido reemplazadas por versiones más simples, típicas de los mercaderes fronterizos. A cada montura iba sujeta una sarcina, el paquete de campaña estándar utilizado por los exploradores romanos, aunque también estas habían sido modificadas para parecer los fardos de viaje de comerciantes itinerantes en lugar de equipo militar.

Desde la dirección de los aposentos del comandante llegaron dos figuras, Lépido y Vespasiano, inmersos en una profunda conversación. El senador, al igual que Talorcan, había experimentado una transformación. Atrás quedaban las refinadas túnicas de un

oficial, reemplazadas por ropas prácticas similares a las del explorador.

—Sigue siendo, bajo mi criterio profesional, un riesgo innecesario —dijo Vespasiano mientras se acercaban a los caballos que los aguardaban—. Podríamos enviar una cohorte completa para peinar la zona y establecer una presencia como es debido.

—Una cohorte alertaría a todos los exploradores tribales en diez millas a la redonda —replicó Lépido—, y lo que sea que esté ocurriendo no haría más que adentrarse en territorio que no podemos alcanzar. —Hizo un gesto hacia las colinas lejanas, apenas visibles en la penumbra del alba—. Estos nuevos rituales que tienen lugar tan cerca de la ruta que tomará el emperador a su llegada representan una amenaza potencial que debe ser investigada a fondo, no simplemente repelida de forma temporal.

Vespasiano no respondió de inmediato. Como comandante militar, comprendía la lógica táctica, pero como oficial romano responsable de la seguridad de quienes estaban bajo su autoridad, incluyendo, técnicamente, a un senador visitante, la misión ofendía su sentido del protocolo.

—Sin el Occultum, Talorcan y yo somos los únicos con la experiencia necesaria para hacer esto —continuó Lépido, suavizando ligeramente el tono—. Dos hombres pueden ir adonde una centuria no puede, ver lo que otros pasarían por alto y retirarse sin entrar en combate si fuera preciso.

Llegaron junto a los caballos, donde Talorcan los saludó con una leve inclinación de cabeza, sus pálidos ojos ya fijos en el territorio más allá de la puerta, trazando mentalmente el viaje que se avecinaba.

Lépido aceptó las riendas de su montura, comprobando las sujeciones de la sarcina con manos expertas. La facilidad con la que realizaba esta sencilla tarea de soldado delataba su inusual pasado; este era un hombre que, en efecto, había pasado años en campaña, a pesar de su actual estatus senatorial.

Vespasiano observó con respeto a regañadientes cómo Lépido montaba sin ayuda, acomodándose en la silla con la naturalidad inconsciente de un jinete experimentado. La opinión del

comandante sobre el senador había sufrido una revisión significativa desde que se enteró de su conexión con el Occultum.

—Los auxiliares los escoltarán hasta el lugar donde Talorcan descubrió los restos del tribuno —dijo Vespasiano, con el tono formal de un comandante que imparte las últimas órdenes—. Esperarán allí exactamente tres días su regreso. Pasado ese tiempo, se retirarán a territorio más seguro. A partir de ese momento, estarán completamente solos. Sin refuerzos ni extracción. Que la Fortuna les sea propicia. —Dicho esto, dio un paso atrás y observó cómo Lépido giraba su caballo para seguir a la patrulla y salir por la puerta.

---

La patrulla se dirigió al oeste, adentrándose en un terreno cada vez más agreste. Talorcan cabalgaba en la vanguardia, sus agudos ojos escrutando constantemente el terreno por delante, mientras que Lépido se colocó justo detrás del explorador. Los auxiliares montados los seguían en formación cerrada, su disciplina evidente en el espaciado y la vigilancia que mantenían.

A diferencia de su plan original, no hubo intento de disfraz ni de subterfugio; cabalgaban abiertamente bajo los estandartes romanos, las puntas de las lanzas brillando bajo el sol de la mañana, la inconfundible presencia del poder imperial proyectándose en territorio en disputa. La exhibición era intencionada, una demostración de confianza y fuerza que serviría a su propósito para lo que estaba por venir.

Mientras cabalgaban, Talorcan iba ofreciendo a Lépido un comentario continuo sobre las tierras que atravesaban.

—Estamos atravesando los terrenos de caza tradicionales de los Ordovices orientales —explicó mientras cruzaban un arroyo poco profundo—. Las tribus de aquí practican costumbres funerarias distintas a las del sur. Colocan a sus muertos en los árboles, en plataformas construidas entre las ramas más altas. Creen que así les facilitan a los espíritus el paso al reino de los cielos.

—¿Y su actitud hacia Roma? —preguntó Lépido.

—Hostilidad cautelosa —respondió Talorcan—. Hasta ahora han evitado la confrontación directa, prefiriendo retirarse a lo más

profundo de sus territorios cuando se acercan las patrullas romanas. Pero eso no significa que hayan aceptado la presencia romana. —Señaló una colina lejana—. Sus exploradores nos vigilan incluso ahora.

Lépido siguió la mirada de Talorcan y percibió un fugaz destello de movimiento, una figura que se recortó momentáneamente contra el cielo antes de desaparecer de nuevo.

—¿Atacarán? —preguntó Lépido, acercando instintivamente la mano a la espada.

Talorcan negó con la cabeza.

—No a una fuerza de este tamaño, ni a plena luz del día. Respetan la fuerza y calculan las probabilidades con cuidado. Pero nos seguirán el rastro, tomarán nota de nuestra dirección. Esa información se extenderá a través de su red de corredores más rápido de lo que podemos viajar nosotros.

Al mediodía, ya habían cubierto una distancia considerable, pasando de praderas abiertas a un terreno más densamente boscoso. El centurión ordenó un breve alto para que descansaran los caballos y los hombres pudieran beber agua y tomar una comida sencilla. Durante el descanso, se mantuvieron guardias apostados en un perímetro defensivo, con la vista fija en el bosque circundante.

Cuando reanudaron la marcha, las señales de que los observaban se hicieron más frecuentes: atisbos ocasionales de exploradores tribales en las cimas de las colinas, el sonido lejano de cuernos de señales que transmitían mensajes a través de los valles, e incluso una vez la colocación deliberada de la cabeza cortada de un ciervo en su camino, con los ojos reemplazados por bayas rojas en lo que Talorcan explicó que era un símbolo de advertencia.

Al acercarse el anochecer, el centurión escogió un claro defendible para acampar por la noche. El lugar ofrecía buena visibilidad en todas las direcciones, con un pequeño arroyo que proporcionaba agua fresca y barreras naturales en dos de sus lados. Los hombres establecieron sus posiciones con eficiencia experimentada, colocando los caballos en el centro del campamento, donde estarían protegidos y servirían de sistema de alarma adicional si se asustaban.

—La mitad de los hombres permanecerá de guardia en todo momento —informó a Lépido el centurión—. Rotaremos los turnos durante la noche.

Lépido asintió en señal de aprobación y, al caer la noche, los hombres tomaron una escasa cena hablando en susurros. Incluso las risas eran apagadas, conscientes como eran de los ojos invisibles que vigilaban cada uno de sus movimientos desde la naturaleza circundante.

Talorcan se acercó a Lépido cuando este terminaba su comida.

—Mañana llegaremos al lugar del sacrificio antes del anochecer —dijo en voz baja—. El terreno se vuelve más difícil a partir de aquí: senderos más estrechos, bosques más densos, más lugares para una emboscada.

—¿Y la presencia tribal?

—Aumentará —confirmó Talorcan—. Nos acercamos a zonas que ellos consideran sagradas. Nuestra patrulla anterior fue eliminada precisamente porque se aventuró demasiado cerca de sitios de importancia ritual. —Hizo una pausa sopesando con cuidado sus siguientes palabras—. El centurión es competente, pero no comprende lo que de verdad nos amenaza aquí.

Lépido estudió el rostro del explorador a la tenue luz.

—¿Y qué es?

—No todos los enemigos pueden verse o combatirse con armas convencionales —respondió Talorcan enigmáticamente—. Algunas amenazas requieren… métodos diferentes.

---

La noche transcurrió sin incidentes, aunque pocos hombres lograron dormir mucho. La oscuridad que rodeaba el campamento parecía cobrar vida con sonidos sutiles: movimientos que podían ser de animales o de hombres, cánticos lejanos que traía la brisa e, incluso, una vez, el inconfundible gruñido de algún gran depredador que silenció todos los demás ruidos del bosque durante varios minutos.

Con las primeras luces, levantaron el campamento y continuaron hacia el oeste. Las señales de que los observaban eran

ya evidentes y frecuentes: marcas deliberadas dejadas en su camino, símbolos tribales recién tallados en los troncos de los árboles y atisbos ocasionales de guerreros pintados que se movían paralelos a su ruta, justo fuera del alcance efectivo de un arco.

Tal como Talorcan había predicho, llegaron al lugar de la muerte del tribuno a última hora de la tarde. El claro estaba ahora vacío, sin que quedara ninguna prueba visible de la matanza ritual que allí había tenido lugar. Sin embargo, algo en el ambiente —una pesadez, una quietud antinatural— lo distinguía del bosque circundante.

El centurión ordenó a sus hombres que establecieran un campamento y apostó centinelas a mayor distancia de la habitual para poder advertir con antelación cualquier acercamiento. Mientras los auxiliares se afanaban en sus tareas, Lépido se le acercó.

—Centurión —dijo en voz baja—, necesito hablar con usted en privado.

El oficial siguió a Lépido hasta un lugar ligeramente apartado del grupo principal, donde Talorcan se unió a ellos. Una vez seguro de que no podían oírles, Lépido le expuso su plan.

—Cuando caiga la noche, Talorcan y yo partiremos —explicó—. Sus hombres deben mantener las actividades normales del campamento: conversaciones, movimiento y los cambios de guardia rutinarios.

El centurión frunció levemente el ceño.

—¿Se llevarán los caballos?

—No —replicó Lépido—. Usted se los llevará de vuelta, pero haga que parezca que van cargados con pertrechos. Así mantendrá su fuerza aparente y a nosotros nos permitirá desaparecer.

—¿Y qué hay de su regreso? Vespasiano nos ordenó esperar tres días.

—El plan ha cambiado —dijo Lépido—. Con las primeras luces, regrese al campamento y dígale a Vespasiano que le di orden directa de retirarse. Asumo toda la responsabilidad de las consecuencias.

El centurión asintió, aunque la preocupación se leía claramente en su rostro.

—Se hará como ordena, senador.

Durante lo que quedaba de día, los hombres mantuvieron una atenta vigilancia mientras Lépido y Talorcan hacían sutiles preparativos: ajustaban sus sarcinae para que contuvieran solo lo más indispensable, se aseguraban de que sus armas estuvieran fácilmente accesibles y estudiaban el terreno circundante para encontrar la mejor ruta de partida.

Al caer la noche, el campamento se sumió en su rutina nocturna. Los hombres se sentaban en pequeños grupos, limpiando el equipo o conversando en voz baja mientras los guardias patrullaban los perímetros asignados, dando de vez en cuando el alto a sombras que resultaban no ser más que ramas agitadas por el viento o animales nocturnos, hasta que, finalmente, varias horas después del anochecer, Lépido y Talorcan se deslizaron entre las sombras más profundas al borde del claro.

---

# Capítulo Veintitrés

## La Costa Occidental

La escasa comida de carne seca apenas les llenó el estómago, pero los Occultum habían sobrevivido con mucho menos en operaciones anteriores. Comieron metódicamente, conservando cada bocado y guardando con cuidado el resto en sus sarcinae.

Cuando la oscuridad se cernió por completo sobre el paisaje, Séneca dio la señal para ponerse en marcha. Su ruta bordearía la costa, siguiendo la amplia curva de la bahía hacia el noreste, antes de girar finalmente tierra adentro en dirección a la cordillera que se divisaba a lo lejos. Más allá de aquellos picos formidables se encontraban la isla Mona y Raven.

—Sica, ponte en vanguardia —ordenó Séneca en voz baja.

El explorador sirio asintió y se fundió en la oscuridad que tenían delante; su menuda complexión desapareció de una forma tan completa que pareció que la noche, sencillamente, se lo hubiera tragado. Los demás lo siguieron manteniendo una prudente distancia, lo bastante cerca para no perder el contacto visual, pero lo suficientemente lejos como para que una sola emboscada no pudiera atraparlos a todos.

Se movían con el sigilo disciplinado que le había granjeado al Occultum su temible reputación entre los pocos que conocían su existencia. Cada hombre colocaba los pies con deliberada precisión, probando el terreno antes de apoyar todo el peso, y se quedaba inmóvil al menor sonido inusual, comunicándose con sutiles señales de mano cuando era necesario. Su avance era lento pero constante, recortando poco a poco la considerable distancia que los separaba de su objetivo.

La costa les servía tanto de guía como de advertencia; el sonido rítmico de las olas contra la orilla ofrecía seguridad para navegar en la oscuridad, pero el terreno abierto junto al agua los dejaba más expuestos de lo que hubieran deseado. Séneca había elegido una ruta intermedia que mantenía el mar al alcance de la

vista y el oído, mientras aprovechaba cualquier cobijo que ofreciera la vegetación costera.

Al rodear un promontorio rocoso, la bahía se abrió más ante ellos. A través de su oscura extensión, pudieron distinguir la lejana silueta de las montañas contra el cielo estrellado, una línea negra y dentada que recortaba el horizonte. Su objetivo se encontraba más allá de aquella barrera natural, un hecho que pesaba en la mente de cada hombre mientras calculaban los desafíos que les aguardaban.

Cerca de la medianoche, Sica se detuvo en seco y alzó el puño cerrado, la señal de alto. Los demás reaccionaron de inmediato, guareciéndose en el refugio más cercano. Durante varios latidos, el único sonido fue el suave susurro del mar contra la orilla rocosa.

Séneca avanzó con cautela para reunirse con Sica, quien señaló hacia la playa cercana. A unos cincuenta pasos más adelante, varias figuras que se movían en torno a un tenue farol arrastraban una pequeña barca de pesca hacia la orilla.

Séneca asintió e indicó a sus hombres que se adentraran tierra adentro, apartándose de la ruta prevista pero evitando ser detectados. Se retiraron en silencio hacia la vegetación más espesa, rodeando ampliamente al grupo de pescadores, y solo cuando hubieron dejado muy atrás la posible amenaza, regresaron en diagonal hacia la costa para reanudar su viaje hacia el norte.

Fue el primero de varios desvíos. A medida que avanzaban, los indicios de asentamientos se hicieron más frecuentes: lejanas luces parpadeantes de pequeñas aldeas encaramadas en las laderas, humo que se elevaba de cabañas aisladas y, en una ocasión, incluso la forma inconfundible de un puesto de vigilancia tribal que se recortaba contra el cielo nocturno en un promontorio con vistas a la bahía.

Cada obstáculo requería una cuidadosa navegación, pues aunque la oscuridad ocultaba su identidad romana, cualquier encuentro cercano podría resultar fatal. Las tribus del oeste de Britania, aunque no formaban parte de la resistencia inicial de Togodumno, no eran aliadas de Roma, y el descubrimiento de

romanos armados en las profundidades de su territorio podría acarrear una respuesta rápida y despiadada.

Poco antes del amanecer, Decimus avistó una patrulla de guerreros tribales que seguía la costa desde el norte. Los Occultum se refugiaron de inmediato en un denso matorral y permanecieron inmóviles mientras el grupo de guerreros pintados pasaba a menos de veinte pasos de su posición.

—Exploradores —susurró Decimus después de que hubieran pasado, moviendo apenas los labios—. Buscan algo en concreto.

Séneca asintió, guardando la información. Una mayor vigilancia tribal sugería o bien que estaban al tanto de la presencia romana, quizá en relación con su propio desembarco, o bien alguna otra actividad que justificara una mayor seguridad. Cualquiera de las dos posibilidades exigía cautela.

Al reanudar la marcha, el terreno comenzó a cambiar sutilmente. La zona costera, relativamente llana, dio paso gradualmente a colinas onduladas, el primer indicio de la cordillera que se alzaba ante ellos. La vegetación se hizo más densa, ofreciendo un mejor ocultamiento, pero dificultando el avance en silencio.

Cuando el cielo del este mostró el primer pálido heraldo del alba, ya habían recorrido casi ocho millas a lo largo de la sinuosa costa. No era el ritmo que podrían haber mantenido en terreno abierto y a la luz del día, pero sí un avance considerable dada la necesidad de un sigilo absoluto.

Séneca ordenó detenerse cuando la grisácea luz del prealba comenzó a filtrarse entre los árboles. Viajar de noche era su opción más segura, y las horas de luz las pasarían ocultos, descansando y planeando la siguiente etapa de su viaje. Sica se adelantó a explorar brevemente antes de regresar para guiarlos a un escondite adecuado, una hondonada natural rodeada de densos arbustos y

a la sombra de un afloramiento rocoso que los protegería de cualquier observador casual.

Mientras los hombres se acomodaban en el escondite, estableciendo los puestos de guardia y preparando sus exiguas raciones matutinas, Séneca desplegó el mapa una vez más. Con la luz creciente, ya podían ver con claridad su posición en relación con su objetivo.

—Hemos avanzado bien —dijo en voz baja, señalando su ubicación aproximada—. Otras dos noches a un ritmo similar deberían llevarnos al extremo norte de la bahía. Desde allí, tendremos que adentrarnos tierra adentro, hacia las montañas.

Marcus estudió el terreno intermedio en el mapa, y sus ojos expertos evaluaron los desafíos que les aguardaban.

—Las estribaciones nos retrasarán. Y cruzar la cordillera en sí... —Negó levemente con la cabeza—. No es un viaje para tomarse a la ligera, sobre todo con provisiones limitadas.

—Paso a paso —dijo Séneca—. Centrémonos primero en llegar a las montañas. Ya evaluaremos cómo cruzarlas cuando estemos allí.

Cuando la plena luz del día finalmente bañó el campo con su fulgor dorado, los Occultum permanecían ocultos, seis sombras entre las muchas del suelo moteado del bosque. Sobre ellos, los pájaros reanudaron sus cantos matutinos, pequeños animales correteaban entre la maleza y una suave brisa agitaba el dosel de hojas; la propia naturaleza proporcionaba un camuflaje auditivo a los intrusos que albergaba.

A lo lejos, las montañas que los separaban de la isla Mona se alzaban con sombría majestuosidad, sus cimas visibles en ocasiones a través de los claros entre los árboles. Mientras la mayoría de los hombres se sumían en el sueño ligero de los soldados veteranos, nunca del todo inconscientes, siempre en parte alerta, Séneca permanecía despierto, con la mente ocupada en calcular distancias, evaluar riesgos y formular planes de contingencia. La misión se había vuelto más compleja desde la traición en la playa, pero su importancia seguía siendo la misma. En algún lugar más allá de aquellas montañas, Raven aguardaba, proporcionando a los enemigos de Roma una información que costaba vidas romanas a diario.

Con esa certeza grabada en su mente, Séneca por fin se permitió descansar, con una mano apoyada en la empuñadura de su gladio y los oídos aún atentos a cualquier sonido que pudiera señalar un peligro. En cuatro horas, rotarían las guardias para que otros pudieran descansar sin dejar de estar alerta, y cuando la oscuridad regresara, reanudarían su viaje hacia el norte, acercándose cada vez más a las montañas... y a Raven.

---

Las sombras del atardecer se alargaron por el suelo del bosque y, mientras los últimos rayos dorados del sol se filtraban a través del dosel, los Occultum salieron de su escondite; cada hombre se levantó en silencio de entre la maleza que los había ocultado durante las horas de luz.

Decimus se estiró con cuidado, aliviando la rigidez de unos miembros que habían permanecido casi inmóviles durante horas. Cerca de allí, Marcus y Cassius revisaban sus armas con metódica precisión, mientras que Sica hacía inventario de las provisiones que les quedaban.

—Otros dos días como máximo —murmuró Sica, con una voz apenas audible mientras evaluaba sus menguantes existencias de carne seca y pan duro—. Luego tendremos que buscar comida o robar.

Seneca asintió con gravedad. El inesperado cambio en sus circunstancias los había dejado con raciones limitadas, cuidadosamente medidas y distribuidas para que duraran lo máximo posible. Pero, incluso con un racionamiento estricto, pronto tendrían que tomar decisiones difíciles. Cazar conllevaba el riesgo de hacer un ruido que podría llamar la atención; robar en los asentamientos, el de ser descubiertos; pero pasar hambre, el de ver mermadas sus fuerzas cuando más las necesitarían para cruzar las montañas.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando sea necesario —dijo Seneca. Señaló las bolsas de agua reunidas a sus pies—. Falco, vamos a rellenar los odres mientras los demás se preparan para partir.

El exgladiador asintió y cogió dos de los odres vacíos mientras Seneca cogía el resto. Juntos se alejaron de la posición del

grupo, siguiendo un débil rastro de animales que conducía hacia el arroyuelo que habían visto el día anterior. El sonido del agua corriente se hizo más fuerte a medida que se acercaban, un suave murmullo que prometía que al menos una de sus necesidades sería fácil de satisfacer.

El arroyo en sí era modesto, de unos tres pies de ancho en su punto más amplio, con aguas cristalinas que fluían sobre un lecho de piedras lisas. Brotaba de entre unas rocas en la parte alta de la ladera antes de desaparecer entre una vegetación más densa río abajo. Ideal para su propósito: limpio, accesible y resguardado de cualquier observador casual.

Seneca escudriñó los alrededores con atención, fijándose en las posibles rutas de aproximación y atento a cualquier sonido que no perteneciera a la sinfonía natural del bosque, de susurrantes hojas y pequeñas criaturas moviéndose por el sotobosque. Falco hizo lo mismo, recorriendo con sus expertos ojos la orilla opuesta con una intensidad fruto de la práctica.

Tras varios minutos de observación silenciosa, satisfecho de que estaban solos, Seneca asintió en dirección al agua.

—Creo que es seguro. Yo los lleno, tú vigilas.

Se acercaron a la orilla del arroyo, donde Seneca se agachó y comenzó el metódico proceso de llenar cada odre. A su lado, Falco se mantenía vigilante, con una mano apoyada en el pomo de su gladius y la mirada recorriendo constantemente el entorno.

Seneca acababa de llenar el último odre cuando la mano de Falco le tocó el hombro; el más leve de los contactos que, sin embargo, transmitió una urgencia inmediata.

—Seneca —susurró—, mira.

Seneca alzó la cabeza lentamente y siguió la mirada de Falco hasta el otro lado del estrecho riachuelo. Allí, parcialmente oculto tras un arbusto nudoso en la orilla opuesta, había un niño de unos cinco o seis años. Vestía la ropa basta y de fabricación casera de las tribus locales, una sencilla túnica ceñida a la cintura, y llevaba los pies descalzos a pesar del aire fresco del atardecer. Sus ojos

oscuros miraban sin pestañear a los dos romanos, con una expresión que era una mezcla de curiosidad y aprensión.

Por un momento, nadie se movió. La escena quedó congelada: dos curtidos agentes romanos inmóviles y un niño de una tribu observándolos con la cautelosa quietud de un cervatillo que evalúa un posible peligro.

Las consecuencias se precipitaron en la mente de Seneca a la velocidad del rayo. Un niño significaba que había un asentamiento cerca, más de lo que habían supuesto, y si el muchacho contaba a los adultos lo que había visto, su presencia dejaría de ser un secreto.

El cuerpo de Falco se tensó sutilmente y su mano se deslizó hacia la daga con un movimiento tan leve que solo alguien íntimamente familiarizado con las reacciones del exgladiador lo habría notado. Seneca comprendió de inmediato lo que su compañero estaba sopesando y tomó su decisión con la misma rapidez.

Se puso en pie con una lentitud deliberada, procurando mantener una postura relajada y nada amenazante. Su rostro, normalmente reservado y severo, se suavizó en lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora. Levantó una mano en un simple saludo, un gesto universal de intención pacífica.

—¿Qué haces? —siseó Falco, con una tensión evidente en sus palabras susurradas.

—Lo único que podemos hacer —replicó Seneca en voz baja, manteniendo la sonrisa hacia el niño—. No podemos evitar que nos hayan visto. Nuestras opciones son limitadas.

—Podríamos... —empezó Falco.

—No —le interrumpió Seneca con firmeza—. No hacemos daño a los niños. Bajo ningún concepto. Y llevárnoslo con nosotros solo garantizaría una partida de búsqueda. Nuestra mejor baza es parecer inofensivos, como viajeros que no tienen nada que ocultar.

Falco hizo una mueca, pero asintió de forma casi imperceptible, reconociendo la lógica del argumento, aunque sin aceptarla del todo. Con un esfuerzo visible, forzó sus propias facciones en lo que se asemejaba a una expresión amistosa y levantó la mano imitando el saludo del tribuno.

El efecto no fue el que ninguno de los dos esperaba. La enorme corpulencia de Falco, intimidante incluso para sus compañeros de armas, combinada con su rostro lleno de cicatrices y la sonrisa artificial que no le llegaba a los ojos, creó una impresión más aterradora que tranquilizadora. Los ojos del niño se abrieron de par en par y su pequeño cuerpo se tensó.

Durante un instante más, el niño permaneció inmóvil, mirando fijamente a aquellos hombres extraños de aspecto foráneo y vestimentas raras. Entonces, con la súbita decisión de la juventud, se dio la vuelta y se escabulló, desapareciendo en la maleza sin apenas hacer ruido.

Los dos romanos se quedaron mirando el espacio vacío, con el peso de las consecuencias del encuentro suspendido entre ellos.

—Esto complica las cosas —dijo Falco al cabo de un momento.

—Tenemos que movernos de inmediato —dijo Seneca—. Venga, salgamos de aquí.

Se alejaron del arroyo y regresaron a toda prisa hacia donde esperaba el resto de su unidad. Su presencia ya no era desconocida, su paso ya no era del todo secreto. El ya de por sí difícil viaje a Mona acababa de volverse mucho más peligroso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcus al verles la tensión en el rostro cuando regresaron.

—Nos han visto —dijo Seneca sin más—. Un niño en el arroyo. Ha salido corriendo.

El impacto de la información se reflejó de inmediato en el rostro de cada hombre.

—¿A qué distancia creéis que está el asentamiento más cercano? —preguntó Decimus.

—No muy lejos —respondió Seneca, agachándose para ajustarse su propia sarcina—. El niño era demasiado pequeño para vagar solo. Quizá a una milla, puede que menos. Tenemos que movernos ya.

Los hombres asintieron y, en cuestión de minutos, habían borrado todo rastro de su presencia. Sica volvió a ponerse en cabeza

y, mientras la oscuridad se cernía sobre el paisaje, el Occultum se escabulló de su refugio temporal, adentrándose en las boscosas colinas. A sus espaldas, en algún lugar de la noche que caía, un niño pequeño describía sin duda, sin aliento, a los extraños hombres que había visto junto al arroyo; hombres cuya apariencia los delataba claramente como forasteros. La carrera había comenzado y se jugaban la vida.

---

# Capítulo Veinticuatro

## Isla Mona

Veteranus permanecía inmóvil en el centro del foso, con los pies firmemente plantados sobre la losa de piedra, cuando el primer grito de ultratumba hizo añicos el silencio y una silueta salió disparada de un cajón, lanzándose por el aire hacia él.

Veteranus reaccionó instintivamente, alzando las manos para protegerse el rostro y, al girar el cuerpo para evitar el impacto, su pie derecho resbaló fuera de la losa de piedra y tocó la tierra más allá de su límite.

La esperada colisión nunca se produjo, pues la criatura fue bruscamente arrastrada hacia atrás, tironeada por una pesada cadena que llevaba al cuello y que Veteranus no había advertido hasta ese instante. Se estrelló contra el suelo justo antes de alcanzarle, debatiéndose y arañando la tierra con furia frustrada.

Otro grito inhumano estalló a su espalda y Veteranus se dio la vuelta, con el corazón retumbándole en el pecho, para ver a una segunda criatura cargar hacia él desde el cajón opuesto, con unos movimientos que eran una grotesca parodia tanto animal como humana.

Consciente de su vulnerable posición, Veteranus retrocedió rápidamente hasta la losa de piedra y recuperó el centro justo cuando el segundo atacante se abalanzaba sobre él. Al igual que el primero, fue detenido en seco por una cadena anclada en las profundidades de su cajón, y unas garras que habían apuntado a su cara rasgaron el aire a escasos centímetros de su piel.

El estruendo en el foso se elevó hasta un nivel ensordecedor cuando los otros dos cajones vomitaron a sus ocupantes. Las cuatro criaturas forzaban ahora sus ataduras, dando vueltas en el límite de sus cadenas como depredadores que pusieran a prueba los confines de una jaula. Cada una lanzaba repetidos ataques hacia la losa de piedra, solo para ser repelida bruscamente en el momento crítico.

El hedor que llenaba el foso era abrumador: una mezcla nauseabunda de cuerpos sin lavar, carne podrida y algo putrefacto que desafiaba toda identificación. Se le agarró a la garganta a Veteranus, provocándole arcadas mientras luchaba por mantener el equilibrio en la cada vez más preciada seguridad de la piedra.

A medida que la conmoción inicial del ataque amainaba, Veteranus pudo ver por primera vez con claridad a sus asaltantes, y lo que vio le heló la sangre en las venas.

No eran bestias. No del todo... Antaño habían sido hombres.

Sus cuerpos estaban demacrados, pero surcados por músculos anormalmente definidos. Un cabello enmarañado y sucio les colgaba de las cabezas deformes, y las uñas de sus manos prensiles, engrosadas y curvadas, se habían convertido en garras que dejaban surcos en la dura tierra apisonada. Les habían limado los dientes en punta, que brillaban amarillentos y afilados a la luz de las antorchas.

Pero fueron sus ojos lo que infundió el más profundo horror en el corazón de Veteranus. En aquellos rostros bestiales y retorcidos, los ojos seguían siendo humanos, despiertos, inteligentes, llenos de un odio y un hambre que ningún animal podría albergar. No eran criaturas irracionales; algo de los hombres que una vez fueron permanecía atrapado en su carne corrupta.

Poco a poco, los ataques se volvieron menos frecuentes, hasta que una de ellas cesó sus embestidas frenéticas y se agazapó en el límite de su cadena. Ladeó la cabeza, estudiando a Veteranus con una concentración inquietante mientras un sonido emergía de su garganta; no eran los alaridos ferales de antes, sino algo que se asemejaba espantosamente a palabras, distorsionadas y destrozadas, pero reconocibles como un intento de habla humana.

Las otras criaturas comenzaron a merodear por los límites de sus ataduras, lanzando alguna embestida desganada hacia la losa de piedra, pero pareciendo reconocer la futilidad de sus esfuerzos. Acechaban en círculos interminables, observando siempre a Veteranus con aquellos ojos terriblemente humanos, esperando a que cometiera un error.

Cuando su miedo inmediato remitió, un horror más profundo arraigó en la mente de Veteranus. Aquellos habían sido hombres, pero ¿qué poder podía transformarlos así? ¿Qué mentes podían concebir semejante transformación, y mucho menos llevarla a cabo?

Sobre el foso, Mordred observaba, con sus ojos ancestrales sin revelar nada de sus pensamientos, mientras Veteranus se enfrentaba a la verdad de su poder druídico. No se trataba de un mero ritual, ni de una representación simbólica de antiguas creencias. Era una prueba tangible, física, de capacidades que Roma, con toda su civilización y erudición, nunca había sospechado. Era una demostración, una advertencia, un atisbo del poder al que se invitaba a Veteranus a servir... o a oponerse.

La decisión que parecía tomada cuando entró en el foso se le presentaba ahora de nuevo, con unas consecuencias que no había llegado a comprender del todo hasta ese momento. La iniciación no era una mera prueba de valor o de compromiso; era una revelación de verdades que no podían desaprenderse y, de pie sobre la losa de piedra, rodeado de los despojos de una humanidad transformada en otra cosa, Veteranus comprendió al fin a qué se había referido Mordred cuando habló de poderes que escapaban a la comprensión de Roma. Y reconoció con terrible claridad por qué Roma temía a los druidas lo suficiente como para cruzar un océano para destruirlos.

---

Con el tiempo, el frenesí de las criaturas remitió. Sus ataques se hicieron menos frecuentes y luego cesaron por completo, a medida que el agotamiento o la resignación se apoderaban de ellas. Una a una, se dejaron caer al suelo; algunas sentadas con las rodillas pegadas al pecho en una postura desconcertantemente humana, otras tumbadas de costado, con las cadenas amontonadas a su alrededor como serpientes metálicas. Todas mantenían los ojos fijos en Veteranus, sin apartar la mirada del hombre que permanecía tentadoramente fuera de su alcance.

El silencio que se instaló en el foso era en cierto modo peor que la cacofonía previa de gritos y gruñidos y, en esa quietud, Veteranus podía oír la respiración fatigosa de las criaturas, el tintineo

ocasional de las cadenas cuando se movían y el lejano murmullo de la multitud que había arriba. El ritmo de su propio corazón deceleró desde su pánico inicial, aunque la adrenalina aún le corría por las venas y lo mantenía rígidamente alerta.

Un movimiento en el borde del foso atrajo su atención hacia arriba, donde aparecieron varios hombres, asomados al brocal de la excavación con patas de cabra cercenadas en las manos. Sin previo aviso, arrojaron los miembros ensangrentados al foso, uno para cada una de las criaturas.

El efecto fue inmediato y espantoso. Las figuras, antes lánguidas, estallaron en un arrebato de movimiento, apoderándose de la carne con desesperada intensidad y desgarrando la vianda cruda con sus dientes afilados, arrancando trozos con brutal eficacia.

Mientras las criaturas estaban distraídas con su comida, un grupo de guerreros druidas descendió al foso, cada uno con una larga lanza con punta de hierro. Trabajando en parejas, se acercaron a las criaturas que se alimentaban y usaron las lanzas para azuzarlas y guiarlas de vuelta a sus respectivas jaulas.

Las criaturas parecían conocer esta rutina. Aunque gruñeron y lanzaron mordiscos cuando las puntas de las lanzas les tocaron la carne, cada una se retiró a su prisión de madera sin oponer gran resistencia, llevándose consigo lo que quedaba de su festín sangriento. Los guerreros cerraron de golpe las puertas correderas con un último y resonante portazo que retumbó en todo el foso y, solo cuando la última jaula estuvo asegurada, Veteranus se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Exhaló con un temblor y, ahora que el peligro inmediato había pasado, las piernas le flaquearon de repente. Al mirar hacia arriba, vio que la mayor parte del clan se había dispersado. Las antorchas que habían rodeado el foso aún ardían, pero el círculo humano que había presenciado su terrible experiencia había desaparecido.

Todos excepto Raven. El antiguo explorador permanecía en el borde, mirando a Veteranus con una expresión que mezclaba el respeto con algo más difícil de identificar, tal vez piedad, tal vez una advertencia.

Veteranus se acercó a la escalera y salió del foso. Detrás de él, sacaron las jaulas a rastras y se las llevaron; las criaturas de dentro guardaban ahora silencio, quizá saciadas por el alimento, quizá resignadas a volver a cualquier oscuridad que las retuviera entre estas demostraciones.

Pronto, solo quedaron Veteranus y Raven. El bosque a su alrededor había caído en una quietud antinatural, como si la fauna local evitara instintivamente el lugar donde tales horrores se habían desatado brevemente.

Veteranus se descubrió incapaz de hablar durante varios largos instantes. Había sido testigo de innumerables brutalidades durante sus años de servicio militar: la violencia calculada de las legiones romanas, los ataques frenéticos de los guerreros tribales, la fría eficacia de sus propias operaciones con los Occultum. Sin embargo, nada lo había preparado para lo que acababa de ver.

—¿Qué... —empezó, pero se detuvo para aclararse la garganta cuando la palabra le salió como poco más que un graznido —. ¿Qué clase de criaturas eran?

La mirada de Raven se desvió de Veteranus hacia el punto distante donde las jaulas habían desaparecido entre los árboles. Cuando habló, su voz tenía un tono hueco, como si las palabras surgieran de algún lugar profundo de su ser.

—Son los perdidos —dijo—. Las criaturas de la noche. — Sus ojos volvieron a Veteranus, reflejando la luz de las antorchas como pozos de agua oscura—. No sienten dolor. No sienten miedo. Solo sienten odio y hambre.

Veteranus procesó estas palabras, comparándolas con lo que había presenciado.

—Pero alguna vez tuvieron que ser hombres —dijo.

—No —dijo Raven, con voz hueca en la oscuridad iluminada por las antorchas—. Ninguno de ellos fue hombre jamás. Eran los hijos de nuestros enemigos, capturados en batalla hace muchos años y transformados por la propia mano de Mordred. Capturados antes de que pudieran hablar, antes de que se formara el recuerdo..., antes de que la humanidad pudiera arraigar.

A Veteranus lo recorrió un escalofrío que nada tenía que ver con el aire de la noche.

—¿Cómo? ¿Qué proceso podría transformarlos en... eso?

Los ojos de Raven reflejaban las lejanas llamas mientras hablaba.

—No conocen otra vida. Desde el momento en el que fueron apresados de niños, se les mantuvo en una oscuridad perpetua, en fosos y cuevas bajo las arboledas sagradas donde jamás llega la luz. Nuestras mujeres les daban el sustento justo para mantenerlos con vida. Con el tiempo, sus ojos se adaptaron para ver lo que otros no pueden y sus únicos recuerdos son de hambre y dolor —continuó, con voz distante como si recitara textos antiguos —. A medida que crecían, se les alimentaba solo con carne cruda, a menudo podrida, para acostumbrar sus cuerpos a la corrupción. Cuando lloraban, se les golpeaba. Cuando mostraban afecto entre ellos, se les separaba. Cuando intentaban erguirse como hacen los humanos, se les ataban las piernas hasta que aprendían a moverse a cuatro patas tan bien como cualquier bestia.

Veteranus sintió que la bilis le subía por la garganta, pero no pudo dejar de escuchar.

—Les limaron los dientes hasta convertirlos en dagas mientras estaban conscientes, para que asociaran sus nuevas armas con el dolor de su creación. Sus uñas no fueron meramente afiladas, sino tratadas con mezclas de hierbas y minerales venenosos que hicieron que se engrosaran y crecieran curvadas como garras. El propio Mordred cortaba sus cuerpos en crecimiento y frotaba pociones en las heridas que retorcían sus músculos, sus huesos —Raven trazó un dibujo en el aire, un símbolo druídico que Veteranus no reconoció—. Se les daban brebajes especiales que alteraban aún más sus mentes y cuerpos: hongos alucinógenos, la sangre de los sacrificios... —su voz se tornó más grave—. Al principio, se les daban animales pequeños para que los mataran: ratones, ratas, zorros; y solo a aquellos que mataban con suficiente salvajismo se les permitía quedarse con la carne. Más tarde, animales más grandes como perros y ciervos, hasta que incluso se les expuso a las bestias que se defendían y, como grupo, se enfrentaban a lobos o incluso a

un oso joven. Con el tiempo, los prisioneros tomados en batalla eran arrojados al foso donde ellos esperaban..., sin las cadenas que los habían mantenido a raya antes. Poco a poco, le cogieron el gusto a la carne humana, especialmente al corazón, y lentamente aprendieron a cazar en manada, comunicándose mediante sonidos que ninguna garganta humana debería poder emitir.

La mirada de Raven pareció volverse hacia su interior, como si viera algo que Veteranus no podía.

—Los he observado durante las cacerías sagradas. Se mueven como sombras por el bosque, siguiendo rastros que ningún cazador normal podría detectar. Pueden rastrear a un hombre durante días sin descanso, sin comida. No sienten ni agotamiento ni piedad.

—Si no los hubiera visto con mis propios ojos —dijo Veteranus—, jamás habría creído que existieran.

—Oh, existen —dijo Raven—. Son los sabuesos del mismísimo Cernunnos, el puente entre nuestro mundo y el siguiente. Son los Espectro.

---

# Capítulo Veinticinco

## Castra Victrix

La recién construida Principia se erguía en el corazón de Castra Victrix, con su armazón de madera como testimonio de la eficiencia romana. La estructura, si bien no era tan grandiosa como la Principia de piedra de las fortalezas permanentes, transmitía sin embargo una sensación de permanencia romana en suelo britano.

Vespasiano examinó la sala de mando con silenciosa satisfacción mientras aguardaba la llegada de los demás oficiales. De las vigas del techo colgaban lámparas de aceite que proyectaban una luz constante por toda la estancia, una notable mejora con respecto a la vacilante iluminación de las tiendas de campaña que habían precedido a esta estructura.

Fuera, la lluvia había comenzado a caer de nuevo, un suave repiqueteo contra el techo de madera que servía de recordatorio constante del adverso clima de la isla. La Principia, sin embargo, permanecía seca y segura, otra pequeña victoria contra los elementos que parecían haberse conjurado contra el avance romano desde su desembarco.

La contemplación de Vespasiano se vio interrumpida cuando los oficiales empezaron a entrar en la sala. Quinto Leoncio, el Primus Pilus de la Segunda Augusta, fue el primero en entrar. A sus cincuenta años, su rostro curtido lucía las cicatrices de tres décadas al servicio de Roma, y su espalda permanecía recta como la de un desfile a pesar de los años que llevaba cargando con la armadura por terrenos diversos y difíciles. Su experiencia práctica sería inestimable en el próximo avance, en particular sus conocimientos sobre cómo mantener la disciplina de la formación en terrenos complicados.

A continuación entró Casio Longino, y la aguda mirada del oficial de inteligencia se posó inmediatamente en los mapas extendidos sobre la mesa. A diferencia de muchos de sus homólogos

militares, Longino había pasado años como mercader antes de alistarse en las legiones, y su comprensión de las costumbres locales, las rutas comerciales y la política regional había resultado esencial para su campaña hasta el momento.

Tres comandantes de cohorte entraron juntos, y la camaradería entre ellos era testimonio de las muchas campañas compartidas por todo el imperio. Quinto Severo mandaba la Primera Cohorte; Marco Vitruvio, la Tercera; y Gayo Petronio, la Quinta. Cada uno dirigía a unos quinientos hombres, y su coordinación resultaría crucial en el avance venidero.

Tito Livio, Tribunus Militum de la Segunda Augusta, llegó con la confianza que le conferían tanto su juventud como su cuna noble. A sus veinticinco años, representaba a la nueva generación de líderes militares de Roma y, a pesar del escepticismo inicial de algunos de los centuriones de más edad, había demostrado su valía durante el cruce de los ríos, haciendo gala tanto de coraje como de sólido juicio táctico.

Los restantes comandantes de cohorte entraron a continuación: Aulo Severino, de la Segunda Cohorte; Lucio Claudio, de la Cuarta; Tiberio Nerva, de la Sexta; Marco Sulpicio, de la Séptima; Décimo Trebio, de la Octava; y Gneo Octavio, de la Décima. Cada hombre aportaba al consejo su propia pericia y temperamento, pero todos compartían el porte disciplinado que los distinguía como productos del sistema militar de Roma.

La sala quedó en silencio cuando el general Plaucio entró, y los oficiales se irguieron de forma casi imperceptible a su llegada, una respuesta refleja a la presencia de la autoridad.

Plaucio se dirigió directamente a la cabecera de la mesa, y su mirada recorrió a los comandantes reunidos antes de hablar.

—Caballeros —comenzó, y su voz se oyó con facilidad en la silenciosa sala—. Nuestra campaña ha llegado a un punto crítico. —Posó ambas manos sobre la mesa, inclinándose ligeramente hacia delante mientras continuaba—. Hemos logrado mucho en poco tiempo. El cruce del Támesis, aunque costoso, quebró la espina dorsal de la resistencia organizada en esta región. Hemos establecido esta posición de vanguardia en Castra Victrix, asegurado

nuestras líneas de suministro hasta Rutupiae y consolidado nuestro dominio sobre los territorios intermedios. —Sus ojos se posaron en el oficial médico presente—. Hemos honrado a nuestros muertos con los ritos apropiados, y los heridos están siendo bien atendidos. Muchos se reincorporarán a nuestras filas en las próximas semanas. —Se enderezó y señaló una sección del mapa que mostraba los despliegues de tropas—. La Decimocuarta Gemina ya se ha desplegado por completo para apoyar nuestras operaciones, proporcionando el refuerzo que necesitamos para la siguiente fase. —Su dedo trazó una ruta hacia el norte en el mapa, deteniéndose en un asentamiento claramente marcado—. Camulodunum —prosiguió, y el nombre quedó suspendido en el aire entre ellos—. La capital tribal y nuestro próximo objetivo.

Vespasiano dio un paso al frente, asumiendo el papel de informador táctico tal y como habían acordado de antemano.

—La distancia es de aproximadamente veinticinco millas desde nuestra posición actual —dijo, señalando la ruta en el mapa—. En condiciones ideales, la travesía llevaría dos días de marcha normal, pero, dado el terreno y la necesidad de mantener formaciones defensivas, hemos asignado tres días para el avance. —Hizo un gesto hacia puntos específicos a lo largo de la ruta proyectada—. El terreno entre nuestra posición y Camulodunum consiste principalmente en campo abierto y ondulado, con zonas boscosas ocasionales. El sendero sigue una vía tribal establecida durante gran parte del trayecto, aunque el término «camino» podría ser generoso para nuestros estándares. Nuestros ingenieros irán mejorando tramos sobre la marcha para el paso de nuestro equipo más pesado.

Cassius Longinus dio un paso al frente ante un gesto de asentimiento de Plaucio.

—Nuestras fuentes indican que no se espera una oposición importante —informó—. Hemos aceptado la rendición formal de muchos clanes locales, incluidos elementos sustanciales tanto de los trinovantes como de los Catuvelaunos. —Su expresión se tornó más cautelosa al continuar.

—No obstante, el propio Caratacus sigue en paradero desconocido. Nuestros informes de inteligencia más recientes sugieren que ha huido hacia el oeste en busca de apoyo entre las tribus más lejanas, en particular los Silures y los Ordovices. Mientras reúne aliados, es posible que algunos de sus guerreros leales intenten emboscadas o incursiones a pequeña escala contra nuestra columna.

Plaucio asintió y se dirigió de nuevo a los oficiales reunidos.

—Aunque no prevemos una batalla campal, avanzaremos como si la esperásemos. La legión se moverá como una sola entidad, en formación de batalla completa. —Paseó la mirada por los oficiales, asegurándose de que comprendían la importancia de este enfoque—. Esto cumple dos propósitos —continuó—: primero, nos asegura que estaremos preparados por si Caratacus hubiera planeado algo que no hemos detectado; segundo, la visión de una legión romana al completo en marcha desmoralizará aún más a cualquiera que todavía considere la resistencia. No somos una mera fuerza militar, somos la manifestación visible del poder de Roma. —Se volvió hacia Aulus Severinus—. Su Segunda Cohorte formará la vanguardia. Sus hombres marcharán a media milla por delante de la columna principal, con exploradores desplegados en la vanguardia y en los flancos.

Severinus asintió con un gesto enérgico.

—Como ordene, general.

—La Novena Legión nos seguirá a un día de distancia —continuó Plaucio—. Asegurará nuestra retaguardia y reforzará las posiciones a lo largo de nuestra línea de suministro. Una vez que lleguemos a Camulodunum, ambas legiones establecerán campamentos fuera de las murallas del asentamiento, una demostración de fuerza abrumadora, pero disciplinada y controlada. —Hizo una pausa, permitiendo que la información se asentara—. Según nuestros informes, el propio Camulodunum no estará defendido. El asentamiento espera nuestra llegada y los líderes tribales que permanecen allí han indicado su voluntad de someterse formalmente a la autoridad romana.

Titus Livius, el joven tribuno, tomó la palabra.

—¿Y si esto resulta ser un engaño, general? ¿Y si encontramos el asentamiento fortificado contra nosotros?

Plaucio acusó recibo de la pregunta con un asentimiento.

—Una preocupación legítima, tribuno. Nuestros elementos de vanguardia llevarán a cabo un reconocimiento exhaustivo antes de que se aproxime la fuerza principal, pero si la situación difiere de nuestros informes, disponemos del equipo de asedio necesario para reducir sus defensas, aunque eso sería… desafortunado para todos los implicados.

La amenaza implícita quedó suspendida en el aire, tácita pero comprendida por todos los presentes. Roma prefería la rendición a la destrucción, pero era perfectamente capaz de lo segundo cuando se le negaba lo primero.

—¿Y una vez que Camulodunum esté asegurado, general? —preguntó Quintus Leontius—. ¿Qué haremos entonces?

—Entonces comenzaremos el proceso de establecer una administración romana permanente —respondió Plaucio—. Camulodunum se convertirá en nuestra capital de provincia. El gobernador Plancus y su personal administrativo ya se están preparando para zarpar desde la Galia en cuanto confirmemos que la zona es segura. Se construirá una fortaleza legionaria permanente y se trazarán los cimientos de una auténtica ciudad romana. —Paseó la mirada por los oficiales reunidos una vez más—. No os equivoquéis, caballeros. Lo que hacemos aquí es histórico. Julio César tocó estas costas, clamó victoria y partió. Nosotros no nos limitaremos a tocar, conquistaremos y permaneceremos. Estamos sentando las bases de lo que se convertirá en la provincia más nueva del imperio.

El peso de esta declaración se cernió sobre los hombres congregados. No eran meros soldados luchando en otra campaña; eran la vanguardia de la civilización romana, extendiendo el alcance del imperio a través de aguas nunca antes cruzadas.

—¿Preguntas? —inquirió Plautius, abriendo el turno de palabra a los comandantes reunidos.

Marcus Vitruvius, de la Tercera Cohorte, levantó una mano.

—General, ¿de qué información disponemos sobre una posible actividad guerrillera? Estos bosques podrían ocultar fuerzas considerables.

—Una preocupación legítima —reconoció Plautius—. Longinus, ocúpese usted de esto.

El oficial de inteligencia volvió a dar un paso al frente.

—Hemos identificado varias zonas boscosas a lo largo de la ruta que podrían servir como puntos de emboscada. Cada una de ellas será reconocida a fondo antes de que se aproxime la columna principal, y nuestros elementos de flanqueo las barrerán a nuestro paso. Nuestra caballería auxiliar patrullará en círculos más amplios alrededor de nuestro avance, negando así al enemigo cualquier oportunidad de agrupar fuerzas sin ser detectadas.

Gaius Petronius, comandante de la Quinta Cohorte, habló a continuación.

—¿Qué hay de nuestro tren de suministros? Supone un objetivo vulnerable.

—Los carros de suministros se desplazarán en el centro de nuestra formación —respondió Vespasiano—, protegidos por todos los flancos por cohortes listas para el combate. Adicionalmente, la cohorte auxiliar bátava proporcionará seguridad específica para los suministros y el equipo esenciales.

Las preguntas continuaron durante un rato, y cada oficial planteaba las preocupaciones específicas de sus responsabilidades. Plautius y su estado mayor las abordaron todas exhaustivamente, demostrando la cuidadosa planificación que había precedido a la inminente operación.

Tiberius Nerva, de la Sexta Cohorte, acabó preguntando por la situación defensiva de los asentamientos que pudieran encontrar a lo largo de la ruta.

—La mayoría son comunidades agrícolas no fortificadas —dijo Longinus—. Las que se hallan directamente en nuestro camino han sido abandonadas en su mayor parte, pues sus habitantes han huido a Camulodunum o hacia el oeste con Caratacus. No esperamos mucha presencia civil hasta que nos acerquemos a la propia capital.

Cuando finalmente las preguntas cesaron, Plautius se enderezó, irguiéndose en toda su estatura.

—Si no hay nada más, caballeros, marcharemos mañana al amanecer. El avance procederá en el orden descrito en los documentos que se están distribuyendo ahora.

Un ordenanza se movió entre los oficiales y entregó a cada uno un pliego sellado que contenía sus instrucciones específicas.

—Revísenlos con atención —ordenó Plautius—. Memoricen los horarios y las formaciones. Espero de cada uno de ustedes una ejecución impecable. —Su expresión severa se suavizó ligeramente —. Todos ustedes han actuado admirablemente hasta ahora, pero Roma nos observa. El propio emperador tiene un interés personal en nuestro progreso, así que no lo decepcionen, ni a mí tampoco.

Los oficiales se irguieron un poco más ante este recordatorio de la atención imperial centrada en su campaña.

—Regresen a sus unidades —concluyó Plautius— y asegúrense de que sus hombres estén preparados para el avance de mañana. Nos moveremos con las primeras luces. Pueden retirarse.

Los comandantes saludaron y comenzaron a salir en fila de la Principia; muchos ya rompían los sellos de sus pliegos de órdenes y revisaban los detalles de la operación venidera. Pronto, solo Plautius, Vespasiano y Longinus permanecieron allí, los tres oficiales superiores contemplando el mapa que se extendía entre ellos.

—¿Qué le preocupa, Longinus? —preguntó Plautius, al advertir el ceño fruncido del oficial de inteligencia.

Longinus vaciló antes de hablar.

—Es Caratacus, general. Ha demostrado ser más ingenioso de lo que habíamos previsto. La facilidad con la que se escabulló tras el cruce del Támesis me inquieta.

—¿Cree usted que podría tenernos preparada alguna sorpresa? —preguntó Vespasiano.

—Creo que un hombre que abandona su capital sin presentar una última batalla lo hace por una razón —replicó Longinus—. Está preservando sus fuerzas, reuniendo aliados. La pregunta es: ¿con qué propósito?

Plautius estudió el mapa, su dedo recorriendo los territorios occidentales hacia donde se creía que Caratacus había huido.

—Esas tribus, los siluros, los Ordovices, los Deceangli..., son gente de montaña, luchadores feroces en su propio terreno. Si los está uniendo a su causa...

—Podríamos enfrentarnos a una prolongada campaña de guerrillas —terminó Vespasiano con gravedad.

—Quizá —reconoció Plautius—. Pero esa es una preocupación para después de que hayamos asegurado Camulodunum. Un objetivo cada vez, señores. Afiancemos primero nuestra posición y ya nos preocuparemos más adelante de lo que acecha en esas montañas del oeste.

Los tres hombres guardaron silencio, meditando cada uno sobre la campaña que tenían por delante. Más allá de los muros de la estructura, los sonidos del campamento proseguían sin cesar: los legionarios instruyéndose, el martilleo de la herrería y las voces de los centuriones dirigiendo a las cuadrillas de trabajo. La maquinaria del poderío militar de Roma, preparándose una vez más para avanzar sobre suelo extranjero.

---

# Capítulo Veintiséis

## Britania Central

Lepidus y Talorcan permanecieron inmóviles en su escondite, observando cómo la columna de caballería auxiliar desaparecía en la distancia. El atronador galope de los cascos se fue apagando gradualmente, reemplazado por los sonidos naturales del bosque: el canto de los pájaros, el susurro de las hojas, el correteo ocasional de pequeñas criaturas entre la maleza.

—Se han marchado —dijo Talorcan al cabo de un rato, con su aguda mirada aún fija en el punto por donde habían desaparecido los romanos—. Tanto la caballería como los vigías de la tribu. Han seguido a la columna, tal como esperaba.

Lepidus se levantó de su posición en cuclillas, con los músculos protestando tras horas de inmovilidad forzada. A pesar de sus años alejado de las operaciones sobre el terreno, las viejas costumbres regresaron con sorprendente facilidad: el movimiento cuidadoso, la alerta constante, la económica conservación de energía que podía significar la diferencia entre la vida y la muerte tras las líneas enemigas.

—¿Cómo de claro es el rastro? —preguntó, sacudiéndose los restos del bosque de su túnica de tela basta.

Talorcan se dirigió hacia el lugar donde días antes habían descubierto los restos mutilados del tribuno Atticus. El claro en sí había sido pisoteado por la patrulla romana durante su investigación, pero más allá de su perímetro, el explorador encontró lo que buscaba: leves impresiones en la tierra, apenas visibles para ojos inexpertos.

—Las huellas son débiles —informó, agachándose para examinar los indicios más de cerca—. Pero aún se pueden seguir. Mira aquí —señaló una depresión apenas perceptible en el suelo del bosque—. Botas militares romanas, el patrón de las tachuelas es inconfundible. Y aquí —su dedo se desplazó a otra marca cercana—, botas celtas, muchas.

Lepidus se unió a él, estudiando los sutiles indicios que Talorcan leía con tal pericia.

—Eso significa que al menos algunos de ellos siguen vivos —dijo—, pero que han sido hechos cautivos.

—Sí —confirmó el explorador—. Fíjate en cómo caminan: no en formación, sino de forma escalonada, irregular. Su zancada es más corta. Probablemente iban atados y los conducían. —Se levantó, estudiando el terreno circundante—. Las huellas se dirigen hacia el oeste, hacia los territorios controlados por los Ordovices.

—Y adentrándose más en la influencia de los druidas —añadió Lepidus con gravedad.

Talorcan asintió, con expresión seria.

—El rastro es débil. Necesitaremos movernos a la luz del día tanto como sea posible para seguirlo.

—Eso aumenta nuestro riesgo de que nos detecten —señaló Lepidus, el estratega en él calculando automáticamente el peligro.

—No tenemos muchas opciones —replicó Talorcan—. Los indicios son demasiado sutiles para rastrear en la oscuridad. Perderíamos el rastro en la primera milla.

Lepidus asintió.

—Muy bien. Pero nos mantendremos en la sombra siempre que sea posible, utilizaremos la cobertura forestal más densa disponible y nos pondremos a cubierto a la primera señal de otros.

—De acuerdo —dijo Talorcan, moviéndose para recuperar su sarcina de su escondite—. Deberíamos ponernos en marcha ya. Hemos perdido varias horas esperando a que la patrulla se marchara.

Lepidus recuperó su propio fardo, comprobando brevemente su contenido antes de asegurárselo a la espalda. Como precaución, se habían deshecho de todo lo que pudiera identificarlos como romanos: insignias militares, equipo reglamentario e incluso los cierres distintivos de sus ropas.

Con Talorcan a la cabeza, se pusieron en marcha hacia el oeste, siguiendo el rastro casi invisible que habían dejado quienes se habían llevado lo que quedaba de la patrulla desaparecida. Lepidus

igualó su ritmo, manteniéndose aproximadamente a cinco pasos por detrás. Era el procedimiento estándar para pequeñas unidades que operaban en territorio hostil, una táctica que él había ayudado a desarrollar durante sus años con los Exploratores y que más tarde había perfeccionado para los Occultum.

Mantuvieron el silencio mientras viajaban, comunicándose solo cuando era necesario y, en tales casos, mediante señales con las manos en lugar de palabras. El sonido se propagaba engañosamente lejos en los bosques, y los cazadores tribales poseían un oído aguzado tras toda una vida acechando presas en estos mismos parajes.

El ritmo era necesariamente lento. Talorcan se detenía con frecuencia a examinar el suelo, a veces retrocediendo cuando el rastro se volvía demasiado tenue para seguirlo de inmediato. Varias veces se arrodilló para apartar las hojas caídas o mover ramas para ver mejor la tierra que había debajo, revelando a los ojos de Lepidus las sutiles marcas de pisadas, ramitas rotas o musgo removido que contaban la historia de quienes habían pasado por allí antes.

A mediodía, habían cubierto quizá unas tres millas, una fracción de lo que legionarios veteranos podrían marchar por calzadas establecidas, pero un avance respetable a través del denso bosque, manteniendo el sigilo mientras seguían un rastro difícil. Cuando se detuvieron brevemente a descansar, Lepidus observó con aprobación que Talorcan escogió una posición que ofrecía tanto ocultación como líneas de visión despejadas en todas direcciones.

Su comida consistió en carne seca y un puñado de grano tostado, consumida rápida y eficientemente. Ni fuego ni comida caliente; nada que pudiera producir humo u olor que delatara su presencia. El agua provenía de sus odres medio llenos, cuidadosamente racionada a pesar de la relativa abundancia de arroyos en la región. Volverían a llenarlos en la siguiente fuente de agua adecuada, pero la experiencia había enseñado a ambos hombres a no dar nunca por sentado que los recursos estarían disponibles cuando se necesitaran.

Tras no más de quince minutos, reanudaron su viaje hacia el oeste. El terreno cambió gradualmente a medida que avanzaban;

el bosque relativamente llano dio paso a un terreno cada vez más ondulado. Pequeñas colinas y valles poco profundos creaban un paisaje de posiciones defensivas naturales y posibles puntos de emboscada.

Dos veces durante la tarde detectaron señales de otros en las cercanías; una vez, el sonido lejano de voces que los obligó a ocultarse de inmediato entre espesos helechos, y más tarde, el débil pero característico olor a humo de leña que provocó un amplio desvío alrededor de lo que Talorcan sospechaba que era un pequeño campamento de caza. La disciplina era automática, arraigada en ambos hombres durante años de operar en un territorio donde ser descubierto significaba la muerte.

Al acercarse el anochecer, Talorcan los condujo a un pequeño barranco, cuyas escarpadas laderas ofrecían protección contra una observación casual.

—Deberíamos descansar aquí esta noche —sugirió, señalando un pequeño saliente en la pared del barranco que proporcionaría un refugio mínimo—. El rastro continúa hacia el oeste, pero nos arriesgamos a perderlo con la escasa luz.

Lepidus asintió de acuerdo.

—La posición es defendible, y el agua corriente enmascarará cualquier ruido que podamos hacer. Buena elección.

Establecieron su sencillo campamento con una eficiencia propia de la práctica, pero de nuevo sin fuego, a pesar del creciente frío de la noche britana. Para dormir se apañaron de forma rudimentaria: las capas extendidas sobre el suelo despejado, los macutos a modo de almohadas y las armas colocadas para un acceso inmediato. Uno dormiría mientras el otro montaba guardia, rotando a lo largo de la noche para asegurar una vigilancia continua.

—Yo haré la primera guardia —ofreció Lepidus, acomodándose contra la pared del barranco con una clara visión de ambas aproximaciones.

Talorcan asintió y se estiró sobre su capa.

—Despiértame a medianoche.

En cuestión de minutos, el explorador había caído en el sueño ligero de un veterano. Lepidus mantuvo su vigilia en silencio,

con la mente dando vueltas a las implicaciones de lo que estaban rastreando. La mutilación del cuerpo del tribuno Atticus, según se había informado, representaba algo más que una agresión tribal convencional. A lo largo de su carrera militar, Lepidus había presenciado numerosas atrocidades cometidas tanto por los enemigos de Roma como por la propia Roma; sin embargo, esto sugería algo diferente: un propósito ritual, quizá, o una demostración de algún poder más allá de la capacidad normal.

---

La noche transcurrió sin incidentes; los dos hombres se turnaron en la guardia según lo planeado y, para cuando el alba comenzó a clarear el cielo por el este, ambos estaban despiertos, consumiendo un desayuno escaso y preparándose para otro día de rastreo.

—El rastro estará más claro hoy —dijo Talorcan mientras se preparaban para partir—. Ha llovido algo durante la noche, no lo suficiente como para borrar las señales, pero sí para asentar la tierra y hacer más visibles las huellas recientes.

Salieron del barranco y reanudaron su viaje hacia el oeste. Tal como Talorcan había predicho, el rastro se volvió algo más fácil de seguir; el suelo húmedo conservaba las pisadas con mayor claridad. El explorador marcó un ritmo ligeramente más rápido, aunque sin dejar de mantener la cautela necesaria en territorio hostil.

A media mañana, se habían adentrado en un terreno notablemente diferente del paisaje del día anterior. El bosque relativamente mixto, con su mezcla de robles, fresnos y avellanos, dio paso a pinos y tejos milenarios, árboles de considerable edad que formaban un alto dosel que limitaba la maleza. El suelo del bosque se convirtió en una alfombra de acículas, y la perpetua penumbra bajo los imponentes árboles creaba una atmósfera de solemnidad primigenia.

—Nos hemos adentrado en una de las arboledas sagradas —explicó Talorcan en un susurro cuando se detuvieron brevemente —. Los druidas cuidan estos espacios, los protegen de la tala y la caza. Se cree que son moradas de espíritus y dioses.

—¿Se usan para rituales? —preguntó Lepidus, sin dejar de escudriñar los alrededores con la mirada mientras hablaban.

—Algunos —confirmó el explorador—. Aunque los que implican sangre suelen celebrarse en lugares preparados específicamente para ello, no en las arboledas sagradas en general. —Frunció ligeramente el ceño—. Aun así, deberíamos avanzar con suma cautela. Incluso en tiempos de paz, los intrusos que penetran en estos lugares se arriesgan a un castigo severo.

Continuaron a través del bosque milenario, su avance ahora marcado por una capa adicional de tensión. Las huellas que seguían no variaban: prisioneros romanos guiados por sus captores tribales, que se dirigían con determinación hacia el oeste. De vez en cuando, encontraban otros indicios que confirmaban su interpretación: una huella más profunda de una bota romana, un pequeño jirón de tela romana enganchado en un arbusto espinoso.

Al caer la noche del segundo día, buscaron refugio bajo las raíces expuestas de un pino caído, cuyo enorme tronco creaba un cortavientos natural. De nuevo, mantuvieron los turnos de guardia, aunque a ambos les costó conciliar el sueño en la inquietante atmósfera de la arboleda. Hasta los sonidos naturales del bosque parecían apagados allí, como si la propia fauna observara algún protocolo de reverencia no escrito.

---

El amanecer trajo una densa niebla que se aferraba al suelo del bosque, reduciendo la visibilidad, pero proporcionando un mayor ocultamiento mientras reanudaban el viaje. El rastro continuaba hacia el oeste, y finalmente los sacó del bosque para llevarlos a un terreno más variado. El relieve comenzó a elevarse de forma más pronunciada, lo que sugería que se acercaban a las estribaciones de las montañas occidentales que formaban la espina dorsal del norte de Britania.

A mediodía del tercer día, habían recorrido aproximadamente treinta millas desde su punto de partida, una distancia respetable dadas las difíciles condiciones y la necesidad de sigilo. El rastro que seguían había empezado a mostrar signos de

converger con otros, lo que indicaba que se acercaban a algún tipo de destino o punto de reunión.

A última hora de la tarde, Talorcan se quedó inmóvil de repente, levantando un puño cerrado. Lepidus se agachó de inmediato, con todos los sentidos alerta a lo que fuera que hubiese provocado la advertencia del explorador.

Las fosas nasales de Talorcan se dilataron ligeramente mientras olfateaba el aire. Lentamente, giró la cabeza hacia Lepidus y articuló una sola palabra:

—Humo.

Ahora que lo había identificado, Lepidus también lo percibió: el olor tenue pero distintivo de la madera quemada que transportaba la ligera brisa. No era el agradable aroma de una hoguera para cocinar, sino algo más rancio, más acre, como si las llamas estuvieran consumiendo otros materiales además de leña limpia.

Con extrema cautela, avanzaron hacia el origen del humo, moviéndose de un escondite a otro con sigilo experto. El bosque había empezado a clarear ligeramente, lo que sugería que se acercaban a algún tipo de claro. Abandonaron sus sarcinae bajo un denso matorral, llevando solo las armas esenciales para mejorar su movilidad de cara a lo que les esperaba.

A medida que se acercaban al aparente origen del humo, ambos se echaron cuerpo a tierra y reptaron la distancia final a través de la maleza, que les proporcionaba ocultación a la vez que ofrecía una visibilidad limitada de lo que había más allá. Apartando una pantalla de helechos con una lentitud exasperante para evitar cualquier movimiento brusco, obtuvieron su primera vista clara de un claro de tamaño considerable.

En el centro del espacio abierto, una gran hoguera aún ardía sin llama y volutas de humo gris se elevaban perezosamente en el aire de la tarde. A su alrededor, el suelo había sido pisoteado por muchos pies, la tierra compactada y removida en patrones que sugerían una actividad significativa. Había varios objetos esparcidos por doquier: trozos de cerámica, huesos desechados, fragmentos de tela... pruebas de lo que podría haber sido una reunión considerable.

Pero fue la visión al otro lado del claro lo que captó de inmediato su atención y les heló la sangre.

Atado a un tosco armazón de madera se hallaba lo que quedaba de uno de los hombres desaparecidos. El rostro había sido parcialmente devorado; faltaban por completo las mejillas, los labios y un ojo, dejando a la vista el blanco hueso del cráneo. La cavidad torácica había sido abierta con violencia, con las costillas astilladas hacia fuera como dedos rotos, y el espacio donde debería haber estado el corazón era ahora un hueco abierto y vacío. Profundos surcos marcaban la carne circundante, como si unas manos con garras hubieran escarbado frenéticamente para alcanzar el preciado órgano, y la sangre se había secado en gruesos regueros por el torso, acumulándose y cuajándose a sus pies. Lo más perturbador era la pura ferocidad evidente en el ataque; no la violencia calculada de enemigos humanos, sino la abrumadora brutalidad de un depredador desconocido.

El rostro de Talorcan había palidecido y el reconocimiento afloraba en sus ojos mientras contemplaba la espantosa escena. Ya lo había visto antes, en el lugar donde habían encontrado al tribuno Atticus, pero el horror no había disminuido con la repetición.

Lepidus estudió la escena con distanciamiento clínico, mas incluso su ojo experto se sintió turbado por lo que tenían ante ellos. No se trataba de un simple asesinato, ni siquiera de un mero ritual. Era una demostración calculada para inspirar terror en quienes la descubrieran.

—Igual que Atticus —susurró Talorcan, con voz apenas audible—. El mismo patrón de destrucción.

—No es humano —convino Lepidus, con voz igualmente baja—. Ningún hombre posee la fuerza para destrozar un cuerpo así.

—No solo la fuerza —replicó Talorcan, con la mirada fija en los restos mutilados—. Fíjate en las marcas de los mordiscos, en la forma en que han arrancado la carne. Esto lo han hecho con dientes y garras, no con armas.

Permanecieron inmóviles al borde del claro, catalogando detalles de los que la mayoría de los hombres habría huido aterrorizada. El ángulo del ataque, el consumo selectivo de ciertas

partes del cuerpo mientras otras estaban simplemente destrozadas, todo apuntaba a algo más allá del comportamiento depredador normal.

—Los otros estuvieron aquí —observó Talorcan tras varios minutos de silenciosa observación—. ¿Ves cómo está la tierra removida alrededor del foso de la hoguera? Muchas pisadas, quizá treinta o cuarenta individuos. Pero la reunión se dispersó, dejando atrás a esta única víctima.

La inquietante escena suscitaba más preguntas que respuestas. ¿Qué había sido de los prisioneros restantes? ¿Qué clase de criatura podía infligir tales daños a un soldado entrenado? Y, lo más apremiante, ¿qué propósito servía semejante violencia ritualizada en los planes mayores de los druidas?

Cuando la luz de la tarde comenzó a menguar, Lepidus hizo una seña para que se retiraran. Se replegaron con el mismo esmero que habían empleado en su aproximación, recuperando sus sarcinae de su escondite antes de poner distancia entre ellos y el claro. Ninguno de los dos habló hasta que hubieron recorrido al menos media milla y hallado un escondite temporal en un denso matorral.

—Tenemos que seguir su rastro —dijo Lepidus—. Lo que sea que haya ocurrido en ese claro está relacionado con lo que están planeando. Debemos descubrir de qué se trata antes de que llegue el Emperador.

Talorcan asintió con gravedad.

—La reunión era numerosa, pero se marcharon hace poco. Su rastro será claro. —Su expresión se endureció—. Pero entiende qué estamos rastreando, senador. No es una simple resistencia tribal o un ritual druídico como lo entiende Roma. Es algo más antiguo, más oscuro. La criatura que mató a ese soldado, y a Atticus antes que él, no es natural.

—Natural o no —replicó Lepidus, comprobando sus armas por tercera vez—, se la puede rastrear. Y lo que se puede rastrear, se puede encontrar. —Sus ojos se encontraron con los de Talorcan, sin vacilar—. Y lo que se puede encontrar, se puede matar.

Mientras la noche comenzaba a caer sobre la naturaleza salvaje de Britania, los dos hombres continuaron hacia el oeste,

siguiendo el claro rastro que había dejado la partida de la reunión. Por delante yacían las respuestas, aunque si las descubrirían a tiempo, o si sobrevivirían a tal descubrimiento, seguía siendo incierto. A sus espaldas, en el claro ahora a oscuras, los restos mutilados del bátavo daban testimonio silencioso de poderes más allá de la comprensión imperial, poderes que se estaban reuniendo contra las águilas de Roma que avanzaban.

---

# Capítulo Veintisiete

## La Costa Occidental

Los Occultum se movían como sombras en el creciente crepúsculo, abandonando la cautela comedida que hasta entonces había caracterizado su viaje.

El inesperado encuentro con el niño les había obligado a actuar. En tierras tribales, los extraños no solo eran inusuales, sino amenazas que debían ser investigadas, capturadas o eliminadas.

—Más deprisa —urgió Séneca mientras cruzaban un pequeño claro, con la voz apenas audible por encima de sus respiraciones controladas—. A estas horas, el niño ya habrá llegado a su asentamiento.

Los seis hombres mantenían un ritmo que devoraba el terreno, equilibrando la velocidad con el ruido y sacrificando parte del sigilo por la necesidad apremiante de interponer distancia entre ellos y sus inevitables perseguidores.

El paisaje se elevaba de forma constante a medida que avanzaban; las llanuras costeras, relativamente planas, daban paso a un terreno cada vez más ondulado. Colinas bajas emergían de la oscuridad ante ellos, con sus siluetas negras recortadas contra el cielo estrellado. Cada pendiente ponía a prueba unos músculos ya cansados y cada descenso ofrecía un respiro momentáneo antes de que comenzara la siguiente subida.

Solo se detenían cuando era absolutamente necesario, en breves instantes para verificar la dirección o consultar su tosco mapa a la luz de las estrellas. Consumían el agua de sus odres con moderación, a pesar del esfuerzo que les dejaba las túnicas húmedas de sudor. Comían sobre la marcha, masticando metódicamente la carne seca, que les proporcionaba sustento sin el lujo del disfrute.

—El terreno se vuelve más escarpado más adelante — informó Marcus durante una de esas pausas—. Estamos entrando en las estribaciones propiamente dichas.

Séneca asintió, estudiando el terreno visible bajo la tenue luz de la luna.

—Bien. Cuanto más alto y accidentado sea el terreno, más difícil será seguirnos el rastro.

Mantuvieron el ritmo durante toda la noche, llevando sus cuerpos cansados más allá de la resistencia normal. No eran hombres corrientes, sino veteranos de innumerables campañas, con sus capacidades físicas perfeccionadas a lo largo de años en las operaciones más exigentes que Roma llevaba a cabo. Donde los legionarios comunes habrían flaqueado, los Occultum seguían adelante, convirtiendo el miedo en energía concentrada y el peligro en una conciencia agudizada.

Al acercarse el alba, Decimus hizo una señal desde su posición en la retaguardia, atrayendo su atención hacia el débil resplandor de unas antorchas encendidas muy a lo lejos, visibles como diminutos puntos de fuego contra la oscuridad que se retiraba.

—Guerreros —dijo Séneca, estudiando las luces lejanas—. Quizá a unas cuatro millas. Hemos ganado terreno, pero no el suficiente.

—Necesitamos cobertura —dijo Cassius—. Un lugar donde escondernos hasta que vuelva a anochecer.

Marcus señaló un afloramiento rocoso que tenían delante.

—Allí. Las laderas más altas tienen menos vegetación. Más piedra, menos huellas.

—En marcha —ordenó Séneca, y el grupo reanudó de inmediato su ritmo acelerado, virando hacia el terreno indicado.

El alba incipiente reveló un paisaje transformado con respecto al de la jornada anterior. Atrás quedaban los densos bosques de las tierras costeras; en su lugar, se extendía un terreno más agreste y yermo de laderas rocosas entremezcladas con vegetación resistente. Árboles raquíticos se aferraban a las grietas donde se había acumulado la tierra, con sus formas retorcidas como testimonio de los vientos inclementes y los escasos nutrientes. Las montañas propiamente dichas se cernían más adelante, con sus cumbres recibiendo la primera luz dorada mientras la tierra a sus pies permanecía velada por las sombras.

Alcanzaron el afloramiento rocoso cuando la plena luz del día se adueñó del campo y eligieron una posición entre peñascos desprendidos que ofrecía tanto ocultación como vistas del terreno inferior.

—Dos hombres de guardia en todo momento —dijo Séneca —. Los demás, que duerman mientras puedan.

Los hombres se acomodaron entre las rocas, buscando el escaso confort que ofrecía el duro suelo. A pesar del agotamiento por su travesía nocturna, a los que no estaban de guardia el sueño les llegó a duras penas, con los cuerpos demasiado tensos por la conciencia de la persecución como para entregarse por completo a la inconsciencia.

---

Al mediodía, los seis hombres se encontraban alerta, observando el terreno que se extendía a sus pies con concentrada intensidad. Las lejanas luces de las antorchas habían desaparecido con el alba, pero los ocasionales movimientos entre los contornos del paisaje revelaban que sus perseguidores no habían abandonado la caza. Grupos de guerreros tribales peinaban las estribaciones, ascendiendo por la ladera siguiendo un patrón de búsqueda coordinado.

—Son buenos —observó Marcus con renuente admiración —. No son simples aldeanos enfurecidos, sino cazadores adiestrados.

—Son meticulosos —añadió Falco, mientras veía a una partida de búsqueda investigar cuidadosamente un pequeño barranco—. Pero lentos. Han cubierto menos de la mitad del terreno entre su punto de partida y nuestra posición actual.

—Tenemos hasta el anochecer —dijo Séneca—. Luego nos moveremos de nuevo.

A medida que avanzaba el día, los hombres ahorraron energías sin dejar de estar alerta. Consumieron unas raciones mínimas, muy conscientes de sus menguantes provisiones. El agua seguía siendo la mayor preocupación; sus odres estaban a menos de la mitad, sin perspectivas inmediatas de reabastecerlos, y el terreno rocoso que les proporcionaba cobijo ofrecía pocas fuentes de agua.

La tarde trajo consigo una ventaja inesperada. Unos nubarrones oscuros se congregaron sobre las montañas y se extendieron gradualmente por el cielo hasta sumir el paisaje en un crepúsculo prematuro. Los truenos retumbaron en la distancia y el aire se cargó con la inminencia de la lluvia.

—Se acerca una tormenta —dijo Decimus, estudiando el frente meteorológico que se aproximaba con el ojo experto de un veterano—. Fuerte, por lo que parece.

—Bien —replicó Séneca—. Borrará las huellas y limitará la visibilidad. La usaremos para cubrirnos.

Las primeras gotas gruesas de lluvia comenzaron a caer a medida que la luz se desvanecía, intensificándose rápidamente hasta convertirse en un aguacero que caía a cántaros sobre las laderas rocosas. Los relámpagos cruzaban el cielo oscurecido, iluminando momentáneamente el paisaje agreste con un crudo relieve para volver a sumirlo en la penumbra. Los truenos resonaban sobre sus cabezas, haciendo eco entre los picos de las montañas.

—Ahora —ordenó Séneca cuando la tormenta alcanzó su máxima intensidad—. Mientras su búsqueda se vea obstaculizada.

Los hombres salieron de su refugio, asegurando su equipo contra los elementos lo mejor que pudieron. La lluvia les pegaba el pelo al cráneo y les empapó la ropa en cuestión de instantes, pero ninguno se quejó. La incomodidad era un precio módico por el amparo que la tormenta les proporcionaba.

Se desplazaron hacia el noroeste, trepando por un terreno cada vez más escarpado y quebrado. La roca mojada resultó ser traicionera, lo que les obligó a llevar un ritmo más lento del que Séneca hubiera preferido, pero aun así siguieron avanzando a buen paso hacia las montañas cercanas.

Hacia la medianoche, la tormenta había pasado, dejando tras de sí un paisaje limpio por la lluvia y un cielo que se despejaba gradualmente para revelar las estrellas y una luna menguante. La temperatura descendió notablemente tras la tormenta, sumando a los desafíos ya existentes la incomodidad de la ropa mojada en el aire frío. Aun así, siguieron adelante, empujando sus cuerpos cansados a base de pura determinación.

El amanecer del segundo día los encontró en lo alto de una ladera rocosa, con las llanuras costeras ya muy atrás. Abajo, un paso de montaña natural trazaba un camino sinuoso a través de la formidable cordillera, visible como una grieta serpenteante entre imponentes picos. Encontraron refugio entre un grupo de peñascos que les proporcionaban tanto cobertura como un excelente punto de observación sobre el paso.

Cuando la plena luz del día iluminó el paisaje, la importancia estratégica del paso se hizo evidente. Representaba la ruta más viable a través de la cordillera en muchas millas a la redonda, un corredor natural que conectaba las tierras meridionales de los Ordovices con el norte, donde se encontraba Mona.

—Mirad —dijo Sica, señalando un movimiento en el paso.

Una pequeña caravana de mercaderes se abría paso por el estrecho valle, con carretas tiradas por recios ponis de montaña cargados de mercancías con destino a los mercados costeros.

—El paso es muy transitado —observó Marcus mientras veían avanzar la caravana—. Una ruta comercial natural.

Durante todo el día, observaron el paso desde su posición elevada. Aparecieron más viajeros: comerciantes solitarios con animales de carga, una familia con todas sus posesiones, una partida de cazadores que regresaba con sus presas. Más preocupantes eran los grupos periódicos de guerreros que se movían por el corredor, algunos en pequeñas patrullas de tres o cuatro, otros en fuerzas considerables de veinte o más.

—Movimientos tribales —constató Séneca, estudiando un grupo especialmente numeroso que pasaba por debajo—. Más que la actividad normal de patrulla. Se están reuniendo para algo.

—O respondiendo a algo —sugirió Decimus—. Quizá la noticia de nuestra presencia se haya extendido más de lo que pensábamos.

Esta posibilidad pesaba en el ambiente mientras continuaban con su observación. Si el conocimiento de la presencia de intrusos se había extendido por los territorios tribales, su misión se enfrentaba a desafíos aún mayores de lo previsto. Seis hombres,

por muy hábiles que fueran, no podían esperar evadir a las partidas de caza combinadas de múltiples tribus decididas a encontrarlos.

A medida que avanzaba el día, su situación táctica inmediata se hizo cada vez más clara. El paso que se extendía a sus pies representaba tanto una oportunidad como un peligro; era la ruta más directa hacia su objetivo, pero también la más transitada y la que con mayor probabilidad estaría vigilada. Intentar cruzarlo, sobre todo con una mayor vigilancia tribal, los expondría a un descubrimiento casi seguro.

—Podríamos intentar colarnos de noche —sugirió Falco—. Encontrar un hueco entre patrullas.

—Demasiado arriesgado —replicó Séneca, negando con la cabeza—. Un solo encuentro, una sola alarma, y quedaríamos atrapados en una encerrona natural con enemigos a ambos lados.

—¿Y si rodeamos? —preguntó Casio—. ¿Hay otro paso a una distancia razonable?

Marco consultó el burdo mapa que tenían. —El siguiente paso viable está, como mínimo, a tres días de viaje hacia el este, y probablemente tan vigilado como este.

Los seis hombres guardaron silencio, cada uno sopesando las escasas opciones que se les presentaban. La misión, que ya había pasado de desafiante a desesperada, ahora parecía rayar en lo imposible. Sin embargo, ninguno habló de abandonar su objetivo, de dar media vuelta hacia el este, en dirección a las líneas romanas y la seguridad.

Cuando la luz comenzó a menguar en su segundo día en las montañas, Séneca estudió los imponentes picos que se alzaban justo encima de su posición. A diferencia del paso relativamente hospitalario que había debajo, aquellas alturas no ofrecían una ruta fácil, solo escarpadas paredes de roca, traicioneras laderas de derrubios y un aire enrarecido que haría cualquier esfuerzo el doble de exigente. Ningún viajero sensato intentaría cruzar directamente por semejante terreno cuando había un paso viable a su alcance.

—Si no podemos atravesarlo —dijo Séneca al fin, expresando en voz alta el pensamiento que se había estado formando en su mente—, y no podemos rodearlo...

—Pasaremos por encima —terminó Sica, siguiendo la mirada de su comandante hacia las amenazantes cumbres.

La sugerencia quedó flotando en el aire entre ellos. Cruzar directamente las montañas significaba desafiar no solo a enemigos humanos, sino a la propia naturaleza. Las alturas eran peligrosas incluso para escaladores experimentados en condiciones ideales. Para seis hombres exhaustos, con suministros limitados y equipo inadecuado, aquello rayaba en el suicidio.

—Sería inesperado —reconoció Marco tras un momento de reflexión—. Nadie pensaría en buscarnos en las crestas más altas.

—Porque nadie sería lo bastante necio como para intentarlo —murmuró Falco.

—Hemos sobrevivido a cosas peores —dijo Décimo. Séneca examinó a sus hombres y leyó en sus expresiones la misma determinación sombría que él sentía. Las probabilidades imposibles no eran nada nuevo para los Occultum; habían forjado su reputación logrando lo que las fuerzas convencionales consideraban inalcanzable. Este sería simplemente un obstáculo más, aparentemente insuperable, que superar al servicio de Roma.

—Nos moveremos con las primeras luces —decidió Séneca —. Viajaremos ligeros de equipaje: solo una tienda y las armas esenciales. Todo lo que pueda ralentizar nuestro ascenso se queda atrás.

Los hombres asintieron, ya haciendo un inventario mental de sus escasas posesiones, decidiendo qué podía abandonarse y qué debía conservarse. Sus vidas dependerían de estos cálculos, de equilibrar la necesidad de equipo con las exigencias de un movimiento rápido por un terreno traicionero.

Mientras la noche caía sobre las montañas, cada hombre se preparó a su manera para el desafío que les aguardaba. Comprobaron y aseguraron las armas, reforzaron los cordones de las botas y organizaron los odres de agua para una distribución óptima del peso. Algunos durmieron brevemente, almacenando energía para el esfuerzo venidero; otros hicieron guardia, siguiendo con la mirada el movimiento de las patrullas tribales a través del paso de abajo, lo

que confirmaba una vez más que la ruta elegida, por peligrosa que fuera, era su única opción viable.

Séneca fue el que más tiempo permaneció despierto, con la mirada fija en la oscura silueta de las montañas contra el cielo estrellado. Mañana intentarían lo que pocos se plantearían siquiera, jugándose la vida contra las fuerzas primigenias de la naturaleza en un intento desesperado por completar su misión. El riesgo era inmenso, pero la alternativa, el fracaso, era inaceptable.

En algún lugar más allá de aquellas imponentes cumbres se encontraban Mona y Raven. El camino que los separaba parecía imposible, pero los Occultum habían hecho de lograr lo imposible una costumbre. Una vez más, intentarían lo impensable, o posiblemente morirían en el intento. El alba diría qué destino les aguardaba.

---

# Capítulo Veintiocho

## Isla Mona

Veteranus permanecía inmóvil sobre la roca desgastada por el tiempo que dominaba la costa occidental de la isla Mona, con la mirada fija en el mar embravecido que se extendía ante él. La marea entrante rompía contra la escarpada costa a sus pies, lanzando columnas de espuma blanca hacia el cielo antes de retirarse, solo para cobrar fuerza y asaltar de nuevo la roca impertérrita. Habían pasado horas desde que buscara aquel punto de observación aislado, pero el tiempo apenas tenía sentido mientras su mente lidiaba con el peso de la elección.

Llevaba días sin poder conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, regresaban las visiones: unas criaturas retorcidas que antaño habían sido niños, transformados a lo largo de años de crueldad sistemática en algo que ya no era del todo humano, las criaturas a las que llamaban los Espectro. Lo más perturbador no era en lo que se habían convertido, sino el proceso deliberado que los había creado: sus dientes limados, sus miembros deformes, sus ojos que, de algún modo, conservaban una terrible consciencia a pesar de los horrores que se les habían infligido.

Se ciñó la capa para protegerse del frío del alba. En todos sus años al servicio de Roma, a través de campañas en tres continentes, a través de las operaciones encubiertas con los Occultum donde la moralidad siempre se subordinaba a la necesidad, nunca se había topado con una crueldad deliberada tan sistemática, tan resuelta en su aplicación.

—¿Qué clase de mente concibe algo así? —le susurró al mar indiferente.

La pregunta lo atormentaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Los druidas, con su sabiduría ancestral y su conexión con las fuerzas naturales, siempre habían sido presentados en los relatos romanos como primitivos, supersticiosos, sanguinarios en sus sacrificios, pero limitados en su entendimiento. Lo que había presenciado en el foso, y que más tarde había sabido tanto por

Mordred como por Raven, sugería algo muy diferente: una cultura capaz de una paciencia que abarcaba décadas, de un conocimiento más allá de la comprensión romana, de una crueldad calculada que rivalizaba con cualquier cosa que el mundo «civilizado» hubiera producido.

Sin embargo, aun mientras condenaba lo que había visto, su mente se volvía inevitablemente hacia comparaciones incómodas. ¿Acaso Roma no había infligido también un sufrimiento sistemático a lo largo de su expansión? Niños arrancados de los pueblos conquistados, criados como esclavos, con sus identidades borradas, sus cuerpos utilizados para el trabajo, el placer o el espectáculo según los caprichos de sus amos. Poblaciones enteras crucificadas como escarmiento, abandonadas a una muerte agónica y prolongada a lo largo de las calzadas públicas. Juegos de gladiadores donde los hombres eran forzados a matarse entre sí para el entretenimiento de multitudes que los aclamaban.

La escala difería, tal vez. Los Espectros representaban un puñado de seres transformados, mientras que las víctimas de Roma se contaban por cientos de miles. Pero ¿importaba la escala al evaluar la oscuridad del espíritu humano que concebía tales cosas? ¿Podían las mentes que crearon a los Espectros ser juzgadas con más dureza que las que diseñaron las ingeniosas torturas de las cámaras de interrogatorio y los anfiteatros romanos? Veteranus se pasó una mano por el rostro, sintiendo la barba incipiente que le había crecido durante su vigilia insomne. La simple sensación física le ofreció un respiro momentáneo de los argumentos circulares que habían ocupado sus pensamientos durante la larga noche.

Había sido un asesino para Roma, un instrumento de la política imperial cuyas manos habían puesto fin a vidas consideradas una amenaza para los intereses romanos. Algunas de esas muertes habían sido limpias, rápidas, misericordiosas, si es que una ejecución podía llamarse así alguna vez. Otras habían sido más lentas, más calculadas, diseñadas para extraer información antes de conceder la liberación final. No había cuestionado aquellas acciones en su momento; las había compartimentado como necesarias al servicio de la paz mayor que Roma proporcionaba.

Sin embargo, Roma lo había abandonado, lo había sentenciado a muerte cuando su utilidad terminó, cuando cambiaron los vientos políticos. Colegas que habían compartido mesa con él, que habían luchado a su lado, que lo habían llamado hermano, le habían dado la espalda cuando llegaron las órdenes de eliminarlo. No le debía nada a Roma, ni lealtad, ni servicio, y desde luego no el beneficio de la duda moral.

Entonces, ¿por qué dudaba? ¿Por qué la decisión que tenía ante sí, la de ayudar a Mordred en su plan contra el imperio, le causaba tanta agitación interna?

El horizonte oriental había comenzado a clarear, las primeras y pálidas insinuaciones del amanecer despuntaban sobre la isla. Pronto la aldea se despertaría; los pescadores prepararían sus barcas, los artesanos comenzarían sus labores diarias, los druidas llevarían a cabo sus ritos matutinos en las arboledas sagradas. La vida normal continuaba a pesar de las extraordinarias decisiones que se estaban tomando en su seno.

La propuesta de Mordred era elegante en su simpleza, pero devastadora en su impacto potencial. No detendría la conquista de Roma; nada podría hacerlo, no de forma permanente. Los recursos del imperio eran demasiado vastos, su determinación demasiado arraigada, su hambre de nuevos territorios demasiado profunda para ser frustrada permanentemente por una sola acción.

Pero lo que Mordred proponía enviaría un mensaje que resonaría en los salones de mármol del poder de Roma, que susurraría en los oídos de emperadores aún por nacer: no sois invencibles. Vuestro poder tiene límites. Vuestras legiones pueden sangrar. Y algún día, quizá dentro de siglos, ¡vosotros también caeréis!

¿Valía la pena su participación por ese mensaje? ¿Valía la pena aliarse con quienes habían creado al Espectro? ¿Valía la pena volverse contra el imperio que lo vio nacer, por muy imperfecto y cruel que fuera?

Los primeros rayos dorados del sol asomaron por las colinas del este, iluminando la costa con una cálida luz que contradecía el peso de la decisión que tenía ante sí. Veteranus

observó cómo un par de aves marinas planeaban sobre las agitadas aguas, sus movimientos elegantes y precisos en busca de su presa matutina.

En aquel instante de belleza natural en medio de su lucha moral, la claridad comenzó a emerger del caos. La cuestión no era si Roma o los druidas podían atribuirse la superioridad moral, pues ambos habían cometido atrocidades, ambos tenían las manos manchadas de sangre desde hacía generaciones. La cuestión era más sencilla, más personal: «¿Con qué camino podría vivir? ¿Qué elección podría tomar y aun así seguir reconociéndome a mí mismo?».

Roma había ordenado su muerte cuando se convirtió en un estorbo. Sus antiguos hermanos del Occultum habían aceptado la orden sin rechistar, pero esta fue anulada cuando, inesperadamente, lo indultaron. Cualquier lealtad que una vez sintió por el imperio se había roto no por decisión propia, sino por la de ellos.

El sonido de unos pasos que se acercaban por el sendero rocoso a su espalda lo sacó de su ensimismamiento. No se giró, pues reconoció el paso deliberado de Kendra, la sacerdotisa guerrera que había mostrado un interés particular por él desde su llegada.

—El alba te saluda, Veteranus —dijo ella, colocándose a su lado. Llevaba el pelo oscuro recogido en intrincadas trenzas que denotaban tanto su rango como su linaje, y su rostro lucía las marcas rituales azules de su estatus—. ¿Has encontrado respuestas en la noche?

—Quizá —respondió él, con la mirada todavía fija en el horizonte—. O quizá solo más preguntas para sustituir a las que ya tenían respuesta.

—Los antiguos dicen que la sabiduría empieza por aceptar que algunas preguntas no tienen respuesta —ofreció ella, sentándose en una roca cercana—. Solo elecciones, cada una con sus propias consecuencias.

—Una filosofía conveniente para quienes desean eludir el juicio moral —observó él.

—O una realista para quienes comprenden que la vida rara vez ofrece caminos perfectos —replicó ella—. ¿Qué es lo que más te

atormenta? ¿La elección que tienes ante ti o lo que presenciaste en el foso?

Veteranus se volvió para mirarla directamente, estudiando las facciones serenas de una mujer nacida y criada en la tradición druídica, pero que a todas luces poseía un intelecto que cuestionaba y evaluaba en lugar de limitarse a aceptar.

—Ambas cosas —admitió—. Los Espectros... representan una crueldad que me cuesta comprender, incluso habiendo sido testigo de atrocidades por medio mundo conocido.

Kendra asintió, aceptando su valoración sin intentar justificarla ni defenderla.

—Son una oscuridad heredada —dijo—, mantenida porque cumplen un propósito que quienes nos precedieron consideraron necesario.

—¿Acaso esa distancia exime a quienes los mantienen ahora? —preguntó él—. ¿A quienes los alimentan, a quienes los usan como armas?

—No más de lo que Roma está eximida de los sistemas de sufrimiento que heredó y mantiene —replicó ella—. Los estrados de subastas donde se venden niños, las fincas de los ricos donde los esclavos mueren por miles, las arenas donde la muerte es un espectáculo... todo ello existía antes de que los romanos de hoy nacieran. ¿Acaso esa distancia los exime a ellos ahora?

La pregunta de ella reflejaba su propia lucha interna con tal precisión que no pudo sino apreciar el paralelismo. Permanecieron en silencio durante un rato, observando cómo el día se iluminaba aún más y el azul del mar se intensificaba a medida que las sombras retrocedían.

—Mordred cree que te unirás a nosotros —dijo Kendra finalmente—. No ve en ti simplemente a un aliado útil por tus conocimientos, sino algo más: el reconocimiento de la verdad de que ni Roma ni Britania ostentan una superioridad moral en este conflicto. Solo perspectivas distintas sobre lo que exige la supervivencia.

—¿Y tú qué ves? —preguntó Veteranus.

—Veo a un hombre que ha vivido demasiado tiempo en las sombras como para sentirse cómodo ya sea en la oscuridad total o en la plena luz —respondió ella con una perspicacia sorprendente—. Un hombre acostumbrado a moverse en el espacio que media entre fuerzas opuestas, tomando de cada una lo que necesita sin pertenecer por completo a ninguna.

—¿Y si decido ayudar a Mordred? —preguntó, aunque sospechaba que ya sabía la respuesta.

—Entonces no se te pediría que te convirtieras en algo que no eres —dijo ella—. Ningún juramento de lealtad eterna, ninguna renuncia a tu propio juicio, ninguna pretensión de que nuestros métodos son perfectos o que no tienen un coste. Solo tu pericia aplicada a un propósito concreto, en el entendimiento de que todos los implicados reconocemos la complejidad moral de lo que hacemos.

El sol ya había sobrepasado por completo el horizonte y su calor comenzaba a disipar el frío matutino. A sus pies, en el puerto de la aldea, se botaban las primeras barcas de pesca y los hombres se gritaban unos a otros mientras se preparaban para la jornada. La vida seguía su curso, como siempre, ajena a las trascendentales decisiones que se tomaban en su seno.

Veteranus se levantó de la roca, con los músculos entumecidos por las horas de inmovilidad, pero con la mente más despejada que en los últimos días.

—He pasado la noche aquí sentado —dijo—, dándole vueltas una y otra vez en la cabeza a cada argumento. Y he llegado a una conclusión. Ayudaré a Mordred; no porque crea en todo lo que los druidas defienden, ni porque haya abandonado todo lo que Roma me ha dado, sino porque esta acción en concreto me parece la correcta en este preciso momento de la historia.

Se apartó del mar y miró hacia el interior, hacia la aldea donde Mordred aguardaba su decisión.

—He tomado una decisión. Ahora veamos qué consecuencias trae consigo.

Juntos descendieron por el sendero rocoso, dejando atrás el aislamiento de la cima del acantilado por el bullicio de la aldea, y,

al acercarse a las primeras viviendas del asentamiento, Veteranus supo que, pasara lo que pasase, no había tomado aquella decisión por odio a Roma ni por amor a Britania, sino gracias a la sabiduría duramente ganada tras una vida entera observando la verdadera naturaleza del poder y sus efectos sobre aquellos atrapados en sus corrientes.

Roma continuaría su conquista, y probablemente lograría someter gran parte de Britania como había sometido a incontables tierras antes. Pero quizás, gracias a sus actos y a los de otros como él, el imperio aprendería que la conquista tenía costes que no había previsto, que ciertos conocimientos no podían ser destruidos con la espada y el fuego, que las semillas de su futura caída se estaban sembrando justo cuando alcanzaba el apogeo de su poder. Era suficiente. Tenía que serlo.

---

# Capítulo Veintinueve

## El Camino a Camulodunum

El alba despuntó sobre la columna romana, como si hasta el sol hubiera sido reclutado para el servicio imperial. Cuatro mil hombres se desperezaron en su campamento provisional mientras los centuriones daban órdenes a voz en grito y los legionarios desmontaban tiendas, empacaban el equipo y se agrupaban en sus unidades designadas. Con las primeras luces, la Segunda Augusta estaba lista para marchar, una máquina de guerra engrasada por la disciplina e impulsada por la inquebrantable certeza del destino manifiesto de Roma.

Los ingenieros, protegidos por una cohorte de auxiliares bátavos, habían pasado semanas despejando y mejorando la ruta. Donde antes un estrecho sendero tribal serpenteaba por el campo, ahora se extendía hacia el norte una auténtica calzada militar en dirección a Camulodunum. Se habían talado árboles, nivelado terrenos escarpados y salvado arroyos con sólidas construcciones de madera que, con el tiempo, serían reemplazadas por otras de piedra. Roma no se limitaba a atravesar territorios: los transformaba, imponía su visión de orden sobre el propio paisaje.

—¡Segunda Augusta! ¡Adelante!

La orden resonó a lo largo de la columna, transmitida de oficial a oficial hasta alcanzar las últimas filas.

Ya se habían desplegado dos centurias de exploratores, exploradores experimentados que se extendían por delante y por los flancos, con los ojos constantemente alerta a cualquier señal de emboscada o resistencia. Aquellos hombres eran los órganos sensoriales de Roma en territorio hostil, atentos a peligros que las fuerzas convencionales podrían pasar por alto. Detrás de ellos venían las unidades de caballería auxiliar y la cohorte de vanguardia, con los escudos alineados en perfecta formación y las puntas de las lanzas reluciendo bajo la luz de la mañana.

Luego venía el corazón de la legión, cohorte tras cohorte de infantería pesada, los legionarios que habían conquistado la

mitad del mundo conocido. Cada hombre cargaba con su equipo con destreza consumada: el gladio en la cadera derecha, la daga pugio en la izquierda, la jabalina pilum en ristre y el gran escudo scutum protegiéndole el flanco izquierdo. Sus botas caligae tachonadas golpeaban el suelo al unísono, creando una percusión rítmica que anunciaba el avance de Roma mucho más allá del alcance de la vista.

En el centro de la formación cabalgaban los oficiales al mando de la legión. Vespasiano se sentaba erguido sobre su montura, con la mirada escrutando constantemente tanto a sus hombres como el terreno circundante. A su lado, el general Plaucio mantenía una vigilancia similar; el peso del mando supremo se hacía evidente en su mesurada evaluación del progreso.

Detrás de ellos, portados con reverente orgullo, iban los estandartes. En primer y más importante lugar, el águila, símbolo del poder imperial y del orgullo legionario, cuya silueta dorada atrapaba la luz del sol como si los propios dioses bendijeran su avance. Luego el Vexillum, la gran enseña cuadrada con la designación y los honores de la legión, seguido de las signa individuales de cada cohorte, decoradas con las faleras, torques y coronas ganadas en victorias pasadas.

El espectáculo era deliberadamente impresionante, no un mero avance militar, sino una declaración visual del poder imparable de Roma. Así era como se expandían los imperios, no de forma furtiva ni disculpándose, sino con una abierta declaración de poder e intención. La estampa estaba diseñada para infundir valor en los corazones romanos y desesperación en aquellos que pudieran considerar la resistencia.

Tras la fuerza principal de infantería venían las unidades de artillería de la legión, con las balistas y los escorpiones desmontados para su transporte, y sus componentes cargados en carros tirados por mulas. A continuación, el tren de bagajes propiamente dicho, cientos de carros de suministros que transportaban alimentos, pertrechos, material médico y todas las necesidades materiales de un ejército en campaña. Los seguidores del campamento formaban la retaguardia, la red de apoyo no oficial pero esencial de artesanos,

mercaderes, sirvientes y otros que orbitaban en torno a la estructura militar.

Flanqueando toda la columna cabalgaba la caballería auxiliar, principalmente bátavos y tracios, hombres reclutados en territorios conquistados que ahora servían al imperio que había sometido sus patrias. Mantenían una pantalla flexible a ambos lados, listos para responder a amenazas desde cualquier dirección o para llevar mensajes a lo largo de la considerable extensión de la columna.

—Magnífico, ¿no es así? —observó Plaucio mientras coronaban una pequeña elevación que ofrecía una vista de su formación extendiéndose a sus espaldas—. La manifestación visible de Roma.

Vespasiano asintió, apreciando tanto la eficiencia táctica como el poder simbólico del espectáculo.

—Los nativos que observan desde esas colinas recibirán el mensaje con suficiente claridad —dijo—. Esto no es una partida de saqueo ni una incursión temporal; esto es ocupación, administración, transformación.

Cabalgaron un rato en un silencio cómplice, cada uno absorto en sus propios pensamientos mientras la legión continuaba su inexorable avance hacia el norte.

—Hemos perdido menos hombres de lo esperado —señaló Vespasiano finalmente, retomando su continua evaluación de la campaña—. El cruce del Támesis fue costoso, pero, desde entonces, las bajas han sido mínimas.

—La victoria decisiva ha surtido efecto —replicó Plautius—. Muchas tribus consideran más sabio el acuerdo que la resistencia. ¿Para qué morir luchando cuando la rendición trae consigo los beneficios del comercio, la ley y la protección de Roma?

—Algunos podrían cuestionar si esos beneficios compensan la pérdida de la independencia.

Plautius se encogió ligeramente de hombros.

—Una cuestión filosófica que escapa a nuestra incumbencia como militares. Roma decide expandirse y nosotros

ejecutamos esa decisión. Los oficiales políticos que vengan después se encargarán de gestionar la transición de la conquista al gobierno.

La conversación derivó hacia la logística mientras proseguían la marcha: las preocupaciones mundanas, aunque críticas, de abastecer a más de cuatro mil hombres en territorio extranjero. Las fuentes de agua habían resultado ser más fiables de lo que se temía en un principio; las reservas de grano locales, más abundantes, y el tiempo se había mantenido inusualmente seco, ahorrándoles el infame lodo britano, capaz de transformar los caminos en ciénagas y las simples marchas en agotadoras penalidades.

Hacia el mediodía, la columna se detuvo para un breve descanso. Los legionarios consumieron una comida fría de pan y carne seca mientras permanecían en formación, listos para reanudar el avance en cualquier momento.

Mientras se preparaban para retomar la marcha, Plautius desvió la conversación hacia el tema que había ocupado gran parte de sus discusiones privadas en los últimos días.

—He recibido noticias de Roma —dijo en voz baja, asegurándose de que la conversación no saliera de entre ellos—. El emperador llegará en un plazo de dos meses y espera encontrar una provincia segura a la espera de su reconocimiento formal.

El semblante de Vespasiano se contrajo de forma casi imperceptible.

—Un espectáculo político que desvía recursos de la verdadera pacificación.

—Y, sin embargo, uno al que debemos adaptarnos —replicó Plautius con pragmatismo—. Claudio necesita este triunfo para afianzar su posición. Sin él, su apoyo en Roma sigue siendo precario.

—Entiendo la necesidad política —dijo Vespasiano—. Simplemente cuestiono el momento. Las tribus occidentales continúan insumisas, Caratacus sigue recabando apoyos para la resistencia y nuestra información sobre las actividades druídicas sugiere que están planeando algo importante.

—Son todas preocupaciones válidas —reconoció Plautius—. Pero poco se puede hacer. El emperador ha decidido y debemos ejecutar su decisión.

---

El segundo día los adentró en un territorio más densamente poblado. Varios campos de grano se extendían por el fértil valle del río, salpicados de pequeños asentamientos y granjas aisladas. A diferencia de las aldeas abandonadas del día anterior, algunas de estas mostraban signos de ocupación continuada: finas columnas de humo que ascendían de las hogueras, ganado en los corrales y atisbos ocasionales de gente que observaba su paso desde las puertas antes de retirarse al interior.

—Se quedan —observó Vespasiano con interés—. Estas comunidades más cercanas a Camulodunum no huyen.

—Han aceptado la realidad —replicó Plautius—. Los ancianos de las tribus de los trinovantes y los catuvelonos se han rendido formalmente, así que esta gente sigue el ejemplo de sus líderes.

La tentativa aceptación que encontraron no provocó ninguna reducción de la vigilancia. La legión mantuvo la plena preparación para el combate durante todo el avance, con exploradores sondeando constantemente el frente y los flancos, y patrullas de caballería barriendo arcos más amplios para asegurar que ninguna fuerza se congregara sin ser detectada. Roma había aprendido por amarga experiencia que la aparente sumisión podía enmascarar una intención mortal.

Aquella tarde, mientras la legión establecía su campamento de marcha con una eficiencia consumada, Plautius convocó a sus oficiales de mayor rango para repasar la aproximación del día siguiente a Camulodunum. Una vez más, se desplegaron mapas sobre una mesa de campaña en la tienda del comandante; cada uno mostraba diferentes aspectos de su objetivo: rasgos topográficos, estructuras defensivas y vías de aproximación y retirada.

—Llegaremos mañana a mediodía —les informó Plautius, trazando la última etapa de su ruta—. La legión se desplegará en

formación de batalla completa ante las puertas principales, no como una amenaza directa, sino como una demostración de poder.

—¿Supongo que en el asentamiento esperan nuestra llegada? —preguntó el primus pilus, práctico como siempre.

—Sí —replicó Plautius—. Nuestros mensajeros han sido recibidos y han regresado sanos y salvos. Los líderes tribales que permanecen en Camulodunum han manifestado su disposición a someterse formalmente a la autoridad romana.

—¿Y les creemos? —insistió otro oficial.

—Sus actos respaldan sus palabras —respondió Plautius—. No han hecho preparativos para un asedio, ni han reunido una fuerza de combate considerable, ni han acumulado provisiones fuera de lo común. Todo indica que aceptan su situación con sinceridad.

La reunión informativa prosiguió, y en ella se detallaron con precisión la formación y el procedimiento. A pesar de que se esperaba una entrada pacífica, se abordó toda contingencia, desde una resistencia inesperada hasta una posible traición o desastres naturales. El éxito militar de Roma no se basaba únicamente en la superioridad de su equipamiento y adiestramiento, sino también en esta incesante previsión de todos los desafíos posibles.

---

El tercer día amaneció despejado y cálido, con condiciones ideales para la última etapa de su avance. La legión levantó el campamento con su pericia habitual y reanudó la marcha hacia el norte; cada hombre era plenamente consciente de que ese día alcanzarían la capital tribal que representaba su objetivo principal desde su desembarco en las costas de Britania.

Cerca del mediodía, coronaron una suave colina y la columna se detuvo por un instante. Ante ellos se extendía un amplio valle, con sus fértiles vegas surcadas por pequeños arroyos y campos de cultivo. Y allí, al otro lado, se alzaba Camulodunum.

Plautius detuvo su montura en la posición de la vanguardia, con Vespasiano a su lado. El asentamiento era considerable para los estándares britanos, mucho mayor que las aldeas por las que habían pasado en los últimos días. Cientos de casas circulares, dispuestas en calles más o menos organizadas,

llenaban el área dentro de una robusta empalizada de madera. El humo de las hogueras para cocinar se elevaba desde el interior, y se podían ver figuras moviéndose a lo largo de las murallas, observando la llegada de los romanos.

La mayoría de las estructuras seguían el diseño tribal tradicional, pero entre ellas destacaban varios edificios más grandes de construcción en piedra: un complejo de templos cerca del centro, lo que parecía ser una sala del consejo y varias residencias importantes que probablemente pertenecían a líderes tribales o druidas. Ninguna representaba una preocupación militar significativa; no eran fortificaciones, sino símbolos de estatus e importancia religiosa.

La empalizada en sí medía aproximadamente doce pies de altura, lo suficientemente resistente como para disuadir a incursores ocasionales, pero no había sido diseñada para resistir un asalto decidido. Ninguna obra de tierra defensiva complicaba la aproximación, ni fosos u otros obstáculos para frenar a las fuerzas atacantes. Era un núcleo de población, no una fortaleza, exactamente como había indicado su servicio de inteligencia.

—Centinelas en la muralla, pero no guerreros en formación —observó Vespasiano—. No hay señales de defensas preparadas.

—Como esperábamos —replicó Plautius—. Han elegido la sumisión en lugar de la resistencia. —Estudió el asentamiento durante unos instantes más, comparando mentalmente lo que veía con los informes y mapas preparados por sus oficiales de inteligencia. Satisfecho de que no les esperaba ninguna sorpresa, se volvió hacia su portaestandarte.

—Ordene el avance. Despliegue estándar.

Las trompetas sonaron a lo largo de la columna, y sus notas claras transmitieron instrucciones precisas a cada unidad. La legión respondió con una precisión mecánica: las cohortes pasaron de la formación de marcha al despliegue de batalla, creando la distintiva disposición romana que tan eficaz había demostrado ser en innumerables campos de batalla.

El avance se reanudó por la suave pendiente hacia Camulodunum, ya no como una columna, sino como una amplia

formación diseñada tanto para obtener la máxima ventaja táctica como para causar un gran impacto psicológico. Los escudos, alineados, se solapaban para ofrecer protección; las puntas de las lanzas destellaban en hileras precisas; los estandartes se alzaban en alto para proclamar la presencia de Roma. Aquella era la cúspide de la ciencia militar de la Antigüedad: miles de hombres que operaban como un único organismo, con el poder amplificado por la unidad y la fuerza multiplicada por el orden.

Al aproximarse al terreno despejado ante las puertas principales del asentamiento, la magnificencia de la Segunda Augusta se hizo patente en todo su esplendor. Miles de hombres y caballos en formación de batalla, con una disciplina evidente en cada intervalo mantenido con precisión, en cada movimiento sincronizado. Tras ellos venían los elementos de apoyo: la artillería, el tren de abastecimiento, todos los componentes que transformaban una fuerza de combate en una máquina de conquista autosuficiente.

Desde el interior de las murallas de Camulodunum, fueron apareciendo rostros a lo largo de la empalizada, cada vez más numerosos a medida que los romanos se acercaban. No eran guerreros que se preparasen para la defensa, sino gente corriente —hombres, mujeres y niños— que observaba con expresiones que iban del miedo a la curiosidad y la resignación mientras su mundo cambiaba irrevocablemente ante sus ojos.

Las puertas permanecían cerradas, aunque de las murallas no partió ninguna acción hostil. Ninguna flecha describió un arco hacia las líneas romanas, no se arrojaron piedras ni se alzaron gritos de guerra en señal de desafío. Solo un silencio expectante mientras la legión completaba su despliegue y formaba una media luna masiva ante la entrada principal del asentamiento.

Plautius avanzó a caballo con una pequeña guardia de honor y se situó donde pudieran verlo claramente desde las murallas. Su armadura relucía bajo el sol del mediodía y su capa carmesí ondeaba ligeramente con la suave brisa. La viva imagen de la autoridad romana, que proyectaba tanto poder como confianza.

Durante varios instantes, no sucedió nada. La escena se mantuvo estática: el poderío romano desplegado ante las murallas

tribales, cada bando observando al otro a través de una brecha que representaba mucho más que un mero espacio físico. Entonces, con deliberada lentitud, las puertas de madera empezaron a abrirse.

Un pequeño grupo salió del asentamiento, ocho figuras en total. No llevaban armadura ni portaban armas, y mantenían las manos abiertas a los costados en el gesto universal de intenciones pacíficas. A la cabeza caminaba un anciano, cuyo cabello y barba blancos contrastaban con los dibujos de glasto azul visibles en su rostro y manos. El torque de oro que llevaba al cuello lo identificaba como un jefe de rango considerable, probablemente el líder tribal de mayor autoridad que quedaba tras la huida de Caratacus.

Avanzaron hasta el punto medio entre las murallas y las líneas romanas, y allí se detuvieron, a la espera. El mensaje era claro: llegarían hasta allí en son de paz, pero esperaban que Roma les correspondiera.

Plautius se volvió hacia Vespasian, con el atisbo de una sonrisa de satisfacción en sus rasgos curtidos.

—Y así, Britannia comienza su transformación —dijo en voz baja.

Hizo una breve seña a su guardia de honor y juntos cabalgaron para reunirse con la delegación tribal. Tras ellos, la legión al completo mantenía su formación perfecta, encarnación viva del método de Roma: negociar cuando fuera posible, avasallar cuando fuera necesario. Y mientras el sol alcanzaba su cénit sobre Camulodunum, iluminó el momento en que la antigua Britannia y la Roma imperial se encontraron por fin en un reconocimiento formal.

---

# Capítulo Treinta

## Las Altas Montañas

La montaña se cernía ante ellos, sus laderas erosionadas ascendiendo hacia cumbres envueltas en nubes que parecían rasgar el mismísimo suelo del cielo. Lo que desde la distancia había parecido meramente formidable se revelaba ahora como algo verdaderamente sobrecogedor, una barrera natural que durante siglos había disuadido a los viajeros y los había forzado a tomar los desfiladeros que los Occultum no podían arriesgarse a utilizar.

—Ascenderemos por aquí —dijo Séneca, señalando una cresta inclinada que ofrecía la aproximación más gradual a las cotas más altas—. El terreno proporciona algo de cobertura y el ángulo es factible.

Comenzaron el ascenso con las primeras luces, avanzando en fila india con Sica abriendo la marcha. Las laderas iniciales resultaron ser relativamente benévolas: rocosas, pero estables, con ocasionales bosquecillos de pinos enanos que proporcionaban tanto puntos de agarre como ocultación de posibles observadores desde abajo. Los hombres se movían con esmerada precisión, probando cada punto de apoyo antes de cargar todo su peso, manteniéndose alerta tanto del terreno como de sus alrededores.

—Dosificaos —aconsejó Decimus—. Conservad la energía para los tramos más empinados que nos esperan.

Hacia el mediodía, habían ascendido tal vez un tercio de la altura de la montaña hasta alcanzar una cornisa relativamente llana que les ofreció un breve respiro. Los hombres se detuvieron para recobrar el aliento y bebieron con moderación de sus menguantes reservas de agua. Abajo, el valle que habían atravesado se extendía con detalle panorámico, y el desfiladero que habían estado observando se veía ahora como una delgada línea que serpenteaba entre las cumbres adyacentes.

—Ninguna persecución a la vista —informó Falco, escrutando el terreno a sus pies.

—No me sorprende —dijo Cassius—. Nadie en su sano juicio intentaría esta ruta.

Su descanso fue necesariamente breve. El tiempo en las regiones montañosas podía cambiar con una rapidez pasmosa, y pasar una noche a la intemperie en las laderas más altas pondría a prueba hasta su considerable resistencia. Reanudaron el ascenso, con Sica guiándolos hacia lo que parecía una ruta viable para el siguiente tramo.

Tras una hora de escalada constante, encontraron su primer obstáculo importante: una pared de roca casi vertical de unos diez metros de altura que les bloqueaba el paso. Sica la estudió con atención, probando los agarres y buscando un modo de subirla o rodearla.

—Demasiado lisa —informó tras varios intentos—. Necesitaríamos equipo de escalada.

—Retrocedamos —decidió Séneca—. Hay que buscar otro camino.

El desvío les costó un tiempo y una energía preciosos. Descendieron unos cien metros antes de encontrar una ruta alternativa, un barranco escarpado que ofrecía un camino ascendente desafiante pero posible. Las piedras sueltas que llenaban el barranco hacían la escalada peligrosa, pues cada paso desprendía material que caía estrepitosamente tras ellos, pero, poco a poco, fueron ganando altura.

Conforme avanzaba la tarde, la temperatura descendió notablemente. Los vientos que en el valle habían sido meramente vigorizantes se volvieron cortantes a esta altitud y calaron en sus ropas con helada persistencia. Las nubes se arremolinaron en torno a la cumbre de la montaña, ocultando su objetivo y trayendo consigo la amenaza de unas precipitaciones que harían que su ya difícil ascenso fuera potencialmente mortal. Lo que había comenzado como una caminata exigente se transformó en una verdadera escalada que requería el uso tanto de las manos como de los pies y ponía a prueba la fuerza tanto de los brazos como de las piernas.

Un agudo grito de alarma rasgó el gemido constante del viento cuando Falco resbaló hacia atrás ganando velocidad y

arañando la roca con los brazos en una búsqueda desesperada de un asidero; pero antes de que el desastre pudiera cobrarse su vida, un saliente rocoso detuvo su caída, frenando su descenso con un impacto demoledor que le dejó sin aliento.

Los demás acudieron rápidamente; Decimus fue el primero en llegar a su lado.

—¿Algo roto? —preguntó mientras sus manos ya se movían para comprobarle las extremidades y las costillas con pericia.

Falco hizo una mueca, con el rostro pálido bajo su piel oscurecida por la intemperie.

—Solo mi orgullo —consiguió decir—, y quizá una costilla o dos.

Un examen más exhaustivo confirmó contusiones, pero ninguna fractura o dislocación. El antiguo gladiador había tenido suerte; un par de metros en cualquier dirección y su caída habría continuado sin freno por varios cientos de metros de ladera implacable.

—¿Puedes continuar? —preguntó Séneca, con una pregunta más directa que compasiva. En su situación, podría ser necesario tomar decisiones difíciles.

Falco se puso en pie con dificultad, haciendo una mueca de dolor, pero estable.

—Por supuesto —respondió, como si cualquier otra respuesta fuera inconcebible—. Hará falta algo más que un tropezón para impedirme verle la cara a Raven cuando lo encontremos.

Reanudaron el ascenso con renovada cautela, pues el percance les había servido de crudo recordatorio de la indiferencia de la montaña ante la importancia de su misión. La naturaleza no reconocía ni la autoridad de Roma ni la determinación del Occultum; simplemente existía, para ser respetada o para imponer duros castigos a la ignorancia o la arrogancia.

A medida que subían, la temperatura seguía bajando. El viento adquirió un nuevo filo, arrastrando a veces cristales de hielo que picaban en la piel expuesta como diminutas dagas. Su aliento formaba nubes ante sus rostros y el sudor generado por el esfuerzo

se enfriaba rápidamente sobre su piel, creando un peligroso escalofrío que les robaba el calor y la energía.

Al final de la tarde, alcanzaron la línea de nieve. Primero aparecieron manchas blancas en las grietas sombrías, que luego se extendieron hasta cubrir zonas más amplias a medida que ascendían. La nieve era vieja y compacta, ofrecía un apoyo engañosamente estable en algunos tramos, mientras que en otros ocultaba un hielo traicionero. Cada paso requería una prueba antes de afirmarlo, y el avance se ralentizó hasta casi detenerse mientras se abrían paso por un paisaje cada vez más extraño.

El avance se producía a intervalos: ganaban unos cuantos metros, hacían una breve pausa para recuperarse, otro avance..., y la luz comenzó a decaer, añadiendo urgencia a sus esfuerzos. Ser sorprendidos en la ladera expuesta de la montaña después del anochecer reduciría drásticamente sus posibilidades de supervivencia.

—El último esfuerzo —los apremió Séneca mientras el tramo final se cernía ante ellos.

Con los músculos ardiendo y los pulmones esforzándose en el aire enrarecido, se impulsaron hacia arriba. Tenían las manos ensangrentadas por las rocas afiladas y los pies entumecidos por el frío, pero, de repente, ya no había ningún lugar más alto al que subir y, uno a uno, se auparon hasta la última cresta rocosa, desplomándose brevemente para recuperarse del esfuerzo final.

La vista que los recibió superó todo lo que habían imaginado. El sol, que comenzaba su descenso por el oeste, proyectaba una luz dorada sobre un panorama de una escala sobrecogedora. Detrás de ellos se extendían los territorios que habían atravesado —montañas, valles y bosques hasta donde alcanzaba la vista—, mientras que ante ellos, en la distancia, se encontraba la imagen que tanto habían viajado para ver: la isla Mona, el bastión de los druidas, el refugio de su objetivo.

—¿A qué distancia? —preguntó Falco, con la respiración aún fatigada por la subida.

—Un par de días —respondió Marcus tras estudiar el terreno que tenían delante—. Dependiendo de las condiciones.

La evaluación fue aleccionadora. Habían superado la montaña, pero su viaje distaba mucho de haber concluido. Entre su posición actual y Mona se extendían kilómetros de territorio desconocido, tribus potencialmente hostiles y el propio estrecho, que requeriría algún medio para cruzarlo cuando finalmente llegaran a él.

Tuvieron poco tiempo para contemplar estos desafíos. El viento en la cresta soplaba con una fuerza espantosa, portador de un frío que calaba hasta los huesos.

—Tenemos que bajar —dijo Séneca—, encontrar un refugio antes de que anochezca.

La ladera occidental presentaba un aspecto diferente a la que habían ascendido, menos escarpada, pero cubierta por una nieve más profunda que ocultaba la naturaleza del terreno subyacente y, a medida que perdían altitud, lo peor del viento amainó. La nieve fue clareando gradualmente, dejando al descubierto más roca y, finalmente, indicios de vegetación.

La luz decaía rápidamente cuando divisaron su salvación: el oscuro contorno de los árboles que emergía de la ladera quizá a quinientos metros por debajo de su posición. La visión les infundió nuevas energías para la etapa final del descenso y la promesa de un refugio empujó sus cuerpos cansados más allá de los límites normales. Alcanzaron la linde del bosque justo cuando la oscuridad se apoderaba de la montaña.

—Paramos aquí —anunció Séneca, seleccionando una zona relativamente llana bajo los árboles más grandes. A pesar del agotamiento, establecieron un campamento básico trabajando con una coordinación experta.

Séneca y Marcus construyeron un rudimentario cortavientos con ramas caídas mientras Sica preparaba un hoyo para el fuego, eligiendo con cuidado un lugar donde las llamas quedaran resguardadas de la vista desde abajo. Decimus ayudó a Falco a recoger leña adecuada; el exgladiador se movía con rigidez, pero insistía en contribuir a pesar de sus heridas.

Mientras tanto, Cassius preparó lo que quedaba de sus raciones: una mísera colección de carne seca, pan duro y grano. Combinado con nieve derretida y calentado al fuego, formaría una

sopa sencilla pero reconfortante, desesperadamente necesaria tras su exposición a las duras condiciones de la montaña.

Se congregaron en torno a la hoguera, con los cuerpos doloridos por el esfuerzo del día y el ánimo, a la par, exaltado por la hazaña y aplacado por los desafíos que aún les aguardaban. El vapor ascendía de sus ropas húmedas mientras entraban en calor, y el simple placer de devolver el calor a las extremidades entumecidas eclipsó momentáneamente sus mayores preocupaciones.

—La sopa está lista —anunció Cassius al cabo de un rato, mientras removía la improvisada comida en su único caldero. Repartió raciones en cuencos de madera; la comida era sencilla, pero su hambre desesperada y el calor que proporcionaba la convirtieron en algo cercano al lujo.

Comieron en silencio durante varios minutos, y los únicos sonidos eran el crepitar del fuego y el lejano gemido del viento, que aún torturaba las cumbres que habían dejado atrás. Finalmente, Séneca habló, con un tono más reflexivo que autoritario.

—Hemos hecho lo que pocos intentarían y menos aún lograrían —dijo, señalando la montaña que se alzaba sobre ellos—. Descansaremos aquí dos noches para recuperar fuerzas, pero después seguiremos la linde del bosque hasta que podamos bajar al valle sin peligro.

El plan era sencillo, pero acertado. La mayor altitud les proporcionaría mejor visibilidad del terreno que tenían por delante, al tiempo que les ofrecería el amparo del bosque. Una vez que hubieran identificado una ruta segura hacia las tierras más bajas, podrían reanudar su viaje hacia Mona.

Mientras el fuego se reducía a un lecho de brasas incandescentes, los hombres se dispusieron a descansar y establecieron los turnos de guardia habituales a pesar del cansancio. Tres dormirían mientras otros tres se mantenían alerta. La travesía había sido más dura de lo que habían previsto, pero ahora, con la cordillera a sus espaldas, estaban mucho más cerca de su objetivo y Raven, lo presintiera o no, se encontraba ya a su alcance.

---

# Capítulo Treinta y Uno

## Britania Central

La niebla de la madrugada se aferraba al suelo del bosque mientras Lepidus y Talorcan continuaban su persecución, moviéndose en silencio a través de la densa maleza. Llevaban casi diez días siguiendo el rastro, y las señales indicaban que cada día que pasaba se acercaban más a su presa. El paisaje a su alrededor había cambiado gradualmente; esta región de Britania central estaba más poblada que los territorios salvajes que habían atravesado antes, con aldeas dispersas y caminos trillados que surcaban los valles.

Talorcan se detuvo para examinar unas huellas recientes en la tierra blanda junto a un arroyo.

—Han pasado por aquí hace no más de unas horas —susurró, alzando la vista hacia Lepidus—. Pero han rodeado la aldea en lugar de atravesarla.

Siguieron viajando hasta el anochecer, avanzando a buen ritmo a pesar de su cautela. Al caer el crepúsculo, se encontraron en una cresta desde la que se dominaba un pequeño valle cubierto de robles y olmos centenarios. De repente, Talorcan alzó la mano, indicándole a Lepidus que se detuviera.

—Ahí —susurró, señalando hacia un claro entre los árboles, a una media milla de distancia.

Lepidus entornó los ojos y vio el tenue resplandor anaranjado de unas hogueras que parpadeaban entre los troncos de unos árboles enormes. El corazón se le aceleró. Tras días siguiendo rastros y señales, por fin habían avistado a su presa.

—Los hemos encontrado —murmuró, con una mezcla de satisfacción y aprensión en la voz—. Ahora viene la parte peligrosa.

—Es demasiado peligroso acercarse más esta noche —dijo Talorcan—. Mañana al anochecer, deberíamos poder ver qué está pasando. Acampemos en el valle.

Descendieron por la cresta, aprovechando cada sombra y contorno del terreno para ocultar su avance. El suelo del bosque era

un laberinto traicionero de ramas caídas y hojarasca, y cada paso requería una cuidadosa colocación para no hacer ruido. Finalmente, satisfechos con su posición, desenrollaron sus sacos de dormir y comieron algo de comida fría.

—Descansa —dijo Talorcan—. Te despertaré si algo cambia.

Lepidus asintió. Llevaba días sin dormir como era debido, y la vigilancia constante le estaba pasando factura. Se envolvió en la capa y se acomodó contra la base de un ancho roble, con la espada al alcance de la mano, pero, a pesar de su agotamiento, el sueño le llegó a trompicones, con la mente acelerada por las preguntas sobre su misión y los hombres a los que perseguían.

---

A la mañana siguiente, ambos se despertaron antes del amanecer y guardaron sus pertrechos en las sarcinae.

—¿Crees que saben que los siguen? —preguntó Lepidus.

Talorcan negó con la cabeza.

—No. Si lo supieran, ya se habrían enfrentado a nosotros o nos habrían tendido una emboscada.

Una vez listos, se dirigieron de nuevo al oeste, deseosos de no dejar que su presa se adelantara demasiado. El terreno se volvió más difícil a medida que avanzaban y, cuando el sol comenzó a descender, Lepidus divisó algo a través de un claro entre los árboles: la cima de una colina desprovista de bosque sobre la cual se erguía un asentamiento como ninguno que hubieran visto hasta entonces. Estaba fortificado, rodeado por una sólida empalizada de troncos afilados. Terraplenes de tierra y fosos formaban capas defensivas adicionales, e incluso desde esa distancia pudo distinguir las siluetas de los guardias que patrullaban el perímetro.

—No es lo que me esperaba —admitió Lepidus, estudiando la fortificación con creciente preocupación.

Pasaron el resto del día estableciendo un punto de observación seguro con una vista clara del asentamiento.

—Observamos y esperamos —decidió Lepidus—. Si deciden marcharse de nuevo, estaremos preparados.

---

El primer día de observación reveló poco más allá de las actividades rutinarias de un asentamiento bien organizado. La gente se movía por fuera de la empalizada, ocupándose de las tareas diarias, el humo se elevaba de varias hogueras y se oía el ganado de los corrales intramuros. No había nada abiertamente siniestro en el lugar y, sin embargo, algo en él inquietaba a Lepidus.

Al caer la noche, el asentamiento se volvió más activo en lugar de menos. Se encendieron más fuegos y el sonido de las voces llegaba débilmente a través de la distancia hasta su escondite. Lepidus y Talorcan se turnaron para vigilar durante la noche, pero los hombres a los que habían seguido no salieron.

Se prepararon para una noche de vigilancia y su inquietud crecía con cada hora que pasaba. La noche se oscureció, la capa de nubes bloqueaba las estrellas y la luna y dejaba solo el resplandor de los fuegos del asentamiento para iluminar el paisaje.

A pesar de su determinación de permanecer alerta, Lepidus sintió que los párpados le pesaban a medida que transcurrían las silenciosas horas. Estaba luchando contra la somnolencia cuando Talorcan se incorporó de repente a su lado, completamente despierto en un instante.

Al principio, Lepidus no oyó nada más que los sonidos normales del bosque nocturno, pero entonces un leve y rítmico golpeteo llegó transportado por el aire de la noche; eran tambores que provenían del interior del asentamiento.

—Algo está pasando —dijo.

El ritmo de los tambores aumentó y los cánticos se hicieron más fuertes, más fervientes.

Observaron en tenso silencio mientras el ruido del asentamiento seguía creciendo, los tambores y los cánticos alcanzaban un tono frenético y, de repente, todo se detuvo. El silencio que siguió fue absoluto, antinatural en su plenitud, como si todo el bosque contuviera la respiración. El silencio se prolongó durante varios latidos y luego fue destrozado por un sonido que le heló la sangre a Lepidus: un grito aterrador que resonó en la noche, humano pero lleno de tal agonía que apenas parecía posible. Casi de inmediato se le unió algo más, un rugido bestial de una ferocidad

tan primigenia que ambos hombres echaron mano instintivamente a sus armas.

—Por todos los dioses —musitó Lepidus, con los nudillos blancos alrededor de la empuñadura de su gladio—. ¿Qué ha sido eso?

Talorcan negó lentamente con la cabeza, su rostro habitualmente impasible mostraba una alarma genuina.

—No se parece a nada que haya oído antes —admitió.

El grito se intensificó y alcanzó un tono que parecía imposible de producir para unos pulmones humanos. Continuó durante lo que pareció una eternidad, pero que probablemente no fueron más que unos pocos latidos, antes de cortarse con una terrible brusquedad.

En el silencio que siguió, Lepidus podía oír su propio corazón martilleándole en el pecho, hasta que, unos instantes después, un rugido colectivo de aprobación estalló desde el interior del asentamiento, seguido de la reanudación de los tambores y los cánticos triunfales.

Poco a poco, el ruido amainó y la noche acabó por volver a algo parecido a la normalidad. Pero para Lepidus y Talorcan, nada volvería a ser normal. Permanecieron sentados en un silencio atónito durante un buen rato, ninguno de los dos dispuesto a expresar los pensamientos que bullían en sus mentes.

—¿Con qué nos hemos topado? —dijo Lepidus finalmente.

—Con algo antiguo —replicó Talorcan—. Algo que debería haber permanecido enterrado en los rincones más oscuros de estas islas.

Lepidus se quedó mirando el ahora silencioso asentamiento.

—¿Y los hombres a los que seguimos? ¿Qué papel desempeñan en esto?

—Me temo que lo descubriremos muy pronto —dijo Talorcan.

Un viento frío susurró entre los árboles que los rodeaban, trayendo consigo el débil aroma a humo y algo más, algo metálico y desagradable. Lepidus se encontró pensando en la razón por la que

habían venido a esta misión, la cuidadosa redacción que ahora parecía deliberadamente vaga.

—Deberíamos retirarnos —sugirió Talorcan—. Informar de lo que hemos encontrado antes de seguir adelante.

Pero Lepidus negó con la cabeza.

—No. Hemos llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás. Necesitamos averiguar qué está pasando. Mañana continuaremos con la observación. Quizá a la luz del día podamos encontrarle más sentido a lo que hemos presenciado.

Mientras volvían a sus puestos de vigilancia, Lepidus no podía quitarse la sensación de que habían cruzado un umbral sin retorno. Lo que fuera que les esperaba dentro de aquella empalizada superaba el alcance de su experiencia como soldado de Roma.

En la oscuridad, el lejano asentamiento se recortaba contra el cielo nocturno. En apariencia, no era más que otro castro fortificado, uno de tantos diseminados por Britania, pero Lepidus sabía que la realidad era otra. Tras aquellas murallas se hallaban las respuestas a unas preguntas que ya no estaba seguro de querer formular.

---

# Capítulo Treinta y Dos

## Camulodunum

El edificio de piedra se erigía como una anomalía entre las estructuras de madera de Camulodunum, y sus muros, desgastados por el tiempo, eran testimonio de la influencia que ya había comenzado a calar en Britania mucho antes de que llegaran las legiones de Roma. La luz del sol se filtraba por los altos ventanales y proyectaba largos haces de luz sobre la asamblea congregada en el interior. A la cabeza del gran salón, sentado a una ornamentada mesa elevada sobre un estrado de madera, el general Aulo Plaucio contemplaba a los reunidos con la mirada mesurada de un hombre que había conquistado naciones. A su lado, Vespasiano estaba sentado con un rígido porte militar, con las manos llenas de cicatrices apoyadas sobre la mesa de madera y un semblante que no delataba sus pensamientos.

Ambos comandantes vestían sus atuendos militares de gala, con relucientes corazas adornadas con intrincados relieves, capas carmesí echadas sobre un hombro y sujetas con broches de oro, y las inconfundibles insignias de la autoridad imperial de Roma en un lugar bien visible. Detrás de ellos se encontraba una fila de oficiales, cada uno portando el estandarte de sus respectivas cohortes, con rostros impasibles mientras observaban a los representantes congregados.

Los ancianos de las tribus se sentaban en bancos dispuestos ante los comandantes romanos, ataviados cada uno con sus propios atuendos ceremoniales, que indicaban su rango y filiación tribal. Intrincados torques de oro les ceñían el cuello y sus brazos lucían brazaletes en espiral de plata y bronce. Sus vestimentas, teñidas con vivos colores y adornadas con complejos motivos, contrastaban marcadamente con la uniformidad de la vestimenta militar romana. Algunos llevaban elaborados tocados con astas o plumas, mientras que otros exhibían tatuajes faciales que denotaban su estatus entre su pueblo.

A pesar de sus galas, la realidad de la situación era inconfundible. No se trataba de aliados que se reunían como iguales, sino de pueblos subyugados que rendían pleitesía a sus conquistadores. Las expresiones de los líderes tribales oscilaban entre una hostilidad apenas velada y una aceptación resignada, pero todos sobrellevaban el peso de su nueva condición bajo la creciente sombra de Roma.

—Nos reunimos hoy para formalizar lo que ya se ha decidido por la fuerza de las armas —comenzó Plaucio, con una voz que resonó con facilidad por todo el salón. Un traductor a su lado vertía su latín a la lengua celta para aquellos que no hablaban el idioma de sus conquistadores—. Camulodunum pertenece ahora a Roma y, a través de él, el emperador Claudio extiende su protección a quienes reconozcan su autoridad.

Vespasiano observaba los rostros de los ancianos tribales mientras Plaucio hablaba. Algunos le sostenían la mirada, un gesto de desafío que, a su pesar, lo impresionó. Otros miraban al suelo, con el orgullo visiblemente herido. Unos pocos asentían levemente, pragmáticos que ya habían calculado que la alianza con Roma ofrecía mejores perspectivas que la resistencia continua.

—El emperador es generoso con quienes aceptan su amistad —prosiguió Plaucio—. Se construirán calzadas que conectarán sus asentamientos. El comercio fluirá. Se impartirá justicia con equidad para todos los que vivan bajo la ley romana. Sus hijos aprenderán a leer y escribir, y los más brillantes de entre ellos podrían servir algún día en la administración de esta provincia.

Un murmullo recorrió la asamblea ante estas palabras, y no todo fue negativo, advirtió Vespasiano. La promesa de educación y progreso para sus hijos resultaba atractiva para algunos, aun cuando otros lo veían claramente como una supresión cultural.

—En reconocimiento de la autoridad y protección de Roma, se recaudará un tributo —anunció Plaucio, yendo al meollo del propósito de la reunión—. Cada clan contribuirá según sus medios. Aquellos que demuestren lealtad verán cómo la carga se aligera con cada año que pase.

Uno por uno, los representantes fueron llamados a presentarse. El primero en acercarse fue un anciano de los trinovantes, una tribu que había sufrido bajo el dominio de sus vecinos, los catuvelonos, antes de la llegada de Roma. Quizá por esta razón, parecía menos resentido que muchos de sus homólogos al aproximarse a los comandantes romanos.

—Los trinovantes ofrecen tributo a Roma —anunció en un latín con acento pero inteligible, una elección que Vespasiano reconoció como una deliberada diplomacia.

A una señal del anciano, dos hombres entraron portando un pequeño cofre de madera. Lo depositaron ante los comandantes romanos y lo abrieron, revelando cientos de monedas de plata, muchas con las imágenes de líderes tribales, pero algunas claramente de origen romano, reunidas a lo largo de décadas de comercio.

Plaucio asintió con la cabeza, y unos escribas sentados en una mesa más pequeña a un lado tomaron nota del contenido del tributo.

—El emperador reconoce la sabiduría de los trinovantes al elegir la paz —respondió.

La procesión continuó, con representantes de tribus tanto grandes como pequeñas acercándose para presentar su tributo. Los Icenos, cuyas tierras se extendían hacia el norte, enviaron un contingente liderado por un hombre de rostro adusto que se acercó a la mesa con una reticencia manifiesta.

—Los Icenos reconocen la presencia de Roma en nuestras tierras —declaró con cuidado, evitando cualquier lenguaje que sugiriera sumisión—. Ofrecemos estos presentes en un espíritu de respeto mutuo.

La elección de las palabras no les pasó desapercibida ni a Vespasiano ni a Plaucio, pero dejaron pasar el desafío implícito sin hacer comentarios. El tributo de los Icenos era sustancioso: varios cofres de plata, joyas finamente labradas y diversos arreos para caballos exquisitos, adornados con esmaltes de una calidad excepcional.

—El emperador valora la amistad de los Icenos —respondió Plaucio con diplomacia—. Su artesanía honra a su pueblo.

A medida que avanzaba la ceremonia, ambos comandantes romanos se sorprendieron cada vez más de la sofisticación de los tributos presentados. Habían esperado metales en bruto, alimentos básicos y quizá algunos adornos toscos, el botín típico que se podría extraer de un territorio bárbaro conquistado. En cambio, estaban presenciando una muestra de artesanía que rivalizaba con mucho de lo que se podía encontrar en los propios mercados de Roma.

Una delegación de una pequeña tribu costera presentó una colección de joyas de ámbar; cada pieza contenía insectos o material vegetal perfectamente conservados, engastados en una intrincada filigrana de oro. Los Dobunos ofrecieron vasijas de plata delicadamente trabajadas, repujadas con escenas de caza de un detalle notable, mientras que los Durotriges presentaron varias capas teñidas de un azul tan intenso que Vespasiano se preguntó qué proceso utilizaban para lograr tal color.

Lo más impresionante fueron los artefactos religiosos, pequeñas estatuas y objetos rituales dedicados a deidades celtas. Había figuras de dioses astados talladas en roble con tal maestría que parecían casi vivas, representaciones en bronce de animales que captaban su esencia de forma estilizada y cabezas de piedra con expresiones serenas que de algún modo transmitían tanto benevolencia como un poder terrible.

Vespasiano se sintió particularmente atraído por una pequeña estatuilla de plata de una diosa con tres caras, cada una mirando en una dirección diferente. La artesanía era exquisita y captaba en miniatura un concepto de la divinidad que, si bien era ajeno a la sensibilidad romana, transmitía un profundo significado espiritual.

—La llaman Brigantia —explicó una voz suave en latín. Vespasiano alzó la vista y vio a una de las ancianas de la tribu, una mujer de unos cincuenta años con hebras de plata entre el pelo oscuro, que lo observaba mientras examinaba la estatuilla—. Ve lo que fue, lo que es y lo que será.

Vespasiano examinó el artefacto con renovado interés.

—La factura es notable.

—No somos los salvajes que su gente cree que somos —replicó ella con serena dignidad antes de volver a su lugar entre los representantes tribales.

A medida que la ceremonia continuaba, la riqueza acumulada ante los comandantes romanos alcanzó proporciones sorprendentes. Miles de monedas de oro y plata, joyas, armas ceremoniales con empuñaduras de hueso y ámbar, vasijas para beber adornadas con escenas mitológicas y tejidos teñidos con colores tan vivos que parecían brillar bajo la luz sesgada de la tarde.

Finalmente, cuando el sol comenzaba a ponerse y se hubo presentado y registrado el último de los tributos, Plaucio se puso en pie y la sala guardó silencio.

—El emperador acepta sus tributos como símbolo de su lealtad —anunció—. A cambio, Roma extiende su protección. Podrán conservar sus costumbres locales siempre que no entren en conflicto con la ley romana. Se establecerán rutas comerciales y sus gentes se beneficiarán del comercio con todas las partes del Imperio.

Hizo una pausa, paseando la mirada por la asamblea antes de continuar.

—Quienes acaten la autoridad de Roma prosperarán. Quienes se resistan serán tratados con celeridad y sin piedad. La elección es suya.

Con estas palabras, Plaucio indicó que la ceremonia había concluido y los ancianos de las tribus se levantaron y salieron de la sala, escoltados por soldados romanos.

Cuando el último de ellos se hubo marchado, Plaucio se volvió hacia Vespasiano con un suspiro de alivio.

—Ha ido mejor de lo que esperaba —admitió, moviendo los hombros para liberar la tensión de haber mantenido una postura formal durante tantas horas.

—Son pragmáticos, como poco —replicó Vespasiano, haciendo un gesto a un esclavo para que trajera vino—. Han calculado el coste de seguir resistiendo y lo han encontrado demasiado alto.

Los dos comandantes se retiraron a una cámara más pequeña contigua a la sala principal, donde se había preparado una mesa con refrescos. Se les unieron otros oficiales de alto rango, entre ellos Hosidio Geta y Cneo Sencio, quienes se habían distinguido durante la campaña.

—Confieso que me sorprende la riqueza que han acumulado —comentó Sencio, señalando hacia la sala principal, donde los soldados estaban ahora catalogando y asegurando cuidadosamente el tributo recogido—. Los informes de inteligencia los describían como salvajes pintados que vivían en chozas de barro.

Plaucio asintió mientras aceptaba una copa de vino de un sirviente.

—Nuestro conocimiento de este pueblo ha sido... incompleto —reconoció—. No son romanos, desde luego, pero tampoco son los bárbaros primitivos que esperábamos encontrar.

—Su orfebrería es especialmente impresionante —añadió Vespasiano—. Algunas de esas piezas alcanzarían precios muy altos en los mercados de Roma, pero no me hago ilusiones de que esto sea todo lo que hay. Supongo que queda mucho más por descubrir a medida que consolidemos nuestra posición.

—Sin duda alguna —dijo Plaucio—, pero evitaremos hacer más exigencias hasta que llegue Claudio.

—La cuestión es si su aparente aquiescencia es genuina —intervino Geta—. Sonríen, hacen reverencias y ofrecen regalos, pero les he visto la mirada. Muchos simplemente están esperando el momento oportuno.

—Es posible —respondió Plaucio—. Las tribus nunca han estado unidas; se han pasado generaciones luchando entre sí, pero eso juega a nuestro favor.

—Hasta que deje de hacerlo —señaló Vespasiano—. Si alguna vez encontraran una causa común contra nosotros...

—Entonces nos enfrentaríamos a un enemigo formidable, en efecto —admitió Plaucio—. Razón por la cual debemos asegurarnos de que encuentren más beneficio en la paz de Roma que en la rebelión.

Los oficiales se enzarzaron en una discusión sobre medidas de seguridad: el posicionamiento de las guarniciones, el establecimiento de atalayas en las rutas clave, el reclutamiento de auxiliares locales que pudieran proporcionar información sobre cualquier descontento que se estuviera gestando.

A medida que avanzaba la tarde, los oficiales fueron marchándose gradualmente para volver a sus respectivos deberes, hasta que solo quedaron Plaucio y Vespasiano. Se sentaron en un silencio cómplice durante un rato, ambos repasando mentalmente los acontecimientos del día y sus implicaciones.

—Las tribus parecen bastante amedrentadas por ahora —dijo Vespasiano.

—Por ahora —repitió Plaucio—. Pero tienen buena memoria y sus agravios son profundos. Hemos ganado batallas, Vespasiano, pero conquistar corazones y mentes es trabajo de generaciones.

—También tenemos trabajo que hacer aquí —dijo Vespasiano, señalando hacia la ventana—. Esto no es un escenario digno de una visita imperial. Camulodunum sigue siendo, en esencia, un asentamiento tribal con una guarnición romana impuesta.

—Exacto —replicó Plaucio, volviéndose para mirarlo—. Claudio no puede ser recibido en un embarrado puesto fronterizo. Necesitamos una transformación, y rápido.

Las implicaciones de esta afirmación quedaron suspendidas en el aire entre ellos. Transformar un asentamiento tribal en algo parecido a una ciudad romana requeriría inmensos recursos, mano de obra y tiempo, nada de lo cual tenían en abundancia.

—¿Cuán pronto? —preguntó Vespasiano, calculando ya mentalmente lo que podría lograrse en diferentes plazos.

—Unos dos meses —respondió Plaucio—. Querrá llegar antes de que las lluvias de otoño dificulten el viaje.

—Apenas es tiempo suficiente para construir defensas adecuadas —dijo Vespasiano—, y mucho menos el tipo de edificios cívicos que impresionarían a un emperador.

—No obstante, debe hacerse —insistió Plaucio—. Claudio necesita que esta victoria sea magnífica, no solo en términos

militares, sino como una demostración de la influencia civilizadora de Roma. Cuando llegue, debe encontrar una ciudad que está tomando forma, no una fortaleza bárbara con estandartes romanos plantados en su suelo.

Vespasiano asintió lentamente, reconociendo la necesidad política que se escondía tras aquel plazo imposible.

—Necesitaremos arquitectos, ingenieros, artesanos cualificados...

—Ya están de camino desde la Galia —dijo Plaucio—, al igual que recursos adicionales. Mientras tanto, emplearemos mano de obra local para la construcción básica.

Los dos hombres guardaron silencio de nuevo, cada uno contemplando la enormidad de la tarea que tenían por delante. Tomar Camulodunum había sido bastante sencillo, pero ahora se enfrentaban a la perspectiva más desafiante de transformarla en una ciudad digna de una visita imperial, todo ello mientras mantenían el control sobre tribus recién subyugadas cuya lealtad seguía siendo, como poco, cuestionable.

—Empezaremos de inmediato —dijo finalmente Vespasiano —. Un foro primero, creo, y un cuartel general apropiado para Claudio y el mando legionario. Luego, viviendas para la administración y, solo entonces, las instalaciones cívicas.

Plaucio asintió con aprobación.

—Prioriza también un templo. Claudio esperará ver signos visibles de conversión religiosa. Quiero muros de piedra, no empalizadas de madera, al menos para las áreas administrativas donde Claudio pasará su tiempo.

Vespasiano calculó mentalmente la ingente cantidad de mano de obra que semejante proyecto requeriría.

—Tendremos que sacar soldados de las cuatro legiones para las tareas de construcción.

—Hazlo —autorizó Plaucio, poniéndose en pie—. La exhibición de sumisión que hemos presenciado hoy nos proporciona cierta seguridad, así que úsala. Ahora, descansa. Mañana empezaremos a transformar Camulodunum de un asentamiento conquistado en la joya más septentrional del imperio de Roma.

---

# Capítulo Treinta y Tres

## Isla de Mona

De pie una vez más al borde del acantilado que dominaba los inquietos mares que rodeaban Mona, Veteranus cerró los ojos y respiró hondo el aire cargado de sal. Tras él quedaba el camino de vuelta a Roma, a la vida que había conocido; ante él se extendía algo nuevo, algo que lo repelía y fascinaba a partes iguales.

Había pasado tres días en soledad tras su última reunión con Mordred, luchando con su conciencia y su juramento a Roma. Al final, no fue la ideología ni las promesas de poder lo que lo convenció, sino el simple pragmatismo. Roma estaba muy lejos. Lo que fuera que estuviese ocurriendo en aquella isla era inmediato, visceral y superaba cualquier cosa que hubiera encontrado en sus años de servicio.

Mientras regresaba, la isla misma parecía viva de una forma que no podía expresar, como si la mismísima tierra palpitara con un poder oculto. Kendra lo esperaba al borde del asentamiento; su alta figura era inconfundible incluso a distancia. La sacerdotisa guerrera había mostrado un interés particular en él desde su llegada, y ahora su presencia sugería que había anticipado este desenlace desde el principio.

—Lo están esperando —dijo Kendra antes de darse la vuelta y caminar hacia la casa comunal.

Veteranus se puso a su altura, observando cómo los lugareños los miraban al pasar, algunos con abierta curiosidad, otros con una hostilidad cuidadosamente velada y unos pocos con lo que parecía ser algo cercano a la lástima.

Encontraron a Mordred y a Raven en la sala del consejo, ambos inclinados sobre una mesa cubierta de mapas y pergaminos. El líder druida se enderezó cuando entraron y su penetrante mirada se fijó de inmediato en Veteranus.

—Así que —dijo Mordred—, el romano regresa.

—Estoy listo —confirmó Veteranus, sosteniéndole la mirada con firmeza.

Una sonrisa, genuina pero de algún modo inquietante, se dibujó en el rostro de Mordred.

—Entonces le damos la bienvenida, Veteranus, al verdadero corazón de Mona. —Enrolló los pergaminos de la mesa con una eficiencia consumada—. Hay mucho que hacer, y su integración debe comenzar de inmediato.

—¿Integración? —preguntó Veteranus.

—Un paso necesario para lo que le aguarda —dijo Mordred —. Raven lo guiará en los primeros pasos. Escúchelo con atención, su vida depende de ello.

Antes de que Veteranus pudiera responder, Mordred había pasado junto a ellos y salido de la sala, dejando un silencio expectante a su paso. Raven finalmente se irguió desde la mesa e hizo un gesto hacia la puerta.

—Empezamos ahora —dijo—. No ganamos nada con la demora.

Atravesaron el asentamiento, pasando por las zonas comunes con las que Veteranus se había familiarizado durante su estancia en la isla, para adentrarse en senderos más estrechos que serpenteaban entre estructuras construidas parcialmente en la propia tierra. Poca gente transitaba por esos caminos, y los que encontraban se apartaban de su paso, con la mirada baja.

—¿Adónde vamos? —preguntó finalmente Veteranus mientras se acercaban a la entrada de una cueva en la base de una colina, con la boca reforzada con madera y piedra.

—A entender a aquellos a los que se enfrentó en el foso —respondió Raven—. Es necesario que se familiarice con ellos.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire fresco que emanaba de la cueva recorrió a Veteranus. El recuerdo de su prueba en el foso seguía vivo: la oscuridad, el hedor, los sonidos de las criaturas moviéndose justo fuera de su alcance y los repentinos y aterradores ataques. Raven se detuvo en la entrada, clavando en Veteranus una mirada serena.

—Puede que cuestione la necesidad de lo que está a punto de aprender —dijo—. Pero la sabiduría poco tiene que ver con la

necesidad. Ellos deben conocerlo a usted, y usted debe conocerlos a ellos. Así es como debe ser.

Dos guardias en la entrada de la cueva asintieron respetuosamente a Raven, pero observaron a Veteranus con abierta suspicacia.

—Estamos aquí por orden de Mordred —les informó Raven —. Requerimos paso.

Uno de los guardias le entregó una antorcha a Raven mientras el otro abría una pesada puerta de madera encajada en la boca de la cueva. El sonido de la tranca al levantarse resonó ominosamente en el confinado espacio de detrás.

—Manténgase cerca —le indicó Raven al entrar—. La senda es traicionera para quienes no están familiarizados con sus contornos.

El pasadizo descendía abruptamente, y la luz de la antorcha revelaba unos toscos escalones de piedra tallados en la roca viva. El aire se fue espesando a medida que bajaban, cargado de humedad y otros olores menos agradables que Veteranus reconoció como el mismo hedor a inmundicia y podredumbre que había impregnado el foso.

Caminaron en silencio, sin más sonidos que sus pisadas sobre la piedra y el goteo lejano de agua. Al cabo de unos minutos, el pasadizo se ensanchó en una cámara mayor. En las paredes había soportes para antorchas, y Raven encendió varios, iluminando un espacio de unos treinta pies de ancho. En el extremo opuesto se alzaba una reja de hierro que se extendía por todo el ancho de la cámara, del suelo al techo, una barrera entre la estancia que ocupaban y lo que fuera que hubiese más allá.

—Espere aquí —indicó Raven, y se movió para hablar con otro guardia que había estado sentado en un banco de piedra cerca de la reja, invisible hasta entonces en las sombras.

Veteranus se quedó donde estaba, con la mirada fija en la oscuridad tras la barrera de hierro. Al principio no vio nada, pero a medida que su vista se adaptaba, detectó movimiento, sutiles cambios en las sombras más profundas que sugerían la presencia de algo vivo y vigilante.

—Lo sienten a usted —dijo Raven, volviendo a su lado—. Siempre saben cuándo alguien nuevo entra en sus dominios. —Señaló la reja—. Acérquese. Necesitan acostumbrarse a su olor, a su presencia.

Veteranus se tragó su aprensión y avanzó hasta situarse a pocos pies de los barrotes de hierro. Allí el hedor era más fuerte, un asalto a sus sentidos que casi le provocó arcadas. Luchó contra el impulso de retroceder, obligándose a mantenerse firme mientras sus ojos se esforzaban por penetrar la penumbra que había más allá de la barrera. El guardia se acercó con una bandeja de madera que contenía varios trozos de carne cruda, oscura y reluciente a la luz de las antorchas. Junto a la carne descansaba una lanza larga y delgada con una punta de horquilla.

—Temen la luz —le explicó Raven, poniéndose a su lado—. Les daña los ojos después de tanto tiempo en la oscuridad, pero el hambre acabará por atraerlos. Coja la lanza, ensarte un trozo de carne y ofrézcaselo a través de los barrotes. No extienda el brazo más allá de la reja, por muy lejos que parezcan estar.

Veteranus cogió la lanza y ensartó un trozo de carne antes de extenderla con cautela a través de los barrotes.

Durante un largo rato no ocurrió nada; la carne colgaba de la punta de la lanza. Entonces,

sin previo aviso, algo se abalanzó desde la oscuridad, un borrón de carne pálida y moteada que arrebató la carne y se retiró tan deprisa que Veteranus apenas tuvo tiempo de percibir su presencia. La lanza se le sacudió en la mano, pero la carne había desaparecido, arrebatada con un movimiento antinaturalmente rápido.

—Bien —murmuró Raven—. Otra vez.

Veteranus repitió el proceso, ensartando otro trozo de carne y extendiéndolo a través de los barrotes. Esta vez, la espera fue más corta, aunque todavía no pudo ver con claridad a la criatura que reclamó la ofrenda.

Al tercer intento, sin embargo, una de ellas se detuvo un instante bajo la tenue luz que arrojaban las antorchas, y agarró la carne con unos dedos largos y con garras antes de clavar en

Veteranus una mirada que contenía una inteligencia inconfundible en medio del hambre animal.

—Debería haber cuatro —dijo Veteranus, recordando su terrible experiencia en el foso—. Solo he visto acercarse a tres.

—A uno se lo han llevado a otro lugar —replicó Raven.

—¿Qué quiere decir con «a otro lugar»?

—Digamos que se lo han llevado de caza; ya lo conocerá muy pronto. Lo ha hecho bien, Veteranus. Volveremos mañana. Deben acostumbrarse a usted, y usted a ellos. Venga, su integración conlleva más que esto, pero cada paso debe darse a su debido tiempo.

Desanduvieron el camino por el túnel, subiendo en silencio de vuelta a la superficie. Veteranus se sintió extrañamente aliviado cuando salieron al aire libre, y el simple acto de respirar volvió a ser placentero tras la fétida atmósfera de abajo.

—Tiene usted preguntas —observó Raven mientras volvían hacia el asentamiento.

—Muchas —admitió Veteranus—. Pero dudo que responda usted a la mayoría de ellas.

Una inusual sonrisa asomó al rostro de Raven.

—Quizá a más de las que cree, pero no a todas a la vez. El conocimiento, como la confianza, debe ganarse poco a poco.

—Entonces, dígame esto —insistió Veteranus—. ¿Para qué sirven esas criaturas? ¿Por qué conservarlas siquiera?

Raven sopesó la pregunta durante unos instantes antes de responder.

—Son armas, a su manera. Pero también llaves para comprender lo que hubo antes y lo que podría volver a suceder.

—Eso no es una respuesta.

—Es todo lo que necesita por ahora —replicó Raven—. Concéntrese en familiarizarse con ellas. El resto vendrá después.

---

Los días siguientes se asentaron en una rutina. Cada mañana, Veteranus se entrenaba con los guerreros de Mona, aprendiendo sus técnicas de combate y compartiendo algunas de las suyas. Las tardes las pasaba estudiando con una anciana llamada

Branwen, que le enseñaba los rudimentos de la lengua local y compartía con él información cuidadosamente seleccionada sobre la historia y las costumbres de la isla. Pero a pesar de la travesía que suponía acumular conocimientos y ganarse la confianza, eran las noches lo que más anhelaba, el momento en que descendía a la caverna para alimentar a las criaturas tras la verja de hierro.

Al quinto día, ya no se retiraban inmediatamente después de coger la carne que les ofrecía y, al décimo, mientras se preparaba para ensartar otro trozo de carne, la criatura más grande emitió un sonido; no los gruñidos animalescos a los que se había acostumbrado, sino algo que podría haber sido un intento de hablar. El sonido era deforme, surgido de una garganta no habituada al lenguaje humano, pero la intención parecía bastante clara.

—Están intentando comunicarse con usted —observó Raven desde donde se encontraba, a varios pasos de distancia—. Es raro, pero no inaudito.

—¿Qué cree que quieren decir? —preguntó Veteranus, sin apartar los ojos de la criatura que estaba junto a la verja.

—¿Quién sabe? Quizá simplemente reconocen que es usted diferente de sus cuidadores habituales. O tal vez perciben su propósito.

Al salir de la caverna, pasaron junto a otro túnel que se bifurcaba del pasadizo principal, uno en el que Veteranus se había fijado antes pero que nunca había explorado. Un guerrero salió de él cuando se acercaban, con expresión sombría y el antebrazo envuelto en un vendaje empapado de sangre.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó Veteranus, señalando con la cabeza el pasadizo lateral.

—La hembra —respondió Raven con tono cauteloso—. Pero se la mantiene separada de los demás.

—¿Por qué?

—Los mataría —dijo Raven, sin más—. O ellos a ella. El equilibrio es… delicado.

Veteranus reflexionó sobre aquello mientras continuaban el ascenso. Las criaturas, fueran lo que fuesen, seguían claramente algún tipo de jerarquía social, pero esta estaba distorsionada, era

antinatural. Como todo en Mona, parecían existir en un espacio entre mundos, sin ser del todo ni una cosa ni la otra. Al salir a la mortecina luz del día, Veteranus tomó una decisión.

—Estoy listo para volver al foso —declaró con firmeza—. Venga lo que venga, necesito enfrentarme a ello directamente.

Raven lo observó con aire pensativo.

—Sí —asintió al cabo de un momento—. Creo que lo está. Hablaremos con Mordred esta noche.

Caminaron en silencio de vuelta al asentamiento. En aquellos últimos días había cruzado un umbral, se había comprometido con un camino que lo alejaba de todo lo que había conocido. No habría vuelta a su antigua vida, ni forma de recuperar al hombre que había sido. Y, extrañamente, se encontró en paz con esa realidad. Fuera lo que fuese lo que le esperaba en el foso, fuera cual fuese el propósito que Mordred y sus seguidores le tuvieran reservado, se enfrentaría a ello con la misma determinación que lo había sostenido durante décadas de servicio militar.

---

# Capítulo Treinta y Cuatro

## Isla de Mona

La cordillera se alzaba a sus espaldas, ancestral e indiferente al pequeño grupo de guerreros acurrucados a su sombra. Séneca alzó una mano e hizo una seña a los demás para que se detuvieran al alcanzar la cima de una colina boscosa que dominaba el estrecho que los separaba de la isla de Mona. Abajo, las aguas se agitaban con rápidas corrientes; el estrecho era más angosto de lo que sus informes habían sugerido, pero no por ello menos traicionero.

—Hay un puente —murmuró Marcus, señalando hacia una robusta estructura de madera que salvaba el estrecho en la distancia, con sus tablas desgastadas por el tiempo sostenidas sobre pilares de piedra hundidos en las turbulentas aguas.

Séneca asintió. Sus agudos ojos ya se habían percatado de los guardias apostados a ambos extremos del puente: seis hombres visibles en el lado de tierra firme y, probablemente, más en la propia isla. Los Occultum se desplegaron por la ladera y establecieron un tosco puesto de observación oculto tras la densa vegetación. Desde aquella posición estratégica, podían vigilar el puente y los alrededores sin ser detectados, siempre y cuando mantuvieran las precauciones básicas. Cada hombre ocupó su lugar con pericia consumada, instalándose en las posiciones que se convertirían en su hogar durante al menos el día o los dos siguientes, mientras planeaban su acometida.

Falco se acercó sigilosamente a Séneca tras completar una ronda por las inmediaciones. —No hay señales de patrullas a este lado del estrecho —informó—. Parecen concentrar sus fuerzas en el propio puente.

—Tiene sentido —replicó Séneca—. Las corrientes del estrecho harían que cruzar por cualquier otro lugar fuera difícil, si no imposible. ¿Para qué malgastar hombres patrullando cuando la naturaleza ofrece mejor seguridad que cualquier guardia?

Hacia el mediodía, ya se habían hecho una idea bastante clara de las pautas de defensa del puente. Los guardias hacían rotaciones cada pocas horas, manteniendo un número constante, pero cambiando de personal. De vez en cuando, pasaban barcos por debajo del puente: pesqueros y pequeñas embarcaciones de transporte que traían suministros desde el mar abierto, en ambos extremos del estrecho. Los guardias del puente daban el alto a todos y cada uno antes de permitirles continuar.

—Podríamos robar un barco —sugirió Cassius, observando un pequeño pesquero navegar por las agitadas aguas.

Séneca negó con la cabeza.

—Seríamos demasiado visibles —dijo—. Nos verían antes de que hubiéramos recorrido la mitad del camino y no hay dónde esconderse en mar abierto. Nuestra única opción parece ser el puente.

A medida que avanzaba la tarde, la realidad de su situación se hizo cada vez más patente. Habían agotado sus escasas provisiones y el hambre empezó a hacer mella en su concentración. Agua, al menos, abundaba gracias a un arroyo cercano, pero necesitaban comida si querían mantener la vigilancia y la fuerza para lo que les esperaba.

—Necesitamos provisiones —dijo Séneca, mirando a Sica —. Echa un vistazo rápido a los alrededores, a ver si encuentras algo que puedas coger sin llamar la atención.

Sica asintió mientras se echaba mano a la capa.

—Iré contigo —dijo Falco, pero Séneca negó con la cabeza.

—Quédate aquí con los demás —le dijo—. Necesitas recuperarte de esa caída. —Se volvió hacia Marcus—. Ve tú con Sica. A ver qué encontráis.

Pocos minutos después, Marcus y Sica se adentraron en el bosque y, tras caminar menos de media milla, detectaron los primeros signos de presencia humana: un fino hilo de humo que se elevaba por encima de la línea de los árboles y el sonido lejano de un hacha golpeando la madera. Cambiaron el rumbo y se acercaron con cautela a favor del viento para evitar ser detectados por algún perro.

Finalmente, la pequeña granja apareció en el borde de un claro: una estructura de madera tosca pero robusta con techo de paja, rodeada por una parcela de tierra cultivada. Detrás del edificio principal había un sencillo corral de animales donde varias cabras pululaban, balando de vez en cuando mientras mordisqueaban la maleza que crecía entre la valla.

Los dos hombres se apostaron para observar, estudiando los patrones de movimiento en torno a la granja. Un hombre mayor, encorvado pero todavía vigoroso, reparaba una sección de la valla cerca del recinto de los animales, y una mujer —su esposa, presumiblemente— salía de vez en cuando de la casa, atareada con el ganado. No se veían niños, aunque el sonido de un utensilio de metal golpeando la piedra sugería que otro adulto podría estar trabajando detrás de la estructura, fuera de su campo de visión.

—Granjeros —evaluó Marcus—. No guerreros.

—Siguen siendo peligrosos —advirtió Sica—. Y no sabemos quién podría oírlos si dan la voz de alarma.

Continuaron con la vigilancia mientras caía la tarde, tomando nota de las rutinas de la pareja y de la distribución de la propiedad. Las cabras eran el objetivo más accesible, lo bastante pequeñas para transportarlas con rapidez y lo suficientemente apartadas, tras la estructura principal, como para que una operación veloz pudiera pasar desapercibida hasta que el animal estuviera bien lejos.

—Una cabra —decidió Marcus al fin—. Al anochecer, cuando estén preparándose para cenar, pero antes de que la oscuridad total ponga más nerviosos a los animales.

Sica asintió en señal de acuerdo.

—El cercado está mal construido. Ni siquiera tendremos que entrar; bastará con atraer a una lo bastante cerca del borde.

Se adentraron más en el bosque para esperar, conservando la energía y ensayando mentalmente la operación. Cuando el sol comenzó a hundirse en el horizonte por poniente, proyectando largas sombras sobre el paisaje, hicieron los preparativos finales.

—Una sola oportunidad —le recordó Marcus a Sica sin necesidad—. Limpio y en silencio.

La luz se desvanecía con rapidez mientras se acercaban al linde del bosque más próximo al corral de las cabras. Los granjeros se habían retirado a su casa, aunque el resplandor de un fuego en el hogar era visible a través de la única ventana, lo que sugería que seguían despiertos. Las cabras se habían calmado un poco, pero todavía estaban alerta; varias de ellas levantaron la cabeza al oír los sutiles sonidos de la aproximación de los hombres.

Sica se metió la mano en la túnica y sacó una pequeña bolsa que contenía bayas que habían recogido antes en el bosque, poco apetecibles para los humanos, pero potencialmente tentadoras para una cabra curiosa. Esparció unos cuantos bocados justo al otro lado de la valla y produjo un chasquido con la lengua para llamar su atención.

La espera pareció interminable. Una cabra, más joven que las demás, con una distintiva mancha blanca en su pelaje, por lo demás pardo, se acercó con cautela, estirando el cuello para investigar el olor desconocido.

—Todavía no —susurró Marcus cuando Sica se tensó a su lado—. Deja que se confíe.

Poco a poco, la cabra se acercó más a la valla —su curiosidad superando a la cautela— y, cuando por fin se estiró para coger la última de las bayas de la mano extendida del sirio, Sica se abalanzó para agarrarla por un cuerno mientras la hoja de su otra mano le rebanaba el gaznate en un único y preciso corte. La sangre brotó a borbotones de las arterias seccionadas y la cabra luchó por zafarse, pero Sica la mantuvo sujeta, controlando los estertores del animal hasta que su cuerpo se quedó flácido entre sus brazos.

Sin mediar palabra, arrastraron el cadáver por encima de la valla y se adentraron más en el bosque, moviéndose con rapidez, pero con cuidado para no dejar un rastro evidente. Cuando se hubieron alejado lo suficiente de la granja, se detuvieron para terminar de desangrarla, colgando al animal de la rama de un árbol por las patas traseras.

El despiece se llevó a cabo con una eficiencia sombría; ambos hombres trabajaron juntos para desollar y descuartizar al

animal, metiendo la carne en sus macutos antes de enterrar los órganos y entrañas menos útiles en un hoyo poco profundo.

—Vámonos —dijo Marcus—. Ya hemos tardado demasiado.

Regresaron al puesto de observación dando un rodeo y tomando precauciones adicionales para asegurarse de que no los seguían.

—¿Habéis tenido suerte? —preguntó Séneca mientras se acercaban.

—Una cabra —dijo Marcus—. Pero necesitaremos hacer fuego.

—Entonces tendremos que adentrarnos más en los árboles —dijo Séneca—. Volveremos con las primeras luces.

Se adentraron más en las colinas boscosas, encontraron una pequeña hondonada rodeada de densa maleza que contendría tanto la luz como el sonido y, solo cuando Decimus confirmó que estaban bien ocultos, Marcus autorizó la preparación de una comida.

Sica sacó su pequeña olla de hierro y la llenó de agua de un arroyo cercano antes de suspenderla sobre un hoyo para el fuego cuidadosamente construido, diseñado para minimizar el humo y la llama visible.

—Hiérvela bien —dijo Marcus mientras Sica añadía trozos de carne de cabra a la olla—. No podemos arriesgarnos a que huela a asado, y la carne cruda podría hacernos enfermar en el momento en que menos podemos permitirnos una debilidad.

La comida resultante distó mucho de ser deliciosa: carne dura en un caldo insípido, sin hierbas ni sal que realzaran su sabor, pero les llenó el estómago y les aportó las proteínas que sus cuerpos tan desesperadamente necesitaban. Comieron en silencio, cada hombre absorto en sus propios pensamientos mientras la fuerza regresaba gradualmente a sus miembros y, una vez mitigada el hambre, se prepararon para el día siguiente cociendo una segunda tanda de carne, que esta vez sacaron antes de tiempo y dispusieron en trozos sobre piedras calientes alrededor del perímetro del fuego. El lento calor la secaría lo suficiente como para evitar que se echara a perder durante al menos uno o dos días más: raciones portátiles para lo que les deparara el futuro. Finalmente, se sentaron a discutir

los planes para el día siguiente, sopesando los riesgos y las probabilidades. Al final, Séneca alzó una mano pidiendo silencio.

—Volveremos al puesto de observación con las primeras luces —decidió—. Un día completo más de vigilancia antes de trazar nuestro plan definitivo. Necesitamos comprender sus pautas por completo antes de actuar.

Los demás asintieron, reconociendo la sensatez de ser pacientes y, mientras el fuego se consumía hasta quedar en ascuas, empaquetaron la carne seca con cuidado antes de distribuirla entre las mochilas restantes para asegurarse de que ninguna pérdida aislada los dejara sin raciones. Una vez hecho esto, la guardia nocturna se dividió en turnos y cada hombre cubrió su turno de vigilancia mientras los demás descansaban.

---

Cuando rompió el alba, borraron todo rastro de su campamento y regresaron en silencio a su puesto de observación con vistas al estrecho. Alimentados y repuestos, se instalaron para continuar con la vigilancia, cada hombre concentrado en identificar pautas, puntos débiles u oportunidades que pudieran facilitarles el cruce. Sabían que, en algún punto de aquel flujo incesante de actividad, habría un momento de vulnerabilidad, una breve ventana en la que la vigilancia flaqueara o la atención se desviara. Ahora solo tenían que encontrarlo.

---

# Capítulo Treinta y Cinco

## Britania Central

Aún faltaban horas para el amanecer cuando Lepidus y Talorcan se adentraron en el bosque, poniendo la distancia suficiente entre ellos y el asentamiento fortificado para hablar sin miedo a ser descubiertos. Los sonidos de la noche, el ulular de los búhos, el crujido de las criaturas nocturnas en la maleza, ofrecían un marcado contraste con los espeluznantes gritos que todavía resonaban en la mente de Lepidus.

Lepidus se agachó, recogió un puñado de hojas y ramitas y las dispuso en una pequeña hondonada antes de pensárselo mejor.

—Sin fuego —masculló, desechando la yesca—. Demasiado arriesgado.

Talorcan asintió, apoyando la espalda en uno de los árboles, sin dejar de escudriñar metódicamente la oscuridad que los rodeaba.

—Deberíamos estar en movimiento —dijo tras un largo silencio—. Cada momento que perdemos les da tiempo a... —No terminó la frase. No era necesario.

Lepidus se pasó una mano por la cara. Le dolían los músculos por los días de viaje y tensión, pero el malestar físico era la menor de sus preocupaciones en ese momento.

—Nuestras órdenes eran explícitas —dijo—. Observar e informar. No entrar en combate a menos que se nos amenace directamente.

—Órdenes —repitió Talorcan, la palabra cargada con un peso de desdén que sorprendió a Lepidus—. Esos hombres de ahí dentro son tus hermanos de armas y están siendo masacrados como animales mientras nosotros debatimos las sutilezas de nuestras instrucciones.

—¿Crees que no lo sé? —espetó Lepidus—. No es una situación sencilla.

—Pocas de las que merecen la pena lo son —respondió Talorcan.

Volvieron a guardar silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. El curso de acción lógico era claro: retirarse a Castra Victrix a toda velocidad, informar de lo que habían presenciado y regresar con fuerzas suficientes para asaltar el asentamiento y rescatar a los supervivientes. Procedimiento militar estándar, inequívoco y directo.

Sin embargo, ambos conocían la realidad que el procedimiento no abordaba. Para cuando llegaran al fuerte, consiguieran una audiencia con el comandante, lo convencieran de la urgencia de la situación, reunieran una fuerza de rescate y regresaran, habrían pasado días. Quizá semanas. Y los hombres encarcelados en aquel lugar de pesadilla habrían encontrado hacía mucho tiempo un destino demasiado terrible como para imaginarlo.

—¿Cuántos crees que siguen vivos? —preguntó Talorcan finalmente.

Lepidus sopesó la pregunta con cuidado.

—Sabemos de tres que ya han muerto —dijo—. Probablemente unos cuantos más cuando estábamos de vuelta en el fuerte. Mi mejor estimación es que entre seis y diez. Basándome en lo que observamos..., quizá diez como máximo.

—¿Y cuántos defensores hay en el asentamiento?

—Treinta guerreros que sepamos —replicó Lepidus—. Posiblemente más que no hayamos visto. Además, cualesquiera... criaturas... que hayan traído dentro.

La palabra quedó suspendida entre ellos: criaturas. No hombres, no animales, sino algo que desafiaba una fácil categorización. Lepidus estaba seguro de que los sonidos que habían oído no eran producto de nada natural.

—Así que —resumió Talorcan sin rodeos—, posiblemente diez prisioneros debilitados y desarmados contra al menos treinta guerreros y horrores desconocidos. Y para rescatarlos, dos hombres con armas limitadas que tienen órdenes explícitas de no intervenir.

Dicho así, la situación no parecía simplemente un desafío, sino algo absurdo. Cualquier evaluación militar racional concluiría

que los prisioneros ya estaban perdidos y que arriesgar dos vidas más en un intento de rescate inútil no tenía ningún propósito estratégico. Pero Lépido no había pasado más de media vida en los Exploratores ni dirigiendo el Occultum por adherirse servilmente a las evaluaciones militares racionales.

—No podemos abandonarlos sin más —dijo en voz baja.

Talorcan lo estudió durante un largo rato antes de asentir con la cabeza.

—No. No podemos.

Aquel simple acuerdo sosegó algo en el pecho de Lépido. Iban a desobedecer sus órdenes, a sacrificarse en lo que bien podría ser una empresa abocada al fracaso, pero la alternativa era impensable.

—Aunque lo consigamos —dijo Lépido—, todavía tendríamos que llevar a los supervivientes de vuelta a Castra Victrix a través de territorio hostil, con provisiones limitadas y enemigos pisándonos los talones.

—Vayamos por partes —replicó Talorcan—. Primero, tenemos que entrar en un asentamiento fuertemente fortificado sin ser detectados, localizar y liberar a los prisioneros y escapar sin alertar a treinta guerreros y a las impías criaturas que hayan capturado. Después de eso, una simple marcha a campo traviesa no debería suponer ningún desafío. Las he visto peores.

—¿De veras? —preguntó Lépido con genuina curiosidad.

—No —admitió Talorcan tras una pausa—. Pero me pareció que era lo que tocaba decir en estas circunstancias.

El momento de ligereza pasó rápidamente, reemplazado por la seria tarea de planificar la que bien podría ser su última misión. Habían observado el asentamiento durante dos días, tomando nota de las pautas de vigilancia, identificando posibles puntos débiles en las defensas y trazando el plano interno lo mejor que pudieron desde su punto de observación. No era suficiente, ni de lejos, para el tipo de operación de precisión que contemplaban, pero era todo lo que tenían.

—La muralla norte —empezó Lépido, dibujando un tosco diagrama en la tierra que los separaba—. Es su punto ciego. Los

guardias se centran principalmente en la puerta principal y en la aproximación desde el este.

Ninguno de los dos necesitó explicar las implicaciones. Talorcan se había pasado la vida recorriendo los escarpados terrenos de Germania al servicio de Roma y Lépido, aunque nacido en la opulencia, había llevado a cabo innumerables misiones a lo largo de los años, tanto con los Exploratores como, en última instancia, con el Occultum.

—La empalizada en sí es el mayor desafío —continuó Lépido—. Cuatro metros y medio de troncos afilados sin asideros evidentes.

—Nos apañaremos con esto —replicó Talorcan, dándose una palmada en la cuerda enrollada que llevaba sujeta a la cintura —. No tenemos gancho de agarre, pero será suficiente.

Continuaron con su planificación, abordando metódicamente cada fase de la operación propuesta: la aproximación, la infiltración, la localización de los prisioneros y la huida. Cada paso presentaba sus propios desafíos, sus propias complicaciones potencialmente mortales. Y, subyacente a todo ello, estaba el factor desconocido: la naturaleza de las criaturas que habían oído pero no visto.

—Nos moveremos esta noche —decidió Lépido una vez hubieron ultimado los preparativos—. Necesitaremos cualquier ventaja que la oscuridad pueda ofrecernos. Primero, descansemos un poco.

Tomada la decisión, Talorcan se acomodó contra la base de un árbol, echándose el manto sobre los hombros para protegerse del frío, y a los pocos instantes su respiración adquirió el ritmo del sueño, una habilidad desarrollada a lo largo de años de caza y exploración en los bosques de Germania.

Lépido envidió aquel don. Su propia mente continuaba acelerada, analizando posibilidades, calculando riesgos, imaginando escenarios tanto exitosos como catastróficos. Las probabilidades en su contra eran abrumadoras; la de éxito, mínima en el mejor de los casos.

---

Las horas pasaron con rapidez mientras Lépido montaba guardia, escudriñando el bosque circundante en busca de cualquier señal de peligro, al tiempo que su mente seguía lidiando con los desafíos que les aguardaban. Finalmente, cuando llegó el momento, despertó a Talorcan con suavidad, quien pasó del sueño a la alerta total con la concentración instantánea que lo había mantenido con vida en innumerables situaciones peligrosas.

—¿Algún altercado? —preguntó, mientras ya inspeccionaba los alrededores.

—Nada fuera de lo normal —confirmó Lépido mientras Talorcan ocupaba su lugar. Se acomodó en la posición que Talorcan había dejado vacante, permitiendo que su cuerpo se relajara mientras mantenía un estado de alerta que años de adiestramiento le habían inculcado. El sueño no llegaría fácilmente, tal vez ni siquiera llegaría, pero incluso un breve respiro ayudaría a aguzar sus sentidos para lo que se avecinaba.

Al cerrar los ojos, los sonidos de la noche anterior resonaron en su memoria: los tambores rítmicos, los cánticos, los repentinos y terribles gritos. ¿Qué habían experimentado los prisioneros en aquellos momentos? ¿Qué horrores habían presenciado o soportado? Las preguntas lo atormentaban, reforzando su determinación incluso mientras subrayaban la desesperación de su planeado rescate.

---

Unas horas más tarde, ambos hombres revisaron sus armas por última vez.

—¿Listo? —preguntó Talorcan sin más.

Lépido asintió.

—Que ningún hombre se quede atrás —respondió, invocando una de las tradiciones más antiguas de las legiones, un principio que a menudo se respetaba más de palabra que de obra, pero que aún conservaba su significado para hombres como ellos.

—Que ningún hombre se quede atrás —repitió Talorcan, y aunque no era romano de nacimiento, el sentimiento resonaba claramente con sus propios valores tribales.

Se pusieron en marcha, deslizándose como fantasmas por el bosque con la silenciosa eficacia que años de entrenamiento especializado les habían inculcado. El asentamiento se alzaba más adelante, con su empalizada recortada como una oscura silueta contra el cielo estrellado. Dentro de aquellos muros, sus camaradas aguardaban el rescate o un destino demasiado terrible para contemplarlo. Las probabilidades eran nulas; el peligro, extremo; la posibilidad de éxito, mínima en el mejor de los casos, pero eran los Occultum. Encontrarían la manera o morirían en el intento... así funcionaban las cosas.

---

# Capítulo Treinta y Seis

## Isla Mona

La oscuridad se cernía sobre los bordes del foso, mantenida a raya tan solo por las antorchas sujetas a lo largo de las paredes de tierra. Sus llamas parpadeaban y danzaban con la suave brisa nocturna, proyectando largas sombras que parecían moverse con una intención depredadora propia. A diferencia de la anterior experiencia de Veteranus, no había druidas con elaborados atuendos ceremoniales observando desde arriba, ni tambores rítmicos que aumentaran la tensión, ni público que siguiera cada uno de sus movimientos.

Esta vez, solo estaba Veteranus, de pie sobre la losa de piedra en el centro del foso, con una cesta de mimbre llena de carne recién descuartizada a sus pies. Respiró hondo, tratando de calmar el martilleo de su corazón mientras alzaba la vista hacia donde Raven observaba desde lo alto. A su lado, varios cuidadores esperaban en silencio, con las lanzas preparadas.

Esta vez, solo habían colocado tres cajones de madera a intervalos iguales alrededor de la circunferencia del foso. De su interior provenían los familiares sonidos de movimiento, arañazos ocasionales contra la madera y ruidos bajos y guturales que no eran ni del todo humanos ni enteramente animales.

Veteranus respiró hondo y asintió hacia Raven en lo alto para indicarle que estaba listo.

Sin ceremonia ni preámbulos, Raven hizo un gesto brusco a los cuidadores y, con practicada eficiencia, estos tiraron de unas cuerdas que levantaron las puertas correderas de los tres cajones a la vez.

Las criaturas salieron disparadas en un frenesí de movimiento y se abalanzaron hacia Veteranus con una espantosa aberración que le heló la sangre en las venas a pesar de su preparación.

Igual que la vez anterior, se detuvieron en seco con violencia al alcanzar el límite de las cadenas sujetas a sus collares de

metal, debatiéndose y arañando el aire justo más allá de la losa de piedra donde se encontraba Veteranus.

Aunque Veteranus sabía que no podían alcanzarlo, seguía siendo aterrador. Su aspecto, retorcidas imitaciones de la humanidad, con miembros deformes, dientes limados y ojos que contenían demasiada consciencia para su tranquilidad, le pareció algo profundamente cruel y perverso.

Veteranus se obligó a permanecer quieto, a no mostrar miedo a pesar del nudo que sentía en el estómago. Esperó, observando cómo se agotaban gradualmente y su frenesí inicial daba paso a una agresividad más calculada. Sus movimientos se volvieron menos caóticos, más deliberados, mientras recorrían el límite de sus cadenas.

Cuando la mayor de ellas finalmente se detuvo y lo observó con una valoración depredadora, Veteranus cogió lentamente la cesta que tenía a sus pies. Sacó un trozo de carne ensangrentada, lo ensartó con parsimonia en la punta de su cuchillo y se lo tendió a la criatura.

El espectro se tensó y luego saltó hacia delante en un borrón de movimiento, arrebatando la carne de la hoja antes de retirarse al borde de su jaula. Desgarró la ofrenda con salvaje eficacia, mientras un fluido oscuro goteaba de su barbilla al alimentarse.

Veteranus repitió el proceso con cada una de las criaturas mientras observaba sutiles diferencias en su comportamiento. Una arrebató la carne y retrocedió de inmediato para consumirla con relativa privacidad. Otra mantuvo el contacto visual incluso mientras comía, sin dar la espalda a lo que claramente percibía como una amenaza potencial.

Cuando terminaron, el espectro más grande se acercó de nuevo, deteniéndose en el límite de su cadena. No hizo ningún intento de abalanzarse, se limitó a olfatear el aire, captando el olor de la carne que quedaba en la cesta. Un gruñido bajo retumbó en su garganta, pero el sonido tenía ahora una cualidad diferente, menos de ataque y más de exigencia.

Veteranus les dio de comer a cada una de nuevo y, con cada ración, las criaturas se calmaron notablemente. A la tercera ronda, se habían acomodado en un patrón casi ordenado, esperando su turno al final de sus cadenas en lugar de intentar intimidarlo para que las sirviera más rápido.

Era desconcertante la rapidez con la que se adaptaban, la eficacia con la que aprendían los parámetros de esta nueva situación. No eran bestias sin mente, sino inteligencias que podían evaluar, anticipar y modificar su comportamiento en consecuencia.

A medida que la cesta se vaciaba, Veteranus se descubrió estudiando sus ojos más de cerca. Detrás del hambre feral, de la evaluación depredadora, vislumbraba ocasionalmente algo más, destellos de reconocimiento, de cálculo, quizá incluso de memoria. Algo que, a pesar de sus grotescas apariencias y salvajes comportamientos, sugería una humanidad no del todo extinguida.

Cuando se acabó la carne, los cuidadores entraron con sus lanzas, pinchando y obligando a las criaturas a retroceder hacia sus jaulas. Los espectros se retiraron a regañadientes, gruñendo en señal de desafío, pero finalmente acataron la amenaza implícita de las afiladas puntas dirigidas hacia ellos.

Cuando las puertas correderas se cerraron de golpe y fueron aseguradas, Veteranus por fin se permitió exhalar por completo, mientras la tensión abandonaba su cuerpo. Bajó de la losa de piedra y subió por la tosca escalera que conducía hasta donde esperaba Raven.

—Lo has hecho bien —observó Raven, con una aprobación genuina evidente en su voz, por lo general impasible—. La mayoría de los hombres no puede mantener tal compostura en su presencia, ni siquiera sabiendo que las cadenas aguantarán.

Veteranus se limpió las manos ensangrentadas en un trapo que le ofreció uno de los cuidadores.

—Hay algo en sus ojos —dijo en voz baja—. Detrás del hambre y la rabia. Destellos de... consciencia. Reconocimiento.

La expresión de Raven no reveló nada, pero algo cambió en su postura.

—Lo que queda de su humanidad es, en el mejor de los casos, fragmentario —respondió con cuidado—. Fragmentos de memoria, quizá, o instintos no borrados del todo por su transformación. No lo confundas con una verdadera consciencia.

—Y, sin embargo, aprenden —replicó Veteranus—. Se adaptan. Esos no son rasgos de bestias descerebradas.

—No —convino Raven—. No son descerebrados. Eso es lo que los hace tan valiosos... y tan peligrosos.

Veteranus volvió a mirar el foso, donde los cuidadores estaban asegurando las jaulas para transportarlas de vuelta a su cámara subterránea.

—Mañana por la noche volveré a hacerlo —dijo—. Y cada noche después de esa. Se están acostumbrando a mí más rápido de lo que esperaba.

Raven asintió, aparentemente sin sorprenderse por su declaración.

—Mordred estará complacido con tu progreso. El proceso de vinculación es...

Fue interrumpido por la repentina aparición de un joven guerrero que corría hacia ellos, con la respiración agitada como si hubiera recorrido una gran distancia al esprint.

—Raven —gritó el mensajero—. Mordred lo convoca a la casa comunal de inmediato. A usted también —añadió, con una mirada hacia Veteranus—. Trae noticias de gran importancia.

---

La casa comunal bullía de actividad cuando Veteranus y Raven entraron. Los guerreros se congregaban en pequeños grupos, sus voces alzadas en animadas discusiones, y una energía que no había estado presente en reuniones anteriores impregnaba el aire. En el centro de todo se encontraba Mordred, gesticulando enfáticamente mientras se dirigía a varios de sus lugartenientes de mayor confianza, con su semblante habitualmente sereno reemplazado por algo más intenso, más vital.

Veteranus reconoció la transformación de inmediato. Había desaparecido la figura paternal que presidía las comidas familiares, el maestro filosófico que hablaba de antiguas tradiciones con serena

reverencia. En su lugar se erigía una encarnación completamente diferente: Mordred el señor de la guerra, el estratega, con los ojos encendidos por un fuego frío y una intención asesina.

Al acercarse, Mordred alzó la vista y su mirada se clavó al instante en ellos. Una sonrisa, fina y afilada como el filo de una hoja, cruzó su rostro.

—Dejadnos —ordenó, y el resto de los guerreros se marchó sin rechistar. Cuando el último se hubo ido, Mordred les hizo señas a Raven y a Veteranus para que se acercaran.

—Todo ha cambiado —anunció Mordred sin preámbulos, con la voz vibrando de una excitación apenas contenida—. Los dioses nos han brindado una oportunidad que supera mis más ambiciosas esperanzas.

Raven se acercó a la mesa.

—¿Qué noticias, Mordred?

—He recibido noticias de Camulodunum —replicó Mordred, alternando la mirada entre ellos—. Noticias que alterarán por completo el curso de nuestros planes —hizo una pausa; sus ojos brillaban a la luz de la lámpara—. Hasta ahora, nuestro objetivo era Plautius, el general que dirige la fuerza de invasión, pero todo eso ha cambiado.

—¿Por qué? —preguntó Veteranus.

—Porque —replicó Mordred— hay una pieza más gorda que cobrar. Mis espías me informan de que el mismísimo Claudio está en camino para aceptar la rendición de Britania.

—¿Que Claudio viene aquí? —exclamó Raven, boquiabierto.

—Así es —dijo Mordred—. Y eso lo cambia todo —se giró para mirar a Veteranus—. —Te sugiero que te prepares y tengas listo al Espectro, amigo mío —dijo—, porque en unas semanas vamos a matar al emperador de Roma.

---

# Capítulo Treinta y Siete

## Isla Mona

El estrecho entre tierra firme y Mona bullía de corrientes traicioneras; sus aguas arremolinadas eran una barrera natural más formidable que cualquier muro construido por el hombre. Los Occultum habían pasado días estudiando el puente, trazando cada detalle de sus defensas, aprendiendo los ritmos de los guardias con la paciencia de cazadores que rastrean a una presa huidiza. Ahora, la estructura de madera se cernía sobre ellos, un esqueleto oscuro contra el cielo estrellado, con sus puntales de soporte desapareciendo en las turbulentas aguas.

Marcus señaló el extremo más alejado del puente. Dos guardias estaban de pie junto a un brasero, cuya pequeña llama proyectaba sombras parpadeantes. Parecían relajados, conversando entre ellos mientras esperaban el relevo.

Los minutos se alargaban como si fueran horas. El frío les calaba la ropa hasta los huesos y se apretujaban contra los macizos soportes de madera del puente, sintiendo la madera áspera, resbaladiza por la humedad y el limo del río. Desde el puente llegaban voces, salpicadas por alguna risa ocasional, el tintineo de las armas y el arrastrar de pies.

—Vamos —susurró Séneca.

Sica iba en cabeza; su complexión más menuda se deslizaba rápidamente entre los enormes puntales de madera. Marcus lo siguió, luego Decimus, y Cassius pisándole los talones. La corpulencia de Falco hacía que el sigilo fuera más difícil, pero años de entrenamiento le habían enseñado movimientos que desmentían su tamaño.

Treparon con cuidado entre los soportes del puente, utilizando las enormes estructuras de madera como cobertura, moviéndose con una velocidad que sopesaba la urgencia con el riesgo de ser descubiertos.

Séneca cerraba la marcha, con los ojos escudriñando constantemente tanto el puente como la orilla. Tenían minutos,

quizá menos, antes de que los nuevos guardias ocuparan sus puestos. Una tos, un resbalón en el agua y los descubrirían.

Mientras realizaban la aproximación final, los guardias de arriba empezaron a moverse y uno de ellos se asomó por encima de la barandilla, escudriñando las aguas.

A Séneca se le heló la sangre en las venas y se apretó contra el último madero, apenas atreviéndose a respirar. Durante unos pocos latidos, estuvo seguro de que los habían descubierto, pero en cuanto el guardia se dio la vuelta, se lanzó hacia la orilla. La mano de Sica ya estaba allí, tirando de él, arrastrándolo hacia los densos arbustos que bordeaban la ribera, y cayeron en la maleza, con los cuerpos pegados y el corazón retumbándoles en los oídos.

Las voces llegaban desde el puente. Los nuevos guardias bajaban hacia la orilla, con los faroles oscilando, inspeccionando la zona con profesional minuciosidad. Los Occultum no se movieron, no respiraron; simplemente permanecieron inmóviles, fundiéndose con el paisaje. Los instantes se alargaron como horas hasta que, poco a poco, las voces se retiraron y, solo cuando el silencio regresó, Séneca dio la señal, un gesto casi imperceptible con la mano, y empezaron a arrastrarse.

Lenta, metódicamente, centímetro a doloroso centímetro, se alejaron del puente, poniendo distancia entre ellos y un posible descubrimiento, y solo cuando los sonidos del puente se desvanecieron por completo, Séneca les permitió por fin levantarse.

—Nos adentramos en la isla —susurró—. Tenemos que encontrar refugio.

---

Varias horas después, Séneca se despertó con el aliento cálido y rancio de un cerdo a centímetros de su cara. Parpadeó, momentáneamente desorientado por el olor penetrante que impregnaba su escondite. La pocilga era estrecha, pero les había proporcionado un ocultamiento perfecto tras su peligroso cruce del puente.

Sica estaba sentado cerca de la entrada de la pequeña cabaña de madera, con su menuda figura apenas visible a la luz de la mañana.

El cerdo que había estado husmeando cerca de Séneca gruñó y se movió, claramente intrigado por los intrusos humanos en su dominio, mientras que, en el exterior, llegaban los sonidos de una granja que empezaba su jornada. Oyeron al granjero moverse, el lejano chirrido de una verja metálica, el deambular de los animales en el campo cercano.

Poco después, vieron cómo el granjero se acercaba a la valla y arrojaba un montón de verduras podridas al cercado. Los otros cerdos corrieron hacia allí con avidez, y su huésped inesperado se unió a ellos rápidamente. Cuando los sonidos de la granja se fueron acallando, Sica se acercó al grupo.

—No hay moros en la costa —susurró.

Séneca asintió y cogió la carne seca que habían preparado antes.

Comieron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La realidad de su situación era cruda. Habían logrado cruzar a Mona, pero encontrar a Raven en este terreno desconocido no sería tarea fácil.

—Esperaremos aquí hasta que anochezca —dijo Séneca—. Sé que esto apesta, pero nadie se va a acercar. Esta noche seguiremos los senderos principales. Alguno de ellos tiene que llevarnos por fuerza al campamento de los druidas. Una vez allí, encontraremos un lugar donde ocultarnos hasta que averigüemos el paradero de Raven. Y cuando lo hagamos, bueno..., eso habrá que decidirlo cuando demos con él.

El plan era sencillo, pero era su mejor opción. Sin nada más que hacer que esperar, se arrimaron los unos a los otros, aprovechando su calor corporal para resguardarse del frío de la mañana.

El sueño sería intranquilo, interrumpido por los sonidos de la granja y por la constante necesidad de permanecer alerta, pero descansarían mientras pudieran.

---

# Capítulo Treinta y Ocho

## Britania Central

El suelo del bosque era una alfombra traicionera de hojas caídas y raíces ocultas mientras Lepidus y Talorcan avanzaban hacia el fuerte con el cuerpo agachado y los ojos escudriñando constantemente el terreno a su alrededor. Talorcan llevaba dos vástagos largos atados con tiras de cuero y el rollo de cuerda asegurado en su cinturón.

—Ahí —susurró, con la mirada fija en la muralla norte.

Lepidus siguió su mirada. La empalizada se alzaba ante ellos, una austera barrera de troncos afilados de doce pies de altura, cada uno desprovisto de corteza y tallado con una punta perversa. Entre los troncos, pequeñas aberturas permitían atisbar movimiento dentro del asentamiento, pero no el suficiente como para ofrecer una visión clara del interior.

Se agacharon, y Talorcan comprobó las ataduras de la pértiga improvisada antes de examinar el lazo preformado en el extremo de la cuerda, diseñado para engancharse con seguridad en uno de los troncos puntiagudos.

—¿Listo? —preguntó Lepidus.

Talorcan asintió y deslizó el lazo en una muesca en el extremo de la pértiga antes de elevarla lentamente hacia lo alto de la empalizada.

Con un movimiento cuidadoso tras otro, guio el lazo por encima de uno de los postes puntiagudos antes de tensar la cuerda para probar su agarre.

—Asegurada —susurró.

Lepidus asintió, con sus ojos pálidos escudriñando los alrededores. El bosque permanecía en calma, salvo por el crujido ocasional de las hojas o el trino lejano de un pájaro, pero ambos hombres sabían que la quietud podía ser engañosa. Finalmente, satisfecho de que no los habían visto, empezó a trepar.

A mitad de la pared, se detuvo. Llegaban voces desde el interior del asentamiento, lo bastante cerca para oírlas, pero no para

distinguirlas con claridad. Se quedó helado, pegado a los troncos de madera, tan inmóvil como la propia empalizada, y, finalmente, cuando las voces se alejaron, reanudó la escalada.

En lo alto, usó su cuchillo para despuntar dos de los troncos antes de colocar una de sus esterillas sobre ellos para facilitar el paso. Una vez hecho esto, se asomó por encima y vio el asentamiento extendiéndose ante él. Había hogueras encendidas en lugares estratégicos, y la gente se movía con calma entre los edificios; sus movimientos evidenciaban que se sentían completamente seguros dentro de la empalizada. Le hizo una señal a Talorcan: el camino estaba despejado.

Una vez en el otro lado, Lepidus descendió con cuidado, encontrando agarre en los soportes interiores antes de dejarse caer silenciosamente al suelo. De inmediato, se pegó a la sombra más profunda, con todos los sentidos alerta ante cualquier señal de que los hubieran descubierto.

Momentos después, Talorcan bajó la cuerda desde lo alto, lista para ser usada en la huida, antes de dejarse caer para reunirse con él. Intercambiaron una breve mirada y comenzaron a adentrarse, usando las propias estructuras del asentamiento como cobertura, moviéndose siempre de una zona de oscuridad a otra. De las cabañas cercanas llegaban sonidos ocasionales —conversaciones ahogadas, el ladrido lejano de un perro—, pero no se dio ninguna alarma, ninguna indicación de que su presencia hubiera sido detectada.

A medida que se acercaban al centro del asentamiento, el carácter del espacio cambió. La disposición desordenada de las viviendas dio paso a un diseño más deliberado, y el terreno estaba despejado, preparado para algún propósito mayor.

Un montón de madera dominaba la zona central, apagado, pero claramente una pira gigante lista para ser encendida.

Talorcan tocó el brazo de Lepidus y atrajo su atención hacia un poste de madera erigido cerca del fuego apagado. De su sección superior colgaban unas ataduras vacías, cuyas correas de cuero se mecían ligeramente con la brisa nocturna. Se planeaba otra ceremonia; otro sacrificio aguardaba.

El asentamiento dormitaba a su alrededor, y los dos hombres continuaron su metódica exploración; cada sombra era un santuario potencial, y cada estructura, un posible escondite para los prisioneros que buscaban. Los sonidos de la noche eran sutiles: un murmullo bajo de conversación de una cabaña lejana, el ocasional movimiento de los animales en sus corrales, el suave crepitar de las brasas moribundas de las fogatas dispersas. Para hombres menos experimentados, esto no sería más que ruido de fondo, pero para Lepidus y Talorcan, cada sonido era una señal potencial, una pieza de información que debía ser catalogada y comprendida.

De repente, Lépido levantó el puño y hincó una rodilla en tierra. Talorcan se paralizó al instante, su cuerpo se convirtió en parte de la oscuridad circundante y sus ojos siguieron la dirección de la mirada de su compañero.

Ante ellos se alzaba una casa circular de piedra que se distinguía de inmediato de las estructuras de madera que la rodeaban. Mientras que los otros edificios hablaban de una morada temporal, aquella estructura era permanente, casi desafiante en su solidez. Sus muros de piedra se erguían achaparrados y robustos, diseñados para resistir algo más que el mero clima, y una pesada puerta de roble protegía la entrada.

Dos guardias montaban guardia en el exterior, y Lépido y Talorcan se retiraron en silencio, fundiéndose de nuevo con las sombras entre dos cabañas cercanas.

—Tienen que estar ahí dentro —dijo Lépido—, pero no tenemos mucho tiempo. Ya ha pasado la mitad de la noche.

Talorcan asintió.

—Tendremos que matarlos —dijo—. No hay otra manera.

—De acuerdo —dijo Lépido—. Pero tenemos que ser precisos. Si uno de ellos consigue dar la alarma...

—Yo me encargaré del primero con mi arco —dijo Talorcan, mientras ya buscaba el arma que llevaba asegurada a la espalda—. ¿Puedes situarte detrás del segundo? En cuanto vea caer a su compañero, lo más probable es que desenvaine el arma en lugar de gritar de inmediato.

Lépido asintió.

—Rodearé el edificio por detrás. Dame tiempo para colocarme. Cuando veas que estoy listo, dispara.

Se deslizaron de nuevo hacia la penumbra, rodeando la casa circular antes de separarse. Talorcan encontró una posición detrás de una pila de leña con una línea de visión despejada hacia los guardias. Ajustó una flecha en el arco, pero no lo tensó para conservar sus fuerzas mientras esperaba a que Lépido se colocara.

Al otro lado de la cabaña, Lépido se movió con un cuidado meticuloso, aprovechando cada sombra disponible y quedándose inmóvil cada vez que un sonido sugería movimiento en las cercanías. Cuando estuvo en posición, miró hacia el escondite de Talorcan y levantó la mano, sabiendo que la aguda vista del explorador captaría el sutil movimiento incluso a la distancia que los separaba.

Talorcan vio la señal y tensó el arco con un movimiento fluido, la cuerda firme contra su mejilla mientras apuntaba a lo largo de la flecha. Controló la respiración, esperando el momento perfecto, y cuando ambos guardias estuvieron relativamente quietos, la soltó.

La flecha surcó el aire nocturno con una precisión letal y alcanzó al primer guardia directamente en la garganta. Los ojos del hombre se abrieron de par en par por la sorpresa y el dolor mientras sus manos subían instintivamente hacia el astil que sobresalía de su cuello. Intentó gritar, pero solo emergió un gorgoteo húmedo mientras la sangre le llenaba las vías respiratorias. Se tambaleó y luego se desplomó de rodillas.

El segundo guardia se giró al oír caer a su compañero, y la confusión dio paso a la alarma al percatarse de la flecha. Su espada salió de la vaina con un siseo metálico, pero antes de que pudiera alzar la voz para alertar a los demás, una mano le tapó la boca mientras otra le hundía un cuchillo afilado como una navaja en la garganta y le seccionaba los vasos que llevaban sangre a su cerebro. El guardia se debatió brevemente, la espada se le cayó de los dedos de repente sin fuerza, antes de que su cuerpo finalmente se quedara laxo entre los brazos de Lépido.

Lépido lo depositó con cuidado en el suelo, asegurándose de que ningún ruido alertara a nadie cercano. Levantó la vista y vio

a Talorcan, que ya se movía desde su posición, con el arco de nuevo asegurado a la espalda, mientras se acercaba con pasos sigilosos.

Se encontraron en la puerta de la casa circular, de pie junto a los cuerpos de los dos guardias. Había sido una ejecución limpia, sin que saltara la alarma, sin testigos de su llegada. Pero sabían que el respiro era temporal: tarde o temprano, alguien vendría a relevar a los guardias o a ver cómo estaban los prisioneros.

—Tenemos que moverlos —susurró Talorcan, agachándose ya para coger a uno de los caídos por las axilas. Juntos arrastraron los cuerpos hasta las sombras más densas junto a la casa circular. No engañaría a nadie que buscase a conciencia, pero podría concederles unos minutos preciosos.

La sangre oscurecía la tierra donde habían caído los hombres. Talorcan esparció un puñado de tierra sobre la mayor parte, ocultando, pero no eliminando, la evidencia de sus muertes.

Con la zona inmediata asegurada, dirigieron su atención a la puerta reforzada con hierro. Una pesada tranca de madera la aseguraba desde el exterior, diseñada para evitar que los de dentro escaparan en lugar de para impedir la entrada de rescatadores. Lépido agarró un extremo mientras Talorcan cogía el otro, y juntos la levantaron de sus soportes antes de abrir la puerta con cuidado.

Lépido entró mientras Talorcan permanecía en el umbral, atento a cualquier movimiento que pudiera señalar un peligro. El interior estaba sumido en una oscuridad casi total, salvo por una única vela que chisporroteaba en el centro y que proyectaba sombras débiles y danzantes sobre los muros de piedra. La oscuridad parecía oprimir desde todos los lados y sus ojos luchaban por adaptarse de la tenue luz de las estrellas del exterior al tenebroso interior. Poco a poco, empezó a distinguir las siluetas de unos cuerpos que bordeaban el perímetro de la estancia, figuras desplomadas o arrodilladas, atadas a estacas clavadas en el suelo de tierra. Contó rápidamente: nueve hombres en total, todos aún con vida, aunque en diverso estado.

Todos estaban despiertos, sus ojos reflejaban la escasa luz de las velas al volverse hacia la puerta que se abría. Sus rostros no

mostraban esperanza, sino pavor, el de hombres que no esperaban un rescate, sino ser elegidos para cualquier horror que les aguardase más allá.

—Romanos —susurró Lépido, manteniendo la voz lo suficientemente baja para que no traspasara los gruesos muros de piedra—. He venido a ayudaros. Vamos a sacaros de aquí.

La confusión cundió entre los prisioneros, y en sus demacrados rostros la incredulidad luchaba con una esperanza desesperada.

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó Lépido, avanzando ya hacia el hombre más cercano, cuchillo en mano.

—Yo —respondió una voz ronca a su derecha—. Decurión Lucius Faber, auxiliar bátavo, Segunda Augusta.

Lépido se dirigió hacia el decurión, un hombre de complexión fornida a pesar de su estado actual. La barba le había crecido de forma salvaje durante el cautiverio y la sangre seca le cubría un lado de la cara, pero sus ojos permanecían claros y despiertos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Lépido mientras empezaba a cortar las gruesas cuerdas que ataban al hombre a su poste.

—Sacrificios —replicó Faber, con la voz tensa por el horror recordado—. Se llevan a uno de nosotros y entonces lo traen.

—¿Traen el qué?

—No sé lo que es —dijo Faber—. No es ni hombre ni bestia. Es algo completamente distinto.

Las cuerdas cedieron bajo el filo de Lépido, y Faber empezó de inmediato a masajearse las muñecas para devolver la sensibilidad a unas manos entumecidas por el prolongado encierro.

—Sea lo que sea —continuó Faber, manteniendo la voz baja mientras Lépido pasaba a liberar al siguiente prisionero—, no se limita a matar. Descuartiza... a los hombres.

—¿A cuántos se han llevado? —preguntó Lépido, trabajando con rapidez en más ataduras.

—A cinco hasta ahora —respondió Faber, ayudando ya a liberar a otro de sus hombres—. Atticus fue el primero. A ese nos

obligaron a mirar, para que entendiéramos lo que nos esperaba. A los demás se los han llevado de noche.

—¿Y el resto de sus hombres?

—Murieron en la emboscada inicial o los separaron de nosotros. Desconozco su suerte.

A medida que cada hombre era liberado, se ponía de inmediato a ayudar a los demás.

—No tenemos armas —dijo Faber—, pero lucharemos con manos y dientes si es necesario. Cualquier cosa antes que enfrentarnos a esa... cosa.

—Puede que no sea necesario luchar si nos movemos con rapidez y en silencio —dijo Lépido, evaluando a cada hombre con ojo experto. La mayoría podía caminar, aunque dos necesitarían ayuda. Todos parecían decididos; el terror casi irracional del cautiverio prolongado había sido reemplazado por la concentración desesperada de unos hombres a los que se les concedía una última oportunidad de sobrevivir—. Escuchad con atención —continuó, reuniéndolos a su alrededor—. El asentamiento duerme, pero los guardias patrullan con regularidad. Tenemos que llegar a la muralla norte sin que nos vean. Mi camarada tiene una cuerda asegurada allí. Debemos trepar y, una vez fuera, dirigirnos al este, de vuelta a las líneas romanas. Nos moveremos deprisa, pero en completo silencio. Cualquiera que haga ruido nos pone en peligro a todos. ¿Entendido?

Nueve cabezas asintieron con lúgubre afirmación.

—Bien. Seguidme y haced exactamente lo que os diga.

Los condujo hasta la puerta donde esperaba Talorcan.

—Despejado por ahora —susurró Talorcan—. Pero tenemos que movernos. No faltan más que unas pocas horas para el amanecer.

Los prisioneros liberados salieron al aire nocturno, y cada hombre parpadeaba incluso ante la tenue luz de las estrellas después de pasar días en una oscuridad casi total. Faber se colocó en la retaguardia con Talorcan, asegurándose de que ninguno de los hombres se quedara atrás, mientras Lepidus abría camino,

fundiéndose con las sombras del asentamiento para iniciar el precario viaje que los llevaría a todos a la libertad o a la muerte.

---

# Capítulo Treinta y Nueve

## Isla de Mona

La noche ya había caído sobre la isla cuando los Occultum salieron de su escondite en la pocilga. Séneca iba a la cabeza, con los sentidos agudizados por el peligro que ahora los rodeaba por todas partes. La isla parecía bullir de actividad a pesar de lo avanzado de la hora: voces lejanas, el resplandor ocasional de las hogueras y el ir y venir de gente entre los asentamientos.

—Más poblada de lo que esperaba —susurró Décimo mientras se detenían en un espeso matorral.

Séneca asintió, mientras estudiaba la disposición de los asentamientos que se extendían por el valle que tenían debajo. Habían esperado encontrar enclaves druídicos aislados y, en su lugar, descubrieron un paisaje salpicado de comunidades tribales: agricultores, pescadores y artesanos que vivían bajo la protección de sus líderes espirituales.

—Esto complica más nuestra aproximación —observó Marcus, sin dejar de escudriñar los alrededores con la mirada—. Más ojos que pueden descubrirnos.

Su avance era exasperantemente lento. Lo que podría haberles llevado unas pocas horas en campo abierto se convirtió en una empresa que duró toda la noche, pues se veían obligados a quedarse inmóviles ante cualquier ruido inesperado, a desviarse para rodear las zonas donde los cazadores de la tribu habían acampado y a retroceder cuando los caminos los llevaban demasiado cerca de viviendas ocupadas.

Para cuando las primeras luces del alba clareaban el cielo por el este, habían recorrido menos de la mitad de la distancia que esperaban, y buscaron cobijo, pues la luz del día volvía a ser su enemiga.

La misma pauta se repitió la noche siguiente y la otra: un avance cauteloso en la oscuridad, ocultación durante el día y adentrarse cada vez más en el corazón de la isla. Buscaban comida siempre que la oportunidad se lo permitía, complementando sus

menguantes provisiones con bayas, raíces y huevos robados de las granjas cercanas.

El agua, al menos, era abundante en la lluviosa isla, con pequeños arroyos y manantiales que les ofrecían oportunidades regulares para rellenar sus odres. Pero el hambre se convirtió en una compañera constante; sus cuerpos quemaban energía más rápido de lo que sus limitadas raciones podían reponer.

—Humo al frente —susurró Marcus la cuarta noche, señalando un resplandor lejano que iluminaba las nubes bajas—. Parece un asentamiento importante.

Alteraron el rumbo, atraídos hacia lo que podría ser su objetivo, y a medida que se acercaban, la verdadera escala del asentamiento se hizo evidente. No se trataba de una mera aldea de agricultores o una comunidad de pescadores, sino de algo mucho más considerable: un centro tribal que se extendía por una cuenca natural del paisaje.

Docenas de casas circulares formaban anillos concéntricos alrededor de una zona central dominada por una enorme casa comunal. La estructura se alzaba por encima de lo que la rodeaba, su armazón de madera, profusamente decorado con tallas que reflejaban la luz de la luna. Había antorchas encendidas a intervalos regulares por todo el asentamiento, que arrojaban pozos de luz en medio de la inmensa oscuridad.

—Tiene que ser ahí —dijo Séneca con serena certeza, su ojo experto reconocía las señales inequívocas de un centro de poder —. La fortaleza de los druidas.

Se retiraron del perímetro del asentamiento en busca de un terreno más elevado que les proporcionara tanto ocultación como una posición de observación ventajosa. Una colina densamente arbolada con vistas a la aldea ofrecía una posición ideal; su elevación les concedía una clara línea de visión, mientras que la espesa vegetación garantizaba que permanecieran ocultos a los observadores de abajo.

Allí, en las profundidades de la maleza, los Occultum establecieron su posición. Despejaron solo el espacio mínimo necesario, asegurándose de que ninguna rama rota o tierra

removida delatara su presencia a los cazadores de vista aguda o a las patrullas. Tras su agotadora travesía por mar y montaña, tras la traición que casi les había costado todo, habían llegado por fin al corazón del poder druídico y, en algún lugar de aquel asentamiento, se movía el hombre al que habían venido a matar.

---

Cuando su segundo día de observación tocaba a su fin, Séneca hizo una señal a los Occultum para que se adentraran más en el bosque. Se retiraron de dos en dos a su posición secundaria, a cincuenta yardas de su puesto de observación, donde el denso follaje les proporcionaba un ocultamiento adicional para su deliberación.

Los hombres se reunieron en un círculo cerrado, con las voces apenas por encima de un susurro. La frustración era evidente en sus posturas, la tensión de la inacción pesaba sobre unos guerreros entrenados para el movimiento decisivo.

—Dos días y nada —dijo Séneca, con el rostro curtido contraído por la preocupación—. Ni rastro de Raven, ni actividad inusual. —Volvió la vista hacia el asentamiento, ahora oculto por los árboles—. Empiezo a dudar de que estemos en la aldea correcta. No hemos visto nada que confirme la presencia de Mordred, y mucho menos la de Raven.

Marcus negó con la cabeza lentamente.

—Algo no va bien —dijo con lentitud—. La aldea parece normal, pero falta algo importante.

—¿No hay guerreros? —dijo Sica, entornando sus ojos oscuros, pensativo.

—No en la cantidad habitual —aclaró Marcus—. En un asentamiento de este tamaño, deberíamos ver a los guerreros entrenando, patrullando, comiendo, descansando. Debería haber un ir y venir constante, pero no he visto a ninguno.

Séneca entornó los ojos mientras procesaba esta observación.

—Si los guerreros están en otra parte...

—Entonces puede que Mordred y Raven estén con ellos —terminó Decimus, completando la idea—. Una reunión, quizá. O los

preparativos para alguna acción de mayor envergadura.

—¿Pero dónde? —preguntó Falco.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —respondió Séneca —. Si están planeando algo importante, los conocimientos de Raven sobre las tácticas romanas serían de un valor incalculable para los druidas. —Miró a su alrededor, a los cinco hombres que lo habían seguido a través del mar y las montañas, que habían superado la traición y las penalidades para llegar hasta este punto. A pesar del agotamiento y del hambre, sus ojos permanecían alerta; su concentración, inquebrantable.

—Seguiremos observando durante el resto del día —dijo—, pero esta noche entraremos. Necesitamos más información y no la encontraremos observando desde la distancia.

—La aldea está muy poblada —advirtió Decimus—. Incluso sin guerreros, hay muchos ojos.

—Nos hemos infiltrado en asentamientos más concurridos que este —replicó Séneca—. Y no podemos permitirnos esperar más. Nos morimos de hambre y cada día estamos más débiles. Recordad, esta noche solo vamos a por información. Aunque veamos a Raven, no intervendremos. No hasta que comprendamos la situación por completo.

Una vez acordado el plan, los Occultum se separaron hacia sus posiciones asignadas y, a medida que avanzaba la tarde, volvieron a comprobar sus armas, preparándose mentalmente para lo que les esperaba. Cuando finalmente cayó la noche, Séneca los reunió por última vez.

—Nada de riesgos innecesarios —les recordó—. Entrad y salid, rápidos y silenciosos.

Con silenciosos asentimientos de cabeza, los Occultum se dispusieron a descender sobre el asentamiento druida, decididos a descubrir las verdades ocultas tras su fachada aparentemente pacífica.

---

# Capítulo Cuarenta

## El Asentamiento

Lepidus guio a los prisioneros liberados lejos de la casa circular de piedra, conduciéndolos

por los senderos sombríos del asentamiento mientras Talorcan cerraba la marcha.

Se movían como un grupo compacto, los hombres más fuertes sosteniendo a los debilitados por el cautiverio, todos guardando el silencio que podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

—Por aquí —susurró Lepidus, dirigiéndolos lejos de la puerta principal. La pesada tranca que la aseguraba haría demasiado ruido al quitarla y, al final, descubrirían a los guardias que habían matado. Su única vía de escape viable era la cuerda que habían dejado en el muro norte.

Al cabo de unos minutos, uno de los prisioneros ahogó un grito y se echó hacia atrás, con los ojos desorbitados por el terror, pero antes de que pudiera emitir otro sonido, Faber le tapó la boca con firmeza con una mano y lo arrastró a la sombra de una cabaña cercana.

Lepidus retrocedió de inmediato sobre sus pasos, indicando a los demás que mantuvieran la posición. Encontró al joven temblando violentamente, todavía sujeto por el férreo agarre de Faber, con la mirada fija en algo al otro lado del estrecho sendero.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Lepidus con un susurro áspero.

Faber asintió en dirección a un pequeño edificio de piedra apartado de las estructuras de madera circundantes. A diferencia de la casa circular donde habían estado recluidos los prisioneros, este edificio no tenía ventanas y su puerta estaba reforzada con pesadas bandas de metal.

—La tienen ahí dentro —dijo—. La cosa que mató a nuestros camaradas.

Lepidus echó un vistazo a la estructura. Nada en su exterior parecía particularmente amenazador, pero el pavor del hombre era innegable.

—Haz que se mueva —dijo—. Reuníos con los demás. Iré justo detrás de vosotros.

Faber asintió y guio a su camarada, todavía tembloroso, para reunirse con el grupo principal mientras este continuaba su cuidadoso avance hacia el muro. Talorcan lanzó a Lepidus una mirada interrogativa, pero permaneció con los prisioneros, poniéndose ahora a la cabeza.

Mientras se alejaban, Lepidus se sintió atraído hacia el edificio de piedra. Rodeó la estructura con cautela, observando su inusual construcción. A diferencia de otros edificios del asentamiento, este había sido construido con una clara intención defensiva: gruesos muros de piedra, sin ventanas y una única puerta fuertemente reforzada, asegurada con múltiples cadenas de hierro que pasaban por enormes grapas. Fuera lo que fuese que hubiera dentro, sus constructores habían hecho todo lo posible para asegurarse de que permaneciera allí.

Un rasguido emanó de su interior, seguido de un ruido bajo y gutural que no era ni un gruñido ni una voz, sino algo inquietantemente intermedio. Lepidus se quedó helado, con todos los sentidos repentinamente agudizados por la inconfundible presencia del peligro. Sabía que debía marcharse, volver con los prisioneros y continuar su huida. Sin embargo, algo lo impulsó a investigar más, a comprender a qué clase de amenaza podrían estar enfrentándose.

Moviéndose con extrema precaución, se acercó al muro más próximo a los sonidos. Una pequeña grieta entre las piedras ofrecía un estrecho punto desde el que mirar al interior. Pegó la cara a ella, con un ojo en la abertura, esforzándose por penetrar en la oscuridad.

Al principio no vio nada, solo una oscuridad impenetrable más allá de la grieta. Esperó, permitiendo que su vista se adaptara, sintiendo más que viendo movimiento en la penumbra, cuando, de repente, sin previo aviso, un único dedo con garras se proyectó

hacia fuera a través de la abertura. El movimiento fue tan rápido, tan inesperado, que Lepidus apenas tuvo tiempo de reaccionar. La uña deforme le rasgó la mejilla, rozándole el ojo por un margen mínimo, pero abriendo un fino y ardiente corte en la piel.

Se echó hacia atrás de un brinco, llevándose una mano a la cara, donde sintió la cálida humedad de la sangre. Se tambaleó, alejándose del muro, con el corazón martilleándole en el pecho, mientras un sonido que podría haber sido una risa, distorsionada e inhumana, resonaba desde el interior de la estructura.

Durante unos instantes, se quedó paralizado, con la sangre goteándole entre los dedos mientras asimilaba la realidad de lo que acababa de encontrar. El terror del joven auxiliar ya no parecía excesivo, sino completamente racional. Lo que fuera que contuviera aquel edificio no era meramente peligroso, era algo que escapaba a los límites normales de su experiencia, algo que activaba las respuestas más primitivas de su cerebro.

Se obligó a respirar hondo, a recuperar la compostura. La herida era leve, un corte superficial que sanaría rápido, pero se dio cuenta de que tenían que alejarse de aquel lugar todo lo que pudieran, tan rápido como les fuera posible moverse.

Limpiándose la sangre de la mejilla, se dio la vuelta y se apresuró a seguir a los prisioneros que huían, cada paso lo alejaba del edificio de piedra y de la aberración que albergaba.

Unos minutos después, llegó a la empalizada donde los demás ya estaban trepando por la cuerda, pero su avance parecía angustiosamente lento.

—Esto está llevando demasiado tiempo —murmuró, mirando a Talorcan.

—Deberías cruzar —dijo Talorcan—. Necesitamos al menos a un hombre que sepa el camino de vuelta al otro lado por si nos atrapan aquí.

Lepidus vaciló, reacio a marcharse. Su mirada recorrió por última vez el asentamiento a oscuras antes de reconocer la sensatez de las palabras de Talorcan. Si se separaban, alguien tenía que guiar a los supervivientes de vuelta a territorio romano.

—Los llevaré a la cresta —dijo.

Talorcan asintió, con la atención ya puesta de nuevo en los hombres que quedaban.

—Vete tú. Yo me aseguraré de que todos crucen.

Sin más dilación, Lepidus se dio la vuelta y trepó por la cuerda antes de dejarse caer al suelo al otro lado. En el momento en que sus pies tocaron tierra firme, sintió un sutil cambio en su percepción; la opresiva tensión del asentamiento dio paso a los peligros más familiares del campo abierto. Distaban mucho de estar a salvo, pero la amenaza inmediata había disminuido.

Organizó a los hombres a medida que aterrizaban, dirigiéndolos en susurros hacia la cresta, a unos doscientos pasos de la empalizada. Uno por uno, partieron, corriendo agachados, aprovechando los contornos naturales del terreno para ocultarse.

La procesión continuó metódicamente: un hombre llegaba al suelo, Lepidus le indicaba la dirección y otro prisionero fugado desaparecía en la oscuridad. Finalmente, descendió el último cautivo, un hombre corpulento cuyo debilitado estado hacía que sus movimientos fueran penosamente lentos.

Lepidus esperó a que Talorcan lo siguiera, pero no había ni rastro de él.

Durante un instante breve y terrible, Lepidus sopesó la idea de volver a subir para investigar, pero los aspectos prácticos se hicieron evidentes de inmediato. La cuerda seguía en el lado interior de la empalizada; no tendría forma de ascender. Pasara lo que le pasara a Talorcan al otro lado, no tenía medios para alcanzarlo. La constatación lo golpeó como si fuera un puñetazo. Algo iba mal.

Transcurrieron unos preciosos instantes en los que permaneció clavado en el sitio, con la vista fija en el espacio vacío por donde Talorcan debería haber aparecido. El asentamiento, más allá del muro, seguía ominosamente silencioso; ni gritos de alarma, ni sonidos de lucha, nada que pudiera indicar lo que había ocurrido.

Finalmente, con una amarga aceptación de las prioridades inmediatas, Lepidus se dio la vuelta. Los prisioneros liberados necesitaban un guía, necesitaban su liderazgo para tener alguna posibilidad de alcanzar territorio romano. Desde allí no podía hacer

nada por Talorcan, y permanecer expuesto cerca del asentamiento ponía en peligro todo lo que habían logrado.

Se dirigió con rapidez hacia el punto de reunión, su mente sopesando las contingencias. Cuando llegó a la cresta, encontró a los prisioneros liberados acurrucados a su sombra, tensos por la incertidumbre y la desorientación de una libertad repentina tras días de cautiverio.

—¿Dónde está el explorador? —preguntó Faber.

—Estará aquí —dijo Lepidus—. Esperemos.

Los hizo adentrarse más en la maleza, con una línea de visión despejada hacia la empalizada, mientras cada hombre escudriñaba la oscuridad en busca de cualquier señal de la llegada de Talorcan.

---

# Capítulo Cuarenta y Uno

## Isla de Mona

La oscuridad se cernió sobre el asentamiento druida y trajo consigo el amparo que los Occultum habían estado esperando. La vida de la aldea se había apaciguado con la caída de la noche. Las hogueras se habían reducido a ascuas incandescentes y la mayoría de los habitantes se había retirado a sus moradas; solo alguna que otra antorcha iluminaba los senderos entre los edificios.

La noche era inusualmente silenciosa. No se oían ladridos de perros ni el canto de las aves nocturnas. La quietud, en lugar de ofrecer consuelo, crispó aún más los nervios de los hombres. Nada parecía amenazador a simple vista; solo un asentamiento que dormitaba apaciblemente bajo el cielo estrellado. Sin embargo, los hombres percibieron la misma anomalía que Marcus había identificado durante su observación. ¿Dónde estaban las patrullas nocturnas? Una fortaleza de esta importancia debería tener guerreros de guardia, sobre todo dadas las tensiones entre las tribus y el avance de los romanos. En cambio, solo encontraron el vacío, como si el asentamiento hubiese sido abandonado.

Convergieron lentamente en la casa comunal central, cuya techumbre se recortaba contra el cielo nocturno. El edificio se alzaba oscuro y silencioso, sin movimiento visible en su perímetro ni centinelas apostados en las entradas. La ausencia de guardias parecía extraña para una estructura tan importante, sobre todo si albergaba a los líderes druidas, como sospechaban.

Seneca sopesó sus opciones. La falta de guardias podía indicar que el edificio estaba vacío, que sus ocupantes se encontraban en otro lugar, y si Raven y Mordred estaban realmente ausentes, entrar en la casa comunal podría alertar al asentamiento de su presencia para nada. Pero después de haber viajado tanto y superado tantos obstáculos, no podían marcharse sin estar seguros.

La decisión se cristalizó en su mente. Investigarían la casa comunal, pero con la mínima interacción. Una vez decidido, se volvió para dar instrucciones a los hombres, pero mientras observaban

desde las sombras, la puerta de la casa comunal se abrió con un crujido.

Los Occultum se tensaron y sus manos se movieron instintivamente hacia las armas, pero en lugar de un guerrero o un druida, apareció un niño pequeño, de no más de tres años, que salió riendo mientras bajaba corriendo los escalones y se adentraba en la zona abierta frente al edificio.

Se retiraron con rapidez, adentrándose más en la oscuridad para evitar ser descubiertos. Seneca hizo una seña para que guardaran una quietud absoluta cuando, instantes después, una joven lo siguió, con una expresión de exasperación visible incluso en la penumbra mientras llamaba al niño que se escapaba.

El niño correteaba entre las cabañas, deleitándose claramente con el juego improvisado, mientras sus pies descalzos tamborileaban sobre la tierra apisonada. La mujer lo siguió, acelerando el paso cuando el niño desapareció al doblar una esquina en dirección a donde se escondía Marcus. Antes de que este pudiera retirarse más en las sombras, el niño dobló la esquina a toda velocidad y chocó contra sus piernas. El explorador sujetó instintivamente al niño, agarrando sus pequeños hombros con las manos para evitar que cayera hacia atrás.

Por un momento, el niño y el guerrero se miraron fijamente, con la sorpresa mutua reflejada en sus rostros. Luego, con la aceptación propia de los más pequeños, el niño sonrió al hombre desconocido, sin mostrar miedo del extraño en la oscuridad.

Marcus levantó al niño en brazos, un acto reflejo nacido de algún recuerdo lejano de su propia familia. El niño permaneció notablemente tranquilo, aparentemente más intrigado que asustado por el encuentro.

La mujer apareció segundos después, y sus apresurados pasos vacilaron al enfrentarse a la escena que tenía ante ella: su hijo en brazos de un extraño. Contuvo el aliento y un pequeño sonido de miedo escapó de sus labios mientras se quedaba paralizada. Su mirada iba de Marcus al niño en sus brazos, con el cálculo y el terror mezclándose en su expresión. Dio un solo paso hacia atrás,

preparándose para huir o quizá para gritar, cuando Seneca emergió de las sombras más profundas.

Se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio, y luego la llamó con un gesto deliberado para que se acercara. Aun así, ella vaciló, con el instinto maternal en guerra con el de supervivencia. Se giró para retroceder en la otra dirección, solo para encontrar su camino bloqueado por Cassius, que la había rodeado mientras su atención estaba fija en Marcus y el niño.

La comprensión afloró en sus ojos: estaba atrapada entre aquellos guerreros silenciosos, con su hijo como rehén de su cooperación. Quisieran lo que quisieran aquellos hombres, su única esperanza de proteger al niño residía en obedecer, al menos hasta que se presentara una oportunidad de escapar. Con visible reticencia, avanzó hacia Marcus, con cada paso lento y vacilante. Las manos le temblaban ligeramente a los costados, pero sus ojos permanecían claros, alerta a cualquier oportunidad que pudiera permitirle arrebatar al niño y correr.

Marcus acomodó al niño, asegurándose de mantener el control sin parecer amenazador, y cuando la mujer se acercó, Séneca se movió para interceptarla, tapándole la boca con una mano mientras con la otra le agarraba el brazo, impidiendo cualquier intento de huida. Con la mujer asegurada, se retiraron rápidamente detrás de un pajar cercano, arrastrando a su cautiva hacia un escondite más profundo.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Falco mientras miraba a sus cautivos—. Si los soltamos, darán la voz de alarma.

La mente de Séneca repasó a toda velocidad las escasas opciones que tenían. Matar a civiles, sobre todo a una mujer y a un niño, iba en contra de todo en lo que creía, pero soltarlos significaba que los descubrirían con toda seguridad. Antes de que pudiera trazar un plan, la mujer habló. Tenía la voz ahogada por la palma de su mano, pero sus palabras se distinguieron con claridad.

—Por favor, no le hagan daño.

Séneca, conmocionado, le quitó la mano de la boca, pero sin dejar de sujetarle el brazo con firmeza. Las palabras habían sido

en latín, con un acento muy marcado y tosco, pero eran sin lugar a dudas la lengua de Roma.

—¿Cómo es que conoce nuestras palabras? —le preguntó con severidad, estudiando su rostro con renovada intensidad.

Ella miró con ansiedad a los miembros de los Occultum y detuvo la mirada en su hijo, que había empezado a retorcerse en los brazos de Marcus, con sus bracitos extendidos hacia ella. Tras un instante de duda, Séneca asintió a Marcus, quien con cuidado le entregó el niño a la mujer, que lo acogió en sus brazos.

La mujer agarró al niño con gesto protector contra su pecho, pero permaneció en silencio, con la mirada saltando de un hombre a otro de los que la rodeaban.

—Le he hecho una pregunta —dijo Séneca—. ¿Cómo es que entiende nuestra lengua?

Como seguía sin responder, Séneca intercambió una mirada elocuente con Sica y dirigió brevemente la vista hacia el cuchillo que el sirio llevaba al cinto. Sica comprendió de inmediato y, con teatral parsimonia, desenvainó la hoja.

La mujer ahogó un grito y abrazó a su hijo con más fuerza al percatarse de la amenaza implícita.

—No queremos hacerle daño —dijo Séneca lentamente, asegurándose de que entendiera cada palabra—. Solo queremos información. Para empezar, dígame cómo conoce nuestra lengua.

La mujer tragó saliva. Cuando por fin habló, le temblaba la voz.

—Antes de que llegaran los ejércitos —dijo con dificultad, esforzándose con el latín que no dominaba—, mi padre pasaba mucho tiempo con las tribus del este. Había muchos comerciantes allí. Yo observaba los trueques y aprendí algunas palabras. —Hizo una pausa para ordenar sus ideas—. Pero mi madre me enseñó más. Ella conocía bien vuestra lengua.

—¿Y quién es su padre? —preguntó Séneca.

La mujer vaciló y el miedo asomó a sus facciones antes de responder.

—Mordred.

El nombre sacudió a Séneca. Si no podían localizar a Raven, el propio líder druida sería un objetivo alternativo de inmenso valor. Eliminar a la cabeza espiritual y estratégica de la resistencia contra Roma podría devastar la oposición tribal.

—¿Vive Mordred aquí? ¿En este asentamiento? —preguntó, cuidando de mantener un tono neutro a pesar de la oleada de expectación que sintió.

—Sí —respondió ella, acomodando al niño en sus brazos cuando este empezó a protestar—. Este es su hogar. Pero se ha marchado al este con los guerreros.

Séneca maldijo en silencio. La confirmación de la observación de Marcus sobre la ausencia de los guerreros cobraba ahora sentido, pero también significaba que sus objetivos principales estaban en otro lugar.

—Al este —repitió—. ¿Hacia las fuerzas romanas?

Ella asintió con la vista gacha.

—¿Y hay con él un hombre llamado Raven? —preguntó Séneca—. ¿Un romano que ahora vive entre vuestro pueblo?

Ante esta pregunta, ella vaciló de forma perceptible. Su mirada se desvió hacia Sica, que seguía manejando su cuchillo con una amenaza despreocupada y lanzando de vez en cuando una mirada al niño con calculado interés.

La entereza de la mujer se quebró. Se le llenaron los ojos de lágrimas al tiempo que abrazaba a su hijo con más fuerza, girando ligeramente el cuerpo como para protegerlo de la mirada del sirio.

—Por favor —suplicó, con un latín que se deterioraba a la par que su creciente angustia—. No le hagan daño a mi hijo. Les diré lo que quieren.

El agarre de Séneca en su brazo se suavizó ligeramente, aunque se mantuvo alerta.

—Cuénteme todo lo que sepa sobre por qué Mordred se ha marchado al este con los guerreros —dijo—. Si nos dice la verdad, juro por los dioses de Roma que usted y su hijo vivirán.

—Deberíamos matarlos de todos modos —masculló Sica, pero Séneca lo silenció con una mirada fulminante.

La mujer respiró hondo, con la mirada saltando entre los dos hombres.

—Van a matar al rey romano —susurró ella.

—Nosotros no tenemos rey —replicó Séneca.

—El..., el hombre que gobierna Roma —dijo ella con dificultad, buscando las palabras adecuadas.

—¿El emperador? —preguntó Séneca, de repente alerta.

Ella asintió enérgicamente.

—¡Sí! El emperador. Mi padre dijo que viene a cobrar tributo a los jefes de las tribus.

Un silencio atónito se apoderó de los Occultum y las implicaciones de aquello los golpearon como una ola. No sabían que Claudio hubiera planeado venir a Britania, pero, de ser cierto, su vida corría peligro. La mente de Séneca trabajaba a toda prisa. Tenían que avisar a Plaucio inmediatamente y cada instante que se demorasen podría significar un desastre para Roma, pero a pie nunca llegarían a tiempo. Se volvió hacia la mujer, con un nuevo plan ya formándose en su mente.

—Muéstrenos dónde están los caballos —dijo—, y la dejaré marchar libre con su hijo.

Ella vaciló, con el instinto maternal en pugna con el miedo. Pero la vida del nieto de Mordred era demasiado valiosa como para arriesgarla. El niño era su seguro, su protección.

—Sí —susurró, nerviosa—. Por aquí.

La mujer se movió en silencio por el asentamiento, guiando a los Occultum entre las cabañas dormidas, evitando los caminos principales hasta que, finalmente, el cercado de los caballos apareció a la vista. Seguía sin haber guardias ni seguridad adicional, solo una simple valla de madera que rodeaba diez robustas monturas. Los animales permanecían en silencio, apenas levantando la cabeza cuando el grupo se acercó.

—Estos —susurró, señalando los caballos más robustos.

Marcus y Falco inspeccionaron rápidamente a los animales, comprobando las cinchas y asegurándose de que pudieran soportar el peso de hombres fuertemente armados. Una vez terminado,

Séneca se volvió hacia la mujer, con una expresión resuelta pero no exenta de amabilidad.

—Sé que debe dar la alarma —dijo en voz baja—, así que no puedo dejarla marchar de inmediato. Sin embargo, tenemos que llevarla con nosotros unas cuantas millas, eso nos dará algo de ventaja.

El miedo parpadeó en sus ojos, pero asintió. Fuera cual fuese la amenaza que aquellos hombres representaban, la seguridad de su hijo era lo primordial.

—Pronto la liberaremos —le aseguró Séneca—. Lo juro por los dioses.

Unos instantes después, los caballos estaban listos y ella estrechó al niño contra su pecho mientras Séneca la subía a uno de ellos antes de montar él mismo detrás. Cuando todos los hombres estuvieron a caballo, hizo girar su montura y los sacó del asentamiento, moviéndose en silencio para no llamar la atención innecesariamente y, cuando por fin estuvieron a salvo, se inclinó hacia delante y le susurró al oído.

—Ahora, muéstrenos el camino al puente.

---

Tras varias millas, tal y como había prometido, Séneca hizo una señal para detenerse y ayudó a la mujer a bajar, dejándola en tierra firme con su hijo.

—Es usted libre —dijo—. Ahora, váyase.

Ella vaciló, sosteniéndole la mirada a Séneca antes de darse la vuelta y desandar el camino, con el niño acurrucado contra ella.

Séneca la observó por un instante, luego dirigió su caballo hacia el puente y sus hombres, que esperaban. Ahora tenían una nueva misión, una mucho más crucial que cazar a Raven, y mientras espoleaban a sus caballos adentrándose en la noche supieron que se hallaban en una carrera mortal para salvar la vida del emperador.

---

# Capítulo Cuarenta y Dos

## El Asentamiento

Talorcan se agazapó en las sombras, al pie de la empalizada. El último de los prisioneros se había marchado, pero, justo cuando se disponía a trepar por la cuerda, el sonido de unos pasos que se acercaban lo había dejado petrificado. Ahora estaba guarecido en las sombras más densas, al pie de la cabaña más cercana, con el cuchillo ya en la mano.

Mientras observaba, un guardia solitario surgió de la oscuridad, con la lanza apoyada despreocupadamente sobre un hombro. En otras circunstancias, Talorcan podría haber esperado a que pasara de largo, pero sabía que la cuerda que colgaba de la empalizada delataría de inmediato su ruta de escape.

El guardia se detuvo, con la atención puesta en las huellas que había en la tierra, allí donde los prisioneros se habían reunido antes de trepar. Su postura cambió; el letargo anterior dio paso a un estado de alerta mientras se acercaba a investigar.

Talorcan permaneció inmóvil, sopesando sus opciones, que se reducían a marchas forzadas; el guardia seguía ahora el rastro directamente hacia la cuerda. El descubrimiento era inminente y, con él, la alarma que haría que los guerreros pulularan por el asentamiento.

Los ojos del guardia se apartaron del suelo y ascendieron hasta encontrar la cuerda que pendía de la empalizada. Sus ojos se abrieron de par en par, alarmados, pero, cuando una de sus manos fue a coger el cuerno que llevaba en el cinto, Talorcan apareció tras él y le hundió el cuchillo hasta el fondo en la garganta.

La sangre caliente se derramó sobre su mano mientras el guardia se debatía, pero, en cuestión de instantes, su víctima se quedó quieta y él depositó al moribundo en el suelo. Arrastró el cuerpo hasta las sombras antes de coger el cuchillo del guardia y guardárselo en su propio cinto. Regresó rápidamente a la cuerda y tiró de sí mismo hacia arriba con renovada urgencia, pero, mientras sus dedos se aferraban a la punta afilada de un tronco para

estabilizarse, oyó otro ruido y bajó la mirada para ver a un segundo guardia de pie junto al cadáver del primero, con el rostro desfigurado por la conmoción y la rabia. Sus miradas se cruzaron durante un breve instante, una estampa congelada de cazador y presa, pero, antes de que Talorcan pudiera reaccionar, el guardia se llevó un cuerno a los labios y sopló un toque penetrante que rompió el silencio de la noche.

---

Una vez dada la alarma, el sigilo ya no importaba, y Talorcan se aupó por encima de la empalizada. Cayó con fuerza al suelo y su cuerpo rodó instintivamente para distribuir el impacto, pero aun así un dolor agudo le atravesó el tobillo al torcérselo. Haciendo caso omiso de la herida, se puso en pie como pudo y corrió hacia la linde del bosque, donde Lepidus y los demás ya estaban desapareciendo entre los árboles, lejos del asentamiento y de la persecución que inevitablemente vendría después.

Talorcan se forzó aún más; cada zancada le enviaba un nuevo dolor a través del tobillo herido y, cuando llegó a los árboles, Lepidus lo agarró del brazo para sostenerlo, pues tropezó con la pierna lesionada.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—Guardias del perímetro —dijo Talorcan—. He matado a uno, pero el otro me ha visto en el muro y ha dado la alarma. Enviarán jinetes tras nosotros en cuanto puedan abrir la puerta.

Lepidus asintió, con el rostro contraído en una mueca de sombría determinación mientras consideraba sus limitadas opciones. Delante, los prisioneros liberados ya se movían tan rápido como se lo permitía su debilitado estado.

—¿Puedes correr? —preguntó Lepidus, mirando el tobillo herido de Talorcan.

—Me las apañaré —replicó Talorcan, probando a cargar su peso sobre la articulación. Aguantó, aunque el dolor le punzaba a cada paso—. Pero no podemos dejar atrás a los caballos, no con estos hombres en su estado.

Lepidus oteó el bosque circundante, con su ojo experto evaluando el terreno en busca de posibilidades defensivas.

—Entonces tendremos que ser más listos que ellos —dijo —. Por aquí.

Se adentraron en el bosque, dejando atrás el asentamiento y su furia despertada, en una carrera contra el tiempo y los guerreros montados que pronto les pisarían los talones. Habían logrado liberar a los prisioneros, pero la parte más peligrosa de su misión aún estaba por delante: regresar a las líneas romanas con sus enemigos pisándoles los talones.

---

El dosel del bosque les proporcionaba tanto ocultación como un desafío mientras Lépido guiaba a su grupo hacia el este a través de la oscuridad. La luz de la luna se filtraba esporádicamente entre las densas ramas sobre sus cabezas, creando un mosaico de tenue iluminación y sombras absolutas que convertía cada paso en una empresa precaria. Aun así, siguieron adelante, pues la urgencia de su situación se imponía a cualquier otra preocupación.

—Seguid moviéndoos —apremió Lépido cuando un prisionero tropezó—. Cada milla que pongamos entre nosotros y ellos aumenta nuestras posibilidades.

La noche parecía interminable, un agotador maratón de avance silencioso salpicado de breves pausas para recuperar el aliento o ayudar a alguien que había caído. Evitaron los caminos más fáciles por donde los perseguidores a caballo podrían seguirlos, eligiendo en su lugar un terreno más escarpado y difícil que favorecería a los que iban a pie.

—Terreno elevado —susurró Talorcan durante una de esas pausas, señalando una cresta que se alzaba como una sombra más oscura contra el cielo nocturno—. Mejor visibilidad. Los veremos venir.

Lépido asintió. La ventaja táctica del terreno elevado era innegable, y al amanecer necesitarían tomar decisiones más informadas sobre su ruta.

La subida fue extenuante, especialmente para unos hombres que ya estaban al límite de su resistencia física. Varios prisioneros necesitaron el apoyo de sus camaradas más fuertes, e incluso el rostro de Talorcan estaba contraído por el dolor, pues el

ascenso ejercía una mayor presión sobre su tobillo herido. Sin embargo, no se oyó ni una sola queja; cada hombre comprendía que la captura significaba un destino mucho peor que el mero agotamiento.

Alcanzaron la cima cuando el primer atisbo de luz grisácea apareció en el horizonte oriental. La cresta ofrecía una vista dominante del territorio circundante, incluido el asentamiento del que habían huido horas antes. Los hombres se desplomaron en montones exhaustos, jadeando en el frío del alba.

—Descansad —dijo Lépido, con la fatiga evidente en la ronquera de su voz—. Talorcan, dales la comida que nos queda. Volveremos a ponernos en marcha pronto.

Talorcan repartió lo último que quedaba de carne seca antes de sentarse junto a Lépido al borde de la cresta.

—Ahí —dijo en voz baja, señalando un movimiento en la distancia—. Se están reuniendo.

Lépido clavó la vista en el asentamiento. Unas figuras se movían alrededor de la puerta principal, la distancia las reducía a meros puntos contra el fondo terroso. Sin embargo, incluso desde tan lejos, se podían discernir ciertos detalles: el destello de la luz matutina sobre el metal, las siluetas características de los guerreros a caballo.

—Veinte, quizás más —estimó Lépido, contando las figuras montadas—. El doble a pie.

Observaron en silencio mientras sus perseguidores se preparaban para seguirlos, pero lo que le pareció extraño fue que, aunque la alarma se había dado hacía horas, los guerreros no parecían tener prisa por comenzar la persecución. Era como si supieran algo que Lépido ignoraba, alguna ventaja que les permitía mostrar esa confianza despreocupada a pesar de la considerable ventaja que su presa había conseguido.

—Algo no va bien —murmuró—. Deberían haber venido a por nosotros inmediatamente. ¿Por qué esperar hasta ahora?

A medida que la luz se intensificaba, más detalles emergían de la lejana escena. Los guerreros a caballo habían formado un círculo irregular, rodeando algo que Lépido no podía

distinguir del todo. Entonces, cuando el círculo se abrió, lo vio: un carro que salía por la puerta del asentamiento, tirado por dos robustos caballos. Sobre el carro descansaba un cajón asegurado con cadenas que relucían a la luz de la mañana.

El aire pareció helarse en los pulmones de Lépido cuando lo reconoció. No era un carro de suministros. Ni refuerzos, sino algo mucho peor.

—Por los dioses —susurró, mientras la sangre abandonaba su rostro—. Esa es la cosa que mató a sus prisioneros. No solo nos persiguen, nos están cazando. Tragó saliva con dificultad, reprimiendo el miedo que amenazaba con anular su pensamiento táctico. Se apartó de aquella visión, calculando ya sus menguantes opciones.

—Preparaos para marchar —ordenó a los hombres que descansaban, quienes inmediatamente comenzaron a moverse—. Tenemos que largarnos de aquí.

Mientras los prisioneros liberados se ponían en pie con dificultad, Lépido lanzó una última mirada hacia el asentamiento. Las próximas horas los pondrían a prueba más allá de cualquier cosa que hubieran soportado hasta entonces, pero esto ya no era una simple huida; era una carrera desesperada contra algo que no comprendía, un depredador liberado específicamente para darles caza.

Con lúgubre determinación, le dio la espalda a la lejana amenaza y guio a su exhausto grupo por la ladera oriental de la cresta, adentrándose aún más en un territorio que prometía tanto un posible refugio como sus propios peligros desconocidos.

---

# Capítulo Cuarenta y Tres

## Isla de Mona

La noche ya se había cernido por completo sobre la tierra cuando los Occultum se acercaron al puente que comunicaba la isla de Mona con el continente. Séneca alzó el puño, indicando que se detuvieran al alcanzar la protectora oscuridad de un denso bosquecillo a unas doscientas yardas de la entrada del puente. Desde aquella posición estratégica, podían ver las hogueras de los guardias ardiendo en ambos extremos de la estructura, con sus llamas anaranjadas parpadeando contra el cielo nocturno.

—Seis hombres en este extremo y al menos ocho visibles en el otro lado —observó Marcus—. Están alerta, pero no esperan problemas desde esta dirección.

Los demás siguieron su mirada y vieron que los celtas habían construido una pequeña barricada al otro lado de la salida del puente, una disposición tosca pero eficaz de troncos y ramas entrelazadas. Había cuatro guardias a este lado de la misma, con las armas reluciendo a la luz del fuego.

—Diseñada para impedir la entrada de forasteros —señaló Séneca—, pero funciona igual de bien contra los que intentan marcharse.

Se hizo el silencio mientras cada hombre contemplaba sus limitadas opciones. El puente representaba tanto su única ruta de escape viable como un obstáculo formidable.

—Solo hay una opción —dijo Séneca finalmente—. Nos abriremos paso a través de ellos. La velocidad será nuestra ventaja en la primera posición, ya que no esperarán una carga directa, pero esa barricada en el otro extremo...

—Tendremos que desmontar para despejarla —concluyó Marcus—. Lo que significa luchar cuerpo a cuerpo.

Séneca asintió. Atacarían a los guardias del extremo cercano con una fuerza y velocidad abrumadoras, irrumpirían en el puente y luego se abrirían paso más allá de la barricada del otro lado.

—Armas listas —ordenó Séneca en voz baja, desenvainando su gladio—. Seguidme y no os detengáis por nada. —Con un sutil asentimiento, giró su caballo hacia el puente y, tras susurrar una breve plegaria a Marte, clavó los talones en los flancos de su montura.

---

Los caballos irrumpieron desde su escondite como proyectiles vivientes, con los cascos retumbando contra la tierra apisonada mientras aceleraban hacia el puente. El factor sorpresa funcionó exactamente como estaba previsto, y los guardias del extremo cercano apenas tuvieron tiempo de percatarse de los jinetes que se aproximaban antes de que los Occultum se les echaran encima.

Los centinelas se apresuraron a formar una línea defensiva, bajando las lanzas para crear una barrera de puntas mortales, pero fueron demasiado lentos, demasiado desorganizados, y los jinetes se abrieron paso entre ellos, con sus gladios trazando arcos letales que cogieron a dos guardias completamente desprevenidos. Los centinelas restantes se dispersaron confusos, con su línea defensiva destrozada por la ferocidad y la brusquedad del ataque.

La estructura de madera se estremeció bajo el peso combinado de seis caballos al galope, y los tablones resonaron como tambores de guerra con cada impacto de los cascos. Tras ellos, estallaron gritos de alarma y rabia de los guardias supervivientes, pero los Occultum ya se encontraban a veinte yardas del puente y su impulso los llevaba velozmente hacia el continente.

Mientras cruzaban con estruendo, los guardias del otro extremo entraron en acción. Alertados por el alboroto, se volvieron para hacer frente a los jinetes. Un hombre se llevó un cuerno a los labios y tocó una advertencia que llegaría a los asentamientos cercanos, mientras que otro colocó una flecha en su arco, la tensó y la soltó en un único y fluido movimiento.

La flecha silbó junto a la oreja de Séneca y falló por escasos centímetros mientras los Occultum se arrojaban de sus monturas para cargar contra los defensores.

La conmoción del ataque y la entrega total de los hombres que se lanzaron a la carga cogieron a los celtas por sorpresa, y dos de ellos cayeron rápidamente ante las estocadas de Casio y Séneca.

Falco, haciendo uso de su descomunal fuerza, apartó a otro de un empujón, rompiéndole la mandíbula con el codo antes de agarrar uno de los troncos verticales de la barricada y arrancarlo hacia un lado. Otro defensor corrió para atacarlo, pero Séneca lo interceptó y le hundió la espada en el abdomen desprotegido.

En cuestión de instantes, cinco celtas yacían muertos o moribundos, con sus cuerpos desparramados sobre los tablones ensangrentados del puente, mientras que otros, algunos hasta entonces ocultos, huían del combate para refugiarse en los matorrales circundantes.

—¡A montar! —ordenó Séneca, encaramándose ya de nuevo a su montura—. Tenemos que largarnos de aquí.

Los demás obedecieron de inmediato. A Marcus le sangraba el brazo abundantemente y Falco lucía un profundo tajo en la mejilla que un defensor desesperado le había logrado asestar, pero ninguna de las heridas era mortal.

Salieron del puente a todo galope y se adentraron en el camino de tierra firme, seis jinetes inclinados sobre el cuello de sus monturas para ganar velocidad. A sus espaldas sonaron más cuernos; la alarma se extendía por la isla y hasta los asentamientos cercanos. La persecución no tardaría en llegar, pero, por ahora, habían conseguido escapar.

Cabalgaron sin descanso durante varias millas para poner distancia con el puente antes de detenerse finalmente a atender sus heridas.

—¿Cuánto nos queda para llegar a las líneas romanas? —le preguntó Marcus a Séneca mientras Decimus le limpiaba y vendaba la herida del brazo.

—Calculo que al menos cinco días de cabalgata a buen ritmo —respondió Séneca—, y eso si no encontramos más resistencia. Solo nos detendremos cuando sea estrictamente necesario.

No hubo objeciones. Sus heridas eran dolorosas, pero no incapacitantes, y en cuestión de minutos, ya estaban de nuevo a caballo, seis jinetes avanzando hacia el este tan rápido como se lo permitían sus monturas.

---

# Capítulo Cuarenta y Cuatro

## Los Bosques del Centro de Britania

Lepidus y Talorcan forzaron el ritmo sin descanso y guiaron a los prisioneros liberados a través del denso bosque y de un terreno difícil. A los heridos y a los más débiles les costaba seguir el paso, pero ninguno se quejó. Incluso los más exhaustos encontraron reservas de fuerza que no sabían que poseían, espoleados por la certeza de lo que los perseguía.

—Seguid moviéndoos —apremió Lepidus cuando un hombre tropezó y cayó de rodillas, al que Faber levantó de inmediato—. No podemos permitirnos aflojar la marcha.

La densa maleza hacía que su avance fuera frustrantemente lento, pero también les ofrecía una ventaja inesperada: sus perseguidores no podrían seguirlos a caballo. Los guerreros montados se verían obligados a desmontar o a buscar rutas alternativas, lo que concedía a los fugitivos un tiempo precioso.

Talorcan abría la marcha, guiado por su instinto de cazador a través de aquellas tierras salvajes. A pesar de su tobillo herido, se movía con una agilidad notable y encontraba sendas de caza y caminos naturales que ofrecían un paso algo más fácil.

Cruzaban arroyos y ríos siempre que era posible, vadeando aguas frías para borrar su rastro, y, en puntos estratégicos, cambiaban de dirección deliberadamente antes de dar media vuelta, con lo que creaban pistas falsas para confundir a sus rastreadores. Lepidus incluso hizo que los hombres caminaran hacia atrás en ciertos tramos y dejaran huellas que apuntaban en la dirección equivocada; un truco sencillo, pero que podía hacerles ganar unos minutos valiosos.

—No los engañará mucho tiempo —señaló Talorcan después de observar a Lepidus colocar con cuidado unas ramas caídas para dar a entender que el grupo se había dirigido al norte en lugar de al este.

—Lo sé —replicó Lepidus con gravedad—. Pero cada retraso aumenta nuestras posibilidades. Solo tenemos que llegar a

territorio romano.

Apretaron el paso sobre todo durante las horas de luz, sabiendo que la oscuridad los ralentizaría a ellos más que a sus perseguidores. Cada noche, solo se permitían los más breves periodos de descanso, sin encender nunca hogueras a pesar del frío glacial, y comiendo la poca comida que podían recolectar sobre la marcha.

Al cuarto día, el sonido de un cuerno de caza cercano le indicó a Lepidus que sus perseguidores estaban acortando distancias, a pesar de todos sus esfuerzos por despistarlos.

—¿Cuánto falta? —preguntó mientras hacían una breve pausa para que los hombres más agotados recuperaran el aliento.

Talorcan estudió el paisaje circundante para orientarse.

—Creo que estamos a menos de un día de marcha de Castra Victrix —respondió—. Si apretamos el paso, puede que lleguemos a las rutas de patrulla exteriores al anochecer.

Los hombres, que lo oyeron, encontraron nuevas energías a pesar de su agotamiento. La salvación estaba al alcance de la mano, si lograban mantener el ritmo unas horas más.

Partieron de nuevo con renovada determinación, y su ruta los llevó por un terreno cada vez más familiar a medida que se acercaban al territorio controlado por los romanos. Lepidus reconoció puntos de referencia del viaje de ida: una formación rocosa característica, un arroyo con un recodo inusual, un bosquecillo de árboles dispuestos en un círculo casi perfecto. Ya estaban cerca, quizá a solo unas horas de la salvación.

Cuando coronaron una última cresta, la que por fin les ofrecería la primera vista del camino que conducía a Castra Victrix, Lepidus sintió que la esperanza le henchía el pecho. Lo habían conseguido. Contra todo pronóstico, habían escapado del asentamiento, habían eludido la persecución durante días y ahora estaban a la vista de…

Se quedó helado en lo alto de la cresta, y Talorcan se detuvo en seco a su lado. Los prisioneros liberados, al ver detenerse a sus líderes, hicieron lo mismo, en una respuesta instintiva a la repentina tensión en el ambiente.

Abajo, desplegados a lo largo del camino que representaba su vía de escape, había guerreros a caballo, al menos una veintena, apostados a intervalos estratégicos para interceptar a cualquiera que se acercase desde el oeste. Sus características marcas azules de glasto y sus armas de bronce los identificaron de inmediato como hombres del mismo asentamiento del que habían escapado.

—¿Cómo se nos han adelantado? —susurró Lepidus, con incredulidad patente en la voz.

—No necesitaban seguir nuestro rastro exacto —respondió Talorcan en voz baja—. Sabían adónde nos dirigíamos, así que el camino a Castra Victrix era el destino más obvio. Simplemente han tomado la ruta más rápida para interceptarnos.

Las implicaciones tácticas se abatieron sobre Lepidus como una ola de agua fría. Mientras él y Talorcan habían estado dejando con esmero pistas falsas y abriéndose paso con dificultad por la densa espesura, otro grupo de guerreros no había hecho más que seguir los caminos ya existentes para posicionarse por delante de los fugitivos. Era una estrategia de cerco básica, y habían caído de lleno en ella.

Como para confirmar su aprieto, les llegaron desde atrás los inconfundibles sonidos de una persecución: el crujir de las ramas, alguna que otra voz que llamaba a otros, las fuertes pisadas de varios hombres que se movían por el bosque más preocupados por la velocidad que por el sigilo. Los guerreros que habían estado siguiendo su rastro se acercaban, empujándolos hacia la emboscada que los aguardaba más abajo.

—Estamos atrapados —susurró Faber, que se había acercado a ellos. El rostro del decurión, ya demacrado por días de huida desesperada, mostraba ahora una resignación más terrible que el miedo.

De pronto, Talorcan señaló un claro junto al camino.

—Ese es el carro que vimos en las puertas —dijo—. Mirad.

Lepidus siguió su mirada y sintió un escalofrío. El cajón que una vez estuvo cargado en el carro descansaba ahora en el suelo, custodiado por cuatro hombres que guardaban una

respetuosa distancia. Lo que fuera que contuviese se encontraba ahora directamente en su camino hacia la salvación.

El corazón de Lepidus se aceleró mientras sopesaba las implicaciones, y el arañazo en su mejilla, recuerdo de su breve encuentro con lo que fuera que se ocultaba en aquel cajón, pareció volver a arderle con el recuerdo. Faber contempló la escena y su entereza se desmoronó visiblemente.

—Estamos acabados —dijo, con la voz vacía por la derrota —. Los hombres están demasiado agotados para desviarse más. Aunque pudiéramos, esa... cosa... nos encontrará en cuanto la suelten. —Se le hundieron los hombros, abrumado al fin por las semanas de cautiverio y los días de huida desesperada—. He visto lo que hace. No hay escapatoria.

—¿Por qué no la han soltado ya? —se preguntó Talorcan en voz alta, estudiando la escena de abajo con un desapego analítico, a pesar de la gravedad de su situación.

—Caza sobre todo en la oscuridad —respondió Faber, con voz apenas audible—. Al menos, era entonces cuando siempre la traían para matar a nuestros hombres. Los druidas decían cosas sobre que era más fuerte cuando el sol duerme. —Negó con la cabeza—. No sé si es verdad o solo una superstición suya, pero siempre esperaban al anochecer.

El resto de los prisioneros se había reunido ya tras ellos, y cada hombre observaba la escena de abajo con distintos grados de horror y desesperación. Habían llegado tan lejos, habían soportado tanto, solo para verse atrapados entre los guerreros que los perseguían y la criatura que se había cobrado la vida de sus camaradas uno a uno.

Talorcan se volvió hacia Lepidus.

—Podríamos dividir el grupo —sugirió en voz baja—. Mandar a la mitad en una dirección y a la otra mitad en otra. Si la criatura ataca a un grupo, el otro podría ponerse a salvo. —Su voz se mantuvo firme, aunque el peso de lo que proponía, sacrificar a unos para salvar a otros, era evidente en su mirada.

Lepidus sopesó la sugerencia brevemente antes de negar con la cabeza.

—No —dijo con firmeza—. Permaneceremos juntos. Divididos, somos más débiles. —Inspeccionó a los hombres reunidos a su alrededor: cansados, heridos, pero aún vivos y luchando por seguir estándolo.

Estudió el paisaje una vez más, mientras su mente repasaba las menguantes opciones que les quedaban. No podían avanzar hacia la emboscada que los aguardaba. No podían retroceder hacia los guerreros que los perseguían y no podían rodearlos sin toparse con uno de los dos grupos. Solo quedaba una opción.

—Si no podemos rodear, ni pasar por encima, ni retroceder —dijo Lepidus en voz baja—, nos enfrentaremos a la amenaza de frente.

Los hombres intercambiaron miradas inciertas, con el miedo y el agotamiento claramente escritos en sus rostros. Pero en esas mismas caras, Lepidus también vio determinación, la terca resiliencia que los había mantenido con vida durante el cautiverio y la huida.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Talorcan.

La expresión de Lepidus se endureció mientras miraba el cajón y a los guerreros que lo custodiaban. Si esperaban a la oscuridad para soltar a su criatura, entonces quizá aún había una oportunidad; una oportunidad desesperada y remota, pero mejor que la resignación ante una muerte segura.

—Atacaremos —dijo, sin más—. Mientras aún haya luz. Los golpearemos rápido y con fuerza, centrándonos en los hombres que custodian ese cajón. Si logramos alcanzarlo antes de que suelten lo que sea que haya dentro, puede que tengamos una oportunidad de llegar a los árboles del otro lado.

Los hombres a su alrededor se irguieron, haciendo acopio de unas reservas de fuerza que no sabían que aún poseían. Incluso en su estado de agotamiento, no dejaban de ser orgullosos bátavos, guerreros adiestrados y disciplinados que se habían enfrentado a la muerte en multitud de ocasiones. Si aquella había de ser su última defensa, la convertirían en una digna de ser recordada.

---

# Capítulo Cuarenta y Cinco

## Las Montañas Centrales

La pequeña hoguera se consumía lentamente entre las rocas y sus llamas estaban cuidadosamente contenidas para evitar que ninguna luz delatora se escapara más allá de su resguardada posición. El Occultum había encontrado aquella hondonada natural al caer la tarde, una depresión que ofrecía protección tanto de los elementos como de miradas indiscretas y, tras días de duras jornadas a caballo, los hombres agradecieron incluso aquel breve respiro.

Seneca estaba en cuclillas junto a unas rocas calentadas por el fuego y usaba un palo para dar la vuelta a los pescados que le habían conseguido antes a un pescador asustado. Frente a él, Marcus y Decimus revisaban sus armas con metódico cuidado, mientras que Falco estiraba su enorme cuerpo, con los músculos agarrotados por las largas horas sobre la montura. Cassius se curaba la herida de flecha, aplicándose las hierbas frescas que Sica había recogido durante su breve parada junto al río.

—Todavía no hay señales de persecución —informó Sica al regresar de su ronda por el perímetro—. El camino a nuestra espalda sigue despejado.

Seneca asintió sin sorpresa, pero aún receloso. No habían visto indicio alguno de que guerreros celtas siguieran su rastro desde que cruzaron el puente, lo que parecía extraño dada la violencia de su partida. La lógica dictaba que deberían haber enviado jinetes de inmediato para darles caza.

—La aldea estaba prácticamente vacía de guerreros —observó Marcus, expresando en voz alta lo que Seneca pensaba.

Seneca distribuyó el pescado cocinado entre sus hombres, y comieron en un silencio cómplice durante unos instantes; los únicos sonidos eran el crepitar del fuego y las lejanas llamadas de las aves nocturnas.

A pesar de su aprieto, Seneca se sorprendió sonriendo levemente al recordar cómo habían conseguido la cena. El recuerdo

de la expresión de asombro del pescador cuando Falco emergió de entre los juncos como un enorme dios del río era casi cómico en retrospectiva.

—¿Algo os hace gracia? —preguntó Cassius, al percatarse de la expresión de Seneca.

—Solo pensaba en nuestro amigo el pescador —replicó Seneca—. La cara que puso cuando apareció Falco…

Falco esbozó una amplia sonrisa, su rostro lleno de cicatrices transformado por la expresión.

—Graznó como una gallina asustada cuando lo levanté —rió el gigantón—. Pero se metió en ese río con la mayor suavidad del mundo.

—Tiene suerte de que lo alcanzaras tú primero —dijo Sica, con su habitual tono inexpresivo—. Si se hubiera resistido, lo habría destripado igual que destripé a sus peces.

El comentario, pronunciado con la característica falta de inflexión de Sica, provocó una risa discreta en el grupo. Incluso en circunstancias extremas, o quizá especialmente en ellas, tales momentos de ligereza eran valiosos, pues los sostenían en la oscuridad que tan a menudo rodeaba su trabajo.

Cuando terminaron de comer, Seneca desenrolló uno de sus rudimentarios mapas y lo extendió en el suelo entre ellos. A la luz parpadeante de la hoguera, trazó su avance y la distancia que aún les quedaba hasta su destino.

—Calculo que estamos más o menos aquí —dijo, señalando un recodo de un río que habían cruzado ese mismo día—. El cruce del Tamesis se encuentra aproximadamente aquí —su dedo se movió hacia el este sobre el pergamino—. Según nuestro ritmo y el terreno que tenemos por delante, creo que estamos a unos tres días de distancia, cuatro como mucho.

Marcus se inclinó para estudiar el mapa, con los ojos entornados en actitud calculadora.

—Los caballos muestran signos de agotamiento —dijo—. Los hemos forzado mucho desde que salimos de Mona.

—Demasiado —convino Decimus—. Si seguimos a este ritmo, nos arriesgamos a perderlos por completo. Y a pie, nuestro

viaje se triplicaría.

Seneca asintió, reconociendo la realidad de su situación. Los caballos habían sido llevados más allá de su resistencia natural por la urgencia de la misión.

—Tendremos que aflojar el ritmo —decidió Seneca—. Descansaremos aquí hasta el amanecer y luego continuaremos a un paso más sostenible. Sica, harás la primera guardia; luego, Falco; y después, yo.

Los hombres dispusieron sus petates alrededor del fuego, colocándose para aprovechar al máximo su calor mientras mantenían posturas defensivas, y mientras los demás se acomodaban, Seneca permaneció despierto un rato más, con la mirada perdida en las llamas agonizantes. En algún lugar al este de su posición, Mordred y sus druidas avanzaban rápidamente hacia su objetivo, y Roma, felizmente ignorante del peligro, necesitaba que Seneca y sus hombres los detuvieran. Era una tarea casi imposible, pero harían todo lo que pudieran para llevarla a cabo.

---

# Capítulo Cuarenta y Seis

## Los Bosques Cercanos a Castra Victrix

Lepidus y Talorcan repartieron todas las armas disponibles entre los fugitivos y se aseguraron de que cada hombre tuviera al menos una para defenderse antes de reunirlos a todos.

—Tenemos una oportunidad —explicó, mientras sus ojos recorrían cada rostro para asegurarse de que comprendían la gravedad de la situación—. Los golpearemos con fuerza y rapidez, antes de que puedan reaccionar o liberar lo que sea que haya en ese cajón. —Hizo una pausa y su expresión se endureció—. Esos cuatro guardias junto al carro son nuestra primera prioridad, pero, en cuanto los ataquemos, los guerreros de ambos lados se nos echarán encima de inmediato. No habrá retirada ni posibilidad de huir. O matamos o morimos. Todo hombre debe estar preparado para luchar hasta el último aliento.

Los prisioneros liberados intercambiaron miradas. No eran los hombres destrozados que habían sido cautivos apenas unos días antes. La supervivencia, la huida y el liderazgo de Lepidus los había transformado.

—Usaremos esta cresta —continuó, señalando una ligera elevación a su izquierda— y esos arbustos para acercarnos lo más posible sin ser vistos. Cuando nos movamos, lo haremos todos juntos. Sin vacilar.

Una vez dicho esto, avanzaron sigilosamente. Cada hombre se concentró en el gran cajón que había en el camino, y Lepidus encontró una posición que ofrecía una vista despejada. Pudo ver a cuatro hombres: dos justo al lado del cajón y otros dos a poca distancia, con sus caballos atados cerca. El camino se extendía ante ellos, una barrera vigilada hacia la seguridad que ahora representaba su única oportunidad de supervivencia.

Volvió la vista hacia los hombres que lo acompañaban. El rostro de Talorcan era una máscara de concentración, su tobillo herido olvidado ante la inminencia del combate. Los prisioneros liberados empuñaban sus armas improvisadas: una mezcla de las

espadas de los guardias muertos, los cuchillos de caza de Talorcan e incluso un hacha de leñador que uno de ellos había encontrado cerca de su último escondite.

Respirando hondo, Lepidus supo que había llegado su momento. Una oportunidad. Una carga. Todo dependía de la sorpresa absoluta y la entrega total.

---

Al principio, los guardias celtas permanecieron ajenos a todo, enzarzados en una conversación trivial, pero, a medida que los prisioneros se acercaban, uno de ellos levantó la vista por casualidad. Sus ojos se abrieron con alarma, mas antes de que pudiera siquiera tomar aliento para gritar, la flecha de Talorcan le acertó de lleno en la cara. El hombre se desplomó hacia atrás, con la sangre y el astil de la flecha sobresaliendo de donde momentos antes había estado su ojo.

Los guardias restantes se giraron bruscamente y echaron mano a las armas, pero Lepidus y sus hombres ya estaban sobre ellos con una ferocidad que los sorprendió incluso a ellos mismos.

En cuestión de instantes, los cuatro guardias yacían muertos o moribundos, con sus cuerpos desparramados por el camino. Los prisioneros recogieron rápidamente todas las armas que pudieron y se volvieron para encarar la nueva amenaza, que ya tronaba hacia ellos.

Cuatro jinetes se acercaban a todo galope, sus gritos de guerra elevándose por encima del sonido de los cascos. Detrás de ellos, les seguía un grupo más numeroso de guerreros. El arco de Talorcan cantó de nuevo, y dos jinetes cayeron de sus monturas: uno con una flecha en la garganta y otro que recibió un astil en el pecho que lo hizo caer del caballo.

Los jinetes restantes cargaron directamente contra el grupo. Un prisionero cayó de inmediato, atravesado en el torso por una lanza celta. Otro fue pisoteado bajo los cascos de un caballo y su grito se ahogó por el brutal impacto. Faber se enfrentó a uno de los guerreros montados, paró la lanza del jinete con su escudo robado y aprovechó el impulso para derribar al jinete de su montura.

Cuando los soldados de a pie los alcanzaron, la batalla se convirtió en un caótico torbellino de violencia.

Talorcan se movía como un fantasma; su arco dio paso a una espada cuando la lucha se trabó cuerpo a cuerpo y los cadáveres comenzaron a amontonarse. Cayeron otros dos prisioneros, uno con el cuello cercenado y otro con una lanza en el pecho, pero la desesperación de los supervivientes jugó a su favor. Eran hombres que habían soportado el cautiverio, que habían sobrevivido a días de huida brutal y que sabían que esta era su última oportunidad.

Lenta, increíblemente, comenzaron a tomar la delantera, y el último jinete cayó bajo la espada de Faber, cuya hoja encontró un hueco en su armadura de cuero. Finalmente, exhaustos y sangrando, los prisioneros se agruparon, contemplando el sangriento desastre que la batalla siempre acarreaba, pero justo cuando Talorcan degollaba al último de los guerreros heridos, el sonido de movimiento desde la linde del bosque hizo añicos su breve respiro. Los hombres que los habían perseguido durante toda su huida emergieron del bosque, más de veinte, con los rostros contraídos por una sombría determinación.

Lépido supo al instante que estaban acabados. Era imposible que pudieran luchar contra tantos.

Su mente se aceleró, la desesperación guiaba sus pensamientos. Los prisioneros lo miraban, con el agotamiento y el miedo grabados en sus rostros. Habían llegado tan lejos, habían sobrevivido a tanto, solo para morir allí, en aquel camino sin nombre. Finalmente, tomó una decisión. Era una estupidez, una última y desesperada apuesta, pero era todo lo que tenía. Se volvió hacia Talorcan y los demás.

—Sácalos de aquí —dijo—. Ahora.

Talorcan vaciló, sin saber qué planeaba Lépido.

—Muévete —le gritó Lépido, empujándolo hacia los demás —. Es una orden.

Talorcan se dio la vuelta y, llamando a los demás, los condujo rápidamente a lo alto de la ladera, en el lado romano del camino.

---

Ahora solo, Lépido se volvió hacia el cajón que los había atormentado durante todo el viaje. Con una fuerza desesperada, lo empujó hasta girarlo, colocando su compuerta en dirección a los guerreros que se aproximaban y, tras subirse a él, respiró hondo antes de alzar la cuerda que aseguraba la puerta del cajón.

Durante unos instantes nadie se movió; entonces, con un rugido espeluznante que pareció desgarrar el tejido mismo de la realidad, la criatura salió disparada a cuatro patas.

Lépido observó incrédulo mientras la criatura chillaba, un sonido que era parte rabia, parte hambre, parte algo más allá de la comprensión humana. Los guerreros en la colina se quedaron paralizados con el terror grabado en sus rostros, y aquellos que habían presenciado sus ataques anteriores supieron exactamente lo que estaba a punto de suceder.

Algunos intentaron correr, pero la criatura era increíblemente rápida. Irguiéndose sobre dos patas, se lanzó contra el guerrero celta más cercano, moviéndose con una velocidad que desdibujaba la línea entre un ser vivo y un arma monstruosa. Sus dientes afilados le desgarraron la garganta al hombre en un único y devastador movimiento, y la sangre brotó hacia el cielo mientras la víctima se desplomaba, apenas sin tiempo para comprender su propia muerte.

Otro guerrero se giró para huir, pero la criatura se le echó encima al instante. Sus manos con garras lo sujetaron, arrancándole todo el rostro como si fuera pergamino húmedo, dejando solo una ruina carmesí donde momentos antes había habido un ser humano.

El pánico se apoderó de los guerreros celtas y su disciplinada formación se disolvió en el caos. Un guerrero valiente, o necio, cargó hacia delante, con la espada en alto en un acto de desafío desesperado, pero la criatura lo apartó de un golpe con una fuerza imposible, haciéndolo rodar como el juguete desechado de un niño. Antes de que pudiera levantarse, aquellos dientes terribles le encontraron la garganta, arrancándosela en un surtidor de sangre arterial.

El ataque fue abrumador, horrible más allá de toda descripción. La criatura se movía con una furia que trascendía la mera hambre animal. Estaba cazando, pero lo hacía con una fría inteligencia que hacía la matanza aún más aterradora.

Lépido solo podía mirar horrorizado, con la mente incapaz de procesar la escena de carnicería que se desarrollaba ante él, y mientras la criatura perseguía a otra víctima que gritaba, el instinto de supervivencia se impuso a cualquier impulso de seguir observando y corrió tras Talorcan y los otros supervivientes. Al mirar atrás, vio que quienes los habían perseguido, quienes se habían mostrado tan confiados en su caza, no eran ahora más que cadáveres esparcidos y mutilados.

—¡Seguid moviéndoos! —apremió Lépido al grupo cuando los alcanzó—. ¡Rápido!

Pero Talorcan se había detenido, con la mano en el carcaj que llevaba al costado. Solo le quedaba una flecha. Miró a Lépido, y una decisión se formó en sus ojos.

—¡Vamos! —ordenó Lépido, pero Talorcan negó con la cabeza.

—Ninguna criatura como esta debería existir en este mundo —dijo Talorcan en voz baja. Se dio la vuelta y caminó de regreso colina abajo hacia el Espectro, observando con fría indiferencia cómo le arrancaba el corazón a su última víctima.

Mientras caminaba, sacó la única flecha de su carcaj, sin apartar la vista de la criatura. El suelo estaba resbaladizo por la sangre y había cuerpos desgarrados esparcidos por el paisaje como muñecos de trapo. Finalmente, Talorcan se detuvo y la miró fijamente, lanzando un desafío tácito a la monstruosidad que tenía ante sí.

La criatura alzó la vista, gruñendo con un sonido que era mitad grito humano, mitad furia animal. De sus afilados dientes colgaban sangre y jirones de carne, y aún aferraba un corazón recién arrancado con sus garras. Una daga le sobresalía del hombro, pero no parecía surtir efecto alguno, como si la herida no fuera más que una leve irritación.

Talorcan nunca antes había visto nada parecido. Parecía humana, pero era tan fundamentalmente anómala que su mera visión desafiaba toda comprensión natural. Tenía la piel pálida, casi translúcida, y un sinfín de cicatrices le surcaban el cuerpo; algunas, quirúrgicas; otras, claramente autoinfligidas. Salvaje, homicida, deforme, la criatura era una perversión de la humanidad que ponía en entredicho todo lo que Talorcan sabía del mundo.

Lentamente, la criatura se irguió, con la espina dorsal torcida por años de moverse a cuatro patas. Su espalda permanecía medio encorvada, testimonio de la transformación antinatural que había sufrido. Los músculos se le ondulaban bajo la piel, tensándose con potencial depredador, y olfateó el aire, dilatando las fosas nasales al captar el rastro de Talorcan.

En la colina, Lepidus y los demás supervivientes observaban en un tenso silencio. Hombres que habían sobrevivido a días de brutal cautiverio contenían ahora el aliento, hipnotizados por la escena que se desarrollaba abajo.

—Mátalo —susurró Lepidus para sí, con la vista clavada en el inmóvil explorador—. Por los dioses, ¿a qué esperas? ¡Mátalo!

Abajo, en la colina, Talorcan permanecía firme, con la flecha amartillada en el arco. Su respiración se ralentizó, cada exhalación mesurada y controlada. El mundo pareció reducirse a ese único instante: dos cazadores enfrentados en el filo de la navaja de la supervivencia.

La criatura ladeó la cabeza, un gesto inquietantemente humano que contrastaba con su forma monstruosa. Sus dientes limados brillaron a la luz del sol, todavía húmedos por la sangre de sus víctimas recientes. Por un momento, pareció estar estudiando a Talorcan, evaluándolo como posible presa.

Entonces se movió y, con una velocidad aterradora, cruzó el terreno abierto hacia su oponente.

Arriba, en la colina, sus camaradas contuvieron la respiración. Apenas quedaban unas zancadas entre los dos combatientes cuando, finalmente, Talorcan le clavó la flecha en un ojo, que salió por la parte posterior del cráneo en un surtidor de sangre oscura y masa encefálica.

Cualquier criatura normal habría muerto al instante. Pero esta no era una criatura normal. Se estrelló contra el suelo, pero de inmediato empezó a incorporarse sobre las cuatro patas, avanzando a trompicones con una determinación que desafiaba la razón. La sangre manaba a borbotones de la catastrófica herida de la cabeza, un ojo destrozado, pero aun así el Espectro se movía. Su ojo sano se clavó en Talorcan con un odio que parecía demasiado inteligente para ser animal, demasiado enfocado para ser simplemente instintivo.

Volvió a arrastrarse hacia delante, a pesar de la herida mortal. Talorcan ya tenía el cuchillo en la mano, pero no atacó de inmediato. En lugar de eso, esperó, observando el movimiento de la criatura, calculando.

Cuando embistió de nuevo, esta vez más lenta y débil, Talorcan se apartó con suavidad y el monstruo se estrelló contra el suelo. Pero incluso entonces, intentó levantarse, apoyando su único brazo sano en la tierra empapada de sangre, con la espina dorsal torcida forzándola a adoptar esa postura antinatural, medio erguida, medio a gatas. Su único ojo sano se volvió hacia él, lleno de un odio que parecía trascender el dolor físico, y Talorcan le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—No deberías existir —dijo en voz baja antes de agarrar el pelo enmarañado de la criatura y colocarle el cuchillo en el cuello.

La criatura gruñó en señal de desafío, y mientras el cuchillo se hundía más y empezaba a ahogarse en su propia sangre, Talorcan comenzó a serrarle el cuello. Ya no se limitaba a matar; se estaba asegurando de que esta abominación no pudiera volver a levantarse jamás.

En lo alto de la colina, Lepidus y los supervivientes observaban en silencio atónito cómo Talorcan emprendía el camino de vuelta hacia ellos, llevando la cabeza de la criatura en una mano. Roma tenía que saber lo que estaba ocurriendo y, lo que es más importante, tenía que verlo. Llegó a la altura de Lepidus y, sin detenerse a hablar ni establecer contacto visual, pasó de largo, llevando la prueba a territorio controlado por los romanos.

---

# Capítulo Cuarenta y Siete

## El camino a Camulodunum

Los Occultum cabalgaban lentamente por el trillado camino, con el paso cuidadosamente medido para conservar las fuerzas que les quedaban. Séneca sabía que estaban cerca de territorio controlado por los romanos, pero aun así debían permanecer alerta.

El camino, aunque no era una calzada romana meticulosamente diseñada, era claramente una ruta comercial establecida y, a medida que se acercaban a territorios familiares, una sutil relajación se extendió por el grupo al tiempo que la tensión constante de moverse por tierras hostiles comenzaba a disminuir.

Sica y Cassius cabalgaban en la avanzadilla, con sus agudos ojos escrutando la ruta en busca de cualquier posible amenaza, pero al caer el crepúsculo, los dos hombres regresaron, y su porte indicaba que tenían algo importante que comunicar.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Séneca mientras contenían a sus monturas.

—Hay un gran campamento en el cruce de caminos que tenemos por delante —dijo Sica—. Al menos cien hombres, con carros de suministros e importantes provisiones. Creo que son los guerreros de Mona.

—Salgamos del camino —dijo Séneca—. Tenemos que ver qué está pasando.

Se pusieron a cubierto rápidamente y, una vez adentrados lo suficiente en el bosque, Falco y Decimus se quedaron con los caballos mientras los demás avanzaban usando los árboles para guarecerse.

En menos de una hora, ya podían oler el humo de las hogueras y se arrastraron hacia adelante para tener una vista despejada del campamento. —No lo entiendo —susurró Marcus, observando la actividad que se desarrollaba más abajo—. Están muy cerca de territorio romano, así que ¿por qué acampar aquí?

Séneca miraba, igualmente confundido. El camino a sus pies se bifurcaba: uno se dirigía al sudeste y el segundo, directamente al este. Estaba claro que tenían una misión específica, así que ¿por qué arriesgarse con una presencia tan numerosa y visible tan cerca de tierras controladas por los romanos?

—Creo que esa bifurcación de la izquierda probablemente se dirige hacia Camulodunum —respondió en voz baja—. Si Plautius ya ha aceptado su rendición, tendría sentido que Claudio recibiera allí el tributo de Britania, pero, aun así, no entiendo qué creen que pueden conseguir cien hombres contra cuatro legiones.

Mientras el crepúsculo comenzaba a caer y ellos continuaban su observación, Séneca buscó atentamente cualquier señal de Raven o Mordred, pero ninguno de los dos era visible entre los guerreros.

—Tenemos que acercarnos más —dijo finalmente—. Quizá podamos entender mejor lo que pasa si los vemos de cerca. Sica, tú vienes conmigo. Marcus, Cassius, volved con los demás. Si no hemos vuelto al amanecer, poneos en lo peor, regresad a las legiones y contadles lo que hemos visto.

Marcus asintió y, mientras Séneca y Sica volvían a centrar su atención en el campamento, él y Cassius se retiraron entre los árboles para regresar a donde estaban los caballos.

---

Aproximadamente una hora más tarde, al amparo de la oscuridad, Séneca y Sica descendieron lentamente por la ladera, usando el terreno para cubrirse. El avance era necesariamente lento, apenas se movían unos centímetros cada vez, pero finalmente alcanzaron el anillo exterior de carros y se arrastraron por los surcos para esconderse tras las ruedas. Era un lugar tan seguro como cualquier otro y, a medida que avanzaba la noche, se acomodaron para observar. Pasaron las horas sin incidentes, pero justo cuando Séneca pensaba que había sido un esfuerzo inútil, un grupo de guerreros encendió un círculo de antorchas en el centro del campamento. Otros guerreros empezaron a congregarse más allá de las llamas, y Sica llamó la atención de Séneca sobre la creciente

actividad en torno a tres cajas fuertemente custodiadas hacia el centro del campamento.

Séneca entornó los ojos, intentando dar sentido a lo que estaban viendo. Contuvieran lo que contuvieran aquellas cajas, estaba claro que era importante.

—Tenemos que acercarnos más —murmuró.

Sica asintió y los dos hombres se arrastraron de sombra en sombra, quedándose inmóviles cada vez que un centinela miraba en su dirección. Años de operaciones encubiertas les habían enseñado a formar parte del paisaje, a moverse solo cuando las miradas se desviaban, a fundirse con el entorno de forma tan completa que incluso alguien que mirara directamente a su posición no vería nada inusual.

La actividad en torno a las cajas se intensificó y, mientras los dos hombres se acomodaban a la sombra de una de las tiendas para observar, pudieron sentir cómo crecía la expectación, una tensión palpable que se extendía entre los guerreros reunidos.

Pocos instantes después, cuatro hombres se colocaron alrededor del cajón más alejado, cada uno sujetando una larga cuerda atada a algo que había en su interior. Un quinto hombre se acercó con una larga pértiga y, al levantar la tapa del cajón, algo emergió.

Séneca sintió que se le helaba la sangre cuando la criatura apareció por completo bajo la luz de las antorchas, gruñendo a sus cuidadores mientras avanzaba lentamente con su caminar medio agazapado, a veces sobre dos patas, a veces dejándose caer a cuatro patas. Cada uno de los guardias mantenía una distancia prudente y, mientras utilizaban las cuerdas para dirigir sus movimientos hacia el centro del círculo, los guerreros allí congregados enmudecieron, observando con una mezcla de miedo y oscura fascinación.

El olor era abrumador y, después de que alguien gritara una orden, otro guerrero se acercó arrastrando una cabra que balaba, atada a una cuerda corta. El animal percibió el peligro; sus ojos se desorbitaban de terror mientras luchaba contra sus ataduras,

pero, con un rápido movimiento, el guerrero empujó a la cabra hacia adelante antes de retirarse a toda prisa a la seguridad del círculo.

La reacción de la criatura fue inmediata y espantosa; al abalanzarse sobre la cabra, un sonido aterrador brotó de su garganta y resonó en la noche. La cabra no tuvo ninguna oportunidad, y la criatura la apresó con sus manos provistas de garras, desgarrándole el cuello con sus dientes afilados antes de abrirle el vientre de un único y devastador zarpazo. La sangre salpicó la tierra apisonada y los balidos agónicos del animal se acallaron de forma nauseabunda. Pero la criatura no se contentó con matar a su presa, sino que empezó a devorarla con una intensidad frenética, arrancando trozos de carne y tragándoselos casi enteros, con la sangre corriéndole por la barbilla y el pecho.

Séneca luchó por contener su repulsión, por mantener la silenciosa inmovilidad que lo había mantenido con vida en incontables situaciones peligrosas. A su lado, más que ver, intuyó la reacción de Sica: una tensión momentánea y, a continuación, la calma forzada de la evaluación profesional imponiéndose al horror natural.

Los cuidadores tensaron las cuerdas, impidiendo que la criatura se desbocara, pero permitiéndole terminar su macabro festín. Por todo el campamento, los celtas que observaban mantenían un silencio sepulcral, roto únicamente por los húmedos sonidos de la criatura al alimentarse.

La mirada de Séneca se desvió hacia los otros dos cajones situados en las proximidades, cada uno rodeado por un contingente similar de guardias, y la comprensión afloró, fría y terrible, en su mente. Tres cajones significaban tres criaturas, armas que escapaban a toda comprensión convencional.

Se encontró con la mirada de Sica y asintió levemente. Habían visto suficiente y, sin mediar palabra, empezaron a retirarse, retrocediendo con el mismo sigilo cauteloso que habían empleado al acercarse. Solo cuando hubieron puesto suficiente distancia entre ellos y el campamento celta volvieron a erguirse y apresuraron el paso, ansiosos por regresar junto a sus camaradas con lo que habían presenciado.

---

—¿Qué habéis visto? —exigió Marcus en cuanto entraron en el pequeño claro donde esperaban los demás.

Séneca hizo un gesto a los hombres para que se acercaran y, a continuación, describió con palabras concisas y precisas lo que habían observado. No omitió ningún detalle al relatar la brutalidad del ataque a la cabra, los movimientos antinaturales de la criatura y la forma en que los guerreros celtas la controlaban con cuerdas y garfios.

—Tenemos que advertir a Plautius de inmediato —dijo finalmente—. Sean lo que sean estas cosas, no se les puede permitir acercarse al emperador.

---

# Capítulo Cuarenta y Ocho

## Castra Victrix

La visión de los estandartes romanos ondeando sobre la empalizada casi hizo que a Lépido se le saltaran las lágrimas. Tantos días de miedo y vigilancia constantes lo habían dejado vacío, manteniéndose en pie únicamente por la determinación y el deber para con sus camaradas.

El pequeño grupo de supervivientes, cuyo número se había visto cruelmente reducido de los nueve que habían escapado del asentamiento druida, iba ahora sentado a la grupa de unos exploradores a caballo que los habían encontrado horas antes en el camino.

—¡Alto! —resonó la voz del centinela desde la atalaya—. ¡Identificaos!

—Patrulla de vuelta con prisioneros rescatados —respondió el decurión de la escolta—. ¡Abrid las puertas!

Las enormes puertas de madera se abrieron hacia dentro, revelando el ajetreo ordenado de un fuerte romano en pleno funcionamiento y, en cuanto entraron, la noticia corrió como la pólvora entre la guarnición. Parte de la patrulla desaparecida había sido rescatada por un oficial romano y un explorador belga.

Un optio curtido se abrió paso entre los curiosos que se congregaban, y su expresión pasó de la curiosidad a la conmoción al percatarse del estado en que se hallaban.

—Por todos los dioses —murmuró, antes de recuperar rápidamente la compostura. Se volvió hacia un ordenanza que estaba cerca—. Busque a Lucius y a sus ayudantes. Dígales que tenemos heridos que requieren atención urgente.

Los hombres se movieron con presteza para ayudar a los prisioneros liberados, sujetando a los que apenas se tenían en pie. Faber rechazó la ayuda con un gesto e insistió en caminar por su propio pie a pesar de su evidente agotamiento. Los demás no fueron tan orgullosos o, quizá, tan fuertes, y aceptaron agradecidos la ayuda que les ofrecían.

—Estos hombres están en un estado lamentable, domine —dijo el optio, dirigiéndose a Lépido—. ¿Qué ha ocurrido ahí fuera?

—¿Dónde está Vespasiano? —lo atajó Lépido con la voz ronca por el agotamiento.

—El legado no está aquí, domine. Partió hacia Camulodunum hace semanas. Se están preparando para la llegada del emperador.

Lépido y Talorcan intercambiaron una mirada significativa. La noticia de que Vespasiano ya se había trasladado a Camulodunum confirmaba sus peores temores: el mando romano seguía adelante con los planes de la visita imperial, sin ser consciente de las criaturas mortales de las que disponían los celtas.

—Tenemos que hablar con quienquiera que esté al mando —dijo Lépido—. De inmediato.

—Por supuesto, domine —replicó el optio—. El tribuno Quintus Severus está al mando en ausencia del legado. Los llevaré ante él ahora mismo, pero ¿quizá deseen refrescarse primero? El viaje parece haber sido… difícil.

—No hay tiempo —repuso Lépido—. Traemos pruebas de una amenaza que no puede esperar a las cortesías sociales.

El optio asintió y los condujo a través de la explanada central del fuerte hacia la principia. Dentro, el comandante en funciones levantó la vista de una mesa cubierta de solicitudes de suministros y listas de servicio.

—Senador Lépido —dijo, poniéndose en pie con una mezcla de sorpresa y respeto—. Su regreso es inesperado. Teníamos informes de que usted estaba… —dejó la frase en el aire, claramente incómodo por terminar la idea.

—¿Dado por perdido? —completó Lépido—. Casi, tribuno. Pero eso no es importante ahora. Lo que importa es que veamos a Vespasiano o a Plaucio. El emperador corre un grave peligro y necesitamos llegar a Camulodunum a toda la velocidad posible.

—Por supuesto, senador. Organizaré una comida caliente, caballos de refresco y una escolta.

—No tenemos tiempo para comer —dijo Lépido—. Tenemos que irnos ya.

—Con el debido respeto, senador —dijo Severus—, van a tardar dos días en llegar a Camulodunum, así que una comida no supondrá ninguna diferencia.

Lépido se dio cuenta de que el hombre tenía razón y, tras mirar a Talorcan, asintió en señal de acuerdo.

—Que así sea —dijo—, pero primero consiga un medicus para mi compañero. Necesita que lo atiendan.

Severus asintió y se volvió hacia un ordenanza.

—Ocúpese de inmediato —ordenó.

El ordenanza saludó y se marchó, lo que dejó que Severus prosiguiera con su evaluación de los dos hombres que tenía ante sí. Ambos mostraban signos de agotamiento extremo, con los rostros demacrados y los ojos atormentados por lo que fuera que hubiesen presenciado durante su calvario. Sin embargo, bajo el desgaste físico, el tribuno reconoció el temple de acero de hombres resueltos. Señaló dos sillas y, minutos después, el ordenanza regresó con una bandeja de pan, carne caliente y una jarra de agua limpia. Detrás de él venía el medicus del campamento, un liberto anciano que había servido en la legión durante décadas. Sus ojos expertos evaluaron de inmediato el estado de Talorcan.

—Quítese la bota —ordenó—. Déjeme verle ese tobillo.

Talorcan obedeció, haciendo una mueca de dolor mientras se desabrochaba la bota de cuero blando. Y mientras Lépido se servía la primera comida caliente que probaba en semanas, el medicus desenvolvió el tosco vendaje, y su expresión se tornó grave al examinar la hinchada articulación que había debajo.

—No debería caminar con esto así en absoluto —dijo—. Necesita dejarlo reposar.

—No tengo elección —replicó Talorcan con sencillez—. Volveremos a cabalgar en cuanto la escolta esté lista.

El medicus suspiró, reconociendo la futilidad de discutir con un hombre así.

—Se lo vendaré como es debido y le daré una tintura para el dolor, pero debe entender que seguir forzando esta herida podría ocasionarle un daño permanente. —El medicus se puso manos a la obra; limpió la zona herida con vino caliente antes de aplicar una

pasta de hierbas curativas y envolvió el tobillo con vendas de lino limpias. Entretanto, Lépido seguía comiendo, y su cuerpo absorbía desesperadamente el sustento que le había sido negado.

—¿Cuán pronto puede estar lista la escolta? —preguntó entre bocados, dirigiéndose a Severus.

—Un destacamento de caballería bátava puede estar a sus órdenes para el anochecer —replicó el tribuno—. Diez hombres, completamente equipados.

—Bien. Necesitaremos raciones de viaje ligeras, odres llenos y los caballos más veloces que pueda proporcionarnos.

Severus asintió y dio las órdenes adicionales a otro ordenanza antes de volverse de nuevo hacia Lépido.

—¿Necesita algo más, senador?

—Una muda de ropa, si es posible. Y que se envíe un mensaje a Camulodunum para advertir de nuestra llegada y de la urgencia de nuestras noticias.

—Me encargaré personalmente —le aseguró Severus—. Aunque debo advertirle de que los caminos no son del todo seguros. Hemos recibido informes de bandas de guerreros celtas moviéndose por territorios que creíamos pacificados. Su escolta deberá permanecer vigilante.

—Somos muy conscientes de los peligros —dijo Lépido, con la mente ya puesta en el viaje que les aguardaba—. Pero no hay alternativa. El mensaje que portamos no puede esperar.

Una vez finalizados los preparativos, condujeron a Lépido y Talorcan a una pequeña estancia lateral donde pudieron lavarse brevemente y ponerse las prendas limpias que les habían proporcionado. El simple acto de quitarse la suciedad y el sudor de días, de vestir túnicas y capas nuevas, pareció renovar sus energías a pesar de su agotamiento extremo.

Talorcan comió hasta saciarse antes de beber sin queja la tintura medicinal y, aunque su sabor amargo le provocó una mueca en sus estoicos rasgos, el alivio fue casi inmediato y el agudo dolor de su tobillo se atenuó hasta convertirse en una molestia más soportable. Apoyó el peso en el pie con cuidado y comprobó que el vendaje adecuado le proporcionaba un apoyo muy necesario.

—¿Mejor? —preguntó Lépido.

—Servirá —replicó Talorcan—. Deberíamos irnos.

Salieron de la estancia y encontraron al tribuno Severus, que los esperaba con las últimas instrucciones.

—La escolta está formada en la puerta este —dijo—. Se han preparado caballos de refresco y se están cargando los suministros mientras hablamos. El mensaje para Camulodunum ha sido despachado con nuestro jinete más rápido.

Lépido asintió. A pesar de la comida, del breve descanso y de la ropa limpia, seguían desesperadamente cansados, pero la urgencia de su misión dejaba de lado tales consideraciones.

—En marcha —dijo sin más.

En la puerta esperaban diez auxiliares bátavos, montados en caballos de refresco, cada hombre completamente armado, con lanzas, escudos y espadas, listos para la acción inmediata. Su decurión saludó marcialmente cuando Lépido y Talorcan se acercaron.

—Senador —dijo, con un acento germánico todavía perceptible a pesar de sus años de servicio en Roma—. Mis hombres y yo estamos a su disposición. Comprendemos la urgencia de su misión.

—Bien —replicó Lépido, mientras montaba con un gruñido de esfuerzo en el caballo que le habían preparado—. Cabalgaremos a toda prisa hacia Camulodunum. ¿Pueden sus hombres mantener el ritmo?

La expresión del decurión se endureció con orgullo.

—Los bátavos hemos nacido en la silla de montar, senador. No le fallaremos —y mientras conducía a sus hombres a través de las puertas abiertas del fuerte, Lépido y Talorcan lo siguieron, en dirección noreste hacia Camulodunum.

---

# Capítulo Cuarenta y Nueve

## El camino a Camulodunum

Al abrigo de la oscuridad del bosque, los Occultum se agruparon en formación cerrada. Habían mantenido la hoguera deliberadamente pequeña, que arrojaba la luz justa para poder verse las expresiones de los demás sin dejar de ser invisibles desde el camino.

—Cien guerreros, bien armados y organizados —dijo Marcus, con la voz apenas por encima de un susurro—. Además, esas... cosas.

Seneca asintió mientras las implicaciones flotaban pesadamente en el aire. Los druidas habían creado algo capaz de sembrar el caos incluso entre las tropas romanas más disciplinadas, y la proximidad a Camulodunum sugería un objetivo que era demasiado evidente.

—Podríamos rodearlos —sugirió Cassius—. Forzar nuestros caballos, llegar hasta Plautius antes de que puedan llevar a cabo lo que sea que estén planeando.

—¿Y entonces qué? —replicó Falco—. Puede que Plautius no nos crea e, incluso si lo hace y envía tropas, estos guerreros podrían simplemente desaparecer para cuando lleguen. Conocen el terreno mejor de lo que nosotros podríamos conocerlo jamás.

Seneca se quedó mirando los últimos rescoldos, sopesando sus escasas opciones. Los caballos ya estaban agotados y forzarlos mucho más podría matarlos antes de que alcanzaran las líneas romanas.

El silencio se prolongó entre ellos, cada hombre perdido en sus propios pensamientos. Habían completado incontables misiones para Roma, se habían enfrentado antes a enemigos muy superiores en número, pero esto era diferente. No se trataba solo de una victoria militar o de recabar información; la vida del emperador podría pender de un hilo.

—Tenemos que separarnos —dijo finalmente—. Algunos de nosotros debemos advertir a Plautius, mientras el resto sigue a esta

partida de guerra.

—¿Seguirlos? —preguntó Falco, con su rostro lleno de cicatrices iluminado por el fuego agonizante—. ¿Con qué fin?

—Saber —respondió Seneca con firmeza—. Necesitamos entender qué planean, cuándo pretenden atacar. Como mínimo, sabremos más sobre estas criaturas, tal vez incluso identifiquemos una debilidad. —Sus ojos se endurecieron—. Y si se presenta la oportunidad, los eliminaremos.

Marcus asintió lentamente.

—Es el único planteamiento lógico. Dos jinetes para llevar el aviso; el resto, manteniendo la vigilancia.

—Exacto —dijo Seneca—. Dos de nosotros cogeremos los caballos más fuertes y cabalgaremos hacia las legiones. Los demás seguiréis vigilando a esta fuerza hasta que determinemos que no es una amenaza inmediata o hasta que tengamos la oportunidad de actuar.

El plan se cristalizó mientras discutían los detalles. Los dos mensajeros tendrían que rodear por el sur para evitar el campamento celta, mientras que los que se quedaran mantendrían una observación constante, rotando los turnos para asegurarse de que no se perdían ningún movimiento.

—Decimus y Cassius, llevaréis el aviso —decidió Seneca—. Decidles lo que hemos encontrado aquí y haced todo lo que esté en vuestra mano para traer una fuerza considerable. Calculo que necesitamos una cohorte como mínimo.

—¿Y si os habéis movido?

—Con ese número de carros y tantos hombres, deberían dejar un rastro fácil de seguir, pero de todas formas dejaremos las señales habituales.

Los dos hombres asintieron, aceptando la misión sin protestar, y mientras el primer atisbo del alba aclaraba el cielo oriental, Decimus y Cassius montaron los dos caballos más fuertes. Los animales resoplaron suavemente, sintiendo la tensión de sus jinetes.

—Que la fortuna os sea propicia —dijo Seneca, estrechando el brazo de cada hombre por turno.

—Y a vosotros —respondió Decimus.

Sin más ceremonia, los dos jinetes se volvieron hacia el sur, siguiendo un sinuoso sendero de ciervos que finalmente los llevaría a rodear el campamento celta. Los demás observaron hasta que desaparecieron entre los árboles y luego volvieron su atención a la tarea que tenían entre manos.

—Tendremos que hacer turnos —dijo Séneca—. Dos vigilando el campamento en todo momento, mientras los demás descansan o cazan. Marcus y yo haremos la primera guardia. Falco, Sica, dormid un poco. Os necesitaremos frescos para el relevo.

Mientras Marcus y Sica se alejaban para prepararse, Falco se quedó un instante.

—Esto supera cualquier cosa que hayamos visto —dijo en voz baja, sin rastro de su habitual fanfarronería en la voz—. Esas criaturas... no son naturales.

—Quizá no —convino Séneca—, pero si sangran, se las puede matar. Solo tenemos que averiguarlo.

Falco asintió, reconfortado por aquella sencilla lógica de soldado, y se fue a buscar un lugar resguardado donde descansar.

A solas, Séneca se permitió un instante de duda que jamás mostraría ante sus hombres. Perseguían a enemigos que controlaban bestias más allá de toda comprensión racional, sin un plan claro más allá de la observación y la improvisación. Las probabilidades eran peores que nefastas.

Sin embargo, mientras recogía sus armas y se preparaba para reunirse con Marcus en su puesto de observación, Séneca sintió que su determinación se endurecía una vez más. Los Occultum nunca habían escogido el camino fácil. Su fuerza no residía en el número, sino en la adaptabilidad, en encontrar debilidades donde otros solo veían amenazas. Fuera lo que fuese que los druidas hubieran planeado, fueran lo que fuesen aquellas criaturas impías, los Occultum se enfrentarían a ellas.

---

Cuando el alba despuntó sobre el bosque, Decimus y Cassius avanzaron a través de la densa maleza hacia el sudeste, rodeando el campamento celta desde una distancia prudencial. El

rocío de la mañana les empapaba las botas mientras llevaban las monturas de las riendas, optando por el sigilo en lugar de la velocidad hasta estar seguros de haber evitado ser detectados.

Solo cuando el sol hubo ascendido y el terreno se abrió gradualmente ante ellos, montaron al fin, espoleando a sus caballos con mayor urgencia. En tiempos de paz, estas tierras habrían estado cultivadas, con las cosechas creciendo en hileras ordenadas y el ganado pastando en las laderas. Ahora estaban vacías; sus dueños habían huido o, peor aún, eran víctimas del inexorable avance romano, y a medida que el terreno despejado se extendía ante ellos, ambos hombres intercambiaron una mirada de entendimiento. La velocidad tenía ahora prioridad sobre el sigilo.

El primer día transcurrió sin incidentes. Los dos jinetes avanzaron a buen ritmo, deteniéndose solo cuando era absolutamente necesario para permitir a sus caballos breves períodos de descanso y agua antes de proseguir. Al caer la noche, habían cubierto una distancia considerable y encontraron refugio en una pequeña arboleda junto al camino.

—Los caballos están al límite —observó Cassius mientras desensillaban a los animales—. Les hemos exigido mucho.

Decimus asintió, revisando las patas de su montura con manos expertas.

—Mañana tendremos que dosificarlos mejor. Un caballo muerto no le sirve de nada a nadie.

Comieron frugalmente de sus escasas raciones, sin apenas hablar. Ambos comprendían el peso de la responsabilidad que recaía sobre sus hombros. Si no lograban entregar su advertencia a tiempo, el dominio de Roma sobre Britania podría hacerse añicos antes de haber comenzado de verdad.

Al segundo día, partieron con las primeras luces, manteniendo un ritmo constante que equilibraba la urgencia con la resistencia de sus monturas. De vez en cuando, pasaban junto a indicios de patrullas celtas: huellas de cascos en los tramos embarrados, restos de comida desechados, incluso una vez una lanza rota semienterrada en una zanja al borde del camino.

—Tenemos que tener cuidado —dijo Decimus mientras hacían una breve pausa al mediodía—. La actividad de las patrullas está aumentando.

Cassius señaló hacia el noreste, donde un humo distante se elevaba de lo que debían de ser hogueras.

—Están cerca —dijo—. Deberíamos desviarnos otra vez.

Decimus lo sopesó brevemente antes de negar con la cabeza.

—No podemos arriesgarnos a la demora —dijo—. Plautius tiene que saberlo.

Siguieron adelante mientras el cielo se oscurecía gradualmente y comenzaba a llover. Al principio no fue más que una llovizna, más una molestia que un impedimento. Pero a medida que avanzaba la tarde, se intensificó y convirtió el camino en un tremedal de barro y charcos.

Los caballos avanzaban con dificultad, con paso inseguro sobre el terreno resbaladizo. Lo que había sido un trote enérgico se ralentizó hasta convertirse en una marcha cautelosa, a pesar de los intentos de los jinetes por mantener el ritmo. Al anochecer, la montura de Decimus mostraba evidentes signos de agotamiento; cargaba el peso sobre la pata delantera derecha y tropezaba de vez en cuando.

—Tenemos que parar —dijo Cassius finalmente, cuando el caballo casi se desplomó tras un traspié especialmente grave—. Está empezando a cojear.

Decimus maldijo entre dientes, pero no pudo negar la realidad que tenían ante ellos. Se apartaron del camino y buscaron cobijo bajo los árboles que bordeaban un pequeño arroyo. La lluvia había amainado un poco, pero ambos hombres estaban calados hasta los huesos y sus capas pesaban por la humedad.

Establecieron un campamento rudimentario, sin atreverse a encender un fuego que pudiera atraer una atención no deseada y, tras desensillar los caballos y atarlos a unas ramas bajas, Decimus examinó su montura más a fondo.

—Tiene el tendón distendido —concluyó con gravedad—. No podrá llevarme más lejos, al menos no a una velocidad que sirva

de algo.

Cassius levantó la vista del lugar donde estaba preparando sus exiguos lechos. —Podríamos turnarnos en mi caballo. Nos retrasaría, pero...

—No —le interrumpió Decimus—. El aviso debe llegar a Plautius con la mayor celeridad posible. Mañana seguirás tú solo. Te seguiré como buenamente pueda.

Antes de que Cassius pudiera replicar, ambos se quedaron helados ante el inconfundible sonido de jinetes que se acercaban. Varios caballos que avanzaban a gran velocidad por el sendero que acababan de abandonar.

—¡Al suelo! —siseó Decimus, desenvainando su gladio mientras se agachaba. Cassius hizo lo mismo y ambos se adentraron más en las sombras de los árboles.

Los sonidos se hicieron más fuertes: cascos de caballos, el tintineo de los arneses, alguna que otra orden en voz baja en un idioma que ninguno de los dos pudo identificar de inmediato. No era celta, desde luego, pero en la confusión del momento, tampoco era latín.

—Nos están buscando —susurró Cassius—. Creo que saben que estamos aquí.

Decimus asintió con expresión sombría. De algún modo, su huida había sido descubierta. Quizá Mordred tuviera exploradores vigilando los caminos, o tal vez los habían visto durante su carrera a través de campo abierto. Fuera cual fuese la razón, ahora eran la presa.

Cambiaron de posición y se pusieron de espaldas a los árboles más grandes que pudieron encontrar. Si iban a morir allí, venderían caras sus vidas, llevándose por delante a tantos enemigos como fuera posible antes del fin.

Los jinetes que se acercaban redujeron la velocidad, pues claramente habían visto el rastro que se desviaba del camino. Una voz gritó unas palabras indistintas y, momentos después, una figura a caballo irrumpió a través de la maleza en su pequeño claro.

Decimus se tensó, con el gladio a medio levantar para asestar un golpe mortal, pero se quedó helado de asombro. El jinete

que tenían ante ellos llevaba el característico yelmo y la loriga de escamas de un auxiliar bátavo, un aliado de Roma, no un enemigo.

El bátavo tiró bruscamente de las riendas, igualmente sorprendido de encontrar hombres armados en su camino. Su mano se dirigió a su propia arma antes de que el reconocimiento asomara a sus ojos.

—¿Romanos? —preguntó, en un latín claro, aunque con un fuerte acento.

—Romanos —respondió Decimus, bajando ligeramente la espada, pero sin envainarla—. Identifíquese.

El bátavo se irguió en la montura.

—Tercera cohorte de caballería bátava. Servimos a las órdenes del legado Vespasiano.

El alivio invadió a Decimus, un alivio tan profundo que, por un instante, sintió que le flaqueaban las rodillas. No eran enemigos, sino aliados, y unos muy poderosos. Aparecieron más jinetes, todos con la misma armadura distintiva, sus monturas elegantes y poderosas a pesar del barro que les cubría las patas.

—Traemos noticias urgentes para el general Plautius —dijo Cassius, dando un paso al frente—. ¿Puede llevarnos ante él?

—Podemos —respondió el oficial—, está en Camulodunum. Pueden montar detrás de dos de mis hombres. Nos ocuparemos de sus caballos y los traeremos más tarde.

Decimus aceptó y, en menos de una hora, ambos miembros del Occultum, rodeados por una escolta bátava, cabalgaban a toda velocidad hacia Camulodunum. Quedaba por ver si sus advertencias bastarían para evitar el desastre, pero, por primera vez desde que partiera de la isla de Mona, Decimus sintió un débil atisbo de esperanza.

---

# Capítulo Cincuenta

## Camulodunum

Lépido y Talorcan detuvieron sus caballos en la cresta de una colina baja con vistas a Camulodunum. Durante unos instantes, ambos hombres permanecieron en silencio, contemplando la extraordinaria escena que se extendía ante ellos. Las llanuras extramuros de la ciudad se habían transformado y, aunque ninguno de los dos las había visto antes, la influencia romana era evidente.

Habían surgido numerosas estructuras hasta donde alcanzaba la vista, todas de madera, pero ricamente decoradas. Canteros, carpinteros, pintores y un mar de obreros y esclavos trabajaban febrilmente para crear una zona imponente, digna de recibir a un emperador.

—¿Cuánto tiempo crees que llevan trabajando en esto? —preguntó Talorcan.

—Semanas, como mucho —respondió Lépido, mientras su mirada abarcaba la construcción meticulosamente ordenada—. Pero Plaucio conoce el valor de las apariencias. El emperador debe ver un territorio conquistado, transformado por la eficiencia romana, y no una fortaleza bárbara con banderas romanas plantadas en ella.

En el centro de la bulliciosa actividad se alzaba una versión mucho más pequeña de una fortaleza legionaria, aún inacabada pero de aspecto y solidez imponentes, e incluso desde aquella distancia, Lépido pudo distinguir el trazado característico: murallas rectangulares con esquinas redondeadas, torres de vigilancia a intervalos regulares y un prominente edificio del cuartel general que se erigía en su centro.

—El emperador se alojará ahí —dijo, señalando la fortaleza con la cabeza—. Un término medio entre la comodidad y la seguridad. —Se quedó mirando el caos ordenado, con la mente ya calculando las implicaciones. El extenso solar, con sus cientos de trabajadores, carros, pilas de madera y estructuras a medio terminar, ofrecía innumerables escondites potenciales. Si Mordred y sus

druidas disponían de más de esas criaturas de aspecto demoníaco, no les faltarían lugares donde ocultarse.

—El mensaje que enviamos por delante —dijo Lépido, volviéndose hacia el decurión al mando de la escolta—, ¿cree usted que llegó a Vespasiano?

El batavo se encogió de hombros.

—El jinete montaba uno de los caballos más veloces. Si no tuvo ningún percance, debería de haber llegado ayer.

—Sin embargo, no veo que haya más seguridad —dijo Lépido—, ni medidas especiales. Si han recibido nuestra advertencia, apenas dan señales de ello. —Espoleó su caballo y el pequeño grupo comenzó a descender la suave pendiente hacia Camulodunum. A medida que se acercaban, la verdadera magnitud de la transformación se hizo evidente. Lo que una vez había sido una simple capital tribal estaba siendo sistemáticamente rehecha a imagen y semejanza de Roma.

Más cerca de la fortaleza, Lépido divisó a un grupo de oficiales que estudiaban unos planos de arquitectura extendidos sobre una mesa improvisada. Al acercarse ellos, Vespasiano alzó la vista y sus ojos se abrieron de par en par al reconocerlos. Se apartó de inmediato de la mesa y despidió a los otros oficiales con un gesto.

—¡Senador Lépido! ¡Por la gracia de Júpiter, ha regresado usted! —El rostro de Vespasiano se iluminó con una sonrisa genuina —. Y también Talorcan. Al no recibir noticias durante tantos días, nos temíamos lo peor.

—El viaje fue… complicado —replicó Lépido mientras se apeaba.

Vespasiano asintió, con expresión cada vez más seria.

—Me han informado del éxito de su misión. Aunque el número de supervivientes fue escaso, supuso una tremenda inyección de moral para la legión saber que sus camaradas no habían sido abandonados.

Lépido frunció el ceño, confundido. Si Vespasiano sabía que habían regresado, entonces debía de haber recibido el mensaje enviado desde Castra Victrix.

—¿Recibió entonces nuestra advertencia? —preguntó.

—Ayer por la tarde —confirmó Vespasiano—. Un relato bastante dramático de su huida y de los…, digamos, seres que encontraron ustedes. —Un deje de escepticismo se había colado en su voz, aunque mantenía un tono respetuoso.

Lépido intercambió una mirada con Talorcan, cuyo rostro se había endurecido de forma casi imperceptible.

—Si ha recibido nuestra advertencia, comandante —dijo con cautela—, me pregunto por qué no veo indicios de un aumento de la seguridad. Ni patrullas adicionales ni medidas especiales para protegernos de lo que se avecina.

La expresión de Vespasiano cambió; un atisbo de incomodidad cruzó sus facciones antes de que recuperara la compostura. Echó un vistazo a los trabajadores cercanos y luego hizo un gesto hacia un edificio a medio construir que había en las inmediaciones.

—Quizá deberíamos continuar esta conversación en privado —sugirió.

Una vez dentro de la estructura de madera, cuyas vigas recién cortadas aún olían a resina de pino, el talante de Vespasiano cambió. El barniz diplomático se desvaneció, reemplazado por el escepticismo práctico de un comandante militar.

—Con el debido respeto, senador, su mensajero trajo un relato que parecía difícil de creer. Criaturas que no son ni hombres ni bestias, con una fuerza sobrenatural y una sed de sangre como la de ningún otro animal conocido. Suena más a los delirios febriles de hombres agotados que a una amenaza real.

—¿Duda de nuestro relato? —preguntó Lépido con voz peligrosamente queda.

—Acepto que se encontraron con algo —respondió Vespasiano, eligiendo sus palabras con cuidado—. Quizá un loco enfermo o rabioso, o varios de ellos. Se sabe que los celtas inducen a ciertos guerreros a un frenesí de batalla con hierbas y rituales. —Extendió las manos en un gesto apaciguador—. ¿Pero demonios? ¿Criaturas sobrenaturales? Tales cosas no existen en este mundo.

—Le aseguro que sí —dijo Lépido—, pues los he visto con mis propios ojos, y si Mordred tiene más de esas cosas, entonces el emperador está en peligro.

—Senador —dijo Vespasiano—, con el mayor de los respetos... —pero antes de que pudiera continuar, algo golpeó contra sus pies y bajó la vista para ver en el suelo la cabeza en descomposición del espectro asesinado, con sus dientes limados aún al descubierto en un gruñido permanente.

Vespasiano retrocedió, llevando instintivamente la mano a la empuñadura de su espada mientras contemplaba el grotesco trofeo y, durante varios latidos, no dijo nada, mientras el color desaparecía de su rostro al procesar lo que tenía ante él.

—Ahí tiene su prueba —dijo Talorcan, sosteniendo aún el saco ensangrentado que había contenido la cabeza—. Ahora quizá podamos tener una conversación de verdad.

Vespasiano se quedó mirando la grotesca cabeza, con una expresión que era mezcla de horror e incredulidad. Tras un instante, hizo un gesto a uno de sus oficiales, que avanzó con renuencia y cogió el trofeo por el pelo enmarañado, sosteniéndolo con el brazo extendido.

—Esto es... —empezó Vespasiano, y luego se detuvo, luchando claramente por encontrar palabras adecuadas para describir lo que estaba viendo. Rodeó lentamente al oficial, examinando la cabeza desde todos los ángulos, con su mente militar tratando de categorizar y comprender la amenaza que representaba.

—Los dientes limados —murmuró—, el cráneo malformado, los rasgos retorcidos... son ciertamente grotescos, pero sigue siendo una cabeza humana. —Se volvió hacia Lépido y Talorcan—. Agradezco la advertencia, y entiendo por qué este descubrimiento les ha afectado tan profundamente, pero esta cosa es, o al menos era, un hombre, nada más y nada menos.

—No lo entiende, comandante —dijo Lépido—. No se trata de un simple hombre deforme; esta criatura poseía una fuerza y velocidad más allá de los límites naturales, una velocidad superior a la capacidad humana y un salvajismo que desafía toda explicación racional.

—Vimos a uno de ellos destrozar a toda una partida de guerra —añadió Talorcan, con voz firme a pesar de su evidente agotamiento—. Guerreros que nos habrían matado sin dudarlo huyeron aterrorizados de esa cosa.

—Y, sin embargo, la mataron —replicó Vespasiano—. Miren, no descarto sus experiencias, pero debo ocuparme de las realidades que tengo ante mí. El emperador llega en unas pocas semanas y, para entonces, se habrán desplegado cuatro legiones para asegurar esta zona. El perímetro estará vigilado por nuestros mejores auxiliares, y las vías de acceso, patrulladas día y noche. —Señaló la construcción visible a través de la puerta abierta—. Todo esto debe estar terminado antes de que Claudio ponga un pie en suelo de Britania, así que no tengo tiempo para ocuparme de amenazas imaginarias. No ahora.

—Pero... —empezó Lépido.

—No puedo —le interrumpió Vespasiano— desviar recursos significativos para cazar criaturas que pueden existir o no basándome en un único espécimen que, por muy antinatural que parezca, es fundamentalmente humano. —Enderezó los hombros—. La zona estará totalmente defendida con un perímetro seguro. Ni un perro podrá atravesar nuestras líneas, y mucho menos lo que sean realmente estas cosas.

Lépido y Talorcan intercambiaron miradas incrédulas, al darse cuenta de que su advertencia, a pesar de la prueba física que habían proporcionado, estaba siendo efectivamente desestimada.

—Les reitero mi gratitud por su servicio y sacrificio —prosiguió Vespasiano, cambiando a un tono de despedida formal—, y dispondré de un alojamiento adecuado para su recuperación. Pero el trabajo aquí debe continuar sin interrupción. —Hizo un gesto con la cabeza a un centurión cercano—. Encárguese de que al senador y a su compañero se les proporcione alojamiento y atención médica adecuados.

Dicho esto, se dio la vuelta, llamando ya a sus arquitectos e ingenieros para que reanudaran su deliberación. La cabeza cercenada fue entregada a otro oficial con instrucciones de que el medicus de la legión la examinara.

Lépido se quedó paralizado, incrédulo, con el cansancio y la frustración pugnando en su rostro mientras veía al comandante alejarse.

—Después de todo lo que hemos soportado —murmuró Talorcan—, después de todo lo que hemos visto...

—Descansemos un poco —dijo Lépido al fin, con la voz cargada de un hastío que iba más allá del agotamiento físico—. Mañana, quizá, con la mente más despejada, podamos hacerle entrar en razón.

Siguieron al centurión fuera del edificio y se adentraron de nuevo en el caos de la construcción que pronto daría la bienvenida a un emperador. Mientras cruzaban el concurrido recinto hacia los aposentos asignados, Lépido sintió una vez más el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Aquello no era el final del asunto; el mañana traería otra batalla, no contra criaturas de dientes afilados y fuerza inhumana, sino contra los más familiares adversarios humanos del escepticismo, el orgullo y la burocracia. Por ahora, sin embargo, sus cuerpos exigían el descanso que tanto tiempo se les había negado, y se rindieron a esa necesidad, aunque no a la derrota.

---

# Capítulo Cincuenta y Uno

## La Encrucijada

El alba despuntaba sobre el campamento celta. Una luz pálida se filtraba a través de la neblina matutina mientras Séneca cambiaba de nuevo de postura, desentumeciendo los músculos agarrotados por las horas de inmovilidad. Desde su posición estratégica, entre un grupo de rocas en la cresta que dominaba el campamento, tenía una vista clara de la zona central donde se guardaban las jaulas que contenían a las criaturas. Tres días de observación constante le habían proporcionado mucha información, pero también le habían planteado un desconcertante enigma.

—No se mueven —susurró Marcus mientras se arrastraba hasta colocarse junto a Séneca, relevando a Falco, que había hecho la guardia nocturna—. Ni preparativos para partir, ni exploradores adelantándose para asegurar una ruta. Solo... esperan.

Séneca asintió sin apartar la vista del campamento que se extendía a sus pies. Los guerreros celtas llevaban a cabo sus rutinas diarias con disciplinada eficacia: cocinaban, mantenían sus armas, ejercitaban los caballos, pero no daban señales de querer proseguir su viaje hacia Camulodunum.

—No tiene sentido —musitó—. Si su objetivo es el emperador, deberían estar avanzando, asegurando posiciones, estableciendo escondites más cerca de su objetivo.

Marcus le pasó un odre de agua.

—Quizá esperan a alguien.

Séneca bebió con moderación; el agua fresca fue un alivio momentáneo del creciente calor del día.

—Quizá —convino—. ¿Pero a quién?

Aquella pregunta había rondado sus observaciones durante tres días completos. La fuerza celta permanecía acampada en la encrucijada, manteniendo una guardia vigilante, pero sin mostrar inclinación alguna a moverse. Cada noche, se abría una de las jaulas y se liberaba a una de las criaturas para que se alimentara en aquel espantoso ritual que habían presenciado por primera vez. El patrón

era idéntico cada vez: se presentaba un animal atado, por lo general una cabra o una oveja, y luego el adiestrador se retiraba mientras la criatura se abalanzaba sobre su comida en un salvaje frenesí devorador.

Las comidas parecían servir para múltiples propósitos: el sustento para la bestia, desde luego, pero también una demostración de poder para los guerreros reunidos, un recordatorio de las mortíferas armas que tenían entre ellos. Los hombres observaban en silencio, con los rostros iluminados por la luz de las antorchas, y Séneca había notado la mezcla de temor y reverencia en sus expresiones.

La tarde se alargaba, y su monotonía solo la rompían la rotación de la guardia y los sutiles cambios en el campamento de abajo. Séneca estaba considerando descansar un poco antes de hacer el turno de noche cuando Sica apareció a su lado, moviéndose con tal sigilo que ni los entrenados sentidos de Séneca habían detectado su aproximación.

—Jinetes. Se acercan por el oeste —susurró el sirio.

El cansancio de Séneca se desvaneció al instante. Centró la atención en las figuras que se acercaban, al principio meros puntos oscuros en el paisaje, pero que poco a poco se definieron como guerreros a caballo, quizá media docena en total.

—Avisa a Falco —le ordenó a Sica en voz baja—. Quiero que todos estéis atentos a esto.

En cuestión de minutos, los cuatro miembros restantes del Occultum yacían ocultos a lo largo de la cresta, observando con atención cómo los jinetes se acercaban al campamento. Los centinelas celtas también los habían visto, pero no hicieron ademán de interceptarlos ni de darles el alto, lo que sugería que eran visitantes esperados.

Los recién llegados entraron directamente en el campamento mientras los guerreros se apartaban para abrirles paso a medida que se aproximaban a la zona central. Su líder se erguía en la silla de montar y su porte infundía un respeto inmediato.

—Algo está pasando —murmuró Falco—. Mirad cómo reaccionan.

Séneca cambió ligeramente de postura, tratando de conseguir un mejor ángulo. La capa del líder ondeó con la brisa mientras gesticulaba, enfatizando algún punto en una discusión que parecía cada vez más animada.

Entonces, con un movimiento deliberado, el hombre se echó la capucha hacia atrás, se quitó la capa por completo y se la entregó a un asistente.

Séneca sintió que se le cortaba la respiración. Incluso a esa distancia, no había duda de la identidad de la figura que ahora se revelaba.

—Raven —dijo con un hilo de voz.

Los otros se tensaron a su lado; cada uno llegaba a la misma conclusión. Después de semanas de búsqueda, después de cruzar un mar y montañas heladas y soportar un hambre y un agotamiento extremos, allí estaba su objetivo original, aparecido casi como por intervención divina.

—Es él —confirmó Marcus, con la voz tensa por la emoción contenida—. No cabe duda.

El característico perfil de Raven era inconfundible: su complexión alta y delgada, su porte, los gestos familiares al hablar. Se había dejado barba desde la última vez que lo vieron y sus ropas eran celtas en lugar de romanas, pero el hombre en sí no había cambiado.

—Parece que está a gusto entre ellos —observó Falco con indisimulado desprecio—. Como si perteneciera a este lugar.

Séneca no dijo nada, completamente concentrado mientras estudiaba al hombre que una vez fue su amigo, su camarada, su hermano de armas. Raven se movía por el campamento con desenvoltura y los guerreros asentían con deferencia a su paso. Fuera cual fuera su posición entre ellos, estaba claro que infundía respeto.

Durante el resto del día, los Occultum mantuvieron la vigilia, observando cómo Raven inspeccionaba el campamento, conferenciaba con varios guerreros y, lo que era más significativo, pasaba un tiempo considerable examinando los cajones que contenían a las criaturas. Rodeaba cada uno de ellos lentamente,

deteniéndose de vez en cuando para mirar por las estrechas rendijas; su expresión era imposible de discernir a esa distancia, pero su interés resultaba evidente por su minuciosa atención.

Al anochecer, Raven entró en la tienda de mando con los líderes del campamento y desapareció de la vista. Séneca por fin se permitió retirarse ligeramente del puesto de observación y reunió a sus hombres en un círculo cerrado justo debajo de la cresta.

—Esto lo cambia todo —dijo—. Tenemos que llegar hasta él mientras podamos.

—Está rodeado por un centenar de guerreros y esas... cosas —advirtió Falco—. Somos cuatro hombres con suministros limitados y sin refuerzos.

—Los parámetros de la misión no han cambiado —replicó Séneca—. Eliminar al traidor. Esa fue nuestra asignación desde el principio.

Sica estudió a Séneca detenidamente con sus ojos oscuros.

—¿Deseáis intentarlo, incluso ahora?

—Nos hemos enfrentado a peores probabilidades —dijo Séneca, aunque, en verdad, no estaba seguro de que fuera así—. Y puede que no volvamos a tener otra oportunidad. Si esas criaturas se desatan contra las fuerzas romanas, contra el mismísimo emperador, las consecuencias serían devastadoras.

Los demás intercambiaron miradas; cada hombre calculaba las probabilidades casi imposibles a las que se enfrentaban. Eran solo cuatro hombres contra un centenar de guerreros bien armados, sin apoyo, sin ruta de escape y con esas bestias antinaturales como protección adicional para su objetivo. Según cualquier evaluación militar racional, la misión era un suicidio.

—Si hacemos esto —dijo Marcus lentamente—, necesitamos un plan que nos dé al menos alguna posibilidad de sobrevivir después.

—De acuerdo —dijo Séneca—. Observaremos un día más para identificar patrones y puntos débiles. Buscad una oportunidad que maximice nuestras ventajas.

—¿Y si no se presenta tal oportunidad? —preguntó Falco.

—Entonces la crearemos —dijo Séneca—. De un modo u otro, Raven morirá. Se lo debemos a cada hombre que traicionó cuando le dio la espalda a su juramento.

La convicción en su voz silenció cualquier otra pregunta. Cada hombre comprendía lo que estaba en juego, comprendía que sus vidas eran secundarias a la misión y, mientras la noche caía una vez más sobre el campamento celta, Séneca reanudó su posición de observación, mirando cómo se encendían las antorchas y comenzaban las rutinas vespertinas. Después de todo este tiempo, después de tanto sacrificio, Raven estaba finalmente a su alcance y, sin importar el coste, sin importar las probabilidades, de un modo u otro, lo mataría.

---

# Capítulo Cincuenta y Dos

## Camulodunum

El comedor de oficiales de Camulodunum bullía de actividad con el ir y venir de hombres que intercambiaban informes sobre los avances del día mientras daban cuenta de platos de comida caliente. El edificio, como la mayoría en aquel asentamiento en rápido desarrollo, era una curiosa mezcla de eficiencia romana y construcción apresurada, con sólidos muros de madera que sostenían un techo que todavía olía a resina de pino fresca y un suelo de tierra apisonada cubierto con esteras de junco.

Lépido estaba sentado a una de las largas mesas, consumiendo maquinalmente una escudilla de estofado que apenas saboreaba. El cansancio se le había calado hasta los huesos; una fatiga que iba más allá del mero agotamiento físico. En los días transcurridos desde su llegada, apenas había progresado en su intento de convencer a Vespasiano de la amenaza inminente.

El comandante se había mostrado bastante cortés, asintiendo en los momentos oportunos durante sus reuniones y haciendo vagas promesas de revisar los protocolos de seguridad y considerar patrullas adicionales. Pero pronto se hizo evidente que las prioridades de Vespasiano eran otras. Plaucio estaba ejerciendo una enorme presión para que se completaran los preparativos para la llegada de Claudio, y esa presión se transmitía hacia abajo a través de toda la cadena de mando. Las reuniones sobre cuestiones de seguridad se posponían una y otra vez, y las solicitudes de guardias especializados en los accesos clave se aceptaban, pero nunca se llevaban a cabo.

Tanto Lépido como Talorcan se sentían cada vez más frustrados. Habían sobrevivido a una pesadilla, presenciado horrores que desafiaban toda explicación racional y llevado pruebas físicas hasta las líneas romanas, solo para verse ignorados en la práctica.

Lépido apartó su estofado a medio comer, pues había perdido el apetito. Al fondo de la sala, varios oficiales más jóvenes mantenían una animada conversación, de cuyas voces llegaban

fragmentos sobre calendarios de construcción y solicitudes de material. El asentamiento entero parecía absorto en la construcción, en crear una apariencia de eficiencia y orden romanos, mientras que las posibles amenazas se desestimaban por considerarlas exageraciones o imposibles.

Contemplaba la posibilidad de retirarse a descansar cuando la puerta principal se abrió de golpe y dio paso a un joven oficial cuyo uniforme mostraba el polvo de un viaje reciente. El hombre se detuvo en el umbral y recorrió la sala con la mirada con evidente urgencia hasta que sus ojos se clavaron en Lépido. Sin devolver el saludo a sus compañeros, se dirigió con paso decidido directamente a la mesa de Lépido.

—Senador —dijo, inclinándose para hablarle directamente al oído a Lépido—. Se os necesita de inmediato en la puerta este. Acaban de llegar dos hombres con información que querréis oír.

Lépido levantó la vista bruscamente y reparó en la tensión del rostro del joven.

—¿Qué clase de información? —preguntó.

El oficial miró nerviosamente a su alrededor, asegurándose de que nadie los oía.

—Han mencionado criaturas, senador. Cosas inhumanas transportadas por guerreros celtas. He oído vuestras historias y he pensado que debíais saberlo.

Una fría oleada de reivindicación mezclada con pavor inundó a Lépido. Se levantó de inmediato y abandonó la comida sin pensárselo dos veces.

Fuera, al caer la noche, el asentamiento pasaba de ser una zona de obras a un campamento militar. A intervalos regulares, ardían antorchas a lo largo de los caminos principales, iluminando a las cuadrillas que aún se afanaban en terminar tramos de los edificios de madera. Los soldados se movían con eficiencia experta entre los puestos de guardia, mientras que los mensajeros corrían de un edificio de mando a otro portando las últimas órdenes del día.

La puerta este estaba a medio terminar; su enorme armazón de madera se alzaba seis metros, pero algunas secciones del pasillo superior aún estaban en construcción. Las antorchas

llameaban en soportes de hierro y arrojaban una luz parpadeante sobre los guardias y las cuadrillas de trabajo. Al acercarse, Lépido distinguió un pequeño revuelo: un corrillo de soldados que rodeaba a dos figuras sentadas cuyo agotamiento era evidente incluso a distancia.

—Abrid paso —ordenó el joven oficial que había ido a buscar a Lépido.

Los soldados se apartaron y revelaron a dos hombres desplomados en unos bancos improvisados, con las ropas rasgadas y mugrientas, y los rostros marcados por la fatiga y algo más profundo: una cualidad atormentada que Lépido reconoció demasiado bien.

—¡Décimo! —exclamó sin aliento, avivando el paso—. ¡Casio!

Ambos hombres se giraron bruscamente, antes de que el reconocimiento asomara a sus rostros.

—Senador Lépido —respondió Décimo—. ¿Qué hace usted aquí? Lo último que supe es que estaba en Roma.

—Me han enviado para encomendaros una misión diferente —dijo Lépido—, pero, por desgracia, he llegado demasiado tarde. —Miró hacia la puerta—. ¿Dónde están los demás?

—Están ahí fuera —dijo Décimo, señalando la puerta con la cabeza—. Vigilando un campamento enemigo a unas cincuenta millas. Nos enviaron por delante para advertir a la guarnición de una grave amenaza.

—¿Incluye esa amenaza cierto tipo de criatura que desafía toda descripción? —preguntó.

Ambos miembros del Occultum se lo quedaron mirando, estupefactos.

—¿Sabe de su existencia? —preguntó Casio, hablando por primera vez.

—He visto una —confirmó Lépido—. Talorcan la mató, pero solo después de que masacrara a toda una partida de guerra.

Décimo intercambió una mirada elocuente con Casio; una confirmación mutua pasó entre ellos.

—Debemos hablar en privado —dijo—. Lo que hemos presenciado… lo cambia todo.

Lépido asintió y miró hacia las dependencias de los oficiales.

—Venid conmigo —dijo—. Allí podremos hablar sin interrupciones.

Atravesaron el asentamiento. Lépido devolvía con un breve gesto de cabeza el saludo de los soldados, pero mantenía su paso enérgico. Las implicaciones de la llegada del Occultum y, lo que era más crucial, su aparente conocimiento de las criaturas, habían puesto su mente a cien por hora. Por fin tenía la corroboración que necesitaba, un testimonio de los agentes de élite de Roma que no podría ser fácilmente descartado como las imaginaciones febriles de unos hombres agotados.

Lépido los condujo a una pequeña sala anexa utilizada para reuniones privadas y despidió al escriba que la ocupaba con un gesto brusco. Una vez cerrada la puerta a sus espaldas, se volvió para encarar a los dos miembros del Occultum.

—Lo primero de todo —dijo mientras los dos hombres se dejaban caer en un par de asientos—, habladme de vuestra misión. ¿Raven está muerto?

—No —dijo Décimo—. Pero la traición de Raven no es más que una pieza de una amenaza mucho mayor.

Un escalofrío recorrió a Lépido al oír estas palabras, un presagio de lo que estaba por venir.

—Contádmelo todo —dijo—. Desde el principio.

Décimo se enderezó, ordenando sus pensamientos antes de hablar.

—Nuestro viaje nos llevó primero a Mona, donde creíamos que tenía su base, pero para cuando llegamos, él y una gran partida de guerreros ya se habían marchado en dirección a Camulodunum. Seguimos su rastro y los alcanzamos. Eran casi un centenar de guerreros, bien armados y posicionados estratégicamente en un cruce de caminos.

Hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas para describir lo que habían presenciado.

—Tienen criaturas —intervino Casio, con los ojos atormentados por el recuerdo—. Las guardan en jaulas reforzadas, tres de ellas. Séneca observó cómo alimentaban a una. Dijo que era…

—Ni hombre ni bestia —completó Lépido por él, sabiendo exactamente lo que habían visto.

Ambos miembros del Occultum se lo quedaron mirando, con un sombrío reconocimiento en la mirada.

—Exacto —confirmó Décimo—. Séneca nos ordenó que trajéramos la advertencia de inmediato mientras él y los demás mantenían la vigilancia. Si estas cosas fueran liberadas durante la visita del emperador…

—¿Cómo sabéis de la visita del emperador? —preguntó Lépido de repente.

—Había una muchacha en el campamento celta —dijo Décimo—. Nos dijo que los guerreros iban a matar a Claudio en Camulodunum.

—¿Los druidas ya lo sabían? —preguntó Lépido, boquiabierto.

—Al parecer, sí. Supongo que Raven todavía tiene contactos.

—Si consiguen acercar una de esas cosas al emperador —dijo Lépido—, las consecuencias podrían ser catastróficas. Talorcan y yo llevamos días intentando convencer a Vespasiano de esta misma amenaza, pero sin éxito.

—Los otros, Séneca, Marco, Falco y Sica, se quedaron atrás para vigilar el campamento —dijo Casio—. Estaban considerando un asalto directo si se presentaba la oportunidad.

Lépido asintió, reconociendo las formidables capacidades de la unidad de élite y, al mismo tiempo, el peligro extremo al que se enfrentaban. Su mente ya estaba calculando los siguientes pasos, la mejor manera de aprovechar la llegada de los hombres para forzar a Vespasiano a actuar.

—Descansad aquí —dijo, señalando los sencillos bancos que bordeaban la sala—. Haré que os traigan comida y bebida. Cuando os hayáis recuperado un poco, nos presentaremos juntos

ante Vespasiano. Vuestro informe, combinado con lo que Talorcan y yo ya hemos presentado, debería obligarle por fin a tomarse en serio esta amenaza.

Cuando la puerta se cerró tras él, Lépido aceleró el paso. Las piezas por fin empezaban a encajar: la traición de Raven, las criaturas druídicas, la amenaza contra el emperador... Todo estaba conectado en una conspiración que podría hacer añicos el frágil dominio de Roma sobre Britania antes de que hubiera comenzado de verdad. Pero ahora, por fin, tenía las pruebas necesarias para forzar la acción. La cuestión que quedaba era si esa acción llegaría a tiempo.

---

Dos horas después, los cuatro hombres se encontraban frente a Vespasiano, al otro lado de la mesa de madera que se usaba para planificar los movimientos de decenas de miles de hombres.

—A ver si lo entiendo bien —dijo Vespasiano en voz baja—. ¿Esperan ustedes que desvíe fuerzas significativas basándome en el testimonio de cuatro hombres que afirman haber visto... qué? ¿Monstruos? ¿Demonios? Todo lo que yo he visto es una cabeza que bien podría no ser más que un trofeo de guerra, mutilada tras la muerte para infundir miedo.

—Con el debido respeto, comandante —dijo Décimo—, lo que presenciamos no fue un mero ardid de batalla. Esas criaturas se mueven con una velocidad y una fuerza sobrenaturales. Una de ellas despedazó una cabra como si fuera pergamino y la devoró con un salvajismo que desafía toda descripción.

—Y yo he visto a uno en combate —añadió Talorcan, cuyo acento se espesaba con la intensidad—. Siguió luchando con una flecha en la cabeza y el cuerpo destrozado. Nada natural se comporta de esa manera.

La expresión de Vespasiano seguía siendo escéptica, aunque Lépido notó que una ligera incertidumbre comenzaba a formarse en sus ojos.

—Aun si aceptara estos testimonios como ciertos —prosiguió Vespasiano—, tengo que considerar la llegada del

emperador. Cuatro legiones se están posicionando para asegurar su ruta. Los equipos de construcción trabajan día y noche para preparar un alojamiento adecuado, así que cada hombre que desvíe debilita nuestra posición de seguridad general.

Lépido dio un paso al frente, con la paciencia finalmente agotada.

—Comandante —dijo—, olvídese de las criaturas por un momento. Dispone de información fiable sobre una posición enemiga, un centenar de guerreros reunidos en un cruce de caminos estratégico con acceso directo tanto a Camulodunum como a los lugares de desembarco en la costa. —Colocó el dedo con firmeza sobre la posición pertinente en el mapa—. Existe una amenaza probada contra el emperador con armas, ya sean humanas o de otro tipo, que sus fuerzas nunca han encontrado antes. Conoce su fuerza, su ubicación y su probable intención.

Lépido se inclinó hacia adelante, con la mirada fija en la de Vespasiano.

—Cualquiera de estos factores debería impulsar una acción inmediata. Combinados, representan una amenaza innegable que no puede ser ignorada. —Su voz se endureció—. Pero más allá de todo esto, cuatro de mis hombres, sus hombres, agentes de élite del Occultum, permanecen en el terreno, observando a esta fuerza con un tremendo riesgo personal. Merecen apoyo, no que se les ignore.

—El Occultum opera de forma independiente, senador —dijo Vespasiano—. Están entrenados exactamente para estas circunstancias.

—También les superan en número veinticinco a uno —replicó Casio, hablando por primera vez—. Cuatro contra cien, enfrentándose a criaturas que... —Negó con la cabeza, sin encontrar las palabras—. Si vuelve a denegarnos la ayuda —prosiguió finalmente—, los cuatro cabalgaremos sin apoyo y nos arriesgaremos a rescatar a nuestros camaradas. Usted, mientras tanto, podrá explicarle a Plaucio, y finalmente al propio emperador, por qué hizo caso omiso de múltiples advertencias y abandonó a sus propios hombres en el campo de batalla.

La amenaza implícita quedó suspendida en el aire entre ellos. La expresión de Vespasiano se ensombreció, pero Lépido se mantuvo firme. Al cabo de un momento, la mirada del comandante se desvió hacia Décimo y Casio.

—¿Volveríais allí, incluso después de lo que afirmáis haber presenciado?

—Sin dudarlo —respondió Décimo, su rostro curtido sin mostrar duda alguna—. Son nuestros hermanos.

Vespasiano se dio la vuelta, se acercó a la mesa de los mapas y la estudió con deliberada atención. El silencio se prolongó durante varios largos momentos, roto únicamente por los lejanos sonidos

de la construcción fuera del pabellón.

—El momento es inoportuno —dijo finalmente, sin dejar de mirar el mapa—. Si desvío fuerzas ahora, afectará a nuestro calendario de preparación. Plautius exigirá explicaciones.

—Mejor dar explicaciones que organizar funerales —dijo Talorcan sin rodeos—. Sobre todo si son imperiales.

Los hombros de Vespasiano se tensaron ante la franqueza de esa apreciación, pero no la rechazó de plano. En su lugar, se volvió para mirarlos, con la decisión aparentemente tomada.

—Cincuenta jinetes —dijo—. Caballería bátava. —Alzó una mano para anticiparse a cualquier objeción—. Se cuentan entre los mejores: rápidos, disciplinados y conocedores del terreno. Una cohorte completa tardaría demasiado en movilizarse y sería demasiado visible al aproximarse a la posición enemiga.

Lépido intercambió una mirada con los demás y leyó en sus ojos que compartían su parecer. Cincuenta jinetes contra cien guerreros distaba mucho de ser lo ideal, pero era bastante mejor que su situación actual.

—¿Para cuándo pueden estar listos? —preguntó Lépido.

—Para el alba —dijo Vespasiano—. Pero quiero que esto se maneje con discreción, senador. Desmantelen el campamento, rescaten a sus hombres y regresen con todas las pruebas que puedan reunir.

—Entendido —dijo Lépido con un seco asentimiento. Se volvió hacia los demás—. Cabalgaremos con las primeras luces. Reunid los suministros que necesitéis, descansad si podéis.

Vespasiano se quedó mirando a Lépido con incredulidad mientras se disponían a marchar.

—¿Por qué va usted con ellos? —preguntó—. Es un senador, deje esto en manos de sus hombres.

Lépido se volvió, su rostro curtido endurecido por una determinación implacable.

—He llegado hasta aquí —dijo—, y no tengo intención de abandonarlos ahora.

Sin esperar respuesta, los cuatro hombres se dieron la vuelta y salieron del pabellón. Fuera, mientras cruzaban el campamento hacia los almacenes del intendente, Lépido se permitió un breve suspiro de alivio.

—Cincuenta hombres —murmuró—. Tendrá que bastar.

—Cincuenta y cuatro —dijo Talorcan en voz baja—, cincuenta y ocho si contamos a los que dejamos atrás. Con los bátavos y los Occultum juntos, bastará.

Mientras las primeras estrellas aparecían sobre Camulodunum, los cuatro hombres se movían con renovado propósito. Al amanecer, cabalgarían hasta la encrucijada para rescatar o vengar a los hombres que habían quedado atrás. La única incertidumbre era qué encontrarían al llegar.

---

# Capítulo Cincuenta y Tres

## La Encrucijada

Las sombras del atardecer se alargaban sobre el campamento celta, acentuando las hondonadas naturales y creando charcos de oscuridad entre las tiendas y las fogatas. Desde su puesto de observación en la cresta, Séneca observaba cómo Raven se movía por la congregación con la confianza natural de un hombre entre los suyos. La traición aún le ardía a Séneca en las entrañas como el ácido; la familiar silueta de su antiguo hermano de armas era ahora el foco de una intención homicida que no había hecho más que agudizarse con cada día que pasaba.

Habían transcurrido dos días desde la llegada de Raven y, sin embargo, el campamento seguía sin dar señales de querer levantarse. El centenar de guerreros mantenía su posición en la encrucijada, con un camino que conducía a Camulodunum y el otro hacia la costa, por donde Claudio podría desembarcar. La importancia estratégica de su ubicación era inconfundible; estaban esperando algo, quizá una señal o un momento concreto para atacar.

Lo más preocupante eran los tres cajones que contenían las criaturas inhumanas, custodiados día y noche por turnos rotatorios de guerreros que mantenían una distancia prudencial incluso mientras montaban guardia.

—Regresa a su tienda —murmuró Sica junto a Séneca; sus ojos oscuros no perdían detalle a pesar de la luz mortecina—. Tercera noche en el mismo lugar.

Séneca asintió. Habían cartografiado el campamento meticulosamente durante su observación, identificando la tienda de mando, las zonas de descanso de los guerreros, la posición de los centinelas y, lo más importante, la tienda más pequeña donde Raven se retiraba cada noche. Ese conocimiento era crucial para lo que ahora estaban sopesando.

—Ha llegado la hora —dijo Séneca—. No podemos seguir limitándonos a observar. Avisad a los demás, nos reuniremos al pie

de la cresta para ultimar el plan.

Minutos después, los cuatro miembros restantes del Occultum se acurrucaron en un estrecho círculo para recibir las órdenes.

—Raven es un objetivo legítimo —empezó Séneca—. Su eliminación era nuestro objetivo principal, pero esas criaturas también suponen una amenaza considerable que no podemos ignorar. Será un ataque de precisión: entrar, cumplir la misión y salir antes de que puedan organizar una respuesta eficaz.

Marcus asintió, con su mente táctica ya sopesando las posibilidades.

—Distracción y división —sugirió—. Dividir su atención, sembrar la confusión.

—Exacto —asintió Séneca—. He estado observando sus pautas de reacción. Son bastante disciplinados, pero no se han enfrentado a un asalto coordinado. Su primer instinto será proteger sus caballos y la tienda de mando.

Utilizó un palo para esbozar un tosco croquis del campamento en la tierra entre ellos, marcando las posiciones clave: la tienda de Raven, los cajones de las criaturas, el cercado de los caballos y las posiciones de los centinelas.

—Nos acercaremos desde lados opuestos —continuó, señalando puntos en su mapa improvisado—. Marcus, tú y Falco cogeréis los dos caballos más fuertes que nos quedan y rodearéis hasta el perímetro este. Vuestro objetivo es el cercado de los caballos celtas. Esconded vuestras monturas más adelante, en el camino, y luego acercaos a pie. Una vez hayáis entrado, quiero que cortéis las sogas, espantéis a los caballos y, en general, sembréis el caos. Mientras tanto, Sica y yo nos acercaremos a pie desde el oeste e iremos directos a la tienda de Raven —su dedo golpeó el lugar correspondiente en el mapa—. Él muere primero. Luego, si las circunstancias lo permiten, nos ocuparemos de las criaturas.

—¿Cómo? —preguntó Falco—. Esos cajones parecían sólidos. Si intentáis abrirlos...

—No los abriremos —replicó Séneca—. Las mataremos a través de los propios cajones. Estocadas con las lanzas a través de

los huecos de los listones. No será limpio, pero debería ser efectivo.

El plan tomó forma a medida que discutían los detalles, la sincronización, las señales y las rutas de escape. Todo dependería de la velocidad y la coordinación. Dispondrían quizá de un minuto, dos como máximo, antes de que los guerreros celtas organizaran una respuesta coherente al ataque.

—En cuanto se dé la alarma —enfatizó Séneca—, nos retiramos de inmediato. Falco, tú y Marcus volveréis a por vuestros caballos o usaréis dos de los suyos si podéis. Sea como sea, salid de allí y dirigíos tan rápido como podáis a Camulodunum.

—¿Y vosotros? —preguntó Marcus.

—Escaparemos de vuelta al bosque y nos dirigiremos al Támesis —dijo Séneca—. Con suerte, estarán demasiado ocupados siguiéndoos como para darse cuenta de que estuvimos allí, pero, aunque lo hagan, en los árboles confío en nuestras posibilidades contra cualquiera.

Cada uno asintió, reconociendo sin palabras el posible precio de lo que iban a emprender. Era un plan audaz, quizá incluso desesperado, pero eran los Occultum, y los planes audaces eran su especialidad.

—¿Cuándo? —preguntó Sica.

—Esta noche —replicó Séneca—. Cuando la luna esté en su cénit. El campamento estará más silencioso que nunca, con la mayoría de los guerreros dormidos, salvo los centinelas.

Pasaron la hora siguiente reuniendo el equipo que necesitarían, revisando las armas y asegurando cualquier cosa que pudiera hacer ruido durante la aproximación. Untaron las armas con barro para apagar cualquier superficie reflectante y se tiznaron la cara con ceniza de su fuego cuidadosamente mantenido. Cuando la oscuridad total descendió sobre el paisaje, Marcus y Falco partieron, llevando los dos caballos hacia el este para iniciar su amplio rodeo alrededor del campamento celta. Séneca y Sica los siguieron poco después, moviéndose en dirección opuesta para acercarse desde el oeste.

---

La noche los envolvió como un manto, el abrazo familiar de la oscuridad que había amparado las operaciones de los Occultum durante años. Este era su elemento, el dominio en el que habían sido entrenados para operar con una eficiencia letal. Mientras avanzaban en silencio por el bosque, Séneca sintió que su mente se asentaba en la serena concentración que precedía al combate, un estado en el que los pensamientos superfluos se desvanecían, dejando solo la misión.

Llegaron a su posición designada mucho antes de la hora acordada y se acomodaron en una depresión natural que ofrecía tanto ocultación como una vista clara del extremo oeste del campamento. Los centinelas celtas eran visibles como siluetas más oscuras contra el tenue resplandor de las hogueras mantenidas dentro del campamento y se movían en patrones predecibles a lo largo de rutas establecidas.

—Se están volviendo complacientes —susurró Sica, confirmando con su observación la propia evaluación de Séneca—. Tanto tiempo en el mismo lugar sin ninguna amenaza los ha vuelto descuidados.

Séneca asintió. Era un patrón común en los campamentos militares, uno que los Occultum habían explotado muchas veces antes. La vigilancia inicial inevitablemente daba paso a la rutina, y la rutina engendraba vulnerabilidad.

Las horas pasaron con una lentitud agónica, cada hombre perdido en sus propios pensamientos mientras esperaban la hora señalada. La mente de Séneca volvió a Raven, no como era ahora, un traidor con atuendo celta, sino como había sido, un camarada de confianza que le había salvado la vida más de una vez durante sus años juntos en los Occultum. ¿Qué lo había hecho cambiar? ¿Qué profunda traición o conversión había transformado a un leal siervo de Roma en su resuelto enemigo?

Estas preguntas probablemente quedarían sin respuesta, pues en el mundo de las sombras donde operaban los Occultum, los motivos a menudo morían con sus portadores, dejando solo los resultados para que la historia los juzgara.

Finalmente, se acercó la hora señalada y Séneca revisó sus armas por última vez: un gladio asegurado a la cadera y dos dagas colocadas para un fácil acceso. A su lado, Sica completaba preparativos similares, con un arsenal más extenso y exótico, propio de su pasado como asesino antes de unirse a los Occultum.

—Recuerda —susurró Séneca—, primero Raven. Luego las criaturas, si es posible. Nada de riesgos innecesarios.

Sica asintió, sus ojos oscuros reflejando la tenue luz de las estrellas, y tras rezar una oración silenciosa a sus respectivos dioses, ambos hombres comenzaron a reptar hacia el campamento.

---

Más al este, Falco y Marcus dejaron sus caballos atados entre un denso grupo de robles nudosos, lo suficientemente lejos del camino para evitar un descubrimiento casual, pero lo bastante cerca para una huida rápida si fuera necesario.

El débil resplandor del campamento celta se hizo gradualmente visible a través de los árboles que raleaban; las hogueras de la cocina, que se mantenían encendidas para pasar la noche, proporcionaban suficiente iluminación para identificar el perímetro exterior. Se agacharon en el linde del bosque, esperando el momento óptimo para avanzar.

---

# Capítulo Cincuenta y Cuatro

## El camino a Camulodunum

La carretera se extendía interminable ante ellos, una cinta pálida que se abría paso a través del paisaje que oscurecía mientras Lépido guiaba a su fuerza montada hacia el oeste. Cincuenta jinetes bátavos lo seguían en prieta formación, con una disciplina aún patente incluso después de más de un día y medio de dura cabalgata. Talorcan cabalgaba a su derecha, mientras que Décimo y Casio mantenían sus posiciones en los flancos de la columna, con la mirada escudriñando constantemente el terreno circundante en busca de posibles amenazas.

Se habían exigido a sí mismos y a sus monturas sin piedad desde que partieron de Camulodunum, deteniéndose solo cuando era absolutamente necesario para dar de beber a los caballos y permitir breves periodos de descanso. Ahora el tiempo era su enemigo, y cada hora que pasaba aumentaba el peligro para los agentes del Occultum que quedaban en el campamento celta.

El comandante de la caballería bátava cabalgó hasta ponerse a la altura de Lépido, y su rostro curtido por la intemperie mostraba preocupación.

—Senador —dijo en su latín con acento—, los caballos no pueden mantener este ritmo mucho más tiempo. ¿Cuánto nos queda?

Antes de que Lépido pudiera responder, Décimo se irguió en la silla, con la mirada fija en una línea de colinas que había aparecido en el horizonte.

—El campamento celta se encuentra justo detrás de esas colinas. Ya casi hemos llegado.

Lépido estudió la lejana cresta, calculando mentalmente distancias y plazos. Habían avanzado a buen ritmo, mejor de lo que se había atrevido a esperar cuando partieron.

—Nos acercaremos a las colinas y evaluaremos la situación desde allí —decidió—. Si el campamento sigue en la misma posición, tendremos tiempo para desarrollar un plan de asalto adecuado.

La columna continuó su avance constante y, a medida que se acercaban a las colinas, Lépido ordenó el alto y desvió a la tropa de la carretera principal hacia una hondonada resguardada donde serían menos visibles para cualquier vigía en las alturas. Los caballos agradecieron el respiro y bajaron la cabeza de inmediato para pacer la escasa hierba, mientras sus jinetes estiraban los músculos entumecidos y se pasaban los odres de agua.

—Iré con mis hombres a pie hasta la cresta para observar la posición del campamento —dijo Lépido—. El resto de vosotros, quedaos aquí con los caballos.

El comandante bátavo asintió y observó cómo el pequeño grupo comenzaba a subir la ladera, moviéndose con deliberada cautela para no recortar sus siluetas contra el cielo.

Alcanzaron la cresta cuando el sol de la tarde comenzaba su descenso hacia el horizonte occidental y, echándose cuerpo a tierra, reptaron hasta unas posiciones que ofrecían vistas despejadas a la vez que los mantenían ocultos de los observadores de abajo.

El campamento celta se extendía ante ellos en el valle, precisamente donde Décimo lo había descrito. Las tiendas se agrupaban en torno a una zona central, con cercados para los caballos visibles en el extremo oriental. Los guerreros se movían por todo el campamento y su número confirmaba las estimaciones previas de aproximadamente cien hombres de armas. Desde aquella distancia, los rostros individuales eran indistinguibles, pero el nivel general de actividad sugería un campamento todavía plenamente ocupado, no uno que se preparara para una partida inmediata.

—¿Alguna señal de nuestros hombres? —preguntó Lépido en voz baja.

Décimo negó con la cabeza.

—Nada visible desde aquí. Si todavía están observando, estarán situados bien lejos del campamento, probablemente en la cresta opuesta.

Continuaron vigilando durante casi una hora, identificando posibles vías de aproximación y evaluando la situación táctica general, pero lo que encontraron no fue alentador.

—El terreno les favorece —dijo Talorcan cuando finalmente se retiraron de la cresta para discutir sus hallazgos—. Terreno abierto por todos lados, con líneas de visión despejadas desde múltiples puestos de centinela. Cualquier aproximación sería detectada mucho antes de que alcanzáramos la distancia de ataque.

Lépido asintió con gravedad. Talorcan no había hecho más que confirmar lo que él mismo había observado. La carretera ofrecía la única aproximación directa, atravesando terreno abierto sin apenas cobertura. Un asalto frontal sería detectado de inmediato, lo que daría a los guerreros celtas tiempo de sobra para organizar una defensa o, peor aún, para soltar a las criaturas.

—¿Y si damos un rodeo? —sugirió Cassius—. ¿Y si nos acercamos por el oeste?

Talorcan negó con la cabeza. —La ladera oeste es más empinada y está más expuesta. Y añadiría horas a nuestra aproximación. Para cuando nos hubiéramos reposicionado, podríamos perder por completo la ventaja de la sorpresa.

Descendieron de vuelta hasta el grueso de la tropa, con el problema táctico pesando enormemente en la mente de cada hombre. Cuando llegaron a la hondonada resguardada donde los bátavos esperaban con los caballos, Lépido reunió a sus hombres una vez más.

—Opciones —dijo simplemente, mirando el rostro de cada uno por turnos.

—Esperar hasta el anochecer —sugirió Talorcan de inmediato—. La oscuridad nos proporcionará algo de ocultación, aunque no la suficiente para una sorpresa completa.

—Dividir nuestras fuerzas —ofreció Decimus—. Enviar un grupo más pequeño para crear una distracción mientras el cuerpo principal ataca desde otra dirección.

Lépido sopesó cada propuesta, valorando las ventajas frente a los riesgos. Esperar a que los celtas se movieran significaba la posibilidad de perder su única oportunidad si liberaban a las criaturas antes de partir. Dividir sus fuerzas conllevaba el riesgo de ser derrotados por separado si la coordinación no era perfecta.

—Atacaremos al anochecer —decidió finalmente—. Con el elemento sorpresa de nuestro lado, deberíamos causar la suficiente confusión para abrumarlos. Nuestro objetivo será matar a tantos como podamos, pero, lo que es más importante, destruir lo que sea que haya en esas cajas.

—¿Y qué hay de Seneca y los demás? —preguntó Cassius.

—Cuando nos vean atacar, probablemente se nos darán a conocer —dijo Lépido—, pero si nos quedamos aquí, nos verán, así que hagamos lo que tenemos que hacer.

Una vez decidido el rumbo, las horas que faltaban hasta el anochecer se convirtieron en un periodo de preparativos concienzudos. Se revisaron las armas una y otra vez, los caballos descansaron y bebieron, se refinaron los planes y se establecieron las contingencias. Los hombres comieron las raciones que les quedaban, sabiendo que necesitarían fuerzas para lo que les esperaba. Algunos durmieron brevemente, gracias a la entrenada capacidad de los soldados para descansar en cuanto la oportunidad se presentaba, mientras otros montaban una guardia vigilante alrededor de su campamento temporal.

A medida que el crepúsculo se convertía en una oscuridad total, los hombres montaron. Las últimas órdenes se dieron en susurros, se confirmaron las asignaciones y se establecieron las señales para el ataque. Lépido ocupó su puesto a la cabeza del grupo, con Talorcan a su lado, y la tropa se puso en marcha. En la cresta, se detuvieron un último instante; el campamento celta solo era ya visible como puntos de luz dispersos de las hogueras y antorchas en el valle de abajo.

Lépido desenvainó la espada, y el susurro del acero contra la vaina de cuero se perdió en el silencio mayor de la noche. A su alrededor, cincuenta jinetes bátavos hicieron lo mismo, con la disciplina manteniéndolos a raya a pesar de la tensión de la batalla que ahora llenaba el aire.

—Por Roma —dijo Lépido en voz baja, y sus palabras llegaron hasta las últimas filas—. Y por nuestros hermanos.

Espoleó a su montura para que avanzara, y la tropa comenzó el descenso hacia el campamento enemigo, entregados ya

a cualquier destino que les aguardara en la oscuridad de abajo.

---

# Capítulo Cincuenta y Cinco

## La Encrucijada

Séneca y Sica estaban agazapados en la oscuridad en el extremo occidental del campamento, tensos e inmóviles. La noche se había cerrado a su alrededor y la mayor parte del campamento celta dormía, salvo por los centinelas que mantenían sus predecibles patrullas. A lo lejos, el leve sonido de los caballos que se movían en su cercado era transportado por la ligera brisa, un recordatorio de la distracción que no tardaría en estallar.

En algún lugar al otro lado del campamento, Marcus y Falco ya estarían en sus posiciones, preparándose para desatar un caos que cegaría temporalmente a los guerreros celtas ante la verdadera amenaza que se movía entre ellos.

Se movieron como uno solo, saliendo de su escondite con un sigilo que denotaba práctica, manteniéndose agachados mientras avanzaban hacia la primera fila de carros de suministros. Los primeros momentos eran los más peligrosos, al cruzar terreno descubierto antes de alcanzar el perímetro del campamento. Pero la fortuna les sonrió y llegaron a los carros sin incidentes, deslizándose bajo el más cercano para usar su volumen como cobertura.

Salieron arrastrándose de debajo del carro y avanzaron en ráfagas cortas y controladas, pegándose a las sombras más densas, volviéndose casi invisibles contra el tejido oscuro. Un guerrero borracho pasó tambaleándose tan cerca que Séneca pudo oler el agrio hedor a sudor del sueño que aún se aferraba a su piel, pero permanecieron perfectamente quietos hasta que se hubo alejado lo suficiente para no poder oírlos. Luego, continuaron su avance, abriéndose paso metódicamente hacia el centro del campamento.

—Ahí —murmuró Séneca, indicando con la cabeza una tienda ligeramente más grande que las que la rodeaban—. Según sus observaciones previas, allí era donde Raven se había retirado cada noche desde su llegada. La tela de la entrada colgaba parcialmente cerrada y un tenue resplandor visible desde el interior sugería que una lámpara o una vela permanecía encendida dentro.

Séneca se colocó a un lado, Sica al otro, y ambos escucharon atentamente por si oían algún sonido que indicara que estaba ocupada.

Al no oír nada, Séneca asintió a Sica, quien retiró con delicadeza la tela de la entrada lo justo para atisbar el interior. Tras un momento de observación, hizo una seña para indicar que el lugar parecía vacío y se colaron dentro, dejando que la tela volviera a su sitio tras ellos.

Una pequeña lámpara de aceite ardía en el suelo de tierra apisonada, con la llama ajustada al mínimo indispensable, arrojando la luz justa para orientarse en el reducido espacio. Séneca inspeccionó inmediatamente el interior y se fijó en la yacija del otro lado, vacía, con las mantas echadas hacia atrás como si la hubieran abandonado a toda prisa. Otro lecho yacía en el lado opuesto, igualmente abandonado.

Séneca maldijo en silencio, mientras su mente sopesaba a toda velocidad las implicaciones. ¿Habían alertado a Raven de su presencia o simplemente se había marchado para hacer algún recado rutinario que lo había llevado a otra parte del campamento?

—Pasaremos al objetivo secundario —susurró.

Sica asintió; sus ojos oscuros reflejaban la luz de la lámpara mientras cogía una lanza que estaba apoyada contra la pared de la tienda y comprobaba su peso y equilibrio con mano experta. El arma les serviría mejor para su propósito que las espadas o las dagas para lo que venía a continuación.

Tras una última mirada a la tienda vacía, volvieron a la entrada. Séneca se asomó con cuidado por una pequeña abertura en la tela y confirmó que la zona inmediata seguía despejada. Entonces, con una coordinación silenciosa, se deslizaron de nuevo a la oscuridad y cruzaron a la carrera el terreno descubierto que separaba su escondite de los cajones en un abrir y cerrar de ojos.

El olor los golpeó de inmediato, una mezcla nauseabunda de carne sin lavar, sangre reseca y algo más, algo primitivo que atacaba los recovecos más profundos de la mente humana. Era el olor de un depredador, de algo que se alimentaba de hombres, un hedor que provocaba una repulsión instintiva.

Del interior del cajón provenían sonidos que le pusieron la piel de gallina a Séneca: un suave arañar de uñas alargadas contra la madera, un ocasional ruido bajo y gutural que no era ni gruñido ni palabra, pero que de algún modo contenía elementos de ambos. A través de las estrechas rendijas entre los listones de madera, vislumbró movimiento, carne pálida deslizándose y, una vez, el breve reflejo de un ojo, inquietantemente consciente, que brillaba con una inteligencia antinatural al detectar a los hombres que estaban fuera.

Sica se colocó con cuidado y situó la punta de su lanza contra una de las rendijas más anchas de los listones.

—Espera a que se acerque —susurró Séneca—. La estocada tiene que matarlo al instante para que no haga ruido.

Sica asintió una vez y mantuvo su posición mientras seguía el movimiento en el interior. Se ajustó minuciosamente las manos en el asta de la lanza, buscando el agarre perfecto para lo que tendría que ser una estocada devastadoramente potente, asestada con precisión quirúrgica. Si era demasiado superficial, la criatura podría sobrevivir lo suficiente como para alertar al campamento con sus gritos de agonía; si se desviaba, se arriesgaban a errar por completo las zonas vitales.

La criatura del interior pareció sentir su presencia; sus movimientos se volvieron más resueltos mientras se acercaba al lateral del cajón donde esperaban. A través de la rendija, Séneca podía ver ahora con más claridad el rostro deforme, los dientes limados y la piel pálida tensada sobre unos músculos anormalmente desarrollados. La bestia apretó el rostro contra la tablilla y dilató las fosas nasales al olerlos.

Sica se tensó; el momento se acercaba. La boca de la criatura estaba ahora perfectamente alineada con la rendija y su aliento empañaba el aire nocturno al exhalar. Una sola estocada limpia le clavaría la punta de la lanza en el paladar hasta alcanzar el tronco encefálico, un golpe mortal que evitaría que lanzara grito alguno. Sus músculos se contrajeron, preparándose para clavar la lanza, pero antes de que pudiera completar el movimiento, una voz habló con calma a sus espaldas.

—Yo que vosotros, no lo haría.

Se quedaron helados; ninguno de los dos se giró de inmediato. La voz era inconfundible, una voz que en su día perteneció a un camarada, a un compañero de armas que había compartido con ellos peligros y triunfos.

Lentamente, Séneca se giró para ver a Raven, que estaba de pie a diez pasos. Tenía un aspecto diferente a como Séneca lo recordaba. Llevaba el pelo más largo y la barba más poblada; su ropa era celta en lugar de romana, pero su postura seguía siendo la misma, el equilibrio precavido de un hombre preparado para la violencia repentina.

—Hola, Séneca —dijo—. Ha pasado mucho tiempo.

---

Durante un instante que pareció una eternidad, Séneca y Raven se miraron fijamente, los años de combate y hermandad compartidos chocando con la amarga realidad de la traición. A su alrededor, guerreros celtas surgieron de la oscuridad, materializándose como fantasmas de entre las tiendas y los carros, con las lanzas apuntando a los intrusos.

Séneca mantuvo la compostura, su mente calculaba las probabilidades y posibilidades mientras su corazón ardía de rabia al ver a su antiguo compañero de armas de pie ante él. A su lado, Sica permanecía completamente inmóvil, y solo el sutil cambio de su peso delataba que estaba listo para estallar en una acción letal si Séneca daba la señal.

Los superaban en número, estaban rodeados, atrapados en el corazón del campamento enemigo. La elección racional era clara: rendirse y buscar alguna oportunidad más tarde, pero Séneca había visto lo que esperaba a los cautivos romanos en este campamento. Las criaturas de los cajones a sus espaldas se darían un festín con su carne, un final demasiado terrible para contemplarlo. Era mejor morir luchando y llevarse a tantos como fuera posible, incluido el traidor que tenían delante.

Su mano se dirigió hacia su gladio, los dedos aferrando la familiar empuñadura, pero entonces algo sucedió que detuvo el movimiento de Séneca a medio desenvainar. Otra figura emergió de las sombras para situarse junto a Raven. Veteranus.

A Séneca se le cortó la respiración, y la conmoción superó temporalmente sus instintos de combate. Había creído que Veteranus estaba muerto, pues se había informado de su muerte en el cruce del Támesis meses antes; sin embargo, allí estaba, vivo y aparentemente aliado con Raven y los celtas.

—¿Sorprendido, viejo amigo? —preguntó Raven, notando la expresión de Séneca con evidente satisfacción—. Creo que conoces a Veteranus; ha sido nuestro invitado en Mona desde hace algún tiempo.

La mirada de Séneca se movía entre los dos hombres mientras la terrible verdad cristalizaba en su mente. No un solo traidor, sino dos. Dos hombres que una vez sirvieron en el Occultum, que habían jurado lealtad a Roma, que habían luchado a su lado en una batalla tras otra. Ahora, ambos estaban con los enemigos de Roma, cómplices de cualquier oscuro propósito que sirvieran las criaturas a sus espaldas.

La traición cortaba más hondo que cualquier hoja. El Occultum era más que una unidad militar; era una hermandad forjada en sangre y peligro compartido. Cada hombre confiaba su vida a los demás, dependía de su lealtad inquebrantable al enfrentarse a adversidades imposibles. Que dos de los suyos traicionaran no solo a Roma, sino también ese vínculo sagrado entre guerreros...

Raven pareció leerle el pensamiento; una leve sonrisa asomó a sus labios mientras observaba la lucha interna de Séneca. No era regodeo, precisamente, sino más bien la expresión satisfecha de un hombre cuyas acciones habían sido validadas por los acontecimientos.

—Siempre fuiste transparente, Séneca —dijo—. Tu cara revela todo lo que piensas. Sí, ahora somos dos. Aunque, para ser justos con Veteranus, su viaje a nuestro lado fue algo más... complicado que el mío.

—Cualesquiera que sean vuestros motivos —replicó Séneca, con la voz firme a pesar de la agitación de su interior—, habéis traicionado todo lo que representábamos. Todo por lo que nos sacrificábamos.

—¿Sacrificarnos? —repitió Raven, con un nuevo matiz en la voz—. ¿Por qué nos sacrificábamos exactamente, Séneca? ¿Por la gloria de Roma? ¿Por la ambición del emperador? Éramos herramientas, nada más. Armas para ser usadas y desechadas cuando nos volvíamos un estorbo.

Dio un paso adelante, el rostro endurecido por una convicción que parecía arder desde su interior.

—¿Sabes qué descubrí en Mona hace muchos años? La verdad, Séneca. Una verdad que Roma ha intentado extinguir durante generaciones. Un conocimiento que existía mucho antes de que unos pastorcillos decidieran construir cabañas sobre siete colinas y se autoproclamaran el centro del mundo.

Los guerreros celtas se habían acercado durante este intercambio de palabras y sus lanzas formaban una barrera letal que convertía cualquier intento de fuga en un suicidio. Sin embargo, no hicieron ademán de apresar a los romanos, aparentemente satisfechos con dejar que el enfrentamiento se desarrollara según los designios de Raven.

—¿Fue la verdad lo que creó esas abominaciones de las jaulas? —preguntó Séneca con frialdad—. ¿Es el conocimiento lo que te lleva a dárselos de comer a los soldados romanos por diversión?

Por primera vez, la compostura de Raven flaqueó ligeramente; un atisbo de algo, quizá arrepentimiento o duda, cruzó sus facciones antes de que regresara la máscara de certidumbre.

—Los Espectros son meramente una expresión de poder que no puedes comprender —replicó—. Un arma necesaria en una guerra que comenzó mucho antes de que naciéramos.

—Son monstruos —replicó Séneca—. Y tú también lo eres por usarlos.

Raven se rio, con un sonido desprovisto de humor.

—Siempre tan seguro de tu superioridad moral, Séneca. Siempre tan convencido de la rectitud de Roma. ¿Alguna vez te cuestionaste las órdenes que cumplías? ¿A los hombres que mataste porque un senador decidió que eran un estorbo, las aldeas que ayudaste a destruir porque se interponían donde Roma quería una calzada?

La acusación se acercó peligrosamente a las dudas que Séneca había albergado en las horas más sombrías de su servicio, preguntas que había desechado en nombre del deber y la lealtad. Pero se negó a dejar que Raven viera el impacto de sus palabras.

—Al menos, yo nunca he traicionado a mis hermanos —dijo con sencillez.

La expresión de Raven se endureció e hizo un gesto a los guerreros que los rodeaban.

—Quitadles las armas —ordenó—. Atadlos bien. Son demasiado peligrosos como para subestimarlos.

Cuando los celtas se dispusieron a obedecer, Séneca se tensó, preparándose para una última y desesperada lucha. Pero Raven levantó una mano y los detuvo momentáneamente.

—No lo hagas más difícil de lo necesario, Séneca —dijo—. Luchar ahora solo conseguirá que te maten antes, y tengo preguntas que necesitan respuesta.

Séneca vaciló, dividido entre el instinto del guerrero de morir luchando y la posibilidad de que, si permanecían con vida, aún tuvieran la remota esperanza de ser rescatados o de escapar. Lentamente, tomó su decisión con la fría precisión que lo había mantenido vivo en incontables misiones. Estaban rodeados y superados en número. Morir ahora no serviría de nada.

Arrojó su gladio al suelo con una fuerza contenida; la hoja se clavó en la tierra con un golpe sordo.

—Suelta tus armas, Sica.

El rostro del sirio permaneció inexpresivo, pero en sus ojos oscuros brilló una rebelión momentánea antes de obedecer, depositando con cuidado su daga y su lanza en el suelo. La forma controlada de su rendición era en sí misma una declaración: sabía que se trataba de estrategia, no de sumisión.

Algunos de los guerreros celtas se adelantaron de inmediato y, con manos rudas, les ataron las muñecas fuertemente a la espalda con correas de cuero antes de obligarlos a arrodillarse. Las ataduras se clavaron dolorosamente en la carne de Séneca, pero este mantuvo su semblante estoico, negándose a darle a Raven la satisfacción de ver su incomodidad.

Una vez asegurados los prisioneros, Raven y Veteranus se acercaron y se quedaron de pie ante los romanos arrodillados.

—Los poderosos Occultum —dijo Raven con la voz teñida de burla—. Los guerreros de las sombras de Roma, por fin de rodillas.

Séneca levantó la vista hacia su antiguo camarada, el rostro convertido en una máscara de furia contenida.

—No te regodearás por mucho tiempo, Raven. Roma no olvida a sus traidores.

—¡Roma! —se burló Raven—. Roma es un cadáver que aún no sabe que está muerto. Un imperio construido sobre arena, cuyos cimientos ya se están desmoronando. —Se acuclilló, poniendo su rostro a la altura del de Séneca—. Todavía no entiendes lo que está pasando aquí, ¿verdad? ¿Lo que Mordred ha puesto en marcha?

Antes de que Séneca pudiera responder, la noche se vio quebrada por el repentino clamor de alarma procedente del perímetro oriental del campamento. Los gritos de advertencia se mezclaron con el estruendo de los cascos, el caos de los caballos expulsados de su cercado.

Raven levantó la cabeza de golpe y sus ojos se abrieron como platos al comprenderlo todo. Se volvió hacia Séneca con una furia renovada mientras una sombría sonrisa asomaba a los labios de este.

—¿De verdad creías que habíamos venido hasta aquí sin un plan, Raven? Creía que te habíamos entrenado mejor.

Raven maldijo con saña y se volvió hacia los guerreros que permanecían con los prisioneros. —¡Id! —ordenó—. ¡Apoyad a los demás! ¡Matad a todo el que encontréis, sin excepciones!

Los celtas vacilaron un instante, mirando alternativamente a su comandante y a los prisioneros atados.

—¡Id! —gritó Raven—. ¡Podemos encargarnos de dos hombres atados!

Los guerreros corrieron a unirse a sus camaradas, dejando solos a Raven y Veteranus con los cautivos. Séneca se rio; el sonido fue deliberadamente provocador.

—¿Qué pasa, Raven? ¿Las cosas no van según lo planeado?

Raven perdió por fin el control y, con un gruñido de rabia, sacó un largo cuchillo de su cinturón.

—Basta —dijo con frialdad—. Se acabaron los juegos. Se acabaron las palabras. Te cortaré el cuello yo mismo y acabaremos con esto.

Séneca permaneció inmóvil, con los ojos fijos en Raven mientras este se acercaba, sin que el miedo asomara a su firme mirada. A su lado, Sica se tensó, aunque, con las manos atadas a la espalda, no podía ofrecer resistencia alguna.

Raven alzó el cuchillo, cuya hoja reflejó la luz de las antorchas mientras se preparaba para asestar el golpe mortal.

—¿Alguna última palabra, Séneca? ¿Alguna última sabiduría del fiel siervo de Roma?

Séneca abrió la boca para responder, pero lo que fuera que pretendía decir murió en sus labios cuando la expresión de Raven se transformó de repente. El odio dio paso a la conmoción, luego al dolor, y sus facciones se relajaron mientras su avance se detenía en seco. Jadeó con un sonido húmedo y ahogado, y sus ojos se abrieron como platos, incrédulos.

Lentamente, con el movimiento mecánico de un hombre cuyo cuerpo ya no obedecía sus órdenes, Raven se miró el pecho. Una hoja sobresalía de su esternón; la cuchilla, resbaladiza de sangre, le había atravesado la espalda para salir justo por debajo del corazón. El cuchillo que sostenía se le escurrió de entre los dedos, de pronto sin fuerzas, y cayó a las rodillas de Séneca. Con un esfuerzo terrible, Raven giró la cabeza para mirar hacia atrás y se encontró cara a cara con su asesino.

Veteranus estaba tan cerca que su aliento agitó el pelo de Raven; su expresión era de una fría determinación mientras mantenía el cuchillo hundido en la espalda del traidor. Sus miradas se encontraron en un momento de terrible comprensión: el traidor traicionado, el círculo completo.

—Tú... —logró decir Raven, mientras la sangre le burbujeaba en las comisuras de los labios—. Creía que...

—Te equivocaste —dijo Veteranus con simplicidad, girando la hoja con precisión quirúrgica.

El cuerpo de Raven se convulsionó y sus rodillas se doblaron mientras la vida lo abandonaba. Veteranus sostuvo su peso un instante antes de dejarlo caer al suelo; el otrora orgulloso agente de los Occultum quedó reducido a un amasijo de carne ensangrentada sobre las rodillas de Séneca. Por un momento, nadie se movió. La escena quedó congelada bajo la luz parpadeante de las antorchas: Séneca y Sica, todavía de rodillas con las manos atadas; Veteranus, de pie junto al cuerpo de Raven, con el cuchillo ensangrentado en la mano.

---

# Capítulo Cincuenta y Seis

## El Campamento Celta

El estruendo de los cascos resonó en la noche mientras Falco y Marcus espoleaban a sus caballos para alejarlos del campamento. Detrás de ellos, el caos se desató cuando la mitad de la manada de caballos celtas se dispersó en la oscuridad, relinchando de pánico, y sus poderosos cuerpos se estrellaron contra las tiendas y los carros de suministros en su desesperada huida.

—¡Cabalga! —bramó Marcus, con el cuerpo encorvado sobre el cuello de su montura—. ¡No mires atrás!

Irrumpieron en el camino, y la súbita transición de la tierra blanda a la tierra apisonada permitió que sus caballos aceleraran. Por un instante, Marcus se atrevió a esperar que pudieran escapar limpiamente y que la confusión que habían provocado les daría tiempo suficiente a Séneca y a Sica para completar su parte de la misión, pero esa esperanza se desvaneció al mirar por encima del hombro. A la luz de las antorchas, pudo ver a los guerreros celtas luchando por recuperar el control de su campamento, pero lo más preocupante eran los jinetes que ya saltaban sobre sus monturas a pelo, espoleándolas para iniciar una persecución inmediata.

—¡Ya vienen! —gritó Marcus, instando a su caballo a que aumentara la velocidad.

Falco no malgastó el aliento en responder y, en su lugar, se concentró en guiar a su montura por el oscuro camino. La bestia que montaba era fuerte pero desconocida, y respondía con lentitud a sus órdenes, poco acostumbrada a su peso y a su estilo de cabalgar.

El camino se extendía ante ellos, una cinta pálida que se abría paso en la oscuridad, en dirección noreste, hacia Camulodunum. A sus espaldas, el galope de los perseguidores se hacía cada vez más fuerte, y los jinetes celtas acortaban la distancia a una velocidad alarmante. Marcus se arriesgó a echar otra mirada hacia atrás y maldijo. Al menos cuarenta guerreros se habían unido a la persecución, jinetes más diestros a caballo que los romanos.

—¡Es inútil! —gritó mientras la distancia seguía acortándose—. ¡Tenemos que parar y luchar! ¡Busca un lugar donde podamos defendernos!

Falco escudriñó el paisaje con desesperación, en busca de cualquier característica que pudiera ofrecerles una ventaja: un paso estrecho, una elevación defendible, cualquier cosa que compensara la abrumadora superioridad numérica que se les echaba encima. Pero el terreno no ofrecía nada, solo el camino llano y abierto flanqueado por suaves laderas y árboles dispersos.

—¡Jinetes delante! —rugió Marcus de repente. Su mano descendió hasta su gladio, preparándose para la desesperada batalla final en la que venderían sus vidas lo más caro posible. En la oscuridad, pudo distinguir las siluetas de unos jinetes dispuestos en una apretada formación que avanzaban hacia ellos a toda velocidad. Por un instante, pensó que estaban condenados, atrapados entre dos fuerzas enemigas. Entonces, el reconocimiento hizo que su corazón se acelerara cuando la inconfundible voz de Decimus resonó en la oscuridad.

—¡Despejad el camino!

Apenas sin tiempo para reaccionar, Falco y Marcus apartaron sus exhaustas monturas a un lado y el suelo tembló cuando la caballería bátava pasó atronando junto a ellos, dirigiéndose directamente hacia los celtas que los perseguían.

---

La repentina aparición de caballería romana de refresco pilló completamente por sorpresa a los perseguidores celtas, y los guerreros que iban en cabeza no tuvieron tiempo de reagruparse ni de formar una posición defensiva antes de que los bátavos se estrellasen contra ellos con una fuerza devastadora. Su disciplinada formación seccionó la desorganizada persecución como una lanza en la carne. El impacto resonó en el aire nocturno: acero contra carne, caballo contra caballo, gritos de guerra mezclados con alaridos de dolor y, a la pálida luz de la luna, las siluetas se transformaron en una caótica estampa de violencia.

Los guerreros celtas, que habían montado a toda prisa para perseguir a su presa en fuga, se vieron catastróficamente

desprevenidos. Muchos no empuñaban más que las armas más básicas que habían logrado coger: cuchillos, lanzas ligeras, algunas espadas. A la mayoría les faltaban los yelmos, con los torsos desprotegidos por las armaduras que habían dejado en sus tiendas, y su formación de persecución, dispersa a lo largo del camino por su afán de alcanzar a los romanos, se convirtió ahora en su perdición.

—¡Adelante! ¡Sin piedad!

—rugió el comandante bátavo, cuya voz se elevó por encima de la cacofonía de la batalla.

Un guerrero celta intentó hacer girar su montura, solo para recibir una estocada de lanza que lo levantó en vilo del caballo. Otro trató de enfrentarse a un jinete bátavo con un cuchillo de caza, una jugada desesperada que terminó con su garganta abierta por un preciso golpe de espada. La sangre salpicaba en arcos oscuros y los caballos relinchaban de terror y dolor; algunos se desplomaban bajo sus jinetes, otros se desbocaban en la oscuridad.

En el centro del ataque, Talorcan espoleaba a su montura sin descanso, con la espada prestada ya oscura de sangre. Su ojo táctico reconoció que el ímpetu de los bátavos era su mayor ventaja y que cualquier pausa permitiría a los celtas reagruparse.

—¡No aflojéis! —gritó a los jinetes que tenía cerca—. ¡Seguid avanzando entre ellos!

Los bátavos respondieron instintivamente a la orden, manteniendo la presión de su avance, negándose a enzarzarse en combates individuales que pudieran frenar su acometida, y su disciplina transformó a cincuenta jinetes en una fuerza imparable que continuó desbaratando la persecución celta.

Durante varios minutos, la batalla se mantuvo en un perfecto y terrible equilibrio, un torbellino de acero y carne, de sangre y coraje; entonces, la resistencia celta comenzó a fragmentarse a medida que los guerreros, uno a uno, iban cejando en su empeño; la voluntad colectiva de luchar se evaporaba ante unas pérdidas tan devastadoras.

Lepidus se abrió paso a tajos hasta la vanguardia de la formación, y su inesperada pericia en el combate a caballo se hacía evidente en cada uno de sus movimientos. Para ser un senador,

luchaba con la destreza del soldado profesional que había sido, y su espada encontraba las flaquezas con precisión quirúrgica. Se detuvo un instante para observar el campo de batalla antes de regresar junto a Marcus y Falco, y refrenó su montura.

—¿Dónde están los demás? —exigió, con el rostro adusto bajo la tenue luz de las estrellas.

—Probablemente en el campamento —respondió Marcus sin aliento—. Seneca y Sica fueron a por Raven mientras nosotros creábamos la distracción.

Sin mediar más palabra, Lepidus hizo girar su caballo para volver al fragor de la batalla. Su intención era clara sin necesidad de palabras: pretendía rescatar a los que se habían quedado atrás, sin importarle el peligro.

Mientras se alejaba al galope, Falco se volvió hacia Marcus.

—No hay descanso para los condenados —masculló.

—Eso parece —replicó Marcus y, sin más comunicación, los dos hombres clavaron los talones para lanzar sus propias monturas al galope tras los bátavos. El campamento celta se cernía ante ellos, con sus antorchas y hogueras ahora en pleno apogeo a medida que la alarma se extendía por toda la posición. El factor sorpresa se había desvanecido hacía mucho, pero aun así siguieron adelante, las manos aferradas a las empuñaduras de sus armas, los rostros endurecidos por una sombría determinación, impulsados por un vínculo que trascendía el mero deber militar: la lealtad inquebrantable de unos guerreros que se negaban a abandonar a los suyos.

---

Al otro lado del campamento, Seneca permanecía arrodillado en un silencio atónito, con la mirada fija en Veteranus, que estaba de pie junto al cuerpo sin vida de Raven. El charco de sangre bajo el cadáver parecía negro a la luz de las antorchas y se extendía lentamente por la tierra apelmazada. Detrás de él, Sica seguía inmóvil, con una expresión que no revelaba nada a pesar del inesperado giro de los acontecimientos.

A lo lejos, los sonidos de la batalla resonaban en la noche: gritos, el fragor de las armas, el estruendo de los cascos de los

caballos; pero, por un instante, aquel rincón aislado del campamento permaneció extrañamente tranquilo, como si existiera en su propio fragmento de tiempo.

Seneca fue el primero en encontrar la voz.

—Suéltanos —dijo en voz baja, en un tono que no delataba gratitud, solo recelo.

Veteranus limpió su hoja en la capa de Raven antes de colocarse detrás de ellos. El cuchillo dio buena cuenta de sus ataduras y las correas de cuero cayeron al suelo mientras ambos hombres se apresuraban a coger sus armas abandonadas. Seneca se puso en pie, gladio en mano, y se encaró con Veteranus.

—Explícate —exigió, sin llegar a apuntar con la espada a su antiguo camarada, pero en una posición desde la que podría atacar en un instante si fuera necesario—.

Lo último que supe fue que estabas muerto. Y ahora te encuentro aquí, entre druidas y traidores. ¿A qué juego estás jugando?

Veteranus enfundó su cuchillo, y su rostro curtido apenas expresó nada al encontrarse con la mirada recelosa de Séneca.

—Es complicado —dijo, deliberadamente ambiguo—. Y no es momento para largas explicaciones.

—Pues búscalo —insistió Séneca, con voz más dura—. Llevas meses con ellos. Colaborando con Raven, con Mordred. —Su espada se acercó más al pecho de Veteranus—. Dame una sola razón para no considerarte a ti también un traidor.

Tras ellos, Sica había recuperado sus propias armas y se había situado para flanquear a Veteranus en caso necesario.

—Acabo de salvaros la vida —replicó Veteranus con calma —. Eso debería contar algo.

—O estás eliminando testigos para asegurar tu propia posición —contraatacó Séneca—. Necesito algo más que eso.

Veteranus suspiró y miró brevemente hacia el tumulto que aún rugía en el extremo este del campamento.

—Lo revelaré todo más tarde, lo juro. Pero ahora mismo tenemos asuntos más urgentes.

La espada de Séneca no vaciló.

—¿Cómo sé que no te volverás contra nosotros en cuanto nos demos la vuelta?

Veteranus le sostuvo la mirada sin pestañear; había algo en su firmeza que recordaba al hombre que Séneca había conocido y en quien había confiado.

—No lo sabes —admitió—. Pero pregúntate esto: si quisiera hacerte daño, ¿por qué no iba a dejar que Raven terminara el trabajo?

La lógica era innegable, pero el instinto de Séneca seguía indeciso. El Occultum había sufrido demasiadas traiciones como para aceptar una aparente salvación sin cuestionarla.

—Quiero respuestas —insistió Séneca—. Todas.

—Y las tendrás —prometió Veteranus—. Pero antes tenemos un trabajo que hacer. Esperad aquí. —Sin aguardar su consentimiento, se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas, desapareciendo entre las tiendas.

Séneca intercambió una rápida mirada con Sica, una comunicación tácita entre ambos. Permanecerían alerta, listos para responder si aquello resultaba ser otra capa más de engaño. Antes de que pudieran sopesar las consecuencias, Veteranus regresó, llevando ahora algo en las manos: una petaca de arcilla que olía a cera de pino y alquitrán.

—¿Qué es eso? —preguntó Séneca.

—Esto —dijo Veteranus, destapando la petaca— es lo que va a hacer que todos nuestros problemas se esfumen.

---

# Capítulo Cincuenta y Siete

## El Campamento Celta

La caballería bátava se abalanzó sobre el campamento celta como una marea de hierro, consumada su victoria sobre los jinetes que los perseguían. Los que no habían caído ante las espadas romanas se habían dispersado en la oscuridad, huyendo para salvar la vida por la campiña ensombrecida. Ahora, con la sangre aún fresca en sus armas, seguían a Lépido hacia el corazón del campamento enemigo.

Los guerreros celtas del asentamiento habían respondido a la alarma, formando apresuradamente líneas defensivas tras la empalizada, que les llegaba a la altura de los hombros y rodeaba su posición. A diferencia de sus camaradas a caballo, estos defensores habían tenido tiempo de ponerse las armaduras y coger armas adecuadas, y las puntas de sus lanzas refulgían a la luz de las antorchas mientras se preparaban para repeler el asalto romano.

Lépido alzó la espada, dando la señal para la carga final, y los bátavos respondieron con un atronador grito de guerra, espoleando a sus monturas. Donde una caballería inferior habría vacilado ante la barricada de madera, estos jinetes de élite no vieron más que otro obstáculo que superar y saltaron por encima del muro defensivo. Sus espadas ya descendían al superar la barrera, y la primera fila de guerreros celtas cayó antes incluso de poder defenderse.

Otro grupo de bátavos irrumpió con estruendo por la entrada principal y se estrelló en el interior del asentamiento como un ariete, arrollando a cualquiera que tuviera la mala fortuna de interponerse en su camino. En cuestión de instantes, la defensa organizada se desmoronó, dando paso a desesperados combates individuales por todo el campamento. Las tiendas de campaña se derrumbaban, las hogueras esparcían peligrosas ascuas por el suelo y el aire se llenó de los inconfundibles sonidos de hombres que luchaban por su vida: acero contra acero, carne contra carne, los gritos primarios de los heridos y los moribundos.

En el corazón del caos avanzaba Falco, el antiguo gladiador transformado en algo más elemental, más aterrador que un simple soldado; cada mandoble de su gladius segaba una vida. La sangre le salpicaba la cara y el pecho, convirtiéndolo en una figura de pesadilla que parecía haber surgido del mismísimo inframundo.

Tres guerreros celtas se abalanzaron sobre él simultáneamente, intentando superarlo en número, pero Falco se enfrentó al primero con un tajo diagonal que le abrió en canal desde el hombro hasta la cadera, y al segundo, con un revés que le separó la cabeza del cuerpo de un solo movimiento limpio. El tercero logró asestarle un golpe de refilón en el brazo antes de que una estocada brutal le atravesara el pecho y lo levantara momentáneamente del suelo antes de que se desplomara como un peso muerto.

—¡Vamos! —rugió Falco, cuya voz se abrió paso entre el estruendo de la batalla mientras buscaba nuevos oponentes—. ¿Esto es todo lo que tenéis?

Amigos y enemigos por igual le dejaron espacio, los primeros por respeto, los segundos por miedo, y él se abrió un sangriento camino a través del campamento, con su enorme figura en el centro de los combates más desesperados.

En otra parte, Décimo y Casio luchaban codo con codo, pero donde Falco era la ira encarnada, ellos combatían con una frialdad y un cálculo en el que cada golpe era económico y cada movimiento, meditado.

Talorcan luchaba de forma distinta, valiéndose de la rapidez y el sigilo que le habían servido como explorador. Aparecía de repente desde las sombras, golpeaba con una precisión devastadora y volvía a desvanecerse antes de que sus enemigos pudieran responder con eficacia. Tres guerreros celtas cayeron bajo su espada antes incluso de darse cuenta de que estaba entre ellos. Poco a poco, el entrenamiento y el equipo superiores de los bátavos, combinados con la conmoción de su inesperado asalto, resultaron ser demasiado, y los defensores y guerreros celtas comenzaron a arrojar sus armas; algunos huyeron en la oscuridad, otros se arrodillaron en señal de rendición, con las manos levantadas en súplica.

A través de este caos, un Marcus ensangrentado guio a Lépido hacia el interior del campamento; ambos se movían con una urgencia desesperada. Sus espadas goteaban sangre, testimonio de la lucha que habían soportado para llegar a este punto.

—¡Ahí! —gritó Marcus por encima de los menguantes sonidos de la batalla, señalando hacia la zona central donde habían estado colocadas las cajas—. Ahí es donde guardaban esas... cosas.

Corrieron hacia adelante, esquivando tiendas derrumbadas y cuerpos caídos, mientras sus pies resbalaban de vez en cuando en la tierra empapada de sangre. Al acercarse, un grito terrible y desgarrador rasgó la noche, tan primario e inhumano que ambos hombres se quedaron helados momentáneamente. Antes de que pudieran recuperarse, un segundo grito se unió al primero, luego un tercero; el sonido combinado no se parecía a nada que ninguno de los dos hubiera oído jamás, un coro de agonía que trascendía los límites de lo natural.

Marcus echó a correr desesperadamente, el temor por sus camaradas sobreponiéndose a la repulsión que le provocaban aquellos sonidos antinaturales. Lepidus lo seguía de cerca, con el semblante tenso por una sombría determinación.

Doblaron junto a una última tienda y Marcus se detuvo en seco, su avance frenado en seco por la escena que tenía ante sí. Lepidus casi chocó contra él y se apoyó en el hombro del más joven para mantener el equilibrio mientras ambos contemplaban el cuadro que la trémula luz revelaba.

Ante ellos se encontraban Seneca, Sica y, para su mayor sorpresa, Veteranus, con sus figuras recortadas contra un telón de fondo de llamas rugientes. A sus pies yacía un cuerpo, sin duda el de Raven, y un oscuro charco de sangre se extendía bajo él. Detrás de ellos, la procedencia de los terribles gritos se hizo espantosamente clara: las tres cajas de madera estaban envueltas en llamas y el fuego, alimentado con brea, devoraba con avidez tanto los contenedores como su contenido.

A través de los huecos entre los listones en llamas, pudieron entrever la grotesca imagen de las criaturas de su interior, con sus miembros debatiéndose, sus rostros contorsionados y las

bocas abiertas en aquellos terribles alaridos mientras el fuego se apoderaba de ellas. El olor era indescriptible, una mezcla nauseabunda de madera quemada y carne carbonizada.

Seneca se volvió hacia ellos, con el rostro surcado de hollín y sangre, y en sus ojos se reflejaban las danzantes llamas. Por un instante, pareció no reconocerlos, con la mirada perdida, como si observara más allá de la escena inmediata, hacia algo que solo él podía percibir. Luego, la conciencia regresó a él y su expresión se transformó en una mezcla de agotamiento y sombría satisfacción.

—Se acabó —dijo simplemente, señalando el cuerpo de Raven y las cajas en llamas—. Hemos completado ambas misiones.

Los gritos de las cajas empezaron a disminuir, volviéndose más débiles, más un gorgoteo que un alarido, y en cuestión de minutos cesaron por completo, dejando solo el crepitar del fuego y los lejanos sonidos de las postrimerías de la batalla. Mientras observaban las llamas consumir a los adversarios más aterradores a los que se habían enfrentado jamás, Falco, Talorcan y Cassius se unieron a ellos para contemplar el infierno.

El Occultum permaneció en silencio, unido como testigo del fin de unas criaturas que nunca deberían haber existido y de la muerte de un traidor que una vez fue su hermano. El cumplimiento de la misión los había llevado a todos más allá de los límites de la resistencia, y lo que habían visto, lo que habían hecho, permanecería en ellos para siempre, una carga compartida que solo ellos podían comprender de verdad.

---

# Capítulo Cincuenta y Ocho

## Camulodunum

La sala de interrogatorios del fuerte de Camulodunum era espartana en su funcionalidad: una mesa de madera, cuatro sillas y muros lo bastante gruesos como para garantizar la privacidad.

Lépido estaba sentado a la mesa junto a Séneca, y ambos mantenían la mirada fija en el hombre que tenían delante. Veteranus se hallaba en una silla con las manos atadas al frente y aseguradas a una anilla de metal hundida en la mesa. A su lado, dos corpulentos legionarios permanecían de pie, dispuestos allí para garantizar que el peligroso exmiembro de los Occultum estuviera debidamente retenido.

—Empecemos de nuevo —dijo Lépido con un suspiro—. Se le dio por muerto en la batalla del Támesis y, sin embargo, meses después lo encontramos entre los druidas, al parecer con la confianza del mismísimo Mordred. —Se inclinó un poco hacia delante —. No me consta ninguna misión que explique esto. Así que dígame una vez más, ¿qué ocurrió en realidad?

Veteranus exhaló con lentitud, con la frustración patente en su rostro.

—Como les he dicho en repetidas ocasiones —replicó—, vi una oportunidad en el río y la aproveché. Como saben, al parecer hay un oficial de alto rango aquí mismo, en Britania, que conspira contra Claudio, y por lo visto Mordred esperaba un mensaje suyo. Yo me enteré y me hice pasar por ese mensajero. Me llevaron ante Mordred, quien afirmó ver algo en mí y dijo que por mis venas corría sangre druídica. También aseguró que un tatuaje que tengo en el hombro lo demostraba.

—¿Y usted, sin más, le siguió la corriente con esa historia? —intervino Séneca, con evidente escepticismo en la voz.

—Le seguí la corriente —respondió Veteranus con calma—. ¿Qué habrían hecho ustedes? ¿Luchar y morir inútilmente? ¿O averiguar lo que pudiera sobre nuestros enemigos?

Lépido tamborileó pensativo sobre la mesa.

—Pasó meses entre ellos —le dijo—. Si seguía siendo leal a Roma, ¿por qué no asesinó a Mordred cuando tuvo la oportunidad, o a Raven cuando apareció? Una sola cuchillada podría haber desbaratado gravemente sus planes.

—¿Y lograr qué, exactamente? —replicó Veteranus—. ¿Una victoria momentánea a costa de cualquier oportunidad de comprender sus verdaderas capacidades? —Se inclinó hacia delante, con las manos atadas apoyadas sobre la mesa—. Elegí aprender acerca de nuestro adversario: sus puntos fuertes, sus debilidades, sus planes. Un conocimiento que serviría a Roma mucho más que una muerte simbólica.

—Y cuando se enteró de lo del Espectro —dijo Séneca—, ¿ese conocimiento también sirvió a Roma?

—Me horroricé, sí —contestó Veteranus—, pero también me fascinó. Se trataba de un arma de un poder potencialmente devastador, algo que podría cambiar la naturaleza de la batalla. Comprenderla se volvió crucial.

—Así que continuó con su farsa —afirmó Lépido—. Adentrándose más y más en su sociedad.

—Hice lo que era necesario —dijo Veteranus—. Me integré en su cultura, aprendí su lengua, absorbí sus costumbres. Me gané su confianza, o la suficiente para acceder a información que ningún romano había visto jamás. También aprendí sobre los druidas cosas que generaciones de enemigos de Roma nunca descubrieron.

—¿Y en el proceso? —preguntó Séneca en voz baja—. ¿Se sintió tentado alguna vez de olvidar su propósito? ¿De convertirse de verdad en uno de ellos?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellos. Veteranus guardó silencio y bajó la vista hacia sus manos atadas mientras sopesaba la respuesta. Cuando finalmente levantó la mirada, algo había cambiado en su expresión, una vulnerabilidad que no había estado presente antes, una grieta en la fachada de compostura que había mantenido durante todo el interrogatorio.

—Sí —admitió—. Hubo momentos..., días..., en los que quizá me descubrí pensando como ellos, viendo el mundo a través de sus ojos. —Hizo una pausa, como si le costara admitirlo—. Su

perspectiva tiene una cierta... claridad. No ven a Roma como la portadora de la civilización, sino como la destructora de algo precioso, algo ancestral.

Los guardias que estaban a su espalda se revolvieron, incómodos ante esta confesión, pero Lépido les hizo un gesto para que permanecieran quietos.

—Y, sin embargo, al final, mató a Raven para salvar a Séneca —observó Lépido—. ¿Qué cambió?

La mirada de Veteranus se posó en Séneca, y entre los dos hombres se cruzó algo que trascendía las palabras.

—Verlos en la encrucijada me devolvió a la realidad —dijo —. Me recordó quién era en verdad, los juramentos que había prestado. —Se enderezó en la silla—. Cualesquiera que fuesen las dudas que pudiera haber albergado, las simpatías que pudiera haber desarrollado..., se desvanecieron en el momento en que vi a Raven alzar su cuchillo contra un hermano del Occultum.

La expresión de Séneca se endureció, con el escepticismo grabado en cada arruga de su curtido rostro.

—O cuando se dio cuenta de que el campamento estaba siendo atacado —sugirió con frialdad—, y vio una oportunidad para salvar el pellejo cuando las tornas cambiaron en contra de sus nuevos aliados.

—Si eso fuera cierto —dijo Veteranus—, no habría hecho nada. Me habría quedado de brazos cruzados, habría visto cómo Raven los mataba a los dos y luego simplemente habría desaparecido en el bosque durante la confusión. —Se inclinó hacia delante, con los ojos clavados en los de Séneca—. En lugar de eso, le clavé un cuchillo en la espalda a Raven y les corté las ataduras. Esos no son los actos de un hombre que pretende abandonar el barco.

Lépido levantó una mano, reconduciendo el intercambio, cada vez más acalorado.

Probemos otro enfoque —dijo—. Háblenos de los planes de los druidas. ¿Cuáles eran las intenciones de Mordred con el Espectro? Veteranus se recostó en la silla, exhalando lentamente.

—Al principio, planeaban matar a Plautius. Él fue su objetivo principal durante meses, el símbolo de la ocupación romana, el genio militar tras la invasión. —Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos—. Pero todo cambió cuando se enteraron de la visita planeada del emperador y Mordred vio una oportunidad demasiado valiosa como para ignorarla.

—¿Y cuál era exactamente ese nuevo plan? —insistió Lépido.

—Pretendían posicionarse lo más cerca posible del emperador durante la ceremonia de rendición —explicó Veteranus—. Y entonces soltar al Espectros entre los dignatarios congregados. —Su expresión se ensombreció—. Usted ha visto lo que puede hacer una de esas criaturas, imagine tres de ellas sueltas entre oficiales desarmados, con el emperador en el centro.

—Eso no parece muy práctico —dijo Séneca—. La seguridad imperial nunca permitiría que unos celtas desconocidos se acercaran lo suficiente.

—No conozco los detalles —admitió Veteranus—. No estaba al tanto de todo. Mordred se guardaba ciertos aspectos del plan para sí mismo, especialmente después de la llegada de Raven, pero es un hombre muy inteligente y tendría un plan en mente.

—¿Y el campamento de la encrucijada? —preguntó Séneca —. ¿Por qué permanecer allí tanto tiempo? Estaban a días de Camulodunum y con tiempo de sobra para llegar antes de la llegada de Claudio.

Veteranus se encogió de hombros tanto como se lo permitían sus ataduras.

—De nuevo, no lo sé. Tal vez esperaban algo, una señal, fuerzas adicionales o instrucciones específicas de Mordred. Los guerreros que había allí respondían directamente ante Raven, no ante mí.

Lépido y Séneca cruzaron una mirada, compartiendo el mismo pensamiento tácito. A pesar de su aparente cooperación, las respuestas de Veteranus dejaban lagunas cruciales en su comprensión, lagunas que podían representar tanto una ignorancia genuina como un engaño calculado.

Finalmente, Lépido apartó la silla y se puso en pie.

—Creo que por ahora hemos averiguado todo lo que podíamos —dijo—. Se espera al emperador en cuestión de días y todavía hay preparativos que ultimar.

Séneca se levantó también, sin apartar la mirada de Veteranus.

—Llévenlo de vuelta a su celda —ordenó a los legionarios —. Y doblen la guardia hasta que el emperador se haya marchado.

—¿Qué va a ser de mí ahora? —preguntó Veteranus, con voz cuidadosamente neutra.

—Eso aún está por determinar —respondió Lépido—. De momento, permanecerá bajo vigilancia mientras verificamos qué partes de su historia podemos confirmar. Cuando el emperador se haya ido, decidiremos qué hacer con usted.

Mientras los guardias sacaban a Veteranus de la sala, Lépido y Séneca permanecieron allí, esperando a que la puerta se cerrara tras ellos.

—¿Qué piensas? —preguntó Lépido en voz baja.

—No estoy seguro —contestó Séneca—. Hay partes de su relato que suenan a verdad; otras... —Negó con la cabeza.

—¿Y el Espectro? —preguntó Lepidus—. ¿Crees que podría haber más?

—No lo creo —le aseguró Séneca—. Interrogamos a cada prisionero por separado y todos confirmaron lo mismo: Mordred solo había creado cuatro de esas abominaciones, y todas ellas están muertas.

—Mal menor —masculló Lepidus.

Salieron de la sala de interrogatorios y se adentraron en el caos organizado del fuerte. A su alrededor, los preparativos para la llegada del emperador continuaban a un ritmo febril: los soldados recibían instrucción, se remataban las estructuras y se disponían los suministros con una meticulosa atención al detalle.

—Cuesta creer que hace apenas unas semanas estuviéramos luchando por nuestras vidas —observó Séneca mientras caminaban por el bullicioso recinto.

Lepidus asintió, recorriendo con la mirada toda aquella actividad.

—Y ahora nos preparamos para recibir al emperador como si nada hubiera pasado —dijo—. Así es servir a Roma.

---

# Capítulo Cincuenta y Nueve

## Camulodunum

Un sol dorado de la tarde proyectaba largas sombras sobre la vasta llanura ante las murallas de Camulodunum, iluminando lo que antaño había sido campo abierto, pero que ahora se erigía, transformado en un testamento del poder y el ingenio romano. Edificios de madera se alineaban en calles meticulosamente planificadas, con sus fachadas adornadas con yeso pintado que imitaba el mármol de las más grandiosas estructuras de Roma. Coloridos estandartes ondeaban en la suave brisa; su púrpura y oro imperiales atrapaban la luz del sol mientras proclamaban el triunfo de Claudio a todos los que los contemplaban.

La ciudad temporal había surgido de la nada en apenas unas semanas, una hazaña que dejó atónitos incluso a los britanos más escépticos. Cada estructura había sido erigida con una minuciosa atención al detalle, decorada para reflejar no solo su función, sino también la magnífica ocasión a la que servía. Se habían tallado columnas y adornado frontones con relieves que representaban la conquista de Roma; los interiores se habían amueblado con enseres traídos del otro lado del mar a un coste tremendo, todo para asegurar que, cuando Claudio recorriera su más reciente provincia, no sintiera las privaciones de un puesto fronterizo, sino la digna comodidad de la Roma imperial.

El emperador había llegado días antes con un séquito diseñado para abrumar los sentidos y aplastar cualquier duda persistente sobre la superioridad romana. Guardias pretorianos con sus relucientes armaduras habían desfilado en perfecta formación, sus disciplinadas filas en marcado contraste con la guerra tribal que los britanos conocían. Elefantes de guerra, criaturas nunca antes vistas en la isla, habían avanzado solemnemente junto al carruaje imperial, sus enormes figuras arrancando exclamaciones de asombro a los espectadores; pero lo más impresionante para muchos fueron las esbeltas panteras conducidas con cadenas de plata por cuidadores nubios. Los grandes felinos caminaban junto a la

comitiva con mortal elegancia, símbolos del dominio de Roma sobre la propia naturaleza.

Todo el espectáculo se había desarrollado con una precisión milimétrica, cada elemento cuidadosamente orquestado para maximizar tanto la seguridad como el impacto simbólico. Líderes tribales de toda Britania se habían reunido para presenciar este momento crucial; algunos sometiéndose voluntariamente, otros con un resentimiento apenas velado. Todos, sin embargo, entendieron el mensaje tácito que transmitía la exhibición: la resistencia era inútil, la supremacía de Roma era absoluta.

Al acercarse el último día de ceremonias, Lépido se encontraba en el borde de la plataforma de revista, su mirada recorriendo metódicamente el espacio abierto donde las multitudes se congregarían al día siguiente. Su apariencia externa no delataba nada de la tensión que había definido las semanas precedentes, y solo aquellos que lo conocían bien podrían haber notado la sutil alerta en su postura, que revelaba a un hombre preparado para cualquier peligro inesperado.

—Será todo un espectáculo —observó Séneca, uniéndose a él en el borde de la plataforma—. Ha merecido la pena el esfuerzo, ¿no le parece?

Lépido se permitió una leve sonrisa.

—El emperador así lo cree, que es lo único que importa. Aunque confieso que me sentiré aliviado cuando todo esto termine y él esté a salvo a bordo de su barco de vuelta a la Galia. —Echó un vistazo hacia el pabellón imperial, donde Claudio estaba sentado bebiendo vino, rodeado de sus consejeros más cercanos—. Unos días más y se habrá acabado.

—¿Están sus hombres preparados? —preguntó Lépido.

—El Occultum permanecerá discretamente posicionado durante toda la ceremonia de clausura —dijo Séneca en voz baja—. Marcus y Falco están cerca del acceso norte; Décimo y Casio, junto al oriental. Sica estará... en alguna parte. —Se encogió ligeramente de hombros—. Nunca me dice exactamente dónde va a estar, pero no me cabe duda de que está vigilando.

—¿Y nuestro amigo? —preguntó Lépido, sin necesidad de especificar más.

—Sigue bajo custodia. Tres legionarios con él en todo momento. Hasta que el barco del emperador desaparezca en el horizonte, Veteranus permanecerá exactamente donde está.

Lépido asintió en señal de acuerdo. A pesar de los días de interrogatorio, ninguno de los dos se sentía del todo cómodo con la historia de Veteranus. Pasarían semanas, quizá meses, antes de que las redes de inteligencia pudieran verificar partes de su relato, pero hasta entonces, la precaución prevalecía.

---

En lo alto de una colina con vistas a Camulodunum, el resto del Occultum había establecido un puesto de observación temporal, una posición que proporcionaba tanto una ventaja táctica como un momento de respiro de sus deberes. Durante días habían patrullado las afueras, escrutando cada acceso a las ceremonias imperiales, atentos a cualquier señal de resistencia organizada o de individuos temerarios que pudieran intentar romper el perímetro de seguridad.

Ahora, sentados en un círculo improvisado sobre la ladera cubierta de hierba, se permitían un raro momento de relajación. Falco había sacado una petaca de vino sorprendentemente bueno, «liberado» de un carro de suministros, mientras Marcus compartía el pan y la carne curada que había obtenido por vías más legítimas.

—Mirad qué espectáculo —dijo Falco, señalando con un gesto la actividad que se desarrollaba abajo mientras masticaba un bocado de pan—. Toda esa parafernalia por la vanidad de un solo hombre.

—Esa «vanidad» es lo que mantiene unido al imperio —replicó Decimus, aunque sin mucha convicción—. Las tribus necesitan ver el poder de Roma hecho carne.

—Querrás decir que las tribus necesitan notar la bota de Roma sobre sus cuellos —corrigió Falco, dando un trago a su copa—. Aunque he de admitir que los constructores han hecho un trabajo impresionante. Esas estructuras parecen casi permanentes.

Sica, encaramado un poco apartado de los demás, señaló un cercado vigilado en la distancia.

—Los elefantes fueron un toque particularmente efectivo. Vi a guerreros hechos y derechos temblar al verlos.

—Deberían tener más miedo de lo que sigue a los elefantes —observó Cassius—. Los recaudadores de impuestos y los administradores harán más daño del que esas bestias jamás podrían causar.

Esto provocó una ronda de risas; los hombres estaban unidos en su evaluación un tanto cínica de los métodos de Roma. A pesar de su servicio al imperio, los Occultum mantenían una visión lúcida de su funcionamiento: eran sus instrumentos, no sus devotos.

La conversación se detuvo al divisar a un jinete solitario que ascendía la colina hacia su posición. Incluso a distancia, reconocieron la postura erguida y el avance decidido del senador Lepidus.

—Hablando del rey de Roma —masculló Falco—, y aparece con insignias senatoriales.

Observaron cómo Lepidus subía por el sinuoso sendero. Sus ropas limpias lo identificaban claramente como un hombre de autoridad; no la toga formal del Senado, sino un atuendo acorde a su rango que le permitía la movilidad práctica necesaria en la frontera.

—Senador —lo saludó Marcus, ofreciéndole la petaca de vino—. ¿Le apetece unirse a estos humildes soldados en nuestro pobre ágape?

Lepidus aceptó la petaca con un asentimiento de agradecimiento.

—Nada de pobre tiene esta cosecha —observó tras dar un sorbo—. Sospecho que no quiero saber cómo ha llegado a su poder, Falco.

El hombretón sonrió sin reparo alguno.

—Un regalo de un admirador britano, senador. Lo juro por las barbas de Júpiter.

—Por supuesto —respondió Lepidus con sequedad, acomodándose en el suelo entre ellos. Su experiencia militar aún era

evidente en cada movimiento, incluso en la forma en que seleccionó automáticamente una posición que le daba una clara línea de visión mientras protegía su espalda.

Durante unos instantes, permanecieron sentados en un silencio cómplice, pasándose la comida y la bebida, todos conscientes de que tales momentos de paz eran raros en su profesión y debían saborearse como correspondía.

—Traigo noticias —dijo Lepidus finalmente, dejando su copa—. Vespasiano quedó bastante impresionado con el resultado del cruce de caminos.

—No es para menos —intervino Falco.

—En efecto —dijo Lépido—, y ahora tiene otra petición o, más bien, una orden. —Hizo una pausa y su expresión se tornó más seria—. Quiere que dos de ustedes permanezcan cerca del Emperador durante la ceremonia final de tributo de mañana.

Los hombres intercambiaron miradas; su momentánea relajación se evaporó al reconocer las implicaciones.

—Claudio tendrá a sus pretorianos, por supuesto —continuó Lépido—, pero Vespasiano cree que los Occultum proporcionarían una capa adicional de protección, hombres que comprenden las amenazas específicas que presenta esta provincia y que estarían dispuestos a sacrificarse si fuera necesario para garantizar la seguridad del Emperador.

Falco soltó una carcajada.

—¿Así que esa es nuestra recompensa por el éxito? ¿La oportunidad de arrojarnos sobre una lanza celta destinada a Claudio?

Los demás se unieron a su risa, pero esta tenía un deje de reconocimiento. Esta era, después de todo, la esencia de su servicio: proteger los intereses de Roma a cualquier precio. Lépido esperó a que la diversión se apaciguara antes de volver a hablar, con un tono que ahora portaba el peso inconfundible del mando.

—Esto no se discute. La orden viene directamente del propio Vespasiano, con la aprobación del emperador. —Examinó al grupo de aguerridos agentes que tenía ante él—. Necesito dos voluntarios.

Un silencio repentino y notorio cayó sobre la reunión. De repente, cada hombre encontró algo fascinante que examinar. Falco se interesó profundamente en los restos de comida que tenía en la mano, Marcus se ajustó la bota con una meticulosidad innecesaria, Sica miraba impasible a la lejanía como si ni siquiera hubiera oído la pregunta, mientras que Decimus pareció descubrir una necesidad urgente de limpiar su daga.

Lépido esperó, con una ceja enarcada, mientras el silencio se alargaba incómodamente hasta que, finalmente, Cassius suspiró y se aclaró la garganta.

—Yo lo haré —dijo con un suspiro—. Con una condición.

—¿Una condición? —repitió Lépido con recelo—. Entienda que es una orden directa, no una negociación.

—Llamémoslo una solicitud de compensación —replicó Cassius—. Por la angustia mental de soportar horas de tedio ceremonial.

—¿Qué tenía en mente exactamente? —preguntó Lépido, con un tono que sugería que podría estar arrepintiéndose ya de la pregunta.

Cassius levantó tres dedos.

—Tres cosas —dijo—. Diez cántaros de vino, del buen falerno, no esa bazofia que sirven a los legionarios rasos. Una pierna de cordero entera, bien asada con hierbas y... —su sonrisa se ensanchó—, la compañía de una mujer de mala reputación para después por la noche. Una que sea guapa.

El grupo estalló en carcajadas y la tensión se disipó mientras daban palmadas en la espalda a Cassius, apreciando claramente su audacia.

A Lépido le tembló la comisura de los labios, conteniendo su propia sonrisa. Cuando las risas amainaron, adoptó una expresión pensativa, como si considerara seriamente la petición. Entonces, para sorpresa de todos, asintió.

—Hecho.

Las risas cesaron al instante, reemplazadas por un silencio atónito.

—Espere, ¿de verdad? —preguntó Cassius, a quien el éxito había pillado claramente por sorpresa.

—Roma puede ser generosa con quienes la sirven bien —replicó Lépido.

Los ojos de Falco se abrieron como platos.

—¡En ese caso! —bramó, irguiéndose en toda su estatura —. ¡Yo también me ofrezco voluntario! ¡En los mismos términos!

—Que así sea —suspiró Lépido, negando con la cabeza ante el inmediato cambio de entusiasmo—. Aunque encontrar a una mujer que no huya al ver su cara podría resultar un desafío.

Esto provocó otra ronda de carcajadas, que se hicieron más fuertes al ver la expresión de ofensa en el rostro de Falco por el insulto.

Lépido se puso en pie, sacudiéndose el polvo de la ropa.

—Preséntense ante el intendente al amanecer —ordenó—. Tendrá sus uniformes listos.

Falco se giró bruscamente hacia él.

—¿Uniformes? —repitió, frunciendo el ceño, confuso—. ¿Qué quiere decir con uniformes?

—A pesar de su... —Lépido hizo una pausa, evaluando con la mirada la enorme complexión de Falco— complexión antinatural, necesitamos que pasen lo más desapercibidos posible. No pueden plantarse junto al emperador con pinta de acabar de salir de un campo de batalla. Estoy seguro de que el intendente podrá encontrar algo que se pueda... modificar a su medida. —Sin esperar más réplicas, montó a caballo y emprendió el descenso de la colina, dando claramente el asunto por zanjado.

Los demás hombres lo vieron marchar, con diversas expresiones de diversión dibujadas en sus rostros. Decimus también se puso en pie y recogió sus pertenencias.

—¿Te vas tan pronto? —preguntó Marcus, alzando la vista hacia el veterano.

—Necesito dormir bien esta noche —replicó Decimus, echándose el petate al hombro.

—¿Y eso por qué? —inquirió Falco con recelo.

El rostro curtido de Decimus se abrió en una de sus raras y francas sonrisas.

—Porque no quiero perderme ni un ápice de lo de mañana. Veros a vosotros dos ataviados con vuestras galas de ceremonia, besándole el culo al emperador... —Negó con la cabeza, soltando una risita—. Por algo así merece la pena madrugar.

Los demás estallaron en carcajadas una vez más mientras el rostro de Falco se ensombrecía al caer en la cuenta de para qué se había ofrecido voluntario. Cassius parecía igual de consternado, pues las consecuencias de sus impulsivas ofertas por fin calaban en su mente mientras Falco gemía con dramatismo, dejándose caer de espaldas sobre la hierba y cubriéndose la cara con uno de sus enormes brazos.

—Lo que hay que hacer por Roma —masculló.

Las risas que siguieron resonaron por toda la colina, un raro momento de simple alegría entre hombres que se habían enfrentado a la muerte juntos más veces de las que podían contar, que habían sido testigos de horrores indescriptibles y que, a pesar de sus quejas, estarían listos para acudir de nuevo a la llamada del deber.

---

# Capítulo Sesenta

## Camulodunum

La dorada luz de la mañana bañaba Camulodunum en un resplandor que parecía casi divino, como si los propios dioses hubieran bendecido aquel último día de triunfo. La plaza del foro, recién construida, relucía con un esplendor artificial que, no obstante, impresionaba a todo el que la contemplaba. Los estandartes romanos ondeaban al compás de la brisa, mientras que guirnaldas de vegetación fresca adornaban cada columna y arco, transformando el asentamiento construido a toda prisa en algo que rayaba en la magnificencia.

En el centro de aquella exhibición cuidadosamente orquestada se alzaba el estrado imperial, elevado seis escalones sobre el suelo para asegurar que el emperador pudiese, literalmente, mirar por encima del hombro a quienes venían a someterse. Un trono macizo dominaba la plataforma, con su armazón de madera dorado y con incrustaciones de piedras preciosas traídas de Roma expresamente para la ocasión. Unas colgaduras de color púrpura caían en cascada desde las columnas circundantes, su intenso color, la marca inconfundible de la autoridad imperial, mientras que, tras ellas, parcialmente ocultos en las sombras, se encontraban Falco y Cassius.

La transformación de los dos agentes del Occultum era sencillamente extraordinaria. No quedaba ni rastro de los curtidos guerreros que se habían enfrentado a druidas y criaturas de pesadilla semanas antes. En su lugar, aparecían dos dignos miembros de la casa imperial, con los cuerpos enfundados en túnicas de ceremonia de lino fino, ribeteadas con los sutiles motivos que denotaban su supuesto rango. Falco, en particular, parecía profundamente incómodo; las refinadas prendas, tirantes sobre su enorme complexión, habían sido modificadas a todas luces por algún sastre desesperado que jamás se había enfrentado a semejantes dimensiones.

—Deja de moverte —murmuró Cassius entre dientes, con la mirada fija al frente, como correspondía a su papel.

—Esta túnica me está estrangulando —susurró Falco a su vez, pasándose un dedo por debajo del apretado cuello—. Y estas sandalias me aprietan los dedos de los pies. ¿Cómo pueden los petimetres de Roma llevar esta porquería todos los días?

—Normalmente no tienen los pies del tamaño de barcas de pesca —replicó Cassius con sequedad—. Ahora cállate. Vienen los pretorianos.

En efecto, el sonido distintivo de una marcha disciplinada resonaba ahora por el foro mientras los guardias de élite de la casa imperial entraban en perfecta formación. Sus armaduras relucían con un brillo imposible, cada placa pulida hasta reflejar como un espejo, y sus penachos carmesíes trazaban una vívida línea sobre el mar de soldados de menor rango que abarrotaban la plaza. Se movían con una precisión mecánica, los escudos en ángulos idénticos, las lanzas perfectamente verticales y los rostros, máscaras de impasibilidad profesional.

La multitud, ya considerable a pesar de lo temprano de la hora, se abría ante ellos como las aguas ante la proa de un navío. A diferencia de las típicas exhibiciones militares romanas, en las que los soldados se desplazaban en formaciones diseñadas para intimidar a los enemigos, esta procesión estaba coreografiada como una ceremonia, una representación visual de poder y protección, y los pretorianos tomaron sus posiciones, formando una barrera humana entre los espectadores comunes y el estrado imperial.

Desde su posición detrás del trono, Falco escrutó la multitud con profesionalidad, su malestar olvidado por un momento mientras evaluaba posibles amenazas. Los oficiales romanos y sus familias ocupaban las primeras filas, y sus galas los señalaban como la élite privilegiada. Detrás de ellos se encontraban los legionarios rasos, a quienes se les había concedido el honor de presenciar la historia como recompensa por su servicio en la conquista, mientras que más atrás aún, unos habitantes locales cuidadosamente seleccionados observaban con expresiones que iban desde el asombro hasta un resentimiento apenas disimulado.

—Ahí está Lepidus —susurró Cassius de repente—. Tres filas más atrás, hablando con el tribuno.

La mirada de Falco se desvió hacia la posición indicada, donde, en efecto, Lepidus estaba enfrascado en lo que parecía ser una conversación trivial. El talante relajado del senador no delataba en absoluto las semanas de tensión que habían precedido a aquel día, ni la vigilancia que sin duda mantenía bajo su sociable apariencia.

Un repentino toque de trompetas rasgó el aire de la mañana, señalando la llegada de la delegación imperial, y la multitud guardó silencio de inmediato, con todas las miradas puestas en la entrada este, por donde ahora aparecía una comitiva encabezada por portaestandartes que sostenían en alto las águilas doradas de Roma.

Detrás de los estandartes caminaban Vespasiano y Plaucio, comandantes de la conquista, con armaduras más ceremoniales que prácticas, adornadas con condecoraciones que conmemoraban victorias anteriores.

Y entonces, finalmente, apareció el propio Claudio, emperador de Roma, soberano de tierras que se extendían desde Hispania hasta Siria, desde África hasta el mismísimo suelo que ahora pisaba. A pesar de las dolencias físicas que lo habían aquejado desde su nacimiento —la ligera cojera, el temblor ocasional—, proyectaba una autoridad innegable. Ataviado con púrpura imperial, con una corona de laureles dorados sobre la cabeza, avanzó con paso mesurado hacia el trono que lo aguardaba.

El silencio se hizo más profundo mientras ascendía al estrado, con la respiración contenida de miles de personas expectantes. Con deliberada ceremonia, se giró para encarar a la multitud antes de posarse en el trono.

—¡Ave, Claudio César! —gritó el heraldo con una voz que resonó por todo el foro—. ¡Emperador de Roma, conquistador de Britania!

—¡Ave, Claudio César! —rugió la multitud como respuesta, y el sonido retumbó como un trueno por todo el asentamiento.

Desde sus puestos detrás del trono, Falco y Casio mantenían una vigilancia atenta.

—Prefería al Espectro. —masculló Falco por lo bajo—. Al menos aquello fue una lucha honesta.

—Calla —siseó Casio—. Están llegando las tribus.

Más allá de las murallas del asentamiento, se estaba formando una procesión diferente. Dignatarios tribales, muchos de los cuales habían viajado durante días para llegar a Camulodunum, se organizaban según una jerarquía establecida por los oficiales romanos. Cada delegación había sido informada con detalle sobre la ceremonia que se iba a celebrar, cómo debían acercarse, cómo arrodillarse y qué palabras pronunciar en señal de sumisión formal. Cada una portaba tributos que representaban lo mejor que sus territorios podían producir, ofrendas para su nuevo señor que simbolizarían su aceptación del dominio romano.

Por supuesto, no todos los líderes tribales de Britania estaban presentes. Caratacus y sus seguidores más leales permanecían desafiantes en las montañas del oeste, mientras que muchas tribus del norte aún no se habían topado directamente con las fuerzas romanas. Pero aquellos que habían optado por someterse sabían que su prosperidad futura, y quizá incluso su propia supervivencia, dependía de cómo se comportaran en las horas venideras.

—Solo unas horas más —murmuró Casio, de forma casi inaudible.

—¿Para qué? —replicó Falco—. ¿Para que podamos emborracharnos hasta perder el sentido celebrando esta farsa?

—No —dijo Casio con el más leve atisbo de una sonrisa—. Hasta que puedas quitarte ese atuendo ridículo antes de que reviente por las costuras. He estado haciendo apuestas sobre qué puntada cederá primero.

---

# Capítulo Sesenta y Uno

## Camulodunum

Veteranus estaba de pie junto a la estrecha ventana de su celda, con los dedos aferrados a los barrotes de hierro mientras contemplaba a la multitud que se congregaba al borde del valle, cada cual esperando su turno para acercarse al emperador. La ceremonia oficial, que se celebraba a unos cientos de metros, apenas le interesaba; ya había visto demasiada pompa en su vida, pero la estampa de tantos miembros de tribus indígenas reunidos en un mismo lugar era fascinante.

Pronto todo acabaría. El emperador partiría y Veteranus se enfrentaría al juicio que le aguardara, fuera cual fuese. La muerte, quizá, o el exilio a algún rincón remoto del imperio donde sus conocimientos aún pudieran servir a Roma sin suponer una amenaza. Su destino ya le importaba poco; había cumplido con su papel y aceptaría las consecuencias, cualesquiera que fuesen.

Con un suspiro, se apartó de la ventana, dispuesto a retirarse a su catre y dormir durante la ceremonia; que tuvieran su triunfo sin él. Apenas había dado un paso cuando algo le llamó la atención: una figura encapuchada que se movía furtivamente entre la multitud con una soltura consumada. Había algo familiar en aquel movimiento, algo que tiraba del hilo de sus recuerdos.

Veteranus se quedó helado y se le cortó la respiración cuando la figura se giró ligeramente, permitiéndole entrever por un instante el rostro bajo la capucha.

—Imposible —susurró, mientras la sangre se le helaba en las venas.

Pero no cabía error. Incluso en aquel fugaz instante, había reconocido los rasgos distintivos, la mirada penetrante, el rictus de la mandíbula que lo había atormentado durante meses.

Mordred.

El líder druida estaba aquí, en Camulodunum, a escasos metros del emperador.

Veteranus se abalanzó de nuevo hacia la ventana, apretando el rostro contra los barrotes, y buscó desesperadamente entre la multitud a la figura encapuchada, que se perdía de vista. El pánico se apoderó de él y lo impulsó a apartarse de la ventana y correr hacia la pesada puerta de madera de su celda.

—¡Guardia! —gritó, aporreando las gruesas tablas con el puño—. ¡Guardia! ¡Abra esta puerta de inmediato!

El sonido de unos pasos que se acercaban resonó en el pasillo, seguido del chirrido de una mirilla al descorrerse. El rostro curtido de un legionario apareció en la pequeña abertura, con los ojos entornados con recelo.

—¿A qué viene tanto jaleo? —exigió el guardia.

—Escúcheme —dijo Veteranus, esforzándose por mantener la voz firme a pesar de la urgencia que le martilleaba en el pecho—. Acabo de ver algo, a alguien. El emperador está en peligro. Tiene que soltarme de inmediato.

La expresión del guardia pasó del fastidio a la sorna.

—Ah, ¿sí? Y supongo que usted es el único que puede salvarlo, ¿eh? Qué oportuno.—No es una treta —insistió Veteranus, agarrándose a los bordes de la mirilla—. Mordred está aquí. Acabo de verlo entre la multitud. Está tramando algo contra el emperador, estoy seguro.

—¿Mordred? —El guardia se mofó—. ¿El druida que dicen que se esconde en esa isla? —Negó con la cabeza—. El único peligro para el emperador por aquí es usted, prisionero. Ahora, apártese de la puerta.

La frustración se apoderó de Veteranus al darse cuenta de que sus palabras no surtían efecto. Por supuesto que el guardia no iba a creerle; que un cautivo afirmara haber visto al escurridizo líder enemigo a través de una diminuta ventana era, desde luego, una casualidad muy conveniente. Tenía que cambiar de táctica.

—Bien —dijo, obligándose a mantener la calma—. Si no va a soltarme, al menos traiga a Séneca. Él tiene que saberlo.

—El tribuno tiene hoy deberes más importantes que escuchar sus desvaríos —replicó el guardia.

—Dígale que tengo información sobre la seguridad del emperador —insistió Veteranus—. Dígale exactamente lo que le he dicho: que he visto a Mordred. Él comprenderá la importancia. —Se inclinó hacia la abertura, y su voz adoptó un tono mortalmente serio —. Y sepa esto: si el emperador sufre algún daño por su demora, me aseguraré personalmente de que su negligencia sea conocida por todos los oficiales de este fuerte. Su carrera, y posiblemente su vida, estarán acabadas.

El guardia vaciló, y la incertidumbre cruzó sus facciones mientras sopesaba las palabras del prisionero frente a sus órdenes.

—Por favor —añadió Veteranus, permitiendo que una nota de genuina desesperación se filtrara en su voz—, sé que tiene sus sospechas, pero yo no mentiría sobre esto.

Tras un momento de visible debate interno, el guardia asintió a regañadientes.

—Enviaré a alguien a buscarlo —dijo mientras ya cerraba la mirilla—. Pero si esto es algún tipo de treta...

—No lo es —le aseguró Veteranus, mientras el alivio lo inundaba—. Pero dése prisa. No hay mucho tiempo.

Mientras los pasos del guardia se alejaban por el pasillo, Veteranus volvió a la ventana, escudriñando a la multitud con renovada intensidad. Mordred había desaparecido, pero Veteranus sabía que estaba ahí fuera, en alguna parte, con un propósito desconocido pero indudablemente letal. Y él era impotente para hacer nada al respecto, encerrado tras una puerta de madera con barrotes de hierro en la ventana, con la única esperanza de que Séneca llegara lo bastante rápido como para poder cambiar algo.

---

El pasillo exterior a la celda de Veteranus permaneció en silencio durante lo que pareció una eternidad. Caminaba de un lado a otro del reducido espacio, cinco pasos en una dirección, cinco de vuelta, con la mente desbocada, barajando posibilidades. ¿Qué planeaba Mordred? ¿Cómo se había infiltrado en la ceremonia con tanta facilidad? Y, lo más acuciante de todo, ¿le creería Séneca?

El sonido de varias pisadas resonó finalmente en el pasadizo, haciéndose más fuerte a cada momento que pasaba.

Veteranus se pegó a la puerta, escuchando con atención hasta que la mirilla volvió a abrirse. Esta vez, el rostro de Séneca apareció en la abertura, con expresión dura y los ojos entornados con evidente irritación.

—Más vale que esto sea importante —dijo Séneca con ira apenas contenida—. La ceremonia empieza en menos de una hora.

—Gracias a los dioses que ha venido —dijo Veteranus, bañado en un repentino alivio—. Escúcheme con atención: Mordred está aquí. Lo he visto por esa ventana, no hace ni quince minutos. Se movía entre la multitud, encapuchado, pero le he visto la cara un instante. No hay error, era él.

La expresión de Séneca no cambió.

—¿Y se supone que debo creer que usted, encerrado en esta celda, ha acertado a ver al enemigo más escurridizo de Roma a través de una diminuta ventana?

—Viví con él durante meses —dijo Veteranus, con la desesperación asomando a su voz—. Conozco su rostro mejor que el mío. Su forma de moverse, la hechura de sus hombros... Lo reconocería en cualquier parte. —Se acercó más a la abertura—. Séneca, se lo ruego, si alguna vez ha confiado en mí, confíe ahora. El emperador está en peligro.

—¿Confiar en usted? —rio Séneca, un sonido duro y sin humor—. ¿Después de encontrarlo viviendo entre nuestros enemigos?

—Si de verdad fuera su enemigo, ¿por qué iba a advertirle ahora? —replicó Veteranus—. Podría simplemente mirar cómo muere el emperador, sabiendo que no hice nada para evitarlo. Tiene que dejarme salir de aquí. Puedo reconocerlo de nuevo, señalarlo antes de que se acerque a Claudio. Usted sabe lo que está en juego.

La tensión entre ellos se estiró, tensada por años de hermandad compartida ahora empañada por la sospecha. El comportamiento habitual de Veteranus era calculado, controlado, profesional, nunca dado a las muestras de emoción, pero ahora sus ojos ardían con una intensidad que ni siquiera Séneca podía ignorar.

—Incluso si le creyera —dijo Séneca finalmente—, no puedo simplemente liberar a un prisionero durante una ceremonia

imperial.

—Entonces no me libere —replicó Veteranus con rapidez—. Manténgame atado. Asígneme guardias. Máteme a la primera señal de traición si es necesario. Pero sáqueme ahí fuera para que pueda identificarlo.

Séneca guardó silencio, sopesando las implicaciones tanto de la acción como de la inacción: el riesgo de liberar a Veteranus frente a las consecuencias potencialmente catastróficas de ignorar su advertencia.

—Muy bien —dijo por fin, apartándose de la mirilla—. Ábranla.

El pesado cerrojo retumbó y la puerta se abrió de golpe, revelando a Séneca flanqueado por dos legionarios de rostro adusto, con las manos sobre las empuñaduras de sus espadas.

—Atadle las manos y sacadlo —ordenó Séneca.

—Gracias —dijo Veteranus, con evidente alivio en la voz.

—No me des las gracias todavía —replicó Séneca con frialdad—. Si esto es algún tipo de treta, tu muerte no será ni rápida ni piadosa. —Hizo un gesto a los guardias—. Aseguradlo a vosotros. Si intenta escapar o hace algún movimiento brusco, matadlo de inmediato.

Los legionarios, con presteza, pasaron unas sogas adicionales alrededor de la cintura de Veteranus y ataron los extremos a sus propios cinturones, creando una atadura humana que haría imposible cualquier intento de fuga.

—En marcha —ordenó Séneca. La pequeña comitiva salió de la celda, recorrió el pasillo y emergió a la potente luz del sol de la tarde. El contraste entre los lóbregos confines de su celda y el vibrante espectáculo del exterior cegó momentáneamente a Veteranus, pero a medida que su vista se adaptaba, asimiló la transformación que había experimentado Camulodunum incluso en los últimos días: los adornos, las estructuras temporales, los dignatarios congregados, todo dispuesto con precisión romana para exhibir el poder imperial.

Séneca los condujo a un estrado de madera situado a un lado de la zona ceremonial principal, lo bastante cerca para observar

los actos, pero lo suficientemente lejos como para no suponer una amenaza inmediata para el emperador u otros mandatarios. La plataforma ofrecía una vista elevada del recinto de la ceremonia, donde decenas de representantes tribales ya se habían reunido, aguardando su sumisión formal a Roma.

—Te quedarás aquí —le indicó Séneca mientras los guardias colocaban a Veteranus contra un poste de madera—. Si ves a Mordred, señálalo. No hagas movimientos bruscos ni intentes comunicarte con nadie más. Si lo haces... —Dejó la amenaza inconclusa, pero su significado era claro.

—Entendido —respondió Veteranus, que ya escudriñaba la multitud de abajo con intensidad.

—Te estaremos vigilando —le advirtió uno de los legionarios, con la mano apoyada de forma elocuente en la empuñadura de su espada—. Al más mínimo movimiento sospechoso, estarás muerto antes de tocar el suelo.

Pero Veteranus apenas reparó en la amenaza; su atención estaba enteramente centrada en la columna de delegaciones tribales conquistadas que se formaba ahora en el extremo opuesto del área ceremonial.

Sus ojos saltaban de una delegación a otra, buscando aquella silueta familiar, aquel porte distintivo que se le había grabado a fuego en la memoria durante sus meses en Mona. Cada figura encapuchada era un posible vehículo para los planes mortales de Mordred y, en algún lugar de aquel mar de antiguos enemigos, una verdadera amenaza se movía sin ser detectada, y Veteranus podría ser el único hombre en toda Britania capaz de identificarla antes de que fuera demasiado tarde.

---

# Capítulo Sesenta y Dos

## Camulodunum

Séneca se encontraba a un lado de la arena, con la mirada yendo de la comitiva a Veteranus, en busca de cualquier señal de identificación. La multitud era impresionante: miles de personas reunidas en una zona relativamente pequeña, todas ansiosas por ver al emperador de Roma en carne y hueso.

Diversos grupos se acercaron por turnos antes de detenerse ante la línea de guardias pretorianos para rendir tributo verbalmente y presentar sus regalos. Algunos eran ornamentos hechos de metales preciosos; otros, mantos de diseño recargado ribeteados con piedras preciosas. Otros entregaban tallas que representaban los rebaños que esperaban ser entregados a las legiones de Roma, un ganado que se necesitaba con urgencia para alimentar a los soldados antes de que establecieran líneas de suministro seguras.

La ceremonia era imponente, un río aparentemente interminable de riqueza y tributos a medida que cada grupo era anunciado a la multitud. Falco estaba cerca, su enorme corpulencia apenas contenida por el uniforme de ceremonia que le habían arreglado a toda prisa para que le cupiera. Su incomodidad era evidente por su postura rígida y el tirón ocasional que daba al cuello de la guerrera, pero sus ojos permanecían vigilantes, escudriñando constantemente a la multitud. En el lado opuesto del estrado imperial, Cassius mantenía una vigilancia similar, sin apartar la mano de la daga oculta bajo su atuendo formal, y desde el otro lado de la arena, Veteranus observaba frustrado, pero en la comitiva no apareció nadie que se pareciera ni remotamente a Mordred.

El heraldo se volvió hacia la multitud y leyó de su pergamino mientras llegaban los siguientes representantes.

—¡Oíd, ciudadanos de Roma y pueblo de Britania! ¡Damos la bienvenida a los representantes de la antigua y noble tribu de los icenos, cuyas tierras se extienden desde las costas orientales hasta

los bosques centrales, cuyos guerreros son afamados por su valor y cuyos artesanos crean maravillas dignas de los propios dioses!

La poderosa voz del heraldo resonó por toda la arena, acallando los murmullos de la multitud. Una oleada de expectación se extendió entre los espectadores congregados mientras todas las miradas se volvían hacia la entrada oriental. Los icenos habían mantenido una prudente distancia de los avances de Roma, sin ser abiertamente hostiles ni completamente sumisos, por lo que su aparición en la ceremonia revestía una especial importancia.

Dos hombres aparecieron por el extremo opuesto, transportando entre ambos un cofre profusamente decorado, cuyos adornos de oro refulgían al sol. El cofre era una obra maestra de la artesanía celta, con la superficie adornada con motivos de espirales y animales que parecían moverse y cambiar con la luz. Tenía piedras preciosas engastadas a intervalos en su superficie, que atrapaban la luz del sol y la esparcían en brillantes fragmentos de color. El peso del cofre era evidente en los pasos cuidadosos y medidos de los portadores mientras avanzaban hacia el estrado imperial.

Detrás de los dos hombres, una mujer caminaba con orgullo, con la cabeza bien alta y ataviada con un lujoso vestido de ceremonia. Su túnica estaba teñida de un azul profundo que parecía capturar la esencia misma del cielo nocturno, con hilos de oro y plata entretejidos por doquier en motivos que contaban la historia de su pueblo. Alrededor del cuello le brillaba un torques de oro y electro trenzados, que la distinguía como noble de su tribu, y brazaletes de plata y bronce adornaban sus muñecas, cada uno de ellos conmemorando un acontecimiento significativo de su linaje. Llevaba el rostro tatuado con intrincados diseños; los dibujos de color negro azulado acentuaban sus pómulos altos y sus ojos fieros, transmitiendo belleza y poder a partes iguales.

La multitud enmudeció a medida que se acercaba, pues, a pesar del esplendor del cofre del tributo, su presencia atraía todas las miradas. Incluso el emperador pareció inclinarse ligeramente en su trono, con el interés visiblemente avivado por aquella sorprendente representante de la nobleza icena.

Veteranus le echó un vistazo; la extravagante mujer captó de inmediato su atención, pero entornó los ojos, sorprendido. Le resultaba familiar, muy familiar.

Unos instantes después, sus ojos se abrieron de par en par, conmocionado, cuando por fin se dio cuenta de quién era: Kendra, la druidesa guerrera de la isla de Mona. Llevaba el pelo suelto y la ropa era totalmente distinta, pero no cabía duda... y se estaba acercando al emperador.

---

Su mente se aceleró, intentando averiguar qué tramaba. Aunque atacara al emperador, no conseguiría pasar a los pretorianos. Desvió la mirada hacia el cofre, tratando de resolver el misterio. Pensó en el tiempo que pasó en Mona, en los guerreros, en el Espectro, en cualquier cosa que pudiera suponer un riesgo. La amenaza de un Espectro era el riesgo evidente, pero los habían matado a todos, ¿no? Tres se habían quemado dentro de sus jaulas en el campamento del cruce de caminos y Talorcan había decapitado al cuarto. Abrió los ojos como platos y le pareció que el corazón se le paraba un instante al darse cuenta por fin de lo que había pasado por alto. Había una quinta criatura, en las cuevas, la Espectro hembra que Raven había calificado de «inmanejable».

De repente, todas las piezas encajaron: el ornamentado cofre, lo bastante grande como para albergar a una criatura de tamaño humano; la inesperada aparición de Kendra, disfrazada de representante de una tribu diferente; la Espectro hembra desaparecida que mantenían apartada de las demás, la más peligrosa de todas.

Abrió los ojos de par en par al comprender por fin lo que estaba sucediendo y se volvió hacia Séneca, con su voz retumbando por encima de la multitud.

—¡Séneca! ¡No dejes que abran la caja!

El grito rasgó la atmósfera ceremonial como una cuchilla. Las cabezas se volvieron y la confusión se extendió como una onda entre la multitud mientras la voz del prisionero maniatado se propagaba por la arena. Los pretorianos más cercanos a Veteranus

hicieron ademán de silenciarlo, pero la urgencia de su tono ya había captado la atención de quienes debía.

Séneca giró la cabeza bruscamente hacia Veteranus; años de experiencia compartida le indicaron al instante que no era la súplica desesperada de un hombre que buscaba llamar la atención. Era la advertencia de un hermano de armas que había reconocido una amenaza mortal.

Volvió su atención a la comitiva y clavó la mirada de inmediato en la ornamentada caja. Veteranus había identificado algo, pero no podía estar seguro de qué; sin embargo, su instinto le gritaba que el peligro era inminente. El corazón se le aceleró y echó a andar, primero caminando, luego corriendo a la desesperada mientras se abría paso a empellones entre la multitud.

La comitiva se acercaba al emperador y, con cada paso, la caja se aproximaba más a Claudio. Él ya corría, abriéndose paso entre la gente, pero sabía, con una certeza desoladora, que no llegaría a tiempo. La desesperación le atenazó la garganta y, en un último y primitivo intento, lanzó un rugido que resonó entre los presentes.

—¡Falco! ¡No dejes que abran la caja!

Falco y Cassius se volvieron al oír el grito apremiante y su atención se centró de golpe en la ceremonia que se desarrollaba a pocos metros de ellos. La mujer había terminado su tributo verbal, sus dedos ya estaban deshaciendo la delicada cadena de oro que cerraba el cofre, pero cuando la tapa comenzó a levantarse y un hedor nauseabundo e insoportable brotó de su interior, comprendieron que algo terrible se había desatado.

---

El instante pareció alargarse hasta la eternidad mientras el cofre se abría por completo y, cuando Kendra retrocedió, una terrorífica mano con garras apareció por el borde.

Falco fue el primero en reaccionar. Su enorme cuerpo se abalanzó hacia delante con una velocidad sorprendente y apartó de un empujón a un pretoriano sobresaltado.

—¡Cerrad la caja! —rugió—. Ya era demasiado tarde, y cuando el espectro se lanzó directamente hacia los hombres que

estaban frente al emperador, el jadeo colectivo de la multitud se convirtió en gritos de terror.

La conmoción inicial hizo que los guardias se quedaran paralizados de miedo al principio y dos de ellos cayeron de inmediato, con las gargantas rebanadas por las letales garras del espectro. Claudio retrocedió, con los ojos desorbitados por la conmoción y el miedo, y sus sirvientes se quedaron helados por un instante de incredulidad ante el horror que se desarrollaba ante ellos.

Los pretorianos salieron por fin de su aturdida inmovilidad y comenzaron a formar un círculo protector alrededor de su emperador, pero el espectro se movía con una velocidad terrible y otro guardia cayó, dejando el camino libre hacia el emperador. Falco ya corría hacia la bestia con el arma desenvainada, pero antes de que pudiera alcanzarla, Cassius interceptó al espectro y su cuerpo chocó con el de este en el aire. Ambos cayeron al suelo en un amasijo de miembros; los dientes afilados del espectro chasquearon a centímetros de la garganta de Cassius y sus garras le arañaron el pecho. Sin embargo, a los pocos instantes, Falco también se unió a la refriega y, con su inmensa fuerza, logró arrancar a la criatura de su camarada para después hundirle el cuchillo una y otra vez en el cuerpo.

—¡Sacad de aquí al emperador! —rugió Séneca al llegar finalmente al lugar de los hechos y, desenvainando su propia espada, se abalanzó hacia delante, hundiéndola profundamente en la garganta de la criatura y, a continuación, cortando hacia los lados con toda su fuerza.

La resistencia del espectro se intensificó y luego se fue debilitando a medida que Séneca continuaba su macabra tarea. Sus gritos inhumanos se convirtieron en gorgoteos y luego en silencio, pero Séneca siguió cortando, decidido a separar por completo la cabeza del cuerpo.

Cuando terminó, retrocedió, con el pecho agitado, empapado en sangre y con gesto sombrío. Falco soltó las extremidades, ya inmóviles, y se puso de rodillas, jadeando en busca de aire. Se volvió para hablar con Cassius, esperando algún

comentario sardónico sobre su desventura, pero algo en el silencio antinatural lo detuvo.

—¿Cassius? —le llamó, mientras su enorme cuerpo se movía para ver mejor.

No hubo respuesta.

Falco miró fijamente a su camarada y el aire abandonó sus pulmones en un terrible y entrecortado jadeo. Cassius yacía inmóvil, con la garganta abierta por una herida grotesca que dejaba al descubierto el músculo vivo y reluciente. La sangre formaba un charco a su alrededor, oscuro y viscoso, que se extendía por el suelo de mármol cuidadosamente construido del pabellón imperial. Cassius, uno de los valiosos miembros del Occultum, había muerto, con la garganta arrancada por el espectro.

---

Séneca apareció al lado de Falco, con el rostro curtido grabado por un dolor que trascendía las palabras. Habían perdido hombres antes, infinidad de veces, pero esto, esto era distinto. Se sentía como la profanación de algo sagrado.

—Murió protegiendo al emperador —dijo Séneca en voz baja, y aquellas palabras vacías sonaron huecas incluso mientras las pronunciaba.

Falco no dijo nada. Cassius, que se había reído con ellos en la colina hacía apenas unas horas, que se había ofrecido voluntario con tanta naturalidad, ahora yacía muerto ante ellos. La amenaza había pasado y el emperador estaba a salvo, pero de repente el precio parecía insoportablemente alto.

Las enormes manos de Falco se cerraron en puños y, por primera vez en años, las lágrimas amenazaron con quebrar su estoica fachada. Puede que el espectro se hubiera ido, pero el recuerdo de lo que le habían hecho a su hermano de armas permanecería con ellos para siempre.

---

# Capítulo Sesenta y Tres

## Camulodunum

La pira funeraria ardía con una llama constante contra el cielo que se oscurecía, y sus llamas proyectaban largas sombras sobre la ladera rocosa. En su interior yacían los restos de Cassius, cuyo cuerpo era consumido lentamente por el fuego mientras su espíritu ascendía a la vida futura que aguardaba a los hombres que habían servido a Roma en la sombra.

Séneca se sentaba más cerca de las llamas, con su rostro curtido iluminado por la luz parpadeante. A su lado, Decimus le pasó a Sica el primero de muchos odres de vino, cuyo contenido distaba mucho del vino falerno que Cassius había negociado con tanto ardor. El líquido quemaba al bajar por la garganta, pero no con tanta intensidad como la pena que se cernía entre todos ellos. Marcus fue el primero en romper el silencio.

—¿Recordáis Alejandría? —dijo en voz baja—. ¿Cuándo no pudimos entrar en aquel templo?

Los demás conocían la historia. La habían oído una docena de veces: cómo Cassius se había abierto paso con la labia por tres puestos de guardia distintos usando nada más que una túnica robada y una confianza absoluta. Aun así, volvieron a escucharla, porque así era como se mantenían vivos los recuerdos.

Sica continuó con una historia sobre su anterior misión en Britania que hizo que incluso aquellos hombres aguerridos negaran con la cabeza, incrédulos.

—No estuvo mucho tiempo con nosotros —dijo Decimus—. Pero tenía lo que hacía falta y era tan parte de los Occultum como cualquiera de nosotros.

Finalmente, todas las miradas se volvieron hacia Falco. El colosal exgladiador miraba fijamente las llamas, debatiéndose con algo en su interior. Entonces, con una brusquedad que los pilló a todos por sorpresa, habló.

—Yo debería haberme quedado con sus diez frascos de vino —anunció—. Y el cordero. Sin duda, el cordero. —Hizo una

pausa y luego añadió, casi como si se le acabara de ocurrir—: Y la mujer, por supuesto. Cassius lo habría querido así.

La afirmación quedó suspendida en el aire, tan inapropiada, tan inesperada, que por un momento nadie se movió. Falco miró a su alrededor, de repente inseguro, y empezó a balbucear una explicación.

—Quiero decir, él los negoció, y...

La risa de Marcus lo interrumpió en seco. Empezó baja, casi como una risita, y luego creció hasta que le temblaron los hombros y las lágrimas le corrieron por el rostro. Decimus se le unió a continuación, resquebrajando su fachada normalmente estoica. A Séneca también empezaron a temblarle los hombros, e incluso Sica no pudo reprimir la sonrisa que se abrió paso a través de su dolor.

Falco pareció desconcertado; luego, lentamente, empezó a comprender. Aquello era exactamente lo que Cassius habría querido: que lo recordaran no con lágrimas sombrías, sino con el humor crudo y sin filtros que había definido su hermandad.

Sus risas resonaron por la ladera, un sonido desafiante que hablaba de supervivencia, del vínculo que había sacado adelante a los Occultum a través de incontables misiones imposibles. Puede que Cassius se hubiera ido, pero en aquel momento, estaba más vivo que nunca. Y mientras la pira seguía ardiendo, se convirtió en un testamento a una vida vivida sin concesiones, el último viaje de un guerrero honrado por los hombres que habían sido su familia más verdadera.

---

# Epílogo

El fuego se había extinguido hacía mucho tiempo, sin que quedara nada más que un tenue hilo de humo que se elevaba desde las frías cenizas. Una luz grisácea se extendía por la ladera, apagando el vibrante paisaje que había sido testigo de tanta sangre y sacrificio. Séneca estaba sentado solo, una figura solitaria encorvada cerca de los restos de la pira de Casio, con los hombros soportando el peso de otra pérdida más. El resto de sus hombres yacían desparramados por el claro, sufriendo aún las secuelas de la etílica despedida que le habían brindado a su hermano la noche anterior. Reprimió una risa irónica. Si alguien los atacara ahora, nadie movería un solo dedo para defenderse. Todavía estaban todos demasiado ebrios.

Mientras contemplaba las cenizas, a solas con sus pensamientos, oyó unos pasos que se acercaban por el sendero y alzó la vista para ver a Lépido aproximándose.

—Todavía no —dijo Séneca en voz baja, con un suspiro—. Por los dioses, Lépido, ¿no puedes concedernos un solo día para llorar a nuestro hermano?

Lépido se detuvo, con la comprensión grabada en sus curtidos rasgos. Cuando habló, su tono era más suave de lo habitual, despojado de su acostumbrada precisión senatorial.

—Lo siento —dijo con sencillez—. El deber no espera al duelo.

Séneca se quedó mirando a su viejo amigo.

—¿Has averiguado algo de lo que pasó? —preguntó.

—Así es —dijo Lépido—. Parece que el campamento del cruce, los tres espectros de las cajas, el centenar de guerreros…, todo fue una distracción, simplemente para desviar vuestra atención mientras su verdadero plan era infiltrarse en la ceremonia desde el principio.

—Así que estaba dispuesto a sacrificar a todos esos hombres para despistarnos —dijo Séneca—. Vaya compromiso.

Debió de darse cuenta de que iríamos tras él y quiso asegurarse de que estuviéramos centrados en otra parte.

—Eso parece —dijo Lépido—. Es obvio que Raven lo sabía todo sobre nosotros y nuestra forma de actuar. Sin duda, habría informado del peligro que representábamos, y supongo que Mordred pensó que necesitaría algún tipo de plan de distracción por si aparecíamos.

—Entonces, ¿cuál es la misión? —preguntó Séneca.

—Es simple —dijo Lépido—. Mordred es demasiado peligroso. Hay que detenerlo. Consiguió escapar, pero nuestros informes de inteligencia indican que se ha dirigido al sur para unirse a Caratacus. Queremos que lo encontréis y lo matéis.

—¿Sabes dónde está exactamente? —preguntó Séneca.

—Ese es el problema —dijo Lépido—. Creemos que Caratacus está intentando reclutar a los siluros para su causa, y si Mordred une sus fuerzas con él, bien podría conseguirlo.

—Quieres que entremos en Terra Silurum —dijo Séneca sin pestañear, con la conmoción evidente en su voz.

—Por desgracia, sí —dijo Lépido—, pero creemos que el mejor momento para atrapar a Mordred es ahora, mientras todavía se lame las heridas. Esto es esencial, Séneca. Ese hombre es demasiado peligroso y no se le puede permitir seguir con vida.

—Apenas se sabe nada de esos territorios, Lépido, necesitaremos guías locales.

—No los hay —dijo Lépido—. Los siluros son muy suyos y rara vez permiten que forasteros entren en sus tierras, ni siquiera a los otros britanos. Esta será una misión clásica del Occultum: solo tú y tus habilidades únicas, a solas en territorio enemigo. Es peligroso e intenté oponerme, pero el emperador se mantiene firme. Quiere a Mordred muerto, cueste lo que cueste.

Séneca se encogió de hombros y dio otro trago de vino de los posos de una de las petacas. Estaba demasiado cansado para discutir y demasiado borracho para que le importara. Y, además, lo que el emperador quería, solía conseguirlo. Negarse no era una opción.

—¿Cuándo partimos? —preguntó finalmente.

—Dentro de una semana —dijo Lépido—. Claudio sigue conmocionado y quiere haberse ido antes de que partáis. Teme cualquier represalia.

—Una semana es suficiente —dijo Séneca, mirando de reojo a sus hombres resacosos—. Iré a verte mañana para concretar los últimos detalles.

—Hay algo más —dijo Lépido—. Necesito que te lleves a alguien contigo.

—No voy a hacer de niñera de nadie, Lepidus —espetó Seneca—. Esto ya será bastante difícil de por sí.

—No tendrás que cuidar de nadie —dijo Lepidus—. Este hombre sabe cuidarse solo. Se giró para mirar colina abajo. Seneca siguió su mirada y, allí, de pie junto a dos caballos ensillados, se encontraba el hombre en quien ni Seneca ni Lepidus confiaban plenamente. Y, sin embargo, al parecer, era exactamente la persona que ahora representaba su único camino a seguir... Veteranus.

---

Fin

# Siguiente libro de la Saga

Haz clic en la imagen de abajo para encargar el siguiente libro de esta nueva e impresionante saga




**Haz clic aquí para suscribirte a nuestra lista de correo**

***Suscríbete***

---

# Notas del Autor

## Viajes Entre Roma y Britania

Los viajes marítimos entre Roma y Britania eran una empresa compleja y desafiante durante el siglo I d.C. La ruta principal seguía la línea de la costa, partiendo normalmente de puertos de la Galia como Gesoriacum (la actual Boulogne-sur-Mer) y desembarcando en Rutupiae (Richborough), en Kent. Los barcos mercantes y los transportes militares combinaban la navegación de cabotaje con travesías en mar abierto, y programaban cuidadosamente sus viajes para evitar las traicioneras tormentas de otoño e invierno. El viaje podía durar entre tres y diez días, dependiendo de las condiciones meteorológicas y del tipo de embarcación. Los grandes transportes militares llevaban caballos, suministros y tropas, lo que requería una planificación logística considerable. Los marineros dependían de una combinación de energía eólica y remo, y a menudo las naves más grandes iban acompañadas de embarcaciones auxiliares de apoyo y protección.

## La Invasión de Britania

La invasión romana de Britania en el 43 d.C. representó una expansión imperial cuidadosamente planificada bajo el mandato del emperador Claudio. Liderada por Aulo Plaucio, la fuerza de invasión estaba compuesta por cuatro legiones, aproximadamente 40.000 soldados profesionales, apoyados por tropas auxiliares. A diferencia de las expediciones anteriores de Julio César, esta fue una conquista a gran escala destinada a establecer una provincia permanente. Inicialmente, los romanos se centraron en someter a las tribus del sudeste, utilizando una combinación de fuerza militar y alianzas estratégicas. Se enfrentaron a importantes desafíos, como un terreno desconocido, la tenacidad de las tribus locales y unas condiciones meteorológicas adversas. La invasión estuvo motivada por múltiples factores: el prestigio político, la posible riqueza mineral, el posicionamiento estratégico y el deseo de evitar que

Britania se convirtiera en una posible base para los enemigos del continente.

## Playas de Desembarco Para las Legiones

Las legiones romanas desembarcaron principalmente en Rutupiae (la actual Richborough, en Kent), un puerto natural protegido que ofrecía las condiciones ideales para desembarcos militares a gran escala. El lugar ofrecía aguas protegidas, accesos relativamente llanos y proximidad a los territorios tribales. Entre los puntos de desembarco secundarios se encontraban Dubris (Dover) y otros enclaves costeros más pequeños a lo largo de las costas de Kent y Sussex. Estas playas se seleccionaron cuidadosamente por sus ventajas estratégicas: buena visibilidad, accesos defendibles y una proximidad relativamente cercana a posibles asentamientos tribales. Las legiones desarrollaron sofisticadas técnicas de desembarco, utilizando barcos de fondo plano especialmente diseñados que podían acercarse a las zonas costeras poco profundas. Cada desembarco se planificaba meticulosamente, con exploradores de vanguardia que evaluaban el terreno y la posible resistencia.

## La Batalla del Medway

La batalla del Medway, en el 43 d.C., fue un enfrentamiento crucial durante la invasión romana de Britania, que tuvo lugar cerca del río Medway, en la actual Kent. Dirigida por Plaucio, y con la participación de los futuros emperadores Vespasiano y el propio Claudio, la batalla representó una confrontación decisiva con las tribus britanas unidas. Los romanos emplearon tácticas sofisticadas, utilizando la caballería y la infantería en ataques coordinados que quebraron la resistencia tribal. La batalla es notable por el exitoso cruce del río por parte de los romanos, una compleja maniobra militar que demostró su superior disciplina y capacidad táctica. Las tribus britanas, lideradas por los reyes Caratacus y Togodumnus, lucharon ferozmente, pero finalmente se vieron superadas por la tecnología y la organización militar romanas.

## La Batalla del Támesis

La batalla del Támesis fue un enfrentamiento crucial que rompió de forma efectiva la resistencia organizada de los britanos durante la invasión romana. Tras la batalla del Medway, los romanos persiguieron a las fuerzas tribales restantes hasta el río Támesis, donde tuvo lugar una última gran confrontación. En la batalla murió el rey Togodumnus y huyó su hermano Caratacus, lo que marcó un punto de inflexión en la invasión. Las legiones romanas demostraron la superioridad de su doctrina militar, utilizando tácticas de armas combinadas que desbordaron a los guerreros tribales. La batalla abrió el camino hacia Camulodunum, el primer gran asentamiento tribal que cayó bajo el control romano. Las pruebas arqueológicas sugieren un número considerable de bajas en ambos bandos, y que los romanos demostraron ser decisivos en su estrategia y ejecución militar.

## Camulodunum

Camulodunum (la Colchester moderna) fue el primer asentamiento romano de importancia en Britania y sirvió como capital de la nueva provincia. Originalmente, el bastión de la tribu de los trinovantes se transformó en una colonia romana, un asentamiento de legionarios veteranos a quienes se les concedían tierras como recompensa por su servicio militar. El asentamiento era estratégicamente importante y cumplía funciones tanto militares como administrativas. Abundantes pruebas arqueológicas revelan una ciudad cuidadosamente planificada con edificios de estilo romano, entre los que se incluía un gran templo dedicado al divino emperador Claudio. La ciudad contaba con una infraestructura sofisticada, que incluía sistemas de gestión del agua, edificios públicos y murallas defensivas. Sin embargo, su prominencia la convirtió en un objetivo principal para la resistencia nativa y desempeñó un papel crucial en la rebelión liderada por Boudica en los años 60-61 d. C., cuando fue destruida casi por completo.

## La Visita de Claudio a Britania

La invasión de Britania por el emperador Claudio en el año 43 d. C. fue un momento clave en la historia del Imperio romano. A diferencia de las expediciones anteriores de Julio César, esta fue una conquista militar a gran escala destinada a establecer una provincia romana permanente. Claudio llegó personalmente en el 43 d. C. y pasó solo dieciséis días en la isla, una visita breve pero de crucial importancia política. Su llegada fue cuidadosamente orquestada para maximizar el impacto político en Roma, donde su liderazgo había sido cuestionado previamente. El emperador trajo consigo una fuerza militar considerable, que incluía elefantes para intimidar a las tribus locales, y participó personalmente en la rendición de varios reyes britanos. Esta visita fue tanto una representación política como una campaña militar, diseñada para consolidar la reputación de Claudio y demostrar el poder en expansión de Roma. La expedición tuvo como resultado el establecimiento de Camulodunum como la primera capital colonial romana en Britania.

## Los Druidas de Mona

La isla de Mona (Anglesey) era el corazón espiritual y cultural de la cultura druídica britana. Más que una mera ubicación geográfica, era considerada un santuario sagrado donde los druidas más poderosos mantenían sus centros religiosos y educativos más importantes. Estos sacerdotes desempeñaban papeles cruciales más allá del liderazgo espiritual, sirviendo como historiadores, jueces y consejeros políticos de los líderes tribales. Su formación era extensa —duraba, al parecer, hasta veinte años— e implicaba la memorización de vastas cantidades de historia oral, leyes y conocimientos religiosos. Las fuentes romanas los describen realizando elaboradas ceremonias religiosas, incluidos sacrificios humanos, aunque estos relatos pueden estar exagerados. Los romanos veían a los druidas como una amenaza importante debido a su capacidad para unir e inspirar la resistencia contra la ocupación romana.

Si estás leyendo gratis en **KINDLE UNLIMITED** y quieres que te avise en cuanto esté listo el próximo libro, o incluso si has

comprado el libro y simplemente quieres que te mantenga informado, por favor, haz clic en el siguiente enlace para suscribirte a la lista de correo. Enviaré un correo electrónico a todo el mundo el día que se lance el próximo libro.

# Otras Obras de K. M. Ashman

**Los Exploradores**
El águila oscura
Los ocultos
Veteranus
Escarabajo
El espectro
Silures
Pantera
El caminante de las sombras

**La Hermandad**
Acero templario
Piedra templaria
Sangre templaria
Furia templaria
Gloria templaria
Legado templario
Lealtad templaria

**Semillas de Imperio**
Semillas de imperio
El ascenso del águila
Campos de Gloria

**Los Misterios de India Summers**
Las conspiraciones vestales
Los tesoros de Suleiman
Las momias del Reich
Los constructores de tumbas

**Las Crónicas Romanas**
La caída de Britannia

El ascenso de Caratacus
La ira de Boudicca

**Las Sagas Medievales**
Sangre de la cruz
A la sombra de los reyes
La espada de la libertad
Anillo de acero

**La Sangre de Los Reyes**
Una tierra dividida
Un reino herido
La forja de la rebelión
La princesa guerrera
El portador de la hoja

**El Camino a Hastings**
Los desafíos de un rey
Las promesas de un rey
El destino de un rey

**Saga del Otro Mundo**
El protocolo del legado
El séptimo dios
La última ciudadela
Edén salvaje
Vampiro